

JAMES BOND

007^F

Diamantes para la eternidad



Ian Fleming

Lectulandia

La organización criminal Spangled Mob contrata a James Bond para que introduzca diamantes de contrabando en Estados Unidos. Y el agente británico se ve a sí mismo asociado delictivamente con la mujer más seductora que jamás haya conocido: Tiffany Case, más ardiente que los diamantes robados y más sorprendente que la muerte repentina.

Lectulandia

Ian Fleming

Diamantes para la eternidad

James Bond: 007 /4

ePUB v1.0

000 01.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Diamonds are forever*
Ian Fleming, 1956.
Traducción: Albert Protony
Ilustraciones: Jordi Ciuró
Diseño/retoque portada: Joan Batallé

Editor original: 000 (v1.0)
ePub base v2.0

A

J. F. C. B. y E. L. C.

y a la memoria de W. W. Jr., en Saratoga, 1954 y 1955.

Capítulo 1

Se abre la red

El gran escorpión *pandinus* emergió, con un crujido seco, de debajo de la roca. Sus dos pinzas defensivas estaban levantadas como los brazos de un luchador.

Fuera de su agujero había un pequeño trozo de tierra dura y plana y el escorpión se detuvo en el centro del mismo apoyándose en las puntas de sus cuatro pares de patas, los músculos preparados para una rápida retirada, analizando con sus sentidos las más mínimas vibraciones que iban a decidir su próximo movimiento.

La luz de la luna, brillando a través del gran zarzal, extrajo reflejos de zafiro del pequeño cuerpo de duro esmalte negro y destelló pálidamente en el húmedo aguijón blanco que sobresalía de la cola, ahora curvada en señal de amenaza.

Con lentitud, el aguijón se deslizó de nuevo en su vaina y los músculos que controlaban el saco del veneno se relajaron. El escorpión había tomado una decisión. La avaricia había ganado al miedo.

Unos centímetros más allá, en la base de la empinada duna de arena, la pequeña cucaracha se preocupaba únicamente por caminar con dificultad hacia mejores pastos que los encontrados bajo el zarzal. La rapidez de movimientos del escorpión no le dio tiempo de abrir las alas. Las patas de la cucaracha se agitaron en actitud de protesta mientras la afilada pinza se ceñía alrededor de su cuerpo; el escorpión le clavó el aguijón y al instante la cucaracha estaba muerta.

Después de haber matado a su víctima, el escorpión permaneció inmóvil unos cinco minutos. En este breve espacio de tiempo identificó la naturaleza de su presa y de nuevo examinó el suelo y el aire en búsqueda de vibraciones hostiles. Tranquilizado, retiró el aguijón del cuerpo medio partido de la cucaracha y las dos pequeñas tenazas que utilizaba para alimentarse empezaron a cebarse en su víctima. Durante una hora y con gran parsimonia, el escorpión la devoró.

El gran zarzal bajo el cual el escorpión había matado a la cucaracha era un lugar bien conocido en la gran extensión de ondulante sabana, sesenta y cinco kilómetros al sur de Kissidougou, en la esquina sudoeste de la Guinea francesa. En todos los horizontes había colinas y jungla, pero allí, a lo largo de cincuenta y dos kilómetros cuadrados, el suelo era una llanura pedregosa, casi un desierto, y entre la maleza tropical sólo aquel zarzal, quizás porque bajo sus raíces yacía una bolsa de agua, había crecido hasta alcanzar la altura de una casa y podía ser divisado a varios kilómetros de distancia.

El zarzal crecía más o menos en el punto en que se cruzaban tres estados africanos. Situado en la Guinea Francesa, pero sólo quince kilómetros al norte del extremo más septentrional de Liberia y ocho kilómetros al este de la frontera con

Sierra Leona. Al otro lado de dicha frontera se encuentran las grandes minas de diamantes que se extienden alrededor de Sefadu. Esas minas son propiedad de Sierra Internacional, que es parte del poderoso imperio minero de África Internacional, y una de las fuentes de riqueza más importantes de la Commonwealth^[1].

Una hora antes, en el agujero oculto entre las raíces del gran zarzal, dos tipos de vibraciones distintas habían alarmado al escorpión. Primero el suave arañar producido por los movimientos de la cucaracha; ésta pertenecía a las vibraciones que el escorpión había reconocido y diagnosticado de inmediato. Pero también hubo una serie de incomprensibles ruidos sordos alrededor del zarzal con un pesado temblor final que había destruido parte de su guarida. Estos sonidos fueron seguidos por un ligero temblor de tierra tan rítmico y regular que pronto se transformó en una vibración de fondo sin importancia. Tras una pausa, el suave arañar de la cucaracha había proseguido, y fue la gula la que finalmente ganó la batalla sobre otros ruidos en la memoria del escorpión, empujándole a abandonar su agujero y salir a la filtrante luz de la luna, después de haber permanecido escondido durante todo el día de su enemigo más letal, el sol.

Y ahora, mientras succionaba lentamente los restos de la cucaracha, la señal de su propia muerte resonaba a lo lejos, al oeste del horizonte, audible para los oídos humanos, pero compuesta por vibraciones de una gama tan alta que el sistema sensitivo del escorpión no pudo captar.

A unos pocos centímetros, una mano pesada y contundente, de uñas roídas, levantó con sigilo un pedazo de roca afilada.

No se produjo ruido alguno, pero el escorpión sintió un ligero movimiento por encima de su cabeza. En el acto, sus pinzas de ataque se levantaron amenazadoras y su aguijón se irguió en la cola rígida, mientras los ojos miopes buscaban intensamente al enemigo.

La pesada piedra se precipitó.

—¡Negro bastardo!

El hombre observó cómo el destrozado insecto se retorció en su agonía mortal. Luego bostezó. Hincó las rodillas en la depresión de arena que se acumulaba contra el tronco del zarzal y en la cual había permanecido sentado casi dos horas y, con los brazos doblados protegiéndose la cabeza, reptó hacia la explanada.

El ruido del motor que el hombre había estado esperando, y que había firmado la sentencia de muerte del escorpión, aumentó. Mientras permanecía de pie escudriñando el rastro de la luna, el hombre empezó a divisar una pesada forma negra que se acercaba rápidamente desde el este y por un instante la luz de la luna se reflejó en las aspas en movimiento de la hélice.

El hombre se frotó las manos en los costados de sus sucios pantalones cortos y moviéndose con rapidez rodeó el zarzal hasta el lugar donde la rueda trasera de una

desvencijada motocicleta sobresalía de su escondite. A los lados del asiento trasero colgaban sendas cajas de cuero para herramientas. De una de ellas extrajo un pequeño y pesado paquete que se guardó debajo de la camisa abierta, en contacto con la piel. De la otra caja sacó cuatro linternas baratas y cargado con ellas se dirigió hasta una explanada del tamaño de una cancha de tenis situada a cincuenta metros del gran zarzal. En cada una de las tres esquinas de la pista de aterrizaje clavó una linterna en la tierra y la encendió apuntando al cielo. Luego, llevando encendida en la mano la última linterna, tomó posición en la cuarta esquina y esperó.

El helicóptero se le acercaba con lentitud, las grandes hélices remoloneando a unos treinta metros del suelo. Se asemejaba a un gigantesco y mal construido insecto. Al hombre en tierra le pareció, como siempre, que era demasiado ruidoso.

El helicóptero hizo una pausa, inclinándose ligeramente por encima de su cabeza. De la cabina salió un brazo y una linterna lanzó un destello en su dirección. La linterna destelló punto-guión, la A en el código Morse.

El hombre en tierra devolvió el destello, una B y una C. Clavó la cuarta linterna en el suelo y se retiró, protegiéndose los ojos del remolino de polvo que se acercaba. El agudo sonido de la hélice disminuyó de manera imperceptible y el helicóptero se posó con suavidad en el espacio delimitado por las cuatro linternas. El estrépito del motor terminó en un carraspeo final, la hélice de cola giró unos instantes en punto muerto, y las aspas de la hélice central completaron unos pocos giros más y se detuvieron pesadamente.

En el ensordecedor silencio un grillo empezó a cantar en el zarzal, y en algún lugar muy cercano se escuchó el ansioso gorjeo de un ave nocturna.

Tras esperar a que el polvo se aposentara, el piloto abrió de golpe la puerta de la cabina, empujó hacia el exterior una escalerilla de aluminio y descendió con dificultad hasta el suelo. Permaneció de pie al lado del aparato mientras el otro hombre recorría las cuatro esquinas de la pista de aterrizaje recogiendo las linternas y apagándolas. El piloto había llegado a la cita con una hora y media de retraso y la perspectiva de escuchar las inevitables quejas del otro hombre le aburría. Despreciaba a todos los *afrikaners*. A ése en particular. A los ojos de un *Reuchsdeutscher* y un piloto de la *Luftwaffe* que había luchado bajo Galland en defensa del Reich, eran una raza bastarda, mezquina, estúpida y maleducada. De acuerdo que el trabajo de aquel bruto era complicado, pero no tenía ni punto de comparación con volar en un helicóptero quinientas millas sobre la jungla en plena noche, y luego llevarlo de regreso.

Mientras el otro hombre se acercaba el piloto inició el gesto de alzar la mano en señal de saludo.

—¿Todo va bien?

—Eso espero. Otra vez llegas tarde. Ahora sólo dispondré del tiempo justo para

llegar a la frontera antes de que empiece a amanecer.

—Problemas con la brújula. Todos tenemos nuestros problemas. Menos mal que sólo hay doce lunas llenas al año. Bien, si dispones del material, dámelo; llenaremos el depósito y me largaré.

Sin hablar, el hombre de la mina de diamantes buscó debajo de su camisa y entregó al otro el pulcro y pesado paquete.

El piloto lo cogió (húmedo con el sudor del contrabandista) y lo dejó caer en el bolsillo lateral de su camisa de camuflaje. Se puso la mano a la espalda y se secó los dedos en el trasero de sus pantalones cortos.

—Bien —dijo. Y se dio la vuelta dirigiéndose hacia su aparato.

—Sólo un minuto —lo llamó el contrabandista de diamantes, con una nota hosca en su voz.

El piloto se volvió dándole la cara. Pensó: «Es la voz de un sirviente que se ha armado de valor para quejarse de su comida».

—Ajá. ¿Qué pasa?

—Las cosas se están poniendo al rojo vivo. En las minas. No me gusta nada. Ha venido de Londres un pez gordo del Servicio de Inteligencia. Habrás leído algo sobre él. Sobre este Sillitoe. Dicen que la Diamond Corporation lo ha contratado. Se han introducido muchas reglas nuevas y se ha doblado la vigilancia. Todo eso ha asustado a mis intermediarios. Tuve que ser implacable y, bueno..., uno de ellos, no sé cómo, se cayó en el machacador. Todo esto ha complicado un poco las cosas. He tenido que pagar más. Un diez por ciento extra. Y todavía no están satisfechos. Uno de estos días, uno de los hombres de seguridad pillaré a uno de mis intermediarios. Y ya conoces a estos cerdos negros. No soportan una buena paliza. —Miró al piloto a los ojos por un instante, pero al momento desvió la mirada—. La verdad es que dudo que nadie sea capaz de soportar el látigo. Ni yo mismo podría.

—¿Entonces? —preguntó el piloto. Y tras hacer una pausa, añadió—: ¿Quieres que pase tu amenaza a ABC?

—No amenazo a nadie —replicó el otro hombre de inmediato—. Sólo quiero que sepan que las cosas comienzan a ponerse difíciles. Ellos ya deben estar al corriente. Seguro que saben de este hombre Sillitoe. Y mira lo que dijo el presidente en nuestro informe anual: nuestras minas están perdiendo más de dos millones de libras al año por culpa del contrabando y del IDB y poner fin a esta situación es tarea del gobierno. ¿Y qué significa todo esto? Significa «¡Párenme!».

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Más dinero? —dijo el piloto suavemente.

—Sí —respondió el otro hombre, tozudo—. Quiero una tajada mayor. Un veinte por ciento más o tendré que dejarlo. —Intentó encontrar un poco de comprensión en el rostro del piloto.

—Muy bien —dijo éste con indiferencia—. Pasaré el mensaje a Dakar y, si están

interesados, supongo que lo mandarán a Londres. Pero todo esto nada tiene que ver conmigo y, si yo fuera tú —el piloto se relajó por primera vez—, no haría demasiada presión sobre esta gente. Pueden ser mucho más duros que ese Sillitoe, o que la Compañía, o que cualquier gobierno que conozco. Sólo en este extremo de la red ya han muerto tres hombres en los últimos doce meses. Uno por ser amarillo. Dos por robar parte del paquete. Y ya lo sabes. El accidente que tuvo tu predecesor fue desagradable, ¿no? Extraño lugar para guardar gelignita. Debajo de su cama. En absoluto su estilo. El, siempre tan cuidadoso.

Por un momento permanecieron inmóviles mirándose a la luz de la luna. El contrabandista de diamantes se encogió de hombros.

—Muy bien —admitió—. Diles que estoy sin blanca y que necesito más dinero para pasar a lo largo de la red. Ellos lo entenderán y, si tienen un poco de sentido común, añadirán otro diez por ciento para mí. Si no... —Dejó la frase en suspenso y se dirigió hacia el helicóptero—. Vamos. Te echaré una mano con la gasolina.

Diez minutos más tarde, el piloto trepó a la cabina y recogió la escalerilla. Antes de cerrar la puerta levantó la mano.

—Hasta pronto —dijo—. Nos vemos dentro de un mes.

De repente, el hombre en tierra se sintió solo.

—*Totsiens*^[2] —repuso saludando con la mano, casi como lo haría un amante—. *Alles van die beste*^[3]. —Se echó hacia atrás llevándose la mano a los ojos para protegerse del polvo.

El piloto se acomodó en su asiento y se ciñó el cinturón mientras buscaba los pedales del timón con los pies. Se aseguró que los frenos de las ruedas estaban puestos, empujó la palanca de cambio hacia abajo, conectó el combustible y presionó el botón de arranque. Satisfecho con el sonido del motor, liberó el freno de la hélice y empujó suavemente el acelerador. Fuera de las ventanas de la cabina las largas hélices empezaron a girar con lentitud y el piloto echó un vistazo en dirección a popa, a la ronroneante hélice de cola. Se acomodó en su asiento y observó como el indicador de velocidad de la hélice aumentaba hasta 200 revoluciones por minuto. Cuando la aguja pasó los 200, liberó los frenos de las ruedas y empujó la palanca de cambio hacia arriba con lenta y firme mano. Por encima de su cabeza, las aspas de la hélice cogieron velocidad mordiendo el aire con mayor fuerza. Empujó aún más el acelerador, y el aparato ascendió traqueteando hacia el cielo hasta que, a una altura de treinta metros, el piloto giró el timón a la izquierda empujando simultáneamente hacia delante la palanca de mando situada entre sus piernas.

El helicóptero se balanceó hacia el este y, ganando altura y velocidad, desapareció de nuevo rugiendo hacia el sendero iluminado por la luna.

El hombre en tierra lo contempló alejarse, llevándose con él los diamantes por valor de unas 10.000 libras que sus hombres habían robado de las excavaciones a lo

largo del mes anterior y que, con despreocupación, habían sostenido sobre la lengua mientras, de pie ante la silla de dentista, éste les había preguntado bruscamente dónde les dolía.

Sin dejar de hablar de sus dientes, había recogido las piedras de sus bocas poniéndolas al contraluz de la lámpara de dentista, suavemente diría «50, 75, 100», y ellos asentían sin discusión tomando los billetes y escondiéndolos entre sus ropas, antes de salir de la consulta con un par de aspirinas y un pedazo de papel como coartada. Debían aceptar su precio. Los nativos no tenían posibilidad alguna de sacar los diamantes por su cuenta. Cuando los mineros salían al exterior, quizás una vez al año para visitar su tribu o enterrar a un pariente, eran sometidos a toda una rutina de rayos X y aceite de castor, y si eran sorprendidos, el futuro se les presentaba muy negro. El hombre empujó su motocicleta sobre el accidentado terreno hasta la estrecha pista y arrancó dirigiéndose hacia las colinas fronterizas de Sierra Leona. Su perfil se volvía cada vez más definido. Tendría el tiempo justo de llegar a la choza de Susie antes del amanecer. Esbozó una mueca ante la idea de hacerle el amor al final de una noche agotadora. Pero tenía que hacerlo. La coartada que Susie le proporcionaba no podía pagársela con dinero. Su cuerpo blanco era lo que ella quería. Y luego otros ciento sesenta kilómetros hasta el club para desayunar escuchando las vulgares bromas de sus amigos.

«¿Colocó un buen empaste, *Doc*?» «He oído que la chica tiene el mejor par de frontales de la provincia.» «Cuéntanos, *Doc*, ¿qué efecto le produce la luna llena?»

Pero cada 100.000 libras significaban 1.000 libras para él depositadas en una caja de seguridad de Londres. Bonitos y frescos billetes de cinco libras. Valía la pena. Por los cielos que lo valía. Pero no por mucho tiempo más. ¡No, señor! Cuando llegase a las 20.000 libras lo dejaría para siempre. Y ¿entonces...?

Con la cabeza llena de ambiciosos sueños, el hombre de la motocicleta siguió su camino atravesando la llanura tan rápido como le era posible, alejándose del gran zarzal donde la red de contrabando de diamantes más importante del mundo empezaba su tortuosa ruta hasta terminar entre mullidos escotes, a ocho mil kilómetros de distancia.

Capítulo 2

Calidad de gema

—No la empuje hacia dentro, enrósquela —dijo M, impaciente.

James Bond, tomando nota mental de pasar el dictamen de M al jefe de personal, cogió de nuevo la lupa de joyero de la mesa donde había caído, consiguiendo esta vez fijarla en la cuenca de su ojo derecho.

A pesar de que estaban a finales de julio y la habitación se encontraba muy iluminada por el sol, M había prendido la lamparilla de la mesa inclinándola para que alumbrara directamente a Bond. Éste cogió la piedra cortada en forma de brillante y la sostuvo a contraluz. Al girarla entre sus dedos, las múltiples caras lanzaron destellos con todos los colores del arco iris hasta agotar a su ojo con tanto resplandor.

Sacó la joya del cristal de aumento intentando pensar algún comentario apropiado.

M lo miró, inquisitivo.

—Fina piedra, ¿no?

—Maravillosa —dijo Bond—. Debe de costar una fortuna.

—Unas pocas libras por el corte —replicó M secamente—. Es sólo un trozo de cuarzo. Vamos a intentarlo otra vez. —Consultó una lista en la mesa y seleccionó un envoltorio de papel de seda, verificando el número que llevaba escrito, lo desdobló y lo empujó hacia Bond.

Este puso la pieza de cuarzo de nuevo en su envoltorio y cogió la segunda muestra.

—Es fácil para usted, señor —dijo sonriendo a M—. Usted sabe cuál es la copia. —Se enroscó de nuevo la lupa en el ojo y sostuvo la piedra, si es que era una piedra, a contraluz.

Esa vez pensó que no había duda. La anterior piedra también tenía las treinta y dos caras superiores y las veinticuatro inferiores del corte de un brillante, y era de unos veinte quilates, pero la que ahora sostenía entre sus dedos tenía una llama azul y blanca en el corazón, y los infinitos colores reflejados y refractados desde sus profundidades se le clavaban en los ojos como agujas. Con la mano izquierda recogió la imitación de cuarzo y la sostuvo delante de la lupa junto al diamante. Era un pedazo de materia sin vida, casi opaco al lado del traslúcido resplandor del diamante, y el arco iris de colores que había visto unos minutos atrás le parecía ahora tosco y turbio.

Bond puso el trozo de cuarzo sobre la mesa y miró de nuevo a través del corazón del diamante. Ahora entendía la pasión que las piedras preciosas habían inspirado a través de los siglos, el amor casi sexual que excitaron entre aquellos que las habían

manipulado, cortado y comercializado con ellas. Era la fascinación por una belleza tan pura que poseía un cierto tipo de verdad, una autoridad divina ante la cual todas las cosas materiales se transformaban, como el trozo de cuarzo, en barro. En pocos minutos, Bond comprendió el mito de los diamantes, y supo que nunca olvidaría lo que había visto de repente en el corazón de la piedra.

Puso de nuevo el diamante en su envoltorio de papel y dejó caer la lupa en la palma de su mano. Miró fijamente a los atentos ojos de M.

—Sí —dijo—. Ya veo.

M se sentó de nuevo en su silla.

—Esto es lo que Jacoby quería significar cuando comí con él el otro día en la Diamond Corporation —comentó M—. Dijo que si iba a tomar parte en el negocio de diamantes necesitaba entender la motivación final de todo este asunto. No sólo los billones que están en juego, o el valor de los diamantes como barrera contra la inflación, o la moda sentimental de usar diamantes como anillos de compromiso y todo lo demás. Dijo que uno debe entender la pasión por los diamantes. Así que me mostró lo que ahora le estoy mostrando yo. —M esbozó una sonrisa—. Si le sirve de consuelo, yo me admiré tanto como usted con el pedazo de cuarzo.

Bond permaneció sentado sin decir nada.

—Y ahora vayamos al resto. —M señaló una pila de paquetes de papel que tenía delante—. Le dije que me gustaría tomar prestadas algunas muestras. No pareció importarles. Han mandado todo esto a mi casa esta mañana. —M consultó su lista, abrió un paquete y lo deslizó hacia Bond—. El que estaba mirando hace un momento es el mejor, un «Blanquiazul Fino». —Hizo un gesto hacia el gran diamante situado enfrente de Bond—. Ahora éste, es un «Cristal Superior», diez quilates, corte en barra. Una piedra de gran calidad, pero la mitad de valiosa que «Blanquiazul». Verá que tiene una ligera traza de amarillo. El «Cabo» que voy a mostrarle ahora tiene un ligero tinte marrón, según Jacoby, pero que me cuelguen si puedo verlo. Dudo que nadie pueda, excepto los expertos.

Bond, obediente, cogió el «Cristal Superior». Durante el siguiente cuarto de hora, M lo guió a través de toda la gama de diamantes hasta una maravillosa serie de piedras coloreadas, rojo rubí, azul, rosa, amarillo, verde y violeta. Finalmente, M le acercó un paquete de piedras más pequeñas, todas defectuosas o marcadas o de pobre color.

—Diamantes industriales. No de los que ellos llaman «Calidad de gema». Se usan en maquinaria, herramientas y demás. Pero no los menosprecie. Norteamérica los compró por un valor de cinco millones de libras el año pasado, y ése es sólo uno de los mercados. Bronsteen me dijo que fueron piedras como éstas las que se usaron para cortar el túnel de San Gothard. En el otro extremo de la escala, los dentistas las usan para taladrar los dientes. Es la sustancia más dura que hay en el mundo. Son

para la eternidad.

M sacó su pipa y empezó a llenarla.

—Y ahora ya sabe tanto como yo de diamantes.

Bond se recostó en su silla observando vagamente los trozos de papel de seda y las resplandecientes piedras esparcidos sobre la superficie de cuero rojo de la mesa de M. Se preguntó de qué iba aquel asunto.

La cerilla chirrió al raspar contra la caja y Bond observó a M apretar el tabaco encendido hacia el fondo de su pipa, guardarse después la caja de cerillas en el bolsillo e inclinar la silla hacia atrás en su actitud favorita para la reflexión.

Bond echó una ojeada a su reloj. Eran las 11:30. Pensó con placer en la bandeja llena de documentos con la etiqueta de *Alto Secreto* que felizmente había abandonado cuando el teléfono rojo lo convocó una hora antes. Estaba seguro de que ahora ya no tendría que ocuparse de ellos.

—Supongo que se trata de un trabajo —le había dicho el jefe de personal en respuesta a la pregunta de Bond—. El jefe dice que no contestará más llamadas antes de la comida y que ha concertado una cita para ti en Scotland Yard a las dos en punto. Apresúrate.

Bond había recogido su abrigo y su sombrero y salido a la recepción, donde se alegró de ver a su secretaria registrando otro voluminoso expediente con la etiqueta de *Prioridad absoluta*.

—M —dijo Bond mientras ella levantaba la mirada en su dirección—. Y Bill piensa que se trata de un trabajo. Así que no creas que vas a tener el placer de amontonar todo eso en mi bandeja. Por lo que a mi respecta, puedes mandárselo por correo al *Daily Express*.—Luego sonrió—. ¿No es ese tipo, Sefton Delmer, un amigo tuyo, Lil? Es justo el material que le va, supongo.

Ella lo miró, apreciativa.

—Llevas la corbata torcida —anunció con frialdad—, y de todas maneras casi no lo conozco. —Se inclinó sobre el registro y Bond salió al corredor pensando en lo afortunado que era de tener una secretaria bonita.

La silla de M crujió y Bond miró a través de la mesa al hombre que merecía gran parte de su afecto y toda su lealtad y obediencia.

Los grises ojos le devolvieron la mirada pensativos. M se sacó la pipa de la boca.

—¿Cuánto tiempo hace que volvió de las vacaciones en Francia?

—Dos semanas, señor.

—¿Se lo pasó bien?

—No estuvo mal, señor. Un poco aburrido hacia el final.

M no hizo ningún comentario.

—He estado mirando su hoja de servicio —dijo al cabo de un instante—. Las

marcas en armas pequeñas parecen mantenerse en la posición más alta; combate sin armas, satisfactorio, y su último test médico muestra que está en bastante buena forma. —M se interrumpió. Luego continuó—: La cuestión es que tengo una misión para usted más bien dura. Quiero asegurarme de que será capaz de cuidar de sí mismo.

—Por supuesto, señor. —Bond estaba algo irritado.

—No se equivoque con este trabajo, 007 —dijo M tajante—. Cuando digo que puede ser duro, no estoy siendo melodramático. Hay mucha gente peligrosa que todavía no ha conocido, puede que haya más de uno metido en este negocio. Y algunos son de los más eficientes. Así que no sea susceptible cuando lo pienso dos veces antes de involucrarlo en ello.

—Lo siento, señor.

—Muy bien. —M dejó la pipa y se inclinó hacia delante con los brazos cruzados sobre la mesa—. Voy a contarle la historia y luego decide si puede realizar el trabajo o no.

Tras una breve pausa, M prosiguió:

—Hace una semana, uno de los peces gordos del Ministerio de Hacienda vino a verme. Lo acompañaba el secretario permanente del Ministerio de Comercio. La visita tenía que ver con diamantes. Parece ser que la mayor parte en el mundo de los que ellos llaman diamantes «gema» es extraída en territorio británico, y el noventa por ciento de todas las ventas de diamantes tiene lugar en Londres. Por la Diamond Corporation.

M se encogió de hombros.

—No me pregunte por qué —prosiguió luego—. Los británicos nos hicimos con el negocio a principios de siglo y nos las hemos arreglado para mantenerlo. Hoy en día es un comercio inmenso. Cincuenta millones de libras al año. El mayor productor de divisas que tenemos. Así que si algo va mal con el negocio, el Gobierno empieza a preocuparse. Y esto es justo lo que está ocurriendo. —M miró plácidamente a Bond—. Cada año se sacan de África de contrabando diamantes por valor de dos millones de libras, por lo menos.

—Eso es mucho dinero —dijo Bond, y preguntó—: ¿Hacia dónde los llevan?

—Se asegura que a Norteamérica —respondió M—. Y estoy de acuerdo con ellos. Aquél es, con ventaja, el mayor mercado de diamantes. Y esas bandas tuyas, las únicas capaces de llevar una operación a esa escala.

—¿Por qué las compañías mineras no los paran?

—Han hecho todo cuanto podían —dijo M—. Probablemente vio en los periódicos que De Beers contrató a nuestro amigo Sillitoe cuando dejó el MI5^[4]; él esta allí ahora, trabajando con la gente de seguridad de Sudáfrica. Imagino que habrá pasado un informe bastante drástico, lleno de buenas ideas para controlar mejor la

situación. Pero los ministerios de Hacienda y de Comercio no han quedado muy impresionados. Creen que este asunto resulta demasiado grande para ser resuelto por un montón de compañías mineras distintas, por muy eficientes que sean. Además tienen una muy buena razón para querer tomar acción oficial por su cuenta.

— ¿Cuál, señor?

—En este preciso instante hay un gran paquete de piedras de contrabando en Londres —dijo M, y sus ojos brillaron mirando a Bond—. Esperando para ir a Estados Unidos. La División Especial sabe quién será el transportista, así como la persona que lo acompañará para vigilarlo de cerca. Tan pronto como Ronnie Vallance tropezó con la historia (filtrada por uno de sus soplones en el Soho, a uno de su «Escuadrón Fantasma», como a él le gusta llamarlo) fue derecho al Ministerio de Hacienda. Que, a su vez, habló con el Ministerio de Comercio y entonces los dos ministros informaron al primer ministro, y éste los autorizó para usar el Servicio.

—¿Por qué no dejar que la División Especial o el MI5 se encarguen de ello, señor? —preguntó Bond, pensando que M parecía estar pasando una mala racha en la cual se mezclaba en los asuntos de los demás.

—Por supuesto podrían arrestar a los portadores tan pronto como recojan el cargamento e intenten salir del país —respondió M impaciente—. Pero eso no acabaría con el tráfico. Esa gente no es de la que habla. De todas formas, los transportistas son sólo una pequeña pieza del ajedrez. Probablemente se limitan a recoger el material de las manos de un hombre en un parque y a entregarlo a otro hombre en otro parque cuando los pasan al otro lado. La única manera de llegar al final del negocio es siguiendo la red hasta Norteamérica y ver hacia dónde nos conduce allí. Me temo que el FBI no nos será de mucha ayuda. Para ellos es sólo una pequeña parte de su batalla contra las grandes bandas. Además todo esto no está haciendo ningún daño a Estados Unidos. Mas bien todo lo contrario. El perdedor aquí es sólo el Reino Unido. Y Norteamérica está fuera de la jurisdicción de la policía y del MI5. Sólo el Servicio puede encargarse del trabajo.

—Sí, ya veo —dijo Bond—. Pero ¿tenemos alguna otra pista con que empezar?

—¿Ha oído hablar de la House of Diamonds?^[5]

—Sí, por supuesto, señor —respondió Bond—. Los importantes joyeros norteamericanos. En la Calle 46 Oeste en Nueva York y en la Rué de Rivoli en París. Creo que hoy en día están casi al mismo nivel que Cartier, VanCleave y Boucheron. Han subido muy deprisa desde que acabó la guerra.

—Los mismos —dijo M—. También tienen un pequeño local en Londres. Hatton Garden. Acostumbraban a ser grandes compradores en la exposición mensual de la Diamond Corporation. Pero, a lo largo de los últimos tres años, han comprado cada vez menos. A pesar de que, como usted dice, parecen estar vendiendo más y más joyas cada año. Deben estar consiguiendo sus diamantes en alguna otra parte. Fueron

los del Ministerio de Hacienda quienes sacaron a relucir su nombre en la reunión del otro día. Pero no he encontrado nada en su contra. Tienen de encargado aquí a uno de sus peces más gordos. Parece extraño para el poco negocio que hacen. El hombre se llama Rufus B. Saye. No se sabe mucho más de él. Almuerza a diario en el American Club de Piccadilly. Juega al golf en Sunningdale. No bebe ni fuma. Vive en el Savoy. Un ciudadano modelo. —M se encogió de hombros—. Pero el de los diamantes es un negocio agradable y bien regulado, casi un asunto de familia, y tienen la impresión que hay algo extraño en el funcionamiento de la Casa de los Diamantes. Nada más que eso.

Bond decidió que había llegado el momento de hacer la pregunta del millón de dólares.

—¿Y qué pinto yo en todo esto, señor? —dijo mirando a M a los ojos.

—Tiene usted una cita en el Yard con Vallance. —M miró su reloj—. Justo dentro de una hora. Se preparará para empezar. Van a arrestar al transportista esta noche y a ponerlo a usted en su lugar en la red.

Los dedos de Bond se curvaron con suavidad alrededor de los brazos del sillón.

—¿Y después?

—Y después —dijo M en un tono de voz impersonal— pasará usted a Norteamérica esos diamantes de contrabando. Al menos ésa es la idea. ¿Qué le parece?

Capítulo 3

Hielo Caliente

James Bond cerró la puerta del despacho de M detrás suyo. Sonrió a los cálidos ojos marrones de Miss Money Penny y cruzó el antedespacho en dirección a la oficina del jefe de personal.

El jefe de personal, un hombre delgado y de aspecto relajado, más o menos de la edad de Bond, dejó la pluma sobre la mesa y se arrellanó en su sillón. Observó como Bond, automáticamente, sacaba la pitillera metálica del bolsillo de su pantalón, caminaba hasta la ventana abierta y miraba hacia abajo, al Regent's Park.

En los movimientos de Bond había una calculada deliberación que respondía a la pregunta del jefe de personal.

—Así que te lo ha vendido.

Bond se volvió.

—Sí —dijo, encendiendo luego un cigarrillo. A través del humo sus ojos miraron directamente al jefe de personal—. Pero dime sólo una cosa, Bill. ¿Por qué al viejo le da mala espina este trabajo? Incluso ha mirado los resultados de mi última revisión médica. ¿Qué le preocupa tanto? Ni que este asunto estuviera relacionado con el Telón de Acero. Estados Unidos es un país civilizado. Más o menos. ¿Qué le corroe?

Era parte del trabajo del jefe de personal saber qué pasaba por la mente de M. Su cigarrillo se había apagado, encendió otro y tiró la cerilla consumida por encima del hombro izquierdo. Miró hacia atrás para ver si había caído en la papelería. Había encestado. Sonrió a Bond.

—Práctica constante —dijo—. No hay muchas cosas que preocupen a M, James, lo sabes tan bien como cualquiera en el Servicio. SMERSH, por supuesto. Los decodificadores alemanes. El Círculo del Opio Chino (o, en todo caso, el poder que tienen en todo el mundo). La autoridad de la Mafia. Y las bandas norteamericanas, las grandes, a las que tiene un saludable respeto. Eso es todo. Son los únicos que lo tienen preocupado. Y este asunto de los diamantes parece bastante seguro que te enfrentará a las bandas. Son los últimos con quienes M esperaba que nos mezcláramos. Eso es todo. Al menos lo que le está dando mala espina de este trabajo.

—Los gánsters norteamericanos no tienen nada de extraordinario —protestó Bond—. En realidad, ni siquiera son americanos. Casi todos son italianos gandules con camisas estampadas que se pasan el día comiendo espaguetis con albóndigas y echándose colonia.

—Eso es lo que tú piensas —dijo el jefe de personal—. Pero el caso es que éstos son los únicos que se dejan ver. Detrás de ellos están los mejores, y todavía hay otros mejores detrás de éstos. Mira lo que pasa en Narcóticos. Diez millones de adictos. ¿De dónde consiguen la mercancía? Observa lo que ocurre con el juego (con el juego

legal). Cada año se sacan en Las Vegas doscientos cincuenta millones de dólares. Luego están las apuestas ilegales en Miami, Chicago y todo el resto. Y es propiedad de las bandas y de sus amigos. Hace unos años, a Bugsy Siegel le volaron la tapa de los sesos porque quería una tajada demasiado grande de las operaciones en Las Vegas. Y Siegel era un tipo bastante duro. Son operaciones a gran escala. ¿Te das cuenta que el juego es el mayor negocio de Estados Unidos? ¿Más grande que el del acero, mayor que el de los automóviles? Y van a tener buen cuidado de mantener el negocio funcionando sin problemas. Consigúete una copia del informe Kefauver si no me crees. Y ahora esto de los diamantes. Seis millones de dólares al año es una buena cifra y puedes apostar tu vida a que estarán bien protegidos. —El jefe de personal se interrumpió, miró con impaciencia a la alta figura vestida con chaqueta de una sola pieza y a los obstinados ojos en el delgado rostro moreno—. Quizá no has leído el informe del FBI de este año sobre el crimen en Norteamérica. Es interesante. Sólo treinta asesinatos al día. Cerca de 150.000 estadounidenses asesinados en los últimos veinte años.

Bond lo miró con incredulidad.

—Es un hecho —prosiguió el jefe de personal—, maldita sea. Da un vistazo a los informes y convéncete por ti mismo. Por eso M quería asegurarse de que estabas preparado antes de introducirte en la red. Vas a vértelas con esas bandas; y estarás completamente solo. ¿Satisfecho?

El rostro de Bond se relajó.

—Vamos, Bill —dijo—. Si ése es todo el problema, te invito a comer. Es mi turno y me siento con ánimos de celebración. Se acabó el papeleo por este verano. Te invito a Scotts' a comer cangrejo sazonado regado con una pinta de *black velvet*, me has sacado un buen peso de encima. Pensé que debía haber algo realmente horrible en todo este asunto.

—Muy bien, que te zurzan. —El jefe de personal dejó a un lado los recelos que compartía plenamente con su superior y siguió a Bond fuera del despacho, cerrando a su espalda con un portazo innecesario.

Más tarde, a las dos en punto, Bond estrechaba la mano de un hombre de aspecto pulcro y mirada equilibrada, en el despacho pasado de moda entre cuyas paredes se escucha la mayor cantidad de secretos de todo Scotland Yard.

Bond y el comisario asistente Vallance habían trabado amistad durante el caso Moonraker, por lo que no era necesario perder el tiempo en preliminares.

Vallance deslizó sobre la mesa un par de fotografías de identificación del CID^[6]. Las fotografías mostraban a un hombre moreno, más bien atractivo, de expresión bravucona y ojos que sonreían inocentes.

—Éste es el tipo —dijo Vallance—. Se parece a ti lo suficiente como para convencer a alguien que sólo tenga su descripción. Peter Franks. Un tipejo con buena

pinta. Buena familia, escuela de pago y todo lo demás. Luego se fue por el mal camino y permaneció en él. Su especialidad son los robos en casas de campo. Puede que tomara parte en el trabajo del duque de Windsor en Sunningdale hace unos años. Lo hemos pillado un par de veces, pero nunca con nada lo bastante importante como para encerrarlo entre rejas. Ahora ha metido la pata, lo hacen a menudo cuando se mezclan en un chanchullo del cual no saben de la misa la mitad. Tengo a dos o tres chicas de la Brigada Secreta trabajando en el Soho y él se ha encariñado con una de ellas. Lo bueno es que la muchacha también está encariñada con él. Cree que puede devolverlo al buen camino y todo eso. Pero la chica tiene que hacer su trabajo; así que cuando él le habló del asunto, de pasada, como si se tratara de una maldita broma, ella nos informó de inmediato.

Bond asintió con un movimiento de cabeza.

—Los ladrones especializados jamás se toman en serio los trabajos de los otros. Estoy seguro que nunca se le ocurriría contarle a la chica nada de sus golpes en las casa de campo.

—Jamás de los jamases —convino Vallance—. O ya lo habríamos encerrado hace años. De todas maneras, parece ser que fue contactado por el amigo de un amigo y que él aceptó llevar las piedras de contrabando a Estados Unidos por cinco mil dólares. A pagar una vez entregada la mercancía. Mi chica le preguntó si se trataba de drogas. El se echó a reír y le dijo: «No, mucho mejor que eso, Hielo Caliente».

—¿Tiene ya los diamantes?

—No. Su próximo trabajo es entrar en contacto con su «guardián». Mañana por la tarde en el Trafalgar Palace. A las cinco en punto en su habitación. Se trata de una chica llamada Case. Ella le dirá qué tiene que hacer y lo acompañará. —Vallance se levantó y empezó a pasear arriba y abajo delante de las falsificaciones de billetes de cinco libras enmarcadas que cubrían la pared opuesta a las ventanas. Luego prosiguió —: Estos contrabandistas van generalmente en parejas cuando se mueve material importante. Suelen desconfiar del correo, y al hombre del otro lado le gusta tener un testigo por si algo sale mal en la aduana. Así, si el correo habla, el gran hombre que está detrás de la operación lo sabe de inmediato.

«Se mueve material importante. Correos. Aduanas. Guardianes...» Bond apagó su cigarrillo en el cenicero de la mesa de Vallance. Cuán a menudo, en sus primeros días en el Servicio, había tomado parte en la misma rutina: cruzando de Estrasburgo a Alemania, de Niegoreloye a Rusia, sobre el Simplón, por encima de los Pirineos. La tensión, la boca seca. Las uñas clavadas en las palmas de las manos. Y ahora, una vez dejado atrás todas aquellas pruebas, volvía a encontrarse en la misma situación.

—Ya veo —dijo Bond, sacudiéndose los recuerdos—. Pero ¿cuál es la situación general?, ¿tienes alguna idea? ¿En qué tipo de operación se iba a meter Franks?

—Bien, los diamantes vienen sin duda de África. —Los ojos de Vallance eran

opacos—. Es probable que sean de las Union Mines. Es casi seguro que proceden de la gran evasión fuera de Sierra Leona que nuestro amigo Sillitoe ha estado investigando. Las piedras salen quizá a través de Liberia, o más probablemente de la Guinea Francesa. Después tal vez vayan a Francia. Y como este paquete ha aparecido en Londres, es muy probable que Londres sea también parte de la red.

Vallance se detuvo y miró a Bond.

—Y ahora sabemos que ese paquete va de camino de Norteamérica, y qué pasa allí es lo que nos preguntamos todos. Los operadores no van a intentar ahorrar dinero en el corte (la mitad del valor de un diamante está en el corte), así que todo parece indicar que las piedras son introducidas en algún negocio legal de diamantes donde son cortadas y vendidas como cualquier otra piedra. —Vallance hizo una pausa—. ¿Te molesta si te doy un consejo? —preguntó luego.

—No seas ridículo.

—De acuerdo —dijo Vallance—. En todos estos trabajos, el pago a los subordinados es siempre la pista más débil. ¿Cómo iban a pagar esos cinco mil dólares a Peter Franks? ¿Quién? Y si hacía un buen trabajo, ¿lo emplearían de nuevo? Si yo estuviese en tus zapatos, investigaría esos detalles. Concéntrate en pasar más allá del peón que se encarga de los pagos e intenta escalar la red hacia los peces gordos. Si les caes bien, no te resultará difícil. No es fácil encontrar buenos correos, e incluso los peces gordos se van a interesar en el nuevo recluta.

—Sí —dijo Bond pensativo—, lo que dices tiene sentido. El mayor problema será ir más allá del primer contacto en Norteamérica. Esperemos que todo el trabajo no me explote en las narices en el garito de aduanas de Idlewild. Tendré una pinta bastante estúpida si el Inspectoscopio me pilla. Pero supongo que esa tal Case tendrá algunas ideas brillantes acerca de cómo transportar el material. Y ahora ¿cuál es el primer paso? ¿Cómo vas a sustituirme por Peter Franks?

Vallance empezó a deambular de nuevo por la habitación.

—Creo que todo irá bien —dijo—. Vamos a arrestar a Franks esta tarde y a encerrarle por conspiración para evadir aduanas. —Esbozó una ligera sonrisa—. Me temo que romperé una bella amistad con mi chica. Pero tiene que hacerse. Y luego la idea es que tú conciertes una cita con Miss Case.

—¿Sabe algo de Franks?

—Sólo su descripción y su nombre —dijo Vallance—. Al menos eso es lo que creemos. Incluso dudo que conozca al hombre que ha contactado con él. Peones a lo largo de toda la red. Cada uno hace su trabajo en un compartimiento estanco. Si se produce una filtración, sólo uno de ellos se ahoga.

—¿Sabes algo de la mujer?

—Los detalles del pasaporte. Ciudadana estadounidense. 27 años. Nacida en San Francisco. Rubia. Ojos azules. Altura 1.65. Profesión: soltera. Ha estado por aquí una

docena de veces en los últimos tres años. Quizá más veces bajo distinto nombre. Siempre se hospeda en el Trafalgar Palace. El detective del hotel dice que no parece que salga demasiado. Recibe pocas visitas. Nunca se queda más de dos semanas. Nunca causa problemas. Eso es todo. No te olvides que cuando os encontréis tú también tienes que tener una buena historia, porque estás haciendo el trabajo y todo eso.

—Me encargaré de ello.

—¿Puedo ayudarte en algo más?

Bond reflexionó. Parecía que el resto era cosa suya. Una vez metido en la red, sería cuestión de ir improvisando. Entonces se acordó de la compañía de joyas.

—¿Qué pasa con la pista de la Casa de los Diamantes con la que nos avisaba el Ministerio de Hacienda? Parece un poco descabellado. ¿Alguna idea?

—Para serte sincero, ni me he preocupado de ellos. —Hubo un tono de disculpa en la voz de Vallance—. He investigado al tal Saye, pero también es una hoja en blanco, excepto por los detalles de su pasaporte. Estadounidense. 45 años. Vendedor de diamantes, etcétera. Va a París muy a menudo. De hecho, una vez al mes durante los últimos tres años. Es probable que tenga una chica allí. Se me ocurre algo. ¿Por qué no ir y echar un vistazo al lugar y al tipo? Uno nunca sabe.

—¿Cómo lo hago? —preguntó Bond, dubitativo.

Vallance no respondió. Apretó un botón del gran intercomunicador que tenía en su mesa.

—¿Sí, señor? —dijo una voz metálica.

—Que venga Dankwaerts a la doble, por favor, sargento. Y Lobiniere. Y póngame con la Casa de los Diamantes. Los vendedores de gemas en Hatton Garden. Pregunte por el señor Saye.

Vallance se acercó a la ventana y miró en dirección al río. Sacó un mechero del bolsillo de su chaleco y empezó a encenderlo y apagarlo automáticamente, absorto en sus pensamientos. Alguien golpeó la puerta y el secretario de Vallance asomó la cabeza.

—El sargento Dankwaerts, señor.

—Que pase —dijo Vallance—. Entretenga a Lobiniere hasta que yo le llame.

El secretario sostuvo la puerta abierta y entró un hombre de aspecto anodino, vestido con ropa de calle. Su cabello clareaba, usaba lentes y su complexión era más bien débil. Su expresión era amable y estudiosa. Podía haber sido un contable entrado en años de cualquier empresa.

—Buenas tardes, sargento —dijo Vallance—. Este es el comandante Bond, del Ministerio de Defensa. —El sargento sonrió educadamente—. Quiero que lleve al comandante Bond a la Casa de los Diamantes, en Hatton Garden. Será el «sargento James» de su personal. Usted cree que los diamantes del golpe de Ascot están camino

de Argentina a través de Norteamérica. Se lo dirá así al señor Saye, el gran hombre de la empresa. Le preguntará si es posible que el señor Saye haya escuchado alguna conversación del otro lado. Su oficina de Nueva York puede haber oído algo. Ya sabe, todo muy agradable y con mucha educación. Pero mirándole a los ojos. Ponga sobre él tanta presión como le sea posible, sin darle motivos para que pueda quejarse. Luego discúlpese y márchese, olvidándose del asunto por completo. ¿De acuerdo? ¿Alguna pregunta?

—No, señor —dijo el sargento Dankwaerts, impasible.

Vallance habló por el intercomunicador. Unos segundos después apareció un hombre cetrino y zalamero, llevando ropas de calle extremadamente elegantes y cargando un pequeño maletín. Permaneció de pie, esperando en el umbral de la puerta.

—Buenas tardes, sargento. Venga y eche un vistazo a este amigo mío.

El sargento se plantó muy cerca de Bond y, educadamente, le hizo girar en dirección a la luz. Dos ojos oscuros examinaron su rostro con minuciosidad por un minuto completo. Después el hombre se retiró.

—No puedo garantizar la cicatriz por más de seis horas, señor —dijo—. No con este calor. Pero con el resto no hay problema. ¿Quién tiene que ser, señor?

—El sargento James, miembro del personal del sargento Dankwaerts. —Vallance miró su reloj—. Sólo por tres horas, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor. ¿Puedo empezar?

A una señal de asentimiento de Vallance, el policía condujo a Bond hasta una silla cerca de la ventana, puso su pequeño maletín en el suelo, al lado de la silla, se arrodilló y lo abrió. Durante diez minutos, sus ágiles dedos se afanaron sobre el rostro y el cabello de Bond.

Este se resignó mientras escuchaba como Vallance hablaba con la Casa de los Diamantes.

—¿Imposible hasta las tres y media? En ese caso, ¿podría decirle al señor Saye que dos de mis hombres lo visitarán a las tres y media en punto? Si, me temo que es bastante importante. Sólo una formalidad, por supuesto. Una entrevista de rutina. No creo que tome más de diez minutos del tiempo del señor Saye. Muchísimas gracias. Sí. Comisario asistente Vallance... Exacto. Scotland Yard... Sí. Gracias. Adiós.

Vallance colgó el auricular y se volvió hacia Bond.

—La secretaria dice que Saye no volverá hasta las tres y media. Sugiero que lleguéis a las tres y cuarto. Nunca viene mal echar una ojeada primero. Siempre ayuda a construir el personaje. ¿Cómo marcha la caracterización?

El sargento Lobiniere sostuvo un espejo de bolsillo frente a Bond. Un toque de blanco en las sienes. La cicatriz había desaparecido. Unas pequeñas arrugas en las esquinas de los ojos y la comisura de los labios. La más ligera de las sombras bajo los

pómulos. Nada que se pudiese señalar con el dedo, pero todo se sumaba en alguien que, desde luego, no era Bond.

Capítulo 4

«¿Qué ocurre aquí?»

En el coche patrulla, el sargento Dankwaerts iba ensimismado en sus pensamientos. Rodaron en silencio por el Strand hasta Chancery Lane y desde allí a Holborn. En Eamages giraron a la izquierda y entraron en Hatton Garden. El coche los paseó cerca de los prístinos portales blancos del London Diamond Club.

Bond siguió a su compañero, cruzaron la acera hasta una elegante puerta en cuyo centro colgaba una placa de latón muy bien pulida en la que se leía *House of Diamonds*, y debajo *Rufus B. Saye. Vicepresidente en Europa*. El sargento Dankwaerts llamó al timbre. Una elegante muchacha judía abrió la puerta y los condujo a lo largo del recibidor, cubierto con una gruesa alfombra, hasta una sala de espera de enmaderadas paredes.

—El señor Saye vendrá en cualquier momento —dijo con aire indiferente, y se marchó cerrando la puerta.

La sala de espera era lujosa y, gracias al fuego de leña que ardía en la chimenea, aunque todavía no fuera la estación apropiada, resultaba tropicalmente cálida. En el centro de la moqueta de color rojo oscuro había una mesa circular Sheraton de palisandro y seis sillones a juego que Bond imaginó valían por lo menos unas mil libras cada uno. En la mesa se encontraban ejemplares de las últimas revistas y varias copias del *Diamond News*, de Kimberley. Los ojos de Dankwaerts se iluminaron cuando las vio, se sentó y empezó a hojear las páginas del número de junio.

En cada una de la cuatro paredes había una pintura de gran tamaño de una flor enmarcada en oro. Algo casi tridimensional en las pinturas atrajo la atención de Bond, que se acercó a examinar una de ellas. No se trataba de una pintura, sino de una flor natural recién cortada y dispuesta tras un cristal en un nicho forrado con terciopelo cobrizo. Las otras tres eran iguales y con los cuatro jarrones Waterford, que también contenían flores, formaban un conjunto perfecto.

En la habitación reinaba el silencio, si se exceptuaba el hipnótico tic-tac del gran reloj de péndulo y el suave murmullo de voces que provenía de la puerta opuesta a la entrada. Hubo un clic y la puerta se abrió unos pocos centímetros. Una voz con un fuerte acento extranjero protestó volublemente:

—Pego, señog Grunspan, ¿pog qué seg tan dugo? Todos tenemos que ganarnos la vida, ¿no? Le digo que esta magavillosa piedga me costó diez mil libgas. ¡Diez mil! ¿Usted no me cgee? Se lo jugo. ¡Pog mi honog! —Hubo una pausa negativa y la voz lanzó su última tentativa—. ¡Mejog todavía!, ¡le apuesto cinco libgas!

Se escuchó el sonido de una carcajada.

—Willy, es usted todo un personaje —replicó una voz con acento norteamericano

—, pero no hay apuesta. Estaré encantado de ayudarle; aunque sé que esta piedra no vale más de nueve mil, yo le daré cien más para usted. Ahora váyase y méditelo. No conseguirá ninguna oferta mejor en la calle.

La puerta se abrió y por ella apareció un hombre de negocios norteamericano, de labios apretados, con gafas de pinza y mostrando el camino a un judío de pequeña estatura y aspecto atormentado que llevaba una gran rosa roja en el ojal. Los dos hombres parecieron sorprendidos de encontrar la sala de espera ocupada y, musitando un «Perdón» que no iba dirigido a nadie en especial, el norteamericano casi arrastró a su acompañante hacia el vestíbulo. La puerta se cerró a sus espaldas.

Dankwaerts guiñó un ojo a Bond.

—Esto es todo el mundo de los diamantes contenido en la cáscara de una nuez —dijo—. Ése era Willy Behrens, uno de los agentes de comercio independientes más conocido en la calle. Supongo que el otro hombre era el comprador de Saye. —Volvió a su periódico mientras Bond, resistiendo el impulso de encender un cigarrillo, siguió examinando las «pinturas» de flores.

De repente el rico y enmoquetado silencio de la habitación se quebró como se quiebra el silencio de un reloj de cuco. A un tiempo, un leño se desplomó en el hogar, el carillón de pared tocó la media, la puerta se abrió de par en par y un hombre alto, de tez morena, entró en la habitación mirando secamente a Bond y al sargento.

—Mi nombre es Saye —dijo sin más preámbulos—. ¿Qué ocurre aquí? ¿Qué quieren ustedes?

La puerta había permanecido abierta a su espalda. El sargento Dankwaerts se puso de pie y, sorteando a Saye, con ademán educado pero firme, la cerró. Después volvió a plantarse en el centro de la habitación.

—Soy el sargento Dankwaerts, de la Sección Especial de Scotland Yard —respondió con voz suave—. Y éste —hizo un gesto en la dirección de Bond— es el sargento James. Estamos llevando a cabo una investigación rutinaria sobre unos diamantes robados. Se le ocurrió al comisario asistente —la voz se había vuelto de terciopelo— que quizá usted pudiera ayudarnos.

—¿Sí? —dijo el señor Saye, mirando con desprecio a aquellos dos «pies planos» mal pagados que habían tenido la desfachatez de malgastar su tiempo—. Continúe.

Mientras el sargento Dankwaerts, en un tono que habría parecido amenazador a un delincuente, y consultando de vez en cuando un pequeño libro de notas, recitaba una historia tachonada con «en la decimosexta instancia» y «ha llegado a nuestro conocimiento», Bond, sin ningún disimulo, realizó un riguroso examen de Saye, quien no pareció más perturbado por ello que por las insinuaciones del discurso del sargento Dankwaerts.

Saye era un hombre corpulento, compacto, duro como un pedazo de cuarzo. Poseía un rostro cuadrado cuyos rasgos angulosos estaban acentuados por el cabello

negro y rizado, arreglado muy corto *en brosse* y sin patillas. Sus cejas eran negras y rectas, y, escondidas debajo de ellas, se encontraban un par de ojos negros de mirada seca y segura por demás. Iba bien afeitado y sus labios formaban una fina y más bien ancha línea recta. El mentón cuadrado estaba profundamente hundido y los músculos sobresalían a la altura de la mandíbula. Vestía una holgada chaqueta negra sin cruzar, camisa blanca y una corbata también negra, tan fina como una cinta, sujeta por una aguja de corbata de oro en forma de lanza. Sus largos brazos, que colgaban relajados a los costados, terminaban en unas manos muy grandes, ahora ligeramente curvadas hacia dentro, dejando ver el negro vello del dorso. Sus grandes pies, enfundados en caros zapatos negros, debían de ser del número 45.

Bond lo identificó como un hombre duro y capaz, que había triunfado en un gran número de escuelas de alto nivel y que parecía seguir enrolado en alguna de ellas.

—... y éstas son las piedras que nos interesan sobre todo —concluyó el sargento Dankwaerts, consultando su libro de notas—: Un «Wesselton» de 20 quilates. Dos «Blanquiazules» finos de unos 10 quilates cada uno, un «Premier Amarillo» de 30 quilates, un «Top Cape» de 15 quilates y dos «Cape Unions» de 15 quilates.

Tras hacer una pausa levantó los ojos del cuaderno de notas y clavó la mirada en los duros ojos de Saye.

—¿Ha pasado por sus manos alguna de estas piedras, señor Saye, o a través de su compañía en Nueva York? —preguntó con suavidad.

—No —dijo Saye llanamente—. No han pasado. —Luego se dirigió hacia la puerta que estaba a su espalda y la abrió de par en par—. Y ahora, buenas tardes, caballeros.

Sin preocuparse más por ellos, salió con paso decidido de la habitación. Los dos hombres oyeron sus pisadas subiendo con rapidez unos pocos escalones. Una puerta se abrió y se cerró de golpe. Se hizo el silencio.

Sin muestras de desánimo, el sargento Dankwaerts deslizó su cuaderno de notas en el bolsillo del chaleco, recogió su sombrero, se encaminó hacia el vestíbulo y salió a la calle. Bond lo siguió.

Subieron al coche patrulla y Bond dio la dirección de su apartamento en King's Road. Cuando el coche estaba en movimiento, el rostro oficial del sargento Dankwaerts se relajó. Se volvió hacia Bond. Parecía divertido.

—Ha sido un placer —dijo alegre—. Uno no se encuentra a menudo con un hueso tan duro como éste. ¿Consiguió lo que buscaba, señor?

Bond se encogió de hombros.

—La verdad, sargento, es que no sé exactamente qué buscaba. Pero estoy contento de haberle echado un buen vistazo a Rufus B. Saye. Todo un personaje. Nada que ver con mi idea de un vendedor de diamantes.

El sargento Dankwaerts se sonrió.

—No es un vendedor de diamantes, señor, me apuesto lo que quiera.

—¿Cómo lo sabe?

—Cuando leí la lista de las piedras desaparecidas —respondió el sargento Dankwaerts mientras sonreía feliz—, mencioné un «Premier Amarillo» y dos «Cape Unions».

—¿Y...?

—No existen tales piedras, señor.

Capítulo 5

Hojas muertas

Bond sintió, fija en su espalda, la mirada del ascensorista mientras él se dirigía hacia la habitación situada al extremo del largo y silencioso corredor. Habitación 350. Bond no se sorprendió. Sabía que se cometían más crímenes de poca monta en aquel hotel que en cualquier otro gran hotel de Londres. Vallance le había mostrado una vez el enorme mapa de los crímenes que tenían lugar en Londres cada mes. Señalando a un bosquecillo de banderitas alrededor de Trafalgar Square, había exclamado: «Todos los meses, esta esquina queda tan agujereada que tienen que pegar otro pedazo de papel encima para que sea posible clavar las banderitas del siguiente mes».

A medida que Bond se acercaba al final del corredor iba escuchando el sonido de un piano interpretando una canción más bien triste. Cuando llegó a la 350 supo que la música provenía de detrás de su puerta. Reconoció la melodía. Era *Hojas muertas*. Llamó.

—Adelante.

El recepcionista había anunciado al visitante, por lo que la voz estaba esperándole.

Bond entró en el pequeño vestíbulo y cerró la puerta a su espalda.

—Cierre con llave —ordenó la voz desde la habitación.

Bond hizo lo que le mandaban; luego cruzó el recibidor hasta situarse enfrente de la puerta abierta de la habitación. Al pasar al lado del tocadiscos portátil, que estaba encima del escritorio, el pianista empezó a tocar *La Ronda*.

La joven se hallaba medio desnuda delante del tocador, sentada a horcajadas en la silla, contemplándose en el espejo de tres piezas por encima del respaldo. Tenía la barbilla apoyada en los brazos desnudos, cruzados sobre el alto respaldo de la silla. Su espalda estaba arqueada, y del conjunto formado por su cabeza y sus hombros se desprendía un cierto aire de arrogancia. Los lazos del sujetador negros cruzando su espalda desnuda, el ajustado encaje negro de sus bragas y el arco de sus piernas golpearon los sentidos de Bond.

Ella levantó los ojos del reflejo de su rostro e inspeccionó a Bond con fría brevedad a través del espejo.

—Supongo que eres el nuevo ayudante —dijo con voz grave, casi ronca, que no hacía concesiones—. Siéntate y disfruta de la música. Es el mejor disco de música ligera de la historia.

—¿Te importa si fumo? —preguntó Bond, sacando su pitillera y poniéndose un cigarrillo en la boca.

—Si es así como quieres morir...

La señorita Case reasumió la silenciosa contemplación de su rostro en el espejo

mientras el pianista interpretaba *J'attendrai*. Se terminó el disco.

Con gesto indiferente flexionó las caderas y se levantó de la silla. Giró a medias la cabeza y la pesada melena rubia cayó sobre la base de su cuello, curvándose con el movimiento y reflejando la luz.

—Si te gusta, pon la otra cara —dijo a la ligera—. Estaré contigo en un minuto. —Y desapareció de la vista.

Bond fue hasta el gramófono y levantó el disco. Era de George Feyer y su acompañamiento rítmico. Miró el número y lo memorizó. Vox 500. Examinó la otra cara y, saltando *La vie en rose* porque le traía recuerdos, puso la aguja sobre el principio de *Abril en Portugal*.

Antes de apartarse del gramófono retiró con cuidado el papel secante sobre el cual éste descansaba y lo sostuvo a la altura de la lámpara del escritorio. Lo puso de lado, a contraluz, recorriendo con la vista las esquinas. No había marca. Se encogió de hombros y lo deslizó otra vez debajo del aparato, volviendo de nuevo a su silla.

Pensó que la música era perfecta para la joven. Todas las melodías parecían pertenecerle. No era de extrañar que fuese su disco favorito. Tenía su misma sensualidad descarada, el sabor fuerte de sus gestos y el patetismo que había visto en sus ojos al devolverle, melancólica, la mirada a través del espejo.

Bond no se había hecho ninguna imagen de la tal señorita Case, que iba a ser su sombra hasta Norteamérica. Había dado por sentado que se trataría de una mujer hosca —una piedra dura y gastada, de ojos muertos— que había «hecho la ruta» y cuyo cuerpo ya no tenía ningún interés para la banda para la cual trabajaba. De acuerdo, la joven era dura, dura de gestos, pero cualquiera que fuese la historia de su cuerpo, su piel había brillado, llena de vida, bajo la luz.

¿Cómo se llamaba? Bond se levantó de nuevo y se dirigió hacia el gramófono. El asa llevaba atada una etiqueta de Pan-American Airways. Decía: «Señorita. T. Case.» ¿T.? Bond volvió a su silla. ¿Tersa?, ¿Tess?, ¿Thelma?, ¿Trudy?, ¿Tilly?... Ninguno parecía irle bien. Desde luego no Trixie o Tony o Tommy.

Seguía entretenido con el problema cuando ella apareció en silencio en la entrada de la habitación, permaneciendo con un codo apoyado en el marco de la puerta y la cabeza inclinada sobre la otra mano. Lo miró pensativa.

Bond se puso de pie sin prisa y le devolvió la mirada.

Iba vestida para salir, con excepción del sombrero, un pequeño objeto negro que se balanceaba en la mano que le quedaba libre. Lucía una elegante chaqueta negra sobre una camisa verde oliva abrochada hasta el cuello, medias de nilón dorado y zapatos de cocodrilo negros de punta cuadrada que daban la impresión de costar una fortuna. Llevaba en una muñeca un delgado reloj de pulsera de oro con correa negra, y en la otra un pesado brazalete dorado. Un gran diamante cortado en barra llameaba en el tercer dedo de su mano derecha y un pendiente de perlas y oro trenzado

asomaba entre el denso cabello, de un tono dorado pálido.

Era bonita de una forma descuidada, como si mantuviera su atractivo sólo para sí misma y no le importara lo que los hombres pensarán de ella. Había algo irónico en la inclinación de las cejas, finamente dibujadas por encima de los grandes ojos grises, que parecía decir: «Seguro. Ven y Pruébalo. Pero, hermano, asegúrate que eres de los mejores».

Los ojos tenían la rara cualidad del tornasol. Cuando las joyas poseen tornasol, el color del brillo cambia con el movimiento de la luz, y el color de los ojos de aquella mujer parecía variar del gris claro al gris oscuro azulado.

Tenía la piel algo tostada y no llevaba maquillaje, excepto por el rojo oscuro de los labios, suaves y carnosos, con un aire caprichoso como para hacer el efecto de lo que se llama «una boca pecadora». Pero no, pensó Bond, una que ha pecado a menudo, si había de juzgar por los sensatos ojos, en los que se adivinaba un asomo de autoridad y tensión.

Esos ojos observaban con mirada impersonal a los de Bond.

—Así que tú eres Peter Franks —dijo ella. Su voz era grave y atractiva, pero con un deje de condescendencia.

—Sí —repuso Bond—. Y me he estado preguntando qué nombre corresponde a la T.

Ella pensó por un momento.

—Supongo que puedes encontrarlo en el escritorio —dijo—. Corresponde a Tiffany. —Se dirigió hacia el gramófono y paró el disco a mitad de *Je n'en connais pas la fin*. Luego se volvió hacia Bond—. Pero no es del dominio público —añadió con frialdad.

Bond se encogió de hombros y se sentó sobre el alféizar de la ventana con las piernas cruzadas.

Su impasibilidad pareció irritarla. La joven se sentó enfrente del escritorio.

—Bien —comenzó con un tono cortante—, hablemos de negocios. En primer lugar, ¿por qué aceptaste este trabajo?

—Alguien murió.

—Oh —exclamó ella con mirada intensa—. Me habían dicho que lo tuyo eran los robos. —Hizo una pausa—. ¿A sangre fría?

—No, en una pelea.

—O sea que lo que quieres es largarte del país.

—Eso, y también el dinero.

La chica cambió de tema.

—¿Tienes una pata de palo? ¿Dientes falsos?

—No, todo es mío.

—Siempre les digo que me busquen a un hombre con una pata de palo —dijo

frunciendo el entrecejo—. Bueno. ¿Tienes algún hobby o algo parecido? ¿Alguna idea de dónde vas a ocultar las piedras?

—No —respondió Bond—. Juego a las cartas y al golf. Creo que las asas de las maletas son un buen sitio para esconder este tipo de material.

—Los tipos de aduanas también lo creen —replicó ella, seca. Se sentó en silencio por un breve momento, reflexionando. Después cogió un pedazo de papel y un lápiz—. ¿Qué tipo de pelotas usas? —preguntó sin sonreír.

—Se llaman Dunlop 65 —respondió Bond con la misma seriedad—. Esa puede ser una idea.

Sin hacer ningún comentario, ella apuntó el nombre. Luego le miró.

—¿Tienes pasaporte?

—Sí, lo tengo —admitió Bond—, pero lleva mi verdadero nombre.

—Oh. —Ella desconfiaba de nuevo—. Y ¿cuál es ese nombre?

—James Bond.

—¿Por qué no escogiste Juan Pérez? —dijo ella burlándose. Se encogió de hombros—. ¡Bah, a quién le importa! ¿Puedes conseguir un visado estadounidense en dos días? ¿Y un certificado de vacunación?

—No veo por qué no —respondió Bond. (La Sección Q se encargaría de eso.)—. En Estados Unidos no tienen nada contra mí. Ni antecedentes penales aquí. Bueno, al menos bajo el nombre de Bond, claro.

—De acuerdo —dijo ella—. Ahora presta atención. Los de inmigración van a necesitar esto. Viajas a Estados Unidos a visitar a un hombre llamado Tree. Michael Tree. Te hospedarás en el Astor, en Nueva York. Tree es un amigo tuyo americano. Lo conociste en la guerra —le explicó la chica con detalle—. Sólo para que lo sepas, este hombre existe en realidad. El corroborará tu historia. Pero casi nadie lo conoce como Michael. Sus amigos lo llaman «Shady» Tree^[7]. Si es que tiene alguno —añadió con acritud.

Bond sonrió.

—Él no es tan divertido como suena —dijo la chica escuetamente. Abrió el cajón del escritorio y sacó un rollo de billetes de cinco libras sujetos por una goma elástica. Los contó con rapidez, apartando más o menos la mitad, y devolvió el resto al cajón. Los enrolló ciñéndolos de nuevo con la goma elástica y lanzó el fajo a Bond, que se inclinó, cogiéndolo cerca del suelo.

—Ahí tienes unas quinientas libras. Reserva habitación en el Ritz y da la dirección a los de Inmigración. Consigúete una buena maleta usada y llénala con aquello que te llevarías si te fueses de vacaciones a jugar al golf. Llévate tus palos de golf. Manténte fuera de circulación.

Tomarás BOAC Monarch a Nueva York. El jueves por la noche. Consigue un billete de ida mañana por la mañana a primera hora. La embajada estadounidense no

te dará el visado sin ver primero el billete. El coche pasará a recogerte al Ritz el jueves por la tarde a las 6:30. El conductor te dará las pelotas de golf, ponlas en tu bolsa. —Luego añadió, mirándolo directamente a los ojos—: Y ni pienses que puedes hacer negocios por tu cuenta con el material. El conductor permanecerá contigo hasta que tu equipaje haya sido embarcado en el avión. Además, yo estaré en el aeropuerto de Londres. Así pues, nada de bromas. ¿De acuerdo?

Bond se encogió de hombros.

—¿Que podría hacer yo con ese tipo de material? —dijo de forma casual—. Es demasiado grande para mí. ¿Y qué pasa en el otro lado?

—Otro conductor estará esperándote a la salida de la aduana. El te dirá lo que tienes que hacer después. —Su voz denotaba un tono de urgencia—. Si algo pasase en las aduanas, en cualquiera de los lados, tú no sabes nada, ¿entiendes? No tienes ni idea de cómo han llegado las pelotas a tu bolsa. Te pregunten lo que te pregunten, tú repite únicamente: «Por mí». Actúa como si fueses estúpido. Te estaré observando. Y es posible que otros también te vigilen. Si te encierran en Estados Unidos, pide hablar con el cónsul británico. No obtendrás ninguna ayuda de nuestra parte. Para eso se te paga. ¿De acuerdo?

—Me parece justo —dijo Bond—. A la única persona a quien causaría problemas sería a ti. —La miró con aire apreciativo—. Y no me gustaría que eso pasase.

—Tonterías —repuso ella, desdeñosa—. No tienes nada que ver conmigo. No te preocupes por mí, amigo. Puedo cuidar de mí misma. Te sorprenderías.

Bond se levantó y se alejó del alféizar de la ventana, sonriendo a los brillantes ojos grises que se oscurecían con la impaciencia.

—Puedo hacer cualquier cosa tan bien como tú. No te preocupes. Te haré quedar bien. Pero relájate un poco y deja de ser tan profesional por un segundo. Me gustaría verte de nuevo. ¿Nos podemos encontrar en Nueva York si todo sale bien?

Bond se sintió como un traidor mientras le decía esas palabras.

Ella le gustaba. Quería que se hicieran amigos. Pero entonces se plantearía el dilema de usar la amistad para seguir avanzando en la red.

La joven lo miró pensativa por un momento y sus ojos perdieron, poco a poco, el tinte oscuro. Sus apretados labios se relajaron entreabriéndose. Había un asomo de balbuceo en su voz cuando respondió:

—Yo, yo... esto es. —Se alejó de su lado de repente—. ¡Mierda! —exclamó, pero la palabra en sus labios sonó artificial—. Estoy libre el viernes por la noche. Supongo que podremos cenar juntos. En el Club 21, en la Calle 52. Todos los taxistas lo conocen. A las ocho en punto. Si el trabajo sale bien. —Se volvió mirando a los labios de Bond, no a sus ojos—. ¿Te va bien?

—Perfecto —dijo Bond. Pensó que había llegado el momento de marcharse antes de cometer ninguna equivocación—. Ahora, ¿hay algo más? —preguntó en tono

eficiente.

—No —respondió ella, y rápidamente, como si acabase de recordar algo, añadió—: ¿Qué hora es?

Bond consultó su reloj.

—Las seis menos diez.

—Tengo que darme prisa —dijo la joven.

Con un gesto de despedida se dirigió hacia la puerta. Bond la siguió. Con la mano en la llave, la chica se volvió hacia él. Lo miró con un aire de seguridad, casi de ternura en sus ojos.

—Todo irá bien —dijo—. Mantente alejado de mí en el avión. Que no te entre el pánico si algo va mal. Si lo haces bien —su voz volvía a tener un tono condescendiente—, intentaré conseguirte más trabajos del mismo tipo.

—Gracias —dijo Bond—. Aprecio la oferta. Me gustará trabajar contigo.

Encogiéndose de hombros ligeramente, ella abrió la puerta y Bond salió al pasillo, aunque se volvió al instante.

—Nos vemos en ese sitio tuyo, el 21 —dijo. Quería añadir algo más, encontrar cualquier excusa para quedarse con ella, con la muchacha solitaria que escuchaba música y contemplaba su imagen en el espejo.

Pero ahora la expresión de la chica era distante. Él podía ser un perfecto extraño.

—Seguro —repuso ella, indiferente. Lo miró una vez más, cerrando la puerta, lenta pero firmemente, en su cara.

Mientras Bond cruzaba el largo pasillo en dirección hacia el ascensor, la joven permaneció de pie detrás de la puerta, escuchando, hasta que las pisadas masculinas se desvanecieron. Entonces, con ojos melancólicos, anduvo hacia el tocadiscos y lo encendió. Cogió un disco de Feyer y buscó la canción que quería escuchar. Puso el disco en el aparato y encontró el surco correcto con la aguja. La melodía era *Je rien connais pas la fin*. Permaneció de pie, escuchando y preguntándose quién sería aquel hombre que de repente, llegado quién sabía de dónde, se había cruzado en su vida. «Dios —pensó de pronto con desesperación y cólera—, otro maldito delincuente.» ¿No podría mantenerse alejada de ellos alguna vez? Pero cuando el disco se terminó, la expresión de su rostro era de felicidad, y empezó a tararear la melodía mientras se maquillaba para salir.

Una vez en la calle, la joven se detuvo a consultar su reloj. Las seis y diez. Todavía le quedaban cinco minutos. Cruzó Trafalgar Square en dirección a la estación de Charing Cross, ordenando en su cabeza lo que iba a decir. Entró en la estación y ocupó una de las cabinas telefónicas que siempre utilizaba.

Eran las 18:15 cuando empezó a marcar el número de Welbeck. Después de los dos toques de costumbre oyó el agudo siseo de la aguja sobre la cera. Entonces, la voz neutral de su jefe desconocido dijo una única palabra: «Hable». Y de nuevo el

silencio, con excepción del siseo de la grabadora.

Ya hacía tiempo que había dejado de ponerse nerviosa por lo abrupto de la orden. Habló de prisa pero con claridad en el auricular negro.

—Case a ABC. Repito. Case a ABC. —Hizo una pausa—. Portador satisfactorio. Dice que su nombre real es James Bond y lo usará en su pasaporte. Juega al golf y se llevará los palos. Sugiere pelotas de golf. Usa Dunlop 65. Todos los otros preparativos se mantienen en pie. Llamaré para confirmar a las 19:15 y a las 20:15. Eso es todo.

Escuchó por un momento el siseo de la grabadora y colgó el auricular. Regresó a su hotel. Llamó al servicio de habitaciones para pedir un Martini seco doble, y cuando se lo subieron se sentó a fumar y a escuchar música, esperando a que fuesen las 19:15.

Entonces, o quizá después de su siguiente llamada a las 20:15, la voz neutral, apagada, le devolvería la llamada: «ABC a Case. Repito, ABC a Case...». Y a continuación le daría las instrucciones que ella debía seguir.

Y en algún lugar, en una habitación alquilada de Londres, el siseo de la grabadora pararía en el momento en que ella colgase el auricular. Y entonces quizá una puerta desconocida se cerraría y se oiría un suave ruido de pisadas bajando por unas escaleras, salir a una calle desconocida y luego desaparecer.

Capítulo 6

En tránsito

Eran las seis de la tarde del jueves y Bond estaba haciendo la maleta en su habitación del Ritz. Era una gastada —y en otros tiempos cara— Revelation de cuero, cuyo contenido hacía juego con la cubierta:

Esmoquin; su liviano traje blanco y negro para el golf y el campo; zapatos Saxone para jugar al golf; un traje de estambre tropical azul marino igual al que llevaba puesto, y algunas camisas de seda blancas y otras de algodón azul oscuro Sea Island con cuello, de manga corta. Calcetines y corbatas, ropa interior de nilón, y dos pares de chaquetas de pijama de seda largas, que Bond prefería a los de dos piezas.

Ninguna de esas prendas llevaba, o había llevado nunca, etiqueta alguna con un nombre o unas iniciales. Bond completó su tarea y procedió a empaquetar sus otras posesiones, los utensilios para el baño y el afeitado, el libro de Tommy Armour *Cómo jugar tu mejor golf todo el tiempo*, los billetes y el pasaporte en el pequeño maletín, también de cuero gastado. Todo había sido preparado por la Sección Q, y en el doble fondo del maletín, debajo del cuero, había un estrecho compartimiento que contenía el silenciador para su pistola y 30 balas del calibre 25.

Sonó el teléfono. Supuso que se trataba del coche que llegaba temprano a la cita, pero era el recepcionista comunicándole que en el vestíbulo estaba el representante de Exportaciones Universales, que debía entregarle una carta personalmente.

—Que suba —dijo Bond intrigado.

Unos minutos más tarde abría la puerta a un hombre de paisano a quien reconoció como uno de los mensajeros del Cuartel General.

—Buenas tardes, señor —dijo el hombre. Sacó un gran sobre del bolsillo delantero de su chaqueta y se lo entregó a Bond—. Debo esperar y llevarme la carta cuando usted la haya leído, señor.

Bond abrió el sobre blanco y rasgó el sello de otro azul que había en su interior.

Contenía una hoja de papel azul escrita a máquina, sin dirección ni firma. Bond reconoció la tipografía extra larga usada en las comunicaciones personales de M.

Bond indicó una silla al mensajero con un gesto de la mano y se sentó al escritorio que estaba junto a la ventana. El memorándum decía:

Washington informa que «Rufus B. Saye» es un alias de Jack Spang, sospechoso de ser un gángster que fue mencionado en el informe Kefauver, pero que no tiene antecedentes penales. De todas formas, es el hermano gemelo de Seraffino Spang y juntos controlan la "Pandilla de las Lentejuelas", que opera por todo Estados Unidos. Los hermanos Spang compraron el control de la Casa de los Diamantes hace cinco años «a modo de inversión»,

y no se conoce nada desfavorable de su negocio, que parece ser perfectamente legal.

Los hermanos son propietarios también de un «servicio de cable» que sirve extraoficialmente a los corredores de apuestas de Nevada y California, y es, por tanto, ilegal. Su nombre es «Sure Fire Wire Service»^[8]. También son propietarios del Tiara Hotel en Las Vegas —que es el cuartel general de Seraffino Spang—, donde se encuentran las oficinas centrales de la Casa de los Diamantes, para beneficiarse de los bajos impuestos que se pagan en Nevada.

Washington añade que la "Pandilla de las Lentejuelas" está interesada en otras actividades ilegales, como los narcóticos y la prostitución organizada. Estas secciones están dirigidas desde Nueva York por Michael «Shady» Tree, que tiene cinco condenas anteriores por varios delitos. La banda dispone de otros cuarteles en Miami, Detroit y Chicago.

Washington describe a la "Pandilla de las Lentejuelas" como una de las bandas más poderosas de Estados Unidos, con una excelente «protección» de los gobiernos federales y de la policía. Con el "Equipo" de Cleveland y la "Banda Púrpura" de Detroit, la "Pandilla de las Lentejuelas" tiene las más altas calificaciones.

Nuestro interés en este asunto no ha sido revelado a Washington, pero en el supuesto de que sus investigaciones le llevaran a un contacto peligroso con esta banda, nos informará de inmediato y será retirado del caso, que pasaremos al FBI.

Es una orden.

El retorno de este documento en un sobre sellado corroborará la recepción de esta orden.

No había firma. Bond recorrió de nuevo la página con los ojos, la dobló y la puso dentro de uno de los sobres del Ritz. Se levantó y entregó el sobre al mensajero.

—Muchas gracias —dijo—. ¿Sabrás encontrar la salida?

—Sí, gracias, señor.

—Buenas tardes.

La puerta se cerró en silencio. Bond cruzó la habitación hasta la ventana y, con aire pensativo, miró hacia fuera, por encima del Green Park.

Por un momento tuvo una clara visión de la enjuta figura entrada en años, sentada en su sillón en el silencioso despacho.

¿Pasar el caso al FBI? Bond sabía que M lo decía de veras, pero también sabía lo amargo que debía de ser para M verse obligado a pedir a Edgar Hoover^[9] que tomara

un caso del Servicio Secreto y sacara las castañas del fuego a Gran Bretaña.

Las palabras operativas del memorándum eran «contacto peligroso». Qué constituía un «contacto peligroso» lo decidiría Bond. Comparado con la oposición a la que Bond había tenido que enfrentarse, aquellos matones no parecían un gran problema, ¿o quizá lo eran? De repente, Bond se acordó del pesado rostro, duro como el cuarzo, de Rufus B. Saye. «Bueno, en todo caso no me hará ningún daño echar un vistazo a ese hermano suyo de nombre exótico: Seraffimo. El nombre de un camarero de discoteca o de un vendedor de helados». Esa gente era así. Barata y teatral.

Bond se encogió de hombros. Miró el reloj. 18:25. Echó un vistazo a la habitación. Todo estaba preparado. Obedeciendo un impulso, metió la mano derecha debajo de su abrigo y sacó la Beretta .25 automática fuera de la pistolera de cuero que colgaba debajo de su axila izquierda. Era la pistola nueva que M le había regalado como recuerdo después de su última misión, con una nota escrita en la tinta verde de M que decía: *Quizá la necesites*.

Bond caminó hasta la cama, sacó el cargador y vació las balas encima de la colcha. Practicó la acción varias veces, sintiendo la tensión del gatillo al apretarlo y disparar el arma vacía. Echó hacia atrás la recámara y comprobó que no había polvo en la aguja del disparador —en la cual había empleado tantas horas lijando hasta conseguir el punto adecuado— y entonces acarició con la mano el azulado cañón, al cual había serrado personalmente el romo punto de mira. Metió de nuevo la munición en el cargador e introdujo éste en la base de la delgada pistola. Repitió la acción por última vez, puso el seguro y deslizó el arma debajo de su abrigo.

Sonó el teléfono.

—Su coche está aquí, señor.

Bond colgó el auricular. Así que había llegado el momento. Se dirigió pensativo hacia la ventana y miró de nuevo hacia el exterior, por encima de los árboles. Sintió un ligero vacío en el estómago, una repentina punzada por tener que abandonar la pintura que era Londres con sus árboles verdes en pleno verano, y una sensación de soledad al pensar en el gran edificio en Regent's Park, la fortaleza que a partir de ese momento estaría fuera de su alcance, excepto para hacer una llamada pidiendo socorro, la cual sabía que no podría hacer.

Llamaron a la puerta. El mozo entró por las maletas. Bond lo siguió fuera de la habitación y a lo largo del corredor, y de su mente desaparecieron todos los pensamientos que no estuvieran relacionados con lo que le esperaba en la entrada de la red, que se abría ante él fuera de las puertas giratorias del Hotel Ritz.

El automóvil era un Armstrong Siddeley Sapphire con matrícula roja.

—Usted preferirá el asiento delantero —dijo el uniformado chófer. No se trataba de una invitación. Las dos maletas de Bond y sus palos de golf fueron colocados en el asiento trasero. Se acomodó junto al conductor y, mientras giraban en Piccadilly,

examinó su rostro. Todo lo que podía ver era un perfil duro, anónimo bajo la gorra de visera. Los ojos estaban ocultos tras unas gafas de sol negras. Las manos, que manejaban expertas el volante y la palanca de cambios, llevaban guantes de cuero.

—Relájese y disfrute del paseo, señor. —El acento era de Brooklyn—. Y no se moleste en trabar conversación. Me pone nervioso.

Bond esbozó una sonrisa y permaneció en silencio. Hizo lo que le habían dicho. «Cuarenta años —pensó—. Setenta y cinco kilos. Metro ochenta. Conductor experto. Está muy familiarizado con el tráfico londinense. No huele a tabaco. Zapatos caros. Pulcramente vestido. Ni sombra de la barba de las cinco de la tarde. Se afeita dos veces al día con maquinilla eléctrica.»

Después de pasar la rotonda al final de Great West Road, el conductor aparcó en el lateral. Abrió la guantera y cuidadosamente sacó seis pelotas de golf nuevas, Dunlop 65, todavía envueltas en su envoltorio negro y con los sellos intactos. Con el motor en punto muerto, salió del asiento delantero y abrió la portezuela trasera. Bond miró por encima de su hombro y observó al conductor desabrochar el bolsillo de su bolsa de golf y, una a una, añadir con esmero las seis bolas nuevas a la mezcla de bolas nuevas y viejas que el bolsillo ya contenía. Después, sin una palabra, el hombre se sentó de nuevo en el asiento delantero y prosiguió la marcha.

En el aeropuerto de Londres, Bond pasó con despreocupación la rutina del equipaje y los billetes; se compró el *Evening Standard*, dejando que su brazo, al poner los peniques en el mostrador, rozase a una atractiva rubia que llevaba un traje de viaje color tostado y ojeaba con desgana las páginas de una revista. Acompañado por el conductor, Bond siguió a su equipaje hasta la aduana.

—¿Sólo efectos personales, señor? —Sí.

—Y ¿cuánto dinero inglés lleva encima, señor?

—Cerca de tres libras y algunos peniques.

—Gracias, señor. —La tiza azul hizo sendos garabatos en las tres maletas, y el mozo cargó el equipaje y los palos en un carrito—. Siga la luz amarilla hasta Inmigración —dijo, empujando el carrito en dirección a la cinta transportadora.

El conductor despidió a Bond con un saludo irónico. La mancha de sus dos ojos se cruzaron con los de Bond por un instante, a través del cristal oscuro de las gafas, y sus labios se estrecharon en una delgada sonrisa.

—Buenas tardes, señor. Que tenga un buen viaje.

—Gracias, amigo —dijo Bond, jovial, y tuvo la satisfacción de ver como la sonrisa se desvanecía en el momento en que el conductor daba media vuelta y se alejaba con paso rápido.

Bond recogió su maletín, mostró su pasaporte a un hombre agradable, de semblante despierto, que puso una cruz detrás de su nombre en la lista de pasajeros, y se dirigió a la sala de salidas. A su espalda oyó la grave voz de Tiffany Case decir

«Gracias» al hombre de semblante despierto, y un momento más tarde ella entraba también en la sala de salidas, escogiendo un asiento entre él y la puerta. Bond sonrió. Era el mismo que él hubiera escogido si estuviese vigilando a alguien que pudiera echarse atrás.

Bond abrió su *Evening Standard* y, casi sin darse cuenta, examinó al resto de los pasajeros por encima de sus hojas.

El avión iba a estar casi completo (Bond había llegado demasiado tarde para conseguir una litera) y se sintió aliviado al comprobar que de las cuarenta personas que había en la sala no reconocía ni un solo rostro. Algunos ingleses; dos de las monjas de costumbre, reflexionó Bond, que parece que siempre cruzan el Atlántico en verano —Lourdes, quizás—; algunos estadounidenses indefinibles, la mayoría del tipo hombre de negocios; dos bebés dispuestos a evitar que los pasajeros pudieran dormir, y un puñado de europeos indeterminados. El cargamento típico, decidió Bond, mientras admitía que si dos de ellos, él y Tiffany Case, tenían sus secretos, no había razón alguna para que muchas de aquellas personas grises no estuvieran también comprometidas en misiones extrañas.

Bond se sintió observado, pero era sólo la mirada vacía de dos pasajeros a los que había clasificado como hombres de negocios estadounidenses. Sus ojos miraron hacia otra parte, y uno de los hombres, de rostro joven pero con el cabello prematuramente blanco, dijo algo al otro; entonces los dos se pusieron de pie, cogieron sus maletas, que a pesar de que era verano iban protegidas con fundas impermeables, y se dirigieron hacia el bar. Bond les oyó pedir unos brandies con agua. El otro hombre, pálido y gordo, sacó un frasco de pastillas de su bolsillo y se tragó una con el brandy. «Dramamina», conjeturó Bond. El hombre sería un mal viajero.

La azafata del vuelo de la BOAC estaba cerca de Bond. Cogió el teléfono, a Control de Vuelo, supuso Bond.

—Tengo cuarenta pasajeros en la sala final —dijo; esperó la conformidad y entonces colgó el auricular y cogió el micrófono.

«¿Sala final? Agradable forma de empezar un vuelo a través del Atlántico», reflexionó Bond. Ya estaban cruzando el asfalto en dirección al gran Boeing. Con un vahído de gasolina y metano, los motores arrancaron uno por uno. El comandante de a bordo anunció por los altavoces que la próxima escala sería Shannon, donde tomarían la cena, y que el tiempo de vuelo sería de una hora y cincuenta minutos. El gran Stratocruiser de dos pisos rodó lentamente fuera de la pista de despegue Este Oeste. El avión tembló contra sus propios frenos al acelerar el capitán los cuatro motores, uno tras otro, hasta alcanzar velocidad de despegue. A través de su ventanilla Bond observó cómo eran probados los alerones de vuelo. El gran avión giró lentamente hacia el sol poniente. El aparato dio un salto al liberarse los frenos y el césped a los dos lados de la pista de despegue se aplanó mientras, ganando

velocidad, el Monarch se lanzaba sobre los dos kilómetros de desgastado cemento y se elevaba hacia el oeste, dirigiéndose hacia otra pequeña cinta de cemento en el otro extremo del mundo.

Bond prendió un cigarrillo y estaba acomodándose con su libro cuando el respaldo del asiento izquierdo del par de butacas situadas más adelante se reclinó de repente en su dirección. Era uno de los dos hombres de negocios estadounidenses, el gordo, que yacía desparramado con el cinturón de seguridad ajustado sobre el vientre. Su rostro estaba verde y sudoroso. El hombre sostenía el maletín con fuerza sobre el pecho y Bond pudo leer el nombre en la tarjeta de visita insertada en el portatarjetas de cuero: *W. Winter* y, debajo, en pulidas mayúsculas de tinta roja, estaba escrito *Grupo sanguíneo F*.

«Pobre bruto —pensó Bond—. Está aterrorizado. Sabe que el aparato se va a estrellar. Sólo espera que los hombres que saquen su cuerpo de entre los escombros le den la transfusión de sangre correcta. Para él este avión no es más que un tubo gigantesco lleno de anónimos pesos muertos, mantenido en el aire por un puñado de cables que echan chispas y guiado a su destino por un poco de electricidad. No tiene fe en él, ni tampoco en las estadísticas sobre la seguridad de los aviones. Sufre de los mismos terrores de cuando era un niño pequeño: miedo al ruido y miedo a caer. No se atreve ni a ir al baño por miedo de atravesar con el pie el suelo del avión al levantarse.»

Una silueta interceptó los rayos de sol del atardecer que inundaba la cabina y Bond apartó la vista del hombre. Era Tiffany Case. Pasó por su lado en dirección a las escaleras que conducían al salón comedor, en la cabina inferior, y desapareció. Bond hubiese querido seguirla. Se encogió de hombros y esperó a que la azafata pasara con el carrito de las bebidas y los canapés de caviar y de salmón ahumado. Volvió a su libro y leyó una página sin enterarse de una sola palabra. Se sacó a la joven de la cabeza y empezó de nuevo la lectura de la página.

Bond había leído un cuarto del libro cuando sintió que sus oídos empezaban a taponarse, mientras el avión emprendía el descenso de ocho mil metros hacia la costa oeste de Irlanda.

—Abróchense los cinturones. Apaguen los cigarrillos.

Allí estaba, la luz de posición verde y blanca de Shannon y el rojo y oro de la pista de aterrizaje apresurándose hacia ellos, y después las luces de tierra de un azul brillante entre las cuales el Stratocruiser rodaba pesadamente en dirección a la zona de desembarco. Bistec y champán para la cena, y la maravillosa taza de café caliente sazonado con whisky irlandés y rematado con un dedo de nata espesa. Una ojeada a la basura en las tiendas del aeropuerto: «Rosarios de cuerno irlandeses», «Arpa irlandesa de roble» y «Leprechauns de bronce», todo a 1,50 dólares; la espantosa «Casa de campo musical irlandesa», a 4,00 dólares; los peludos tweeds, imposibles

de llevar, y los exquisitos tapetes de lino irlandés. Y luego el galimatías irlandés saliendo de los altavoces, del que sólo las palabras BOAC y New York resultaron comprensibles de la traducción al inglés. El último vistazo a Europa, y de nuevo estaban ascendiendo los cinco mil metros en dirección a su próximo contacto con la superficie del mundo; los radiofaros en los barcos meteorológicos *Jig* y *Charlie*, marcando el tiempo entre sus puntos de compás, en algún lugar en medio del Atlántico.

Bond durmió bien y sólo se despertó en el momento en que se acercaban a las costas del sur de Nueva Escocia. Fue al servicio, se afeitó y se enjuagó de la boca el sabor de una noche de aire acondicionado; luego volvió a su asiento entre las filas de pasajeros acurrucados, y tuvo su momento de euforia habitual cuando el sol apareció en el borde del mundo bañando la cabina en sangre.

Despacio, con el amanecer, el avión recobró la vida. Seis mil metros más abajo, las casas empezaban a aparecer como pequeños granos de arroz desperdigados sobre una alfombra marrón. Nada se movía en la superficie de la tierra, excepto el delgado gusano de humo de un tren, la recta pluma blanca dejada por la estela de un barco de pesca y el destello cromado de un coche de juguete atrapado por el sol. Bond casi podía ver como los bultos durmientes bajo las mantas empezaban a retorcerse, y donde había un girón de humo ascendiendo hacia el quieto aire matinal, sentía el olor del café hirviendo en las cocinas.

Llegó el desayuno, el inapropiado surtido de alimentos que la BOAC anunciaba como «un desayuno de campo inglés». El comandante de vuelo cruzó la cabina con los formularios de la aduana de Estados Unidos: Formulario NB⁶⁰⁶³ del Ministerio de Hacienda. Bond leyó la letra pequeña: *El fallo en declarar cualquier artículo o cualquier declaración intencionadamente falsa... Multa o encarcelamiento, o los dos*; escribió «efectos personales» y con una alegre sonrisa firmó la mentira.

Pasaron tres horas en que el avión permaneció inmóvil en la mitad del mundo, y sólo los rayos de sol moviéndose lentamente unos pocos centímetros arriba y abajo de las paredes de la cabina daban la sensación de movimiento. Al fin allí estaba la gran extensión de Boston a sus pies, y luego New Jersey Turnpike, con su forma de hoja de trébol. Los oídos de Bond empezaron a taponarse con el lento descenso hacia la capa de niebla que eran los suburbios de Nueva York. Hubo un siseo y el olor enfermizo de la bomba insecticida, el estridente quejido hidráulico de los frenos y las ruedas de aterrizaje tomando posición, el inclinarse del morro del avión, el rebote de las ruedas en la pista de aterrizaje, el desagradable rugir de las hélices al ser puestas en reversa para reducir la velocidad de entrada del avión, el ronroneante avance sobre la gastada hierba hacia la cinta de asfalto, el golpe seco de la escotilla al ser abierta, y habían llegado.

Capítulo 7

«Shady» Tree

El oficial de aduanas, un hombre panzudo con marcas oscuras de sudor bajo los brazos de la camisa gris de su uniforme, se dirigió con desgana desde la mesa del supervisor hasta donde se encontraba Bond con sus tres piezas de equipaje, de pie bajo la letra B. A su lado, bajo la C, la joven sacó un paquete de Parliaments del bolso y se puso un cigarrillo entre los labios. Bond escuchó los impacientes clics del encendedor, y luego un sonido más seco, el de la cremallera del bolso al cerrarse. Bond era consciente de que lo vigilaba. Deseó que su nombre empezara por Z para que no estuviese tan cerca. ¿Zarathustra?, ¿Zacharias?, ¿Zophany...?

—¿Señor Bond?

—Sí.

—¿Es ésta su firma?

—Sí.

—¿Sólo efectos personales?

—Sí, eso es todo.

—Muy bien, señor Bond. —El hombre arrancó un sello de aduanas de su libro y lo pegó en la maleta. Hizo lo mismo con el maletín. Llegó a los palos de golf. Se detuvo con el libro de sellos en la mano y miró a Bond.

—¿A qué dispara, señor Bond?

Bond se quedó en blanco por unos segundos.

—Son palos de golf.

—Seguro —dijo el hombre, paciente—. Pero ¿a qué dispara? ¿Dónde la suele colocar?

Bond se habría dado de bofetadas por haberse olvidado del americanismo.

—Oh, en la mitad de los ochenta, supongo.

—Nunca he pasado de los cien en mi vida —dijo el oficial de aduanas.

Pegó el bendito sello en el costado de la bolsa, a unos centímetros del cargamento de contrabando más caro que nunca había pasado por la aduana de Idlewild.

—Que tenga unas buenas vacaciones, señor Bond.

—Gracias —respondió él. Llamó a un mozo y siguió a sus maletas hasta el último obstáculo, el inspector que estaba en la puerta. No se detuvo. El hombre se inclinó, buscó los sellos, les puso el tampón y le dejó pasar.

—¿El señor Bond? —preguntó un hombre alto de facciones enjutas, con el cabello de color barro y ojos maliciosos. Llevaba pantalones marrones y una camisa color café—. Tengo un coche para usted —dijo mientras giraba sobre sus talones y se dirigía hacia el sol caliente de la mañana.

Bond notó el bulto cuadrado en el bolsillo de su pantalón. Era del tamaño de una pistola de pequeño calibre automática.

«Típico —pensó Bond—. Rutina Mike Hammer. Estos gángsters estadounidenses son demasiado obvios. Han leído demasiados cómics y han visto demasiadas películas.»

El automóvil era un Sedan Oldsmobile negro. Bond no esperó a que se lo dijeran. Se sentó en el asiento delantero, dejando que el hombre de marrón colocara el equipaje en la parte trasera y le diese una propina al mozo. Cuando, después de dejar atrás la triste pradera de Idlewild se mezclaron con el tráfico de la Van Wyck Parkway, Bond sintió que tenía que decir algo.

—¿Qué tiempo hace por aquí?

El conductor no apartó los ojos de la carretera.

—Sobre los cuarenta grados.

—Bastante calor —dijo Bond—. En Londres no hemos pasado de los veintitrés.

—¿Sólo?

—Y ahora, ¿cuál es el programa? —preguntó Bond después de una pausa.

El hombre echó una ojeada al retrovisor y se colocó en el carril central. Durante los siguientes doscientos metros se entretuvo en adelantar a un puñado de coches que se movían lentamente en los carriles laterales. Llegaron a un tramo de carretera vacío. Bond repitió la pregunta.

—He preguntado que cuál es el programa.

El conductor le echó una ojeada rápida.

—Shady quiere verle.

—¿De veras?

Bond comenzaba a impacientarse con aquella gente. Se preguntaba cuándo iba a empezar la acción. Las perspectivas no eran muy buenas. Su misión consistía en mantenerse en la red y moverse hacia arriba. Cualquier signo de independencia o falta de cooperación y se librarían de él. Tendría que pasar desapercibido y permanecer así. Sería mejor que se acostumbrara a la idea.

Cruzaron los barrios altos de Manhattan y siguieron el río hasta la Calle 40. entonces cortaron por el centro de la ciudad y pararon a medio camino de la Calle 46 Oeste, el Hatton Garden de Nueva York. El conductor estacionó en doble fila delante de un portal anónimo. Su punto de destino estaba emparedado entre una tienda mugrienta que vendía bisutería para el teatro y una elegante fachada recubierta de mármol negro. Las plateadas letras en itálica sobre la entrada de mármol negro de la tienda elegante eran tan discretas que, de no haber sido porque su nombre estaba grabado en la cabeza de Bond, no habría sido capaz de descifrarlas desde donde se encontraba sentado. Decían: *The House of Diamonds, Inc.*

Mientras el conductor aparcaba, un hombre salió a la acera y rodeó el automóvil.

—¿Todo bien? —preguntó al conductor.

—Seguro. ¿Está el jefe?

—Sí. ¿Quieres que aparque el trasto?

—No me importaría que lo hicieses. —El conductor se volvió hacia Bond—. Hemos llegado, colega. Vamos a sacar las maletas.

Bond salió del coche y abrió la portezuela trasera. Cogió su pequeño maletín, pero cuando fue a recoger los palos de golf...

—Yo llevo los palos —dijo el conductor a su espalda.

Obediente, Bond cargó con la maleta. El conductor alcanzó los palos y cerró la portezuela de un golpe. El otro hombre se había sentado en el coche, que ya se movía hacia el tráfico mientras Bond seguía al conductor a través del anónimo portal.

Había un hombre en la portería del pequeño vestíbulo. Cuando entraron levantó la vista de la sección de deportes de *The News*.

—Hola —dijo al conductor y miró secamente a Bond.

—Hola —saludó el conductor—. ¿Te importa si dejamos aquí las maletas?

—Déjalas —dijo el hombre—. Aquí estarán seguras. —Bajó de nuevo la cabeza.

El conductor, con los palos de golf al hombro, esperó a Bond al lado de la puerta del ascensor situado al otro extremo del vestíbulo. Cuando Bond entró, el conductor oprimió el botón de la cuarta planta y subieron en silencio. Emergieron en otro pequeño vestíbulo en el cual había dos sillas, una mesa, una gran escupidera de latón y un intenso olor a calor rancio.

Cruzaron la gastada alfombra en dirección a una puerta de cristal. El conductor llamó y entró sin esperar respuesta. Bond lo siguió y cerró la puerta.

Un hombre de cabello rabiosamente rojo y con un pacífico rostro en forma de luna estaba sentado detrás del escritorio. Había un vaso de leche delante de él. Cuando entraron, se levantó y Bond pudo ver que era jorobado. Bond no recordaba haber visto antes un jorobado pelirrojo. Imaginó que la combinación podía ser útil para asustar a los peones que trabajaban en la banda.

El jorobado se movió despacio hasta donde estaba Bond; caminó a su alrededor, transformando la minuciosa inspección de pies a cabeza en un espectáculo, y finalmente se situó delante de él y permaneció inmóvil mirándole al rostro. Bond, impasible, devolvió la mirada al par de ojos de porcelana, tan vacíos e inmóviles que parecían haber sido alquilados a un taxidermista. Bond tuvo el presentimiento que estaba siendo sometido a algún tipo de test. Con aire despreocupado, le devolvió la mirada al jorobado, notando sus grandes orejas de lóbulos exagerados, los secos labios rojos en la enorme boca entreabierta, la casi absoluta ausencia de cuello y los cortos y poderosos brazos enfundados en una cara camisa de seda amarilla, cortada de forma que pudiera albergar el pecho de barril y la afilada chepa.

—Me gusta echar un buen vistazo a la gente que empleamos, señor Bond. —La

voz era cortante y de tono muy alto.

Bond sonrió educadamente.

—Londres me dice que usted ha matado a un hombre. Los creo. Puedo ver que usted es capaz de una cosa así. ¿Le gustaría hacer más trabajo para nosotros?

—Depende de qué tipo —respondió Bond—. O más bien, de cuánto pagan. — Esperó no estar siendo demasiado teatral.

El jorobado emitió un breve chillido a modo de risa y, volviéndose abruptamente hacia el conductor, dijo:

—Rocky, saca las pelotas de la bolsa y córtalas por la mitad. Aquí.

Sacudió su brazo derecho con rapidez, sosteniendo la mano abierta hacia el conductor. En la palma descansaba un cuchillo de doble filo con un mango plano cubierto de cinta adhesiva. Bond reconoció que era un cuchillo de lanzador. Tenía que admitir que el pequeño truco de malabarismo había sido limpiamente ejecutado.

—Sí, jefe —dijo el conductor, y Bond notó la presteza con que cogía el cuchillo y se arrodillaba en el suelo para desabrochar el bolsillo de la bolsa de golf donde estaban las pelotas.

El jorobado se apartó de Bond y se dirigió de nuevo a su silla. Se sentó y cogió el vaso de leche. Lo miró con desagrado, tragándose su contenido de dos grandes tragos. Luego miró a Bond como si esperase un comentario.

—¿Úlceras? —preguntó Bond, con miserativo.

—¿Quién le ha dirigido la palabra? —exclamó el jorobado con enojo. Y transfiriendo su furia al conductor, le dijo—: ¿A qué esperas, Rocky? Pon esas pelotas en la mesa donde yo pueda ver qué estás haciendo. El número de cada bola es el centro del tapón. Arráncalos.

—En seguida, jefe —dijo el conductor, levantándose del suelo y poniendo las seis pelotas nuevas sobre el escritorio. Cinco de ellas seguían en sus envoltorios negros. Cogió la sexta, haciéndola girar entre sus dedos. Entonces clavó la punta del cuchillo en la tapa de la bola e hizo palanca. Una sección circular de un centímetro saltó de la pelota; entonces el conductor se la entregó a través de la mesa al jorobado, que vació su contenido: tres piedras sin cortar de unos diez o quince quilates brillaron sobre la superficie de cuero del escritorio.

Malhumorado, el jorobado empujó las piedras con el dedo.

El conductor siguió con su trabajo hasta que Bond contó dieciocho piedras sobre la mesa. No eran muy impresionantes en estado bruto, pero una vez cortadas podrían valer más de 10.000 libras, pensó Bond.

—Muy bien, Rocky —dijo el jorobado—. Dieciocho. Eso es todo. Ahora saca de aquí esos malditos palos de golf y manda al chico al Astor con ellos y con las maletas de este tipo. Está registrado allí. Haz que se lo manden todo a su habitación. ¿De acuerdo?

—Sí, jefe.

El conductor dejó el cuchillo y las pelotas de golf vacías sobre la mesa, abrochó el bolsillo de la bolsa de golf de Bond, se la colgó al hombro izquierdo y salió de la habitación.

Bond fue hasta una silla que estaba apoyada contra la pared, la levantó por encima de la cabeza del jorobado y se sentó de cara a la mesa. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Miró al jorobado y dijo:

—Y ahora, si está satisfecho, querría esos cinco mil dólares.

El jorobado, que había estado observando cuidadosamente los movimientos de Bond, bajó los ojos hacia la desordenada pila de diamantes que tenía delante. Los colocó en círculo y miró a Bond.

—Se le pagará, señor Bond. —La voz aguda era profesionalmente precisa—. Y quizá saque más de cinco mil dólares. Pero la forma de pago será concertada tanto para su protección como para la nuestra. No habrá pago directo alguno. Y usted entenderá por qué, señor Bond; ya le habrán pagado más de una vez durante su carrera de ladrón. Es muy peligroso para un hombre encontrarse de pronto forrado de dinero. Habla de ello. Lo malgasta por todas partes. Y si la pasma lo pilla y le pregunta de dónde lo ha sacado, no tiene ninguna respuesta. ¿Está de acuerdo?

—Sí —respondió Bond, sorprendido por la sensata autoridad de cuanto el hombre estaba diciendo—. Tiene sentido.

—Así que —prosiguió el jorobado— yo y mis amigos pagamos muy raramente y en pequeñas cantidades por servicios prestados. En su lugar, lo arreglamos para que el tipo consiga algún dinero por su propia cuenta. Por ejemplo, usted mismo. ¿Cuánto dinero tiene en el bolsillo?

—Unas tres libras y algunos peniques —dijo Bond.

—Muy bien. Hoy se ha encontrado con su amigo el señor Tree. —Se señaló el pecho con el dedo—. Que soy yo. Un ciudadano perfectamente respetable a quien conoció en Inglaterra en 1945, cuando estaba ocupado en la distribución de los productos sobrantes del Ejército. ¿Se acuerda?

—Sí.

—Yo le debía quinientos dólares por una partida de bridge que tuvimos en el Savoy. ¿Se acuerda?

Bond asintió.

—Cuando nos hemos encontrado hoy yo le he apostado a doble o nada por esos quinientos. Usted ha ganado. ¿De acuerdo? Así que ahora tiene mil dólares y yo, un ciudadano que paga sus impuestos, corroboraré su historia. Aquí tiene el dinero.

El jorobado sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón y deslizó diez billetes de 100 dólares por encima de la mesa.

Bond los cogió y se los metió en el bolsillo del abrigo.

—Y ahora —prosiguió el jorobado— usted dice que le gustaría ver alguna carrera de caballos mientras está aquí. Entonces yo le digo: «¿Por qué no echa un vistazo en Saratoga?, el encuentro empieza el lunes». Y usted me dice «De acuerdo», y se va a Saratoga, con sus mil dólares en el bolsillo. ¿Sí?

—De acuerdo —dijo Bond.

—Y usted apuesta por un caballo. Y gana por lo menos cinco a uno. Así que se lleva cinco mil dólares, y si alguien le pregunta de dónde los ha sacado, usted dice que los ha ganado y que puede probarlo.

—¿Qué pasa si el caballo pierde?

—No perderá.

Bond no hizo ningún comentario. Así que ya empezaba a ir a alguna parte, en el mundo de los gánsters con mayúscula. La sección de las carreras. Miró a los ojos de porcelana pálida. Era imposible descifrar si eran receptivos. Lo miraban en blanco. Y ahora el gran paso: tomar el atajo.

—Está muy bien —dijo Bond, esperando que su tono halagador fuera el adecuado—. Parece que ustedes tienen las cosas bien pensadas. Me agrada trabajar con gente cuidadosa.

No había expresión de ánimo alguna en los ojos de porcelana.

—Me gustaría mantenerme alejado de Inglaterra por una temporada. Supongo que no necesitarán una mano...

Los ojos de porcelana se desviaron de los suyos y escrutaron palmo a palmo el rostro y los hombros de Bond, como si el jorobado estuviese juzgando la carnadura de un caballo. Luego miró el círculo de diamantes que tenía delante y, cuidadosamente, lo transformó en un cuadrado.

En la habitación se hizo el silencio. Bond se miró las uñas.

Al fin el jorobado le dirigió de nuevo la mirada.

—Puede ser —dijo pensativo—. Tal vez haya algo más para usted. Hasta ahora no ha cometido ningún error. Siga así, mantenga la nariz limpia. Llámeme después de la carrera y le contaré cuál es la historia. Pero, como le he dicho, tómese lo con calma y haga lo que le dicen. ¿De acuerdo?

Los músculos de Bond se relajaron. Se encogió de hombros.

—¿Qué ganaría con pasarme de la raya? Estoy buscando trabajo. Y usted puede decir a su equipo que no soy demasiado escrupuloso si la paga es buena.

Por primera vez, los ojos de porcelana mostraron alguna emoción. Parecían heridos y furiosos, y Bond se preguntó si habría sobreactuado.

—¿Quiénes se cree que somos? —El tono de voz del jorobado era tan agudo como un grito—. ¿Algún equipo de ladrones de tercera categoría? Mierda. —Se encogió de hombros, resignado—. No puedes esperar que un inglés entienda cómo funcionan las cosas por aquí estos días. —Los ojos se apagaron de nuevo—. Ahora

escuche lo que le voy a decir. Este es mi número. Anótelo. Wisconsin 7-3697. Y apunte esto también; pero guárdese para usted, si no quiere que le corten la lengua. Apuestas Las Perpetuidades. Apuesta la Milla y Cuarto para caballos de tres años. Apueste su dinero justo antes de que cierren la ventanilla. Cambiaré las probabilidades con esos mil dólares suyos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repuso Bond, con el lápiz apoyado obedientemente en su libro de notas.

—Bien —dijo el jorobado—. *Shy Smile*. Un gran caballo, con una estrella en la frente y las cuatro pezuñas blancas. Apueste por él a ganador.

Capítulo 8

El ojo que nunca duerme

Eran las 12:30 cuando Bond bajó del ascensor y salió al achicharrante calor de la calle.

Dobló a la izquierda y se dirigió lentamente hacia Times Square. Pasó al lado de la elegante fachada de mármol de la Casa de los Diamantes, parándose a examinar los dos discretos escaparates forrados con terciopelo azul oscuro. En el centro de cada uno de ellos había sólo una pieza de joyería, un pendiente que consistía en un gran diamante en forma de pera colgando de otra piedra perfecta, circular y cortada en forma de brillante. Debajo de cada pendiente había una pequeña placa de oro amarillo, con la forma de una tarjeta de visita y con una de las esquinas dobladas. En cada placa estaban grabadas las palabras: *Los diamantes son para la eternidad*.

Bond se sonrió, preguntándose cuál de sus predecesores había traído a Norteamérica, de contrabando, esos cuatro diamantes.

Bond siguió caminando en busca de un bar con aire acondicionado donde poder librarse del calor y pensar un poco. Se sentía satisfecho de su entrevista. Al menos no se lo habían sacado de encima, que era lo que más o menos esperaba. Estaba fascinado con el jorobado. Había algo espléndidamente teatral en él, y su vanidad sobre la Pandilla de las Lentejuelas resultaba interesante. Pero, en el fondo, el tipo no era tan divertido.

Bond llevaba caminando unos minutos cuando, de repente, le pareció que le estaban siguiendo. No tenía evidencia alguna de ello, a no ser por el picor en el cuero cabelludo y una mayor consciencia de la gente que lo rodeaba, pero tenía fe en su sexto sentido, por lo que se paró de repente delante del escaparate que tenía a su lado y miró hacia atrás como por casualidad, recorriendo con los ojos la Calle 46. Nada, aparte de la mezcla de gente moviéndose sin prisas en las aceras, la mayoría por el mismo lado que él, el lado que estaba protegido del sol. No se produjo ningún movimiento repentino en un portal, nadie se secó el sudor del rostro con el pañuelo para evitar ser reconocido, nadie se arrodilló para atarse los cordones de los zapatos.

Bond examinó los relojes suizos del escaparate, se volvió y continuó paseando. Tras unos cuantos metros se detuvo de nuevo. Todavía nada. Siguió y dobló a la derecha hacia la Avenida de las Américas, parándose después en el primer portal, la entrada a una tienda de ropa interior femenina donde un hombre vestido con un traje color café claro, de espaldas a Bond, examinaba las bragas de encaje negro de un maniquí particularmente realista. Bond se volvió recostándose contra un pilar y miró a la calle con aire despreocupado, pero observando con atención.

De repente algo le agarró el brazo derecho y una voz gruñó:

—Muy bien, inglés, tómatelo con calma si no quieres tragar plomo para el

desayuno.

Bond sintió que algo ejercía presión en su espalda, por encima de los riñones. ¿Qué había de familiar en la voz? ¿La ley? ¿La Banda? Miró hacia abajo para ver qué sujetaba su brazo derecho. Era un garfio de acero. ¡Bien, si el hombre sólo tenía un brazo! Como un relámpago giró sobre sus talones, inclinándose hacia un lado y lanzando el puño izquierdo en un golpe fallido.

La mano izquierda del otro hombre agarró su puño con un golpe seco. Al mismo tiempo que aquel contacto telegrafiaba al cerebro de Bond el hecho de que quizá no hubiera ninguna pistola, le llegó la familiar carcajada y la perezosa voz que decía:

—Muy mal, James. Te cogieron los ángeles.

Bond se enderezó lentamente y por un momento no pudo hacer otra cosa que mirar atónito al rostro de halcón de Félix Leiter, la tensión acumulada relajándose lentamente.

—Así que me estabas siguiendo, hijo de puta chapucero —dijo Bond, mirando con placer al amigo, a quien había visto por última vez en una cama manchada de sangre de un hotel de Florida, convertido en un hatillo de vendajes, el agente secreto estadounidense con quien había compartido tantas aventuras—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Y qué demonios estás haciendo comportándote como un tonto con este calor? —Bond sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente—. Por un momento casi me has puesto nervioso.

—¡Nervioso! —Félix Leiter rió burlón—. Ya estabas rezando tus plegarias. Y tu conciencia está tan sucia que no sabías si ibas a recibir de la pasma o de la banda. ¿Me equivoco?

Bond rió esquivando la respuesta.

—Vamos, espía de pacotilla —dijo—, invítame a una copa y cuéntame todo. No creo en un azar tan fuerte como éste. En realidad, te dejo que me invites a almorzar. Vosotros los téjanos sois muy desprendidos con el dinero.

—Por supuesto —dijo Leiter. Deslizó el garfio de acero en el bolsillo derecho de su abrigo y cogió el brazo de Bond con la mano izquierda. Salieron a la calle y Bond se dio cuenta de que Leiter tenía una acusada cojera—. En Tejas incluso las pulgas son tan ricas que se alquilan sus propios perros. Vamos. Sardi está a la vuelta de la esquina.

Leiter evitó los salones de moda de la casa de comidas que era la favorita de actores y escritores famosos y condujo a Bond al piso superior. Al subir los peldaños de la escalera, su cojera se hizo más evidente y tuvo que agarrarse al pasamanos. Bond no hizo ningún comentario. Pero mientras se lavaba las manos en el servicio, tras dejar a su amigo sentado a una de las mesas del bendito restaurante con aire acondicionado, hizo un recuento de sus impresiones. El brazo derecho había desaparecido, y la pierna izquierda, y tenía pequeñas cicatrices disimuladas detrás de

la línea del cabello, por encima del ojo derecho, que sugerían un buen número de injertos. Pero, por lo demás, Leiter parecía estar en buena forma. Sus ojos grises seguían invictos, la llamarada de cabello pajizo sin ningún asomo de gris, y nada había de la amargura de un mutilado en su rostro. Pero en el corto paseo Bond había notado un amago de reticencia en la actitud de Leiter y pensó que estaba relacionada con él, y quizá con las actividades en que Leiter estaba metido en ese momento. Desde luego nada tenía que ver, pensó, mientras cruzaba la habitación para reunirse con su amigo, con sus heridas.

Le estaba esperando un Martini semiseco con una rodaja de limón. Bond sonrió ante la buena memoria de Leiter y lo probó. Era excelente. Pero no podía reconocer el vermut.

—Está hecho con Cresta Blanca —explicó Leiter—. Una marca nueva de California. ¿Te gusta?

—El mejor vermut que he probado nunca.

—Me he arriesgado y te he pedido salmón ahumado y *brizzola*—dijo Leiter—. Aquí tienen la mejor carne de América, y *brizzola* es el mejor corte: carne de vaca cortada por el hueso. Asada y después terminada a la parrilla. ¿Te va bien?

—Lo que tú digas —repuso Bond—. Hemos tomado suficientes comidas juntos como para que sepas lo que me gusta.

—Les he pedido que no se den prisa —dijo Leiter, que repiqueteó en la mesa con el garfio—. Antes nos tomaremos otro Martini y mientras te lo bebas será mejor que confieses. —Su sonrisa era cálida, pero sus ojos miraban fijamente a Bond—. Sólo dime una cosa. ¿Que negocios tienes con mi viejo amigo «Shady» Tree?

Pidió su comida al camarero y se inclinó hacia delante, esperando.

Bond terminó su primer Martini y encendió un cigarrillo. Se columpió despreocupadamente en la silla. Las mesas cercanas a la suya estaban vacías. Volvió la cabeza y se enfrentó a Leiter.

—Dime algo primero, Félix. ¿Para quien trabajas estos días? ¿Todavía para la CIA?

—No —respondió Leiter—. Con la pérdida de la mano de disparar, sólo podían ofrecerme un trabajo de oficina. Se pusieron muy contentos y me pagaron muy bien cuando les aseguré que prefería la vida al aire libre. Así que Pinkerton me ha hecho una buena oferta. Ya sabes, la gente de «El Ojo que Nunca Duerme». Ahora soy un «demoledor de puertas», un detective privado. La rutina del «Vístanse y abran la puerta». Pero es divertido. Son un buen equipo, y algún día podré retirarme con una pensión y un reloj de oro de recuerdo que se vuelve verde en verano. De hecho, estoy a cargo de su escuadrón de la Banda de las Carreras (doping, carreras preparadas, guardias de noche en los establos...), todo ese tipo de cosas. Un buen trabajo, y te lleva por todo el país.

—Suenan bien —dijo Bond—. Pero no sabía que fueras un experto en caballos.

—No era capaz de reconocer un caballo a menos que llevara un carro de leche detrás —admitió Leiter—. Pero lo coges en seguida, y es sobre todo de la gente de quien tienes que saber, no de los caballos. ¿Y tú? —Leiter bajó la voz—. ¿Todavía con la Vieja Compañía?

—Eso es.

—¿Haciendo un trabajo para ellos en este momento?

—Sí.

—¿Secreto?

—Sí.

Leiter lanzó un suspiro. Tomó un sorbo de su Martini con aire pensativo.

—Bien —dijo finalmente—, estás loco de estar operando solo, si es que tiene algo que ver con los chicos de la Pandilla de las Lentejuelas. De hecho, eres un riesgo tan fuerte que estoy chiflado si sigo comiendo contigo. Te diré por qué estaba merodeando alrededor del territorio de Shady esta mañana, y quizá podamos ayudarnos el uno al otro. Sin involucrar a nuestro equipo, claro. ¿De acuerdo?

—Sabes que me gustaría colaborar contigo, Félix —dijo Bond muy serio—. Pero yo todavía estoy trabajando para el Gobierno, y tú probablemente te encuentras en competición con el tuyo. Pero si resulta que nuestra presa es la misma, no tiene sentido que nos crucemos los cables. Si perseguimos a la misma liebre, estaré contento de correr contigo. —Bond miró inquisitivo al tejano—. ¿Me equivoco si pienso que estás interesado en alguien con una estrella en la frente y cuatro pezuñas blancas llamado *Shy Smile*?

—¡Correcto! —exclamó Leiter, sin estar demasiado sorprendido—. Corre en Saratoga el martes. ¿Y qué tiene que ver la carrera de este caballo con la seguridad del imperio británico?

—Me han dicho que apueste por él —dijo Bond—. Mil dólares a que ganará. Como pago por un trabajo. —Bond levantó el cigarrillo y su mano le cubrió la boca—. He traído cien mil libras en diamantes en bruto en avión esta mañana para el señor Spang y sus amigos.

Los ojos de Leiter se estrecharon. Dio un grave silbido de sorpresa.

—¡Chico! —dijo con respeto—. Desde luego estás en una liga más grande que la mía. Yo sólo estoy interesado porque *Shy Smile* es un impostor. El caballo que ganará el martes no es *Shy Smile* ni de lejos; ni siquiera estaba en la pista las tres últimas veces que corrió. Se lo han cargado. Será un corre caminos llamado *Pickapepper*. De casualidad tiene también una estrella y las cuatro pezuñas blancas. Es castaño, y han hecho un buen trabajo con sus cascos y otros pequeños puntos de diferencia. Han estado preparando este trabajo durante un año. En el desierto de Nevada, donde los Spang tienen un rancho. ¡Van a arrasarlo! Es una gran carrera, con veinticinco mil

dólares extra. Y puedes apostar lo que quieras a que van a empapelar el mundo con su dinero justo antes de la salida. Seguro que es mejor que cinco. Al menos diez o quince a uno. Ganarán una fortuna.

—Creía que en Estados Unidos todos los caballos tenían que llevar los labios tatuados —dijo Bond—. ¿Qué han hecho al respecto?

—Han injertado piel en la boca de *Pickapepper*. Copiando las marcas de *Shy Smile* en ella. El truco del tatuaje se está empezando a pasar de moda. Se dice en Pinkerton que los clubs de jockeis van a empezar a tomar fotos de los ojos nocturnos.

—¿Qué son los ojos nocturnos?

—Son los callos que se producen dentro de las rodillas de los caballos. Los ingleses los llaman «castañas». Parece que son distintos en cada caballo. Como las huellas dactilares de un hombre. Pero será la misma historia de siempre. Ellos fotografiarán los ojos nocturnos de cada caballo de carreras en Estados Unidos y luego se darán cuenta que las bandas han encontrado la forma de alterarlas con ácido. La pasma nunca se pone al día con los ladrones.

—¿Cómo sabes todo esto de *Shy Smile*?

—Chantaje —respondió Leiter alegre—. Tengo un asuntillo pendiente con uno de los chicos del establo de Spang. Le dejo que compre mi silencio con los detalles de este negocio.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—Ya veremos. Me voy a Saratoga el domingo. —El rostro de Leiter se iluminó—. Hombre, ¿por qué no vienes conmigo? Conducimos hasta allí, y te llevo a mi madriguera. El Sagamore. Un hotel de lo más fardón. Hay que dormir en alguna parte. Mejor será que nos vean juntos lo menos posible, pero podremos encontrarnos por las noches. ¿Qué te parece?

—Estupendo —dijo Bond—. No podía ser mejor. Y ahora son casi las dos. Vamos a comer de una vez por todas y te cuento el final de mi historia.

El salmón ahumado era de Nueva Escocia, un pobre sustituto del producto escocés, pero la *brizzola* era tal y como Leiter había prometido, tan tierna que Bond podía cortarla con el tenedor. Terminó su comida con medio aguacate a la vinagreta y luego se entretuvo sobre su café expreso.

—Y eso es todo. —Bond concluyó la historia que había contado entre bocado y bocado—. Y mi teoría es que los Spang son los responsables del contrabando y la Casa de los Diamantes, de la cual son propietarios, comercializa las piedras. ¿Alguna idea?

Leiter dio unos golpecitos con su paquete de Lucky Strike contra la mesa con su mano izquierda, hasta sacar un cigarrillo que encendió con la llama del Ronson que Bond le ofrecía.

—Parece posible —accedió después de una pausa—. Pero no sé demasiado de

este hermano de Seraffino, Jack Spang. Y si Jack Spang es Saye, será la primera vez que escucho algo de él en mucho tiempo. Tenemos fichas del resto de la banda, y más de una vez me he cruzado con Tiffany Case. Un encanto de chica, ha trabajado alrededor de las bandas durante muchos años. No es que tuviese demasiadas oportunidades desde la cuna. Su madre llevaba la casa de citas más elegante de todo San Francisco. Las cosas le iban bien hasta que cometió una gran equivocación. Un día decidió dejar de pagar el impuesto de protección al equipo local. Estaba pagando tanto dinero a la policía que supuso que ellos la protegerían. Una locura. Una noche, la banda se presentó por la fuerza y destrozó el garito. Dejaron a las chicas tranquilas, pero tuvieron una «fiestecita» con Tiffany. Entonces sólo tenía dieciséis años. No me sorprende que no quiera saber nada de los hombres desde entonces. Al día siguiente encontró la caja de seguridad de su madre, la reventó, y se largó. A partir de ahí la rutina habitual: chica de guardarropa, bailarina de *streptease*, estudio extra, camarera, hasta que cumplió los veinte. La vida no debía parecerle demasiado maravillosa y se dio a la bebida. Se aposentó en una casa de huéspedes en Florida Keys y empezó a beber de forma suicida. Tanto que por aquí se la conocía como «el Dulce en Conserva».

»Entonces un niño se cayó en el mar y ella saltó a salvarlo. Su nombre salió en los periódicos y una mujer rica se encaprichó de la muchacha y casi la secuestró. Hizo que se uniera a los «Alcohólicos Anónimos» y luego se la llevó a todas partes como dama de compañía. Pero Tiffany se escapó cuando llegaron a San Francisco y se fue a vivir con su vieja mamá, que por entonces ya se había retirado del negocio de las chicas. Es un culo de mal asiento, y supongo que la vida le pareció un poco aburrida, así que volvió a descarriarse terminando en Reno. Trabajó en el Harold Club por un tiempo. Allí conoció a nuestro amigo Seraffino, que se entusiasmó con ella porque no quería acostarse con él. Le ofreció algún trabajillo en el Tiara de Las Vegas y allí se ha quedado durante los últimos dos o tres años. Haciendo estos viajes a Europa, supongo. Pero en el fondo es una buena chica. No tenía ninguna salida después de lo que hicieron los de la banda con ella.

Bond vio de nuevo los ojos que le miraban hoscamente desde el espejo y oyó el disco tocando *Hojas Muertas* en la habitación solitaria.

—Me gusta —dijo escuetamente. Sintió los ojos de Félix que le miraban especulativos. Miró su reloj—. Bien, Félix, parece que los dos estamos agarrando al mismo tigre. Pero por colas distintas. Será divertido tirar de las dos al mismo tiempo. Me voy a dormir un poco. Tengo habitación en el Astor. ¿Dónde nos encontramos el domingo?

—Mejor mantenerse alejado de esta parte de la ciudad —dijo Leiter—. Te veo fuera del Plaza. Temprano, así evitamos el tráfico de la Parkway. Digamos a las nueve en punto. En la parada de taxis. Ya sabes, donde están los taxis tirados por

caballos. Así, si llego un poco tarde, puedes aprender a reconocer caballos. Te será muy práctico en Saratoga.

Pagó la cuenta y salieron al achicharrante calor de la calle. Bond paró un taxi. Leiter se negó a que lo llevase. Antes de despedirse, cogió a Bond afectuosamente por el brazo.

—Sólo una cosa más, James —dijo, y su voz tuvo una extremada seriedad—. Quizá pienses que los gánsters norteamericanos no son gran cosa. Comparados con SMERSH, por ejemplo, y otros tipejos con los que te habrás enfrentado. Pero déjame decirte que los chicos de la Pandilla son los mejores. Tienen una buena máquina, a pesar de ponerse nombres ridículos. Y protección. Así es como funcionan las cosas en Norteamérica estos días. Pero no me malinterpretes. Realmente huelen mal. Y este trabajo tuyo también huele mal.

Leiter soltó el brazo de Bond y lo miró subir al taxi. Entonces se inclinó sobre la ventanilla.

—¿Y sabes a qué huele tu trabajo, estúpido hijo de puta? —le preguntó, alegre—. A formol y a lirios.

Capítulo 9

Champán amargo

—No pienso acostarme contigo —dijo Tiffany Case en un tono de voz que no admitía réplica—, así que no malgastes tu dinero intentando ablandarme. Pero me tomaré otro, y tal vez otro después. Simplemente no quiero beberme tus Martinis con vodka bajo un concepto equivocado.

Bond se echó a reír. Pidió las bebidas y la miró.

—Todavía no hemos encargado la cena —dijo—. Iba a sugerir marisco y Hock. Podía haberte hecho cambiar de idea. Se supone que la combinación produce bastante efecto.

—Escucha, Bond —dijo Tiffany Case—, un hombre tiene que ofrecer algo más que un poco de carne de cangrejo si quiere acostarse conmigo. En todo caso, como tú pagas, voy a tomar caviar, y lo que vosotros los ingleses llamáis «chuletas», y también champán rosado. No salgo a menudo con un inglés bien plantado, y la cena va a estar a la altura de la ocasión. —De repente se inclinó hacia él poniendo una mano encima de la suya—. Lo siento —añadió de repente—. Eso de pagar era una broma. Yo invito. Pero lo de la ocasión iba en serio.

Bond sonrió a los ojos de la chica.

—No seas tonta, Tiffany —dijo él, usando su nombre por primera vez—. He estado esperando esta velada. Voy a tomar exactamente lo mismo que tú. Y tengo suficiente dinero para pagar la cuenta. El señor Tree apostó contra mí quinientos dólares a doble o nada esta mañana, y gané yo.

Al mencionar a «Shady» Tree, la actitud de ella cambió.

—Supongo que eso cubrirá el gasto —comentó seca—. Justito. ¿Sabes lo que dicen de este lugar? «Todo lo que puedas comer por trescientos papeles.»

El camarero les sirvió los Martinis, batidos pero sin remover, como Bond había especificado, y algunas rodajas de limón en un vaso de vino. Bond exprimió dos de ellas y las dejó caer en el fondo de su bebida. Levantó el vaso y miró a la chica por encima del borde.

—Todavía no hemos brindado por el éxito de la misión.

La boca de la chica se torció en una mueca sarcástica. Se bebió medio Martini de un trago y dejó el vaso sobre la mesa con firmeza.

—O por el ataque de corazón al que acabo de sobrevivir —dijo secamente—. Tú y tu maldito golf. Creí que le ibas a contar al hombre todos tus lanzamientos favoritos. Si te anima un poco más, sacas un palo y una de las pelotas de la bolsa y le muestras un par de trucos.

—Me pusiste nervioso. Encendiendo y apagando el maldito mechero sin conseguir prender el cigarrillo. Me juego lo que sea a que te lo pusiste en la boca por

el lado del filtro y trataste de encenderlo.

Ella lanzó una risa corta.

—Debes tener ojos en el cogote —admitió la chica—. Estuve a punto de hacerlo. De acuerdo. Estamos empatados —dijo, terminándose el Martini—. Vamos. No eres un derrochador, que digamos. Quiero otro de éstos. Empiezo a pasármelo bien. ¿Qué ocurre con la cena? ¿O estás esperando a que pierda el conocimiento antes de pedir?

Bond llamó al maítre. Pidió la cena, y el camarero encargado del vino, que era de Brooklyn pero llevaba una chaqueta a rayas, un delantal verde y una cadena de plata con la taza de catar alrededor del cuello, fue por el Clicquot Rosé.

—Si tengo un hijo —dijo Bond—, le daré un solo consejo cuando se haga mayor: «Gástate el dinero en lo que quieras, pero no te compres nada que coma».

—¡Por Dios! —exclamó la chica—. Esto es realmente la vida con la «v» pequeña. ¿No podrías decirme algo bonito de mi vestido, en lugar de quejarte todo el tiempo de lo cara que te salgo? ¿Sabes lo que dicen? «Si no te gustan mis melocotones, ¿por qué sacudes mi árbol?»

—Todavía no he empezado a sacudirlo. No me dejas poner los brazos alrededor del tronco.

Ella se echó a reír, mirando a Bond con aprobación.

—Por todos los cielos, señor Bond —dijo imitando el acento sureño—. Seguro que usted le dice las cosas más bonitas a una chica.

—Y por lo que se refiere al trapito —continuó Bond—. Es un sueño, y tú lo sabes. Me encanta el terciopelo negro. En especial sobre una piel tostada, y me alegra que no lleves demasiadas joyas, y que no te pintes las uñas. Resumiendo, me apuesto lo que sea a que esta noche eres la contrabandista más bonita de Nueva York. ¿Con quién haces contrabando mañana?

Ella cogió su tercer Martini y miró a Bond. Después, sin prisas, en tres tragos, se lo terminó. Dejó el vaso sobre la mesa y sacó un cigarrillo de la cajetilla al lado de su plato, inclinándose hacia la llama del encendedor de Bond. El valle entre sus senos se abrió para él. Ella lo miró a través del humo del cigarrillo y, de repente, sus ojos se ensancharon y, lentamente, se estrecharon de nuevo. «Me gustas —decían—. Todo es posible entre nosotros. Pero no seas impaciente. Sé amable. No quiero que me hagan daño otra vez.»

Entonces el camarero les sirvió el caviar. De repente, el ruido del restaurante irrumpió en la cálida y silenciosa isla que se habían construido dentro de la habitación, rompiendo el hechizo.

—¿Qué voy a hacer mañana? —repitió Tiffany Case con la voz que uno pone delante de los camareros—. ¿Por qué? Me voy a Las Vegas. Tomaré el Siglo XX a Chicago y después el Superchief a Los Angeles. Es una vuelta un poco larga, pero ya he volado bastante por unos días. ¿Y tú?

El camarero se había retirado. Durante un rato comieron el caviar en silencio. No hacía falta responder de inmediato a la pregunta. A Bond le pareció que, de pronto, tenían todo el tiempo del mundo. Los dos sabían la respuesta a la gran pregunta. Las respuestas a las pequeñas podían esperar.

Bond se echó hacia atrás en su silla. El camarero les sirvió el champán y Bond lo probó. Estaba helado y tenía un ligero sabor a fresas. Era delicioso.

—Me voy a Saratoga —respondió él—, a apostar por un caballo que se supone me hará ganar un poco de dinero.

—Supongo que se trata de un «arreglo» —dijo Tiffany Case con acritud. Bebió un poco de champán. Su humor había cambiado otra vez. Se encogió de hombros—. Parece que esta mañana has causado muy buena impresión a «Shady»— añadió la chica con indiferencia—. Quiere ponerte a trabajar para la banda.

Bond bajó los ojos hacia la piscina de champán rosa. Sentía la niebla de la traición interponiéndose entre él y la chica que le gustaba. Ahuyentó de su mente tales pensamientos. Debía proseguir con el engaño.

—¿Por qué no? —preguntó con facilidad—. Me gustaría. ¿Pero quién es «La Banda»? —Se entretuvo encendiendo un cigarrillo, conjurando al profesional para que mantuviese callado al ser humano.

Notó la mirada de la chica pegada a él. Recobró la sangre fría. El agente secreto tomaba las riendas y su mente empezaba a trabajar con frialdad, buscando pistas, mentiras, dudas.

Cuando levantó la vista, sus ojos eran Cándidos.

La joven pareció satisfecha.

—Se llama la "Banda de las Lentejuelas". Dos hermanos llamados Spang. Trabajo para uno de ellos en Las Vegas. Nadie parece saber dónde se encuentra el otro. Algunos dicen que en Europa. Y también hay alguien llamado ABC. Cuando estoy en este lío de los diamantes, todas las órdenes me vienen de él. El otro, Seraffino, que es el hermano para quien trabajo, está más interesado en el juego y los caballos. Lleva un servicio de cable y el Tiara de Las Vegas.

—¿Y tú qué haces allí?

—Simplemente trabajo allí —dijo ella, dando el tema por cerrado.

—¿Te gusta?

La joven ignoró la pregunta, era demasiado estúpida para ser contestada.

—Y luego está «Shady» —continuó—. En realidad no es un mal tipo, excepto que está tan torcido que si le das la mano es mejor que después te cuentes los dedos. Se encarga de las citas, la droga y todo lo demás. Hay muchos más tipos, matones de todas clases. Operadores duros. —Ella lo miró y sus ojos se endurecieron—. Ya los conocerás —dijo con sorna—. Te gustarán. Son tu tipo.

—¡Diablos! —exclamó Bond, indignado—. Es sólo un trabajo más. Tengo que

ganar dinero.

—Hay muchas otras formas.

—Bueno, éstos son los tipos para los que tú has escogido trabajar.

—En eso tienes razón. —Se rió nerviosa, el hielo se había roto de nuevo—. Pero, créeme, cuando firmas con los Spangle te estás metiendo en la gran liga. Si yo fuese tú, me lo pensaría mucho antes de unirme a nuestro agradable círculo. Y no te equivoques con la banda. Si estás planeando algo de este tipo, mejor que empieces a tomar lecciones de arpa.

Fueron interrumpidos por la llegada de las chuletas, acompañadas de espárragos y salsa *mousseline*, y por uno de los famosos hermanos Kriendler, que eran los propietarios del 21 desde los tiempos en que era la mejor tertulia de Nueva York.

—Hola, señorita Tiffany —dijo—. Hace tiempo que no la veíamos. ¿Cómo van las cosas en Las Vegas?

—Hola, Mac. —La chica le lanzó una sonrisa—. Tiara marcha bien. —Eché una ojeada a la repleta habitación—. Parece que tu pequeño tenderete de perritos calientes tampoco va mal.

—No me puedo quejar —dijo el joven alto—. Demasiada aristocracia que paga a cuenta. Nunca suficientes chicas guapas. Debería venir más a menudo. —Sonrió a Bond—. ¿Todo bien?

—No podría ser mejor.

—Vengan otra vez. —Chasqueó los dedos llamando al camarero del vino—. Sam, pregunta a mis amigos qué quieren beber con el café. —Y envolviéndolos con una última sonrisa se dirigió hacia otra mesa.

Tiffany pidió un *stinger*, hecho con crema de menta blanca, y Bond la imitó.

Cuando llegaron los licores y el café, Bond retomó la conversación donde la habían dejado.

—Pero, Tiffany —dijo—, este trabajito de los diamantes parece bastante fácil. ¿Por qué no seguimos haciéndolo juntos? Dos o tres viajes al año nos proporcionarán un buen dinero, y no serán tantos como para que Inmigración o aduanas empiecen a hacer preguntas difíciles.

Tiffany Case no se mostró impresionada.

—Explícaselo a ABC —repuso—. Te estoy diciendo que esta gente no es estúpida. Dirigen una gran operación con el material. Nunca he trabajado dos veces con el mismo correo, y no soy el único guardián que hace la ruta. Además, estoy convencida de que no íbamos solos en el avión. Juraría que tenían a alguien vigilándonos. Comprueban y vuelven a comprobar cada maldita cosa que hacen. —Tiffany estaba irritada con la falta de respeto que Bond parecía tener por la profesionalidad de sus jefes—. ¿Por qué no he visto nunca a ABC? Sólo llamo a un número de teléfono de Londres y tomo las órdenes de un magnetófono. Si tengo algo

que decir, lo mando a ABC de la misma manera. Te aseguro que esto se halla por encima de tu cerebro. Tú y tus malditos robos en casas de campo. —Estaba absolutamente encendida—. Hermano, ¿tienes algo más preparado?

—Ya veo —dijo Bond, respetuoso, preguntándose cómo iba a arreglárselas para sacarle el número de teléfono de ABC—. Desde luego parece que están en todo.

—Puedes apostar la vida —dijo ella llanamente. El tema estaba volviéndose aburrido. Tiffany miró malhumorada a su *stinger* y se lo bebió de un trago.

Bond presintió el inicio de un *vin triste*.

—¿Vamos a otro sitio? —preguntó, sabiendo que había sido él quien había matado la velada.

—Mejor no —respondió ella con voz opaca—. Llévame a casa. Me estoy poniendo tensa. ¿Por qué diablos no has buscado un mejor tema de conversación que esos malditos matones?

Bond pagó la cuenta y en silencio salieron del fresco envoltorio del restaurante al bochorno de la noche, con su olor a petróleo y a asfalto caliente.

—También estoy en el Astor —le informó Tiffany mientras subían al taxi.

Ella se instaló en el otro extremo del asiento trasero, se sentó inclinada hacia delante y apoyando la barbilla en la mano, mientras contemplaba las mortecinas sombras entre las luces de neón.

Bond no dijo nada. Miró al exterior y maldijo su trabajo. Todo lo que quería era decirle a aquella chica: «Escucha. Ven conmigo. Me gustas. No tengas miedo. No puede ser peor que estar sola». Si ella hubiese aceptado, él habría sido un aprovechado. Y no quería ser un aprovechado con ella. Usarla era parte de su trabajo; pero, por mucho que su trabajo le exigiera, había una forma en que Bond nunca «usaría» a esa chica en particular. A través del corazón.

Al llegar al Astor, Bond la ayudó a bajar del taxi. Mientras él pagaba al taxista, Tiffany permaneció de pie sobre el pavimento, dándole la espalda. Subieron los escalones en el tirante silencio de un matrimonio después de una pelea nocturna.

Pidieron sus respectivas llaves en la recepción y ella dijo «Cinco» al chico del ascensor. Mientras subían permaneció con la mirada fija en la puerta. Bond vio que los nudillos de la mano que sostenía el bolso de noche estaban blancos. Al llegar al quinto salió rápidamente del ascensor, pero no protestó cuando Bond la siguió. Doblaron varias esquinas hasta llegar ante su puerta. Ella se inclinó, metió la llave en la cerradura y abrió de un empujón. Entonces se dio la vuelta enfrentándose a Bond.

—Escucha, señor Bond...

Había empezado en tono amonestador, pero se interrumpió y lo miró directamente a los ojos. Bond pudo ver que sus pestañas estaban húmedas. De repente, ella le echó los brazos alrededor del cuello y con su rostro muy cerca del de Bond le dijo:

—Ten cuidado, James. No quiero perderte. —Y atrajo su rostro hacia sí para

besarle, larga y fuertemente en los labios una sola vez, con ternura furiosa en la que casi no existía el sexo. Pero cuando los brazos de Bond la estrecharon y él empezó a devolverle el beso, su cuerpo se tensó y se liberó del abrazo poniendo fin al momento de abandono.

Con la mano en el pomo de la puerta abierta, se volvió y miró a Bond. El brillo sensual había vuelto a sus ojos.

—Ahora, aléjate de mí —dijo con fiereza, y cerró la puerta de golpe, echando luego la llave.

Capítulo 10

«Studillac» a Saratoga

James Bond pasó la mayor parte del sábado en su habitación con aire acondicionado del Astor, escapando del calor, durmiendo, y preparando cientos de cables dirigidos al Presidente, Universal Export, Londres. Para redactar los informes usó un sencillo código de transposición que se basaba en que estaban en el sexto día de la semana y que la fecha era el cuatro del mes octavo.

El informe concluía que la red de diamantes empezaba en algún lugar cerca de Jack Spang, en la forma de Rufus B. Saye, y terminaba con Seraffino Spang. Que el cruce principal de la red era la oficina de «Shady» Tree, de donde, presumiblemente, las piedras eran introducidas en la Casa de los Diamantes para ser cortadas y comercializadas.

Bond pidió a Londres que tuviese vigilado a Rufus B. Saye, pero avisó que un individuo conocido como «ABC» parecía estar directamente al mando del contrabando para la Pandilla de las Lentejuelas; admitió que no sabía nada más del individuo, excepto que parecía estar instalado en Londres. Se suponía que éste era el único hombre que podía proporcionarles la pista que los llevaría directamente a la fuente de donde provenían los diamantes robados: algún lugar del continente africano.

Bond informó que tenía la intención de continuar escalando la red en la dirección de Seraffino Spang, usando a Tiffany Case como agente involuntario.

Bond mandó el cable a cobro revertido a través de la Western Union, se duchó por cuarta vez y se fue a Voisin's, donde tomó dos Martinis con vodka, huevos Benedict y fresas. Durante la cena leyó las previsiones de las carreras para el encuentro de Saratoga, en las que se decía que los favoritos para Apuestas de la Perpetuidad eran *Come Again*, del señor C. V. Whitney, y *Pray Action*, del señor William Woodward júnior. No se hacía mención a *Shy Smile*.

Bond regresó al hotel y se metió en la cama.

Puntual, a las nueve de la mañana del domingo, un Studebaker descapotable negro se acercó a la acera en que Bond esperaba, de pie, al lado de su maleta.

Bond echó la maleta al asiento trasero y de un salto se sentó al lado de Leiter. Éste alcanzó la capota del coche con la mano y tiró hacia atrás de una palanca. Después oprimió un botón del salpicadero, y, con un ligero chirrido hidráulico, la capota se levantó con lentitud en el aire, se dobló y luego se asentó en el hueco entre el asiento trasero y el maletero. Después, manipulando el cambio de marchas con facilidad, condujo el coche rápidamente a través del Central Park.

—Está a unas doscientas millas —dijo Leiter, una vez tomaron la Hudson River

Parkway—. Casi en línea recta desde el norte del Hudson. En el estado de Nueva York. Al sur de los Adirondacks y no muy lejos de la frontera con Canadá. Iremos por Taconic Parkway. No tenemos prisa, así que nos lo tomaremos con calma. No me gustaría que me pusiesen una multa. En la mayor parte del estado de Nueva York el límite es de ochenta kilómetros por hora, y la pasma es muy estricta. Por lo general, puedo librarme de ellos si tengo prisa. No te multan si no te pillan. Están demasiado avergonzados de tener que aparecer en el juzgado y admitir que algo es más rápido que sus indios.

—Creía que esos indios podían pasar de los noventa —dijo Bond, pensando que su amigo se había vuelto un poco fanfarrón desde los viejos tiempos—. No sabía que los Studebakers llegaran a tanto.

Delante de ellos se extendía un tramo de carretera vacía. Leiter echó una rápida ojeada al espejo retrovisor y de repente puso el cambio de marchas en segunda a la vez que pisaba con fuerza el acelerador. La cabeza de Bond se echó con fuerza hacia atrás y sintió como su espina dorsal se aplastaba contra el respaldo del asiento. Incrédulo, miró el cuentakilómetros. Ciento treinta. Con un sonido metálico, la palanca de cambios alcanzó la velocidad más alta. El coche siguió acelerando: ciento cuarenta, ciento cincuenta, sesenta, setenta... Entonces un puente y un cruce de carreteras aparecieron y Leiter puso el pie en el freno. El ronco rugido del motor dio paso a un ronroneo constante mientras reducía hasta los ciento diez, tomando con facilidad las escalonadas curvas.

Leiter volvió la cabeza hacia Bond y sonrió.

—Puede alcanzar otros diez más con facilidad —dijo con orgullo—. No hace mucho pagué cinco dólares y lo pasé por el test de la milla en Daytona. Alcanzó los doscientos tres, y eso que la superficie de arena no es de las mejores.

—¡Que me cuelguen! —exclamó Bond incrédulo—. Pero ¿qué tipo de coche es éste? Vamos en un Studebaker, ¿no?

—«Studillac» —rectificó Leiter—. Studebaker con motor de Cadillac. Transmisión y frenos especiales. Un trabajo de conversión. Una pequeña compañía cerca de Nueva York les hace el trucaje. Sólo a unos pocos, pero son mejores coches deportivos que esos Corvettes y Thunderbirds. Y no se puede conseguir un chasis mejor que éste. Diseñado por ese francés, Raymond Loewy. El mejor diseñador del mundo. Pero es un poco demasiado avanzado para el mercado norteamericano. A Studebaker nunca le dieron suficiente crédito por su chasis. Demasiado poco convencional. ¿Te gusta el coche? Apuesto a que puede darle un buen repaso a tu Bentley. —Leiter se sonrió mientras buscaba una moneda en su bolsillo izquierdo. Se acercaban al peaje del puente Henry Hudson.

—Hasta que pierdas una de tus ruedas —dijo Bond, cáustico, al ver que aceleraban de nuevo—. Este tipo de chapuzas están bien para chicos que no pueden

permitirse un coche de verdad.

Disputaron alegremente sobre los respectivos méritos de los deportivos ingleses y norteamericanos hasta que llegaron al peaje del Westchester County. Quince minutos más tarde estaban en la Taconic Parkway, que serpenteaba hacia el norte a lo largo de cientos de kilómetros de pradera y bosque. Bond se arrellanó y disfrutó en silencio de uno de los paisajes de autopista más bellos del mundo, preguntándose qué estaría haciendo Tiffany en ese momento. Después de Saratoga tenía que verla de nuevo.

A las 12:30 pararon a comer en The Chicken in the Basket, un restaurante de carretera construido con vigas de madera al estilo «Frontera», que contaba con el equipamiento estándar: un alto mostrador cubierto con las marcas más conocidas de caramelos y chocolates, cigarrillos, cigarrillos, revistas y libros de bolsillo; una máquina de discos de cromo resplandeciente y luces de colores que parecía salida de una película de ciencia ficción; una docena de mesas de pino pulidas en el centro del local y tantos o más taburetes a lo largo de las paredes; un menú con pollo frito y «trucha fresca de la montaña» que había pasado algunos meses en algún congelador lejano; un surtido de platos fríos, y un par de camareras desganas.

Pero los huevos revueltos con salchichas, las tostadas de pan moreno calientes con mantequilla y la cerveza Miller's Highlife llegaron enseguida, y todo estaba bueno, así como el café helado que los siguió. Tras el segundo vaso se olvidaron del trabajo y de sus vidas privadas y se concentraron en Saratoga.

—Once meses al año —explicó Leiter—, este lugar está muerto. La gente se va a tomar las aguas y los baños de lodo para aliviar sus dolencias, reumatismo y enfermedades de ese tipo; es como cualquier otro balneario de cualquier lugar del mundo fuera de temporada. Todos en la cama a las nueve, y los únicos signos de vida durante el día se producen cuando dos caballeros con sombrero panamá discuten al final de la calle sobre la rendición de Burgoyne en Schulerville o si el suelo de mármol del viejo Union Hotel era negro o blanco. Y de repente, durante un mes, agosto, el lugar se desmadra. Probablemente es el concurso hípico más elegante de Norteamérica. Saratoga se llena de apellidos como Vanderbilt y Whitney. Las casas de huéspedes multiplican sus precios por diez; el comité de la pista de carreras empapa la tribuna de pintura y, de alguna manera, encuentra algunos cisnes para el estanque en el centro de la pista; amarran la vieja canoa india en el medio del estanque y ponen en marcha la fuente. Nadie recuerda de dónde vino la canoa; un escritor de carreras estadounidense intentó descifrar sus orígenes y sólo sacó en claro que tenía que ver con una leyenda india. Cuando oyó eso, el escritor ya no quiso saber más; dijo que cuando estaba en cuarto grado podía decir mejores mentiras que cualquier leyenda india que hubiese escuchado.

Bond lanzó una carcajada.

—¿Qué más? —preguntó.

—Deberías saberlo por ti mismo —dijo Leiter—. Solía ser un buen lugar para los ingleses, los que estaban forrados, claro. Jersey Lili acostumbraba a venir a menudo, vuestra Lili Langtry. Por aquellos tiempos *Novelty* ganó a *Iron Mask* en las Apuestas Esperanzadas. Pero las cosas han cambiado un poco desde la década Mauve. —Sacó un recorte de periódico de su bolsillo—. Mira, esto te pondrá al día. Lo recorté del *Post* esta mañana. Este Jimmy Cannon es su columnista de deportes. Un buen escritor. Sabe de qué está hablando. Léelo en el coche. Tenemos que ponernos en marcha.

Leiter dejó el dinero de la cuenta sobre la mesa y salieron. Mientras el Studillac avanzaba por las tortuosas carreteras que llevaban a Troya, Bond se acomodó con la ardua prosa de Jimmy Cannon. Mientras leía, la Saratoga de los días de Jersey Lili se desvaneció en el polvoriento y dulce pasado, dando paso al siglo xx, que le mostraba los dientes burlón desde el pedazo de periódico.

«El pueblo de Saratoga Springs —leyó Bond debajo de la fotografía de un atractivo joven de grandes y honestos ojos y sonrisa de labios más bien delgados— era el Coney Island de los bajos fondos hasta que los Kefauver pusieron su espectáculo en televisión. Eso asustó a los catetos y empujó a los matones hacia Las Vegas. Pero las bandas han ejercido durante mucho tiempo el poder en Saratoga. Esta era una colonia de las bandas nacionales, que llevaban el negocio con pistolas y bates de béisbol.

»Saratoga se separó de la Unión, como hicieron otros pueblos dedicados al juego, lo cual dejó a sus gobiernos municipales a merced de las corporaciones de estafadores. Saratoga es todavía el lugar donde los decentes herederos de viejas fortunas y nombres famosos vienen a hacer correr sus establos bajo unas condiciones de carrera que son primitivas y sugieren una reunión hípica justa al aire libre.

»Antes del cierre de Saratoga, los autoestopistas eran metidos en chirona por un policía que vivía de su salario y de las propinas de asesinos y proxenetas. Ser pobre era una seria violación de la ley en Saratoga. Los borrachos que se forraban en los tugurios de dados eran también considerados una amenaza cuando se quedaban sin blanca.

»En cambio, al asesino se le garantizaba la libertad más absoluta mientras pagara y se tomara interés en alguna institución local. Ya fuese una casa de prostitución o la sala trasera de algún garito de juego, donde el perdedor siempre podía pegarse un tiro.

»Curiosidad profesional me empuja a leer los artículos de la época. Los periodistas recuerdan los tranquilos viejos tiempos, como si Saratoga hubiese sido siempre una ciudad de frívola inocencia. Menudo burgo podrido que acostumbraba a ser.

»Las casas de juego tenían abierto toda la noche en las orillas del lago. Los grandes empresarios invertían en juegos preparados para que no pudieran ser vencidos. Los croupieres y los giradores de ruleta eran matones nómadas pagados por día de trabajo que hacían el circuito de juego desde Newport, Kentucky, a Miami, en invierno, y de vuelta a Saratoga en agosto. Casi todos habían sido educados en Steubenville, donde el juego de poca monta era una especie de escuela del oficio. Eran vagabundos y la mayoría de ellos no poseía tipo de talento alguno para hacer una buena apuesta. No eran más que funcionarios de los bajos fondos que desaparecían así que olían tormenta. Muchos se han asentado en Las Vegas o en Reno, donde sus antiguos jefes han tomado el mando, pero esta vez con licencias colgadas en las paredes.

»Sus jefes no eran jugadores en la tradición del viejo coronel E. R. Bradley, que fue un hombre imponente de comportamiento siempre cortés. Pero hay quienes dicen que su bazar de juego en Palm Beach dejaba acumular ganancias a los jugadores hasta unas cifras demasiado altas.

»Entonces, según los que se han puesto en contra de los juegos de Bradley, se mecanizó, usando cualquier técnica que mantuviese la casa solvente. A aquellos que conocieron a Bradley les divierte leer su canonización como un filántropo cuya ocupación era dar a los ricos un poco de la diversión que les negaba el estado de Florida. Pero, comparado con las ladillas que controlaban Saratoga, el coronel Bradley tiene derecho a los elogios de los sentimentales.

»La pista de Saratoga es una pila de maderas secas y el clima es muy caliente y húmedo. Hay algunos, como Al Vanderbilt y Jock Whitney, que son deportistas en el sentido obsoleto del término. Las carreras de caballos son su juego y resultan demasiado buenos en él. Lo mismo que entrenadores como Bill Winfrey, que envió Native Dancer a las carreras. Hay jockeis que te darían un puñetazo en la nariz si les propusieras hacer trampas con un caballo.

»Ellos disfrutaban Saratoga y deben estar contentos que tipos como Lucky Luciano hayan desaparecido de la ciudad sin ley que una vez floreció porque permitió a los tipos duros que esquilmasen a los visitantes. En la era en que las apuestas se hacían a mano, los corredores de apuestas eran desplumados al dejar la pista. Había uno llamado Kid Tatters a quien limpiaron 50.000 dólares en el aparcamiento. Los matones le dijeron que tenían la intención de secuestrarlo si no les daba más dinero.

»Kid Tatters sabía que Lucky controlaba casi todos los lugares de juego y le pidió que solucionase su problema. Lucky dijo que era un asunto sencillo. Nadie molestaría al corredor de apuestas si éste hacía cuanto él le dijera. Kid Tatters disponía de licencia para aceptar apuestas en la pista y su reputación estaba limpia, pero sólo tenía una manera de protegerse.

»—Hazme tu socio —le dijo Lucky (alguien que estaba presente me repitió la

conversación)—. *Nadie se atreverá a meterse con un socio de Lucky.*

»*Kid Tatters se consideraba un hombre honorable en un negocio aprobado por el Estado, pero cedió y Lucky fue su socio hasta la muerte. Le pregunté a un tipo si Lucky puso dinero o trabajó para merecer su parte de los beneficios del corredor de apuestas.*

»—*Lo único que Lucky hacía era cobrar —me dijo el tipo—. Pero en esos días, Kidd Tatters hizo un buen negocio. Nunca más lo molestaron.*

»*Era una ciudad podrida, como todas las ciudades de juego.»*

Bond dobló el recorte y se lo metió en el bolsillo.

—Definitivamente parece que ha llovido mucho desde los tiempos de Lili Langtry —comentó tras una pausa.

—Seguro —dijo Leiter indiferente—. Lo que Jimmy Cannon se calla es que él sabe que los peces gordos han vuelto, o sus sucesores. Pero hoy en día son propietarios, como nuestros amigos los Spang, haciendo correr a sus caballos contra los Vanderbilt y los Woodward, y ahora preparando un truco sucio como el de *Shy Smile*. Quieren embolsarse cincuenta de los grandes con este trabajo; seguro que es mejor que apalea a un corredor de apuestas por unos pocos centavos. De acuerdo, en Saratoga algunos de los nombres han cambiado. Por aquí también han cambiado el lodo por los baños de lodo.

Por la derecha apareció una gran señal de carretera que decía:

PARE EN EL SAGAMORE.
AIRE ACONDICIONADO. CAMAS SLUMBERITE. TELEVISION.
A OCHO KM. DEL BALNEARIO DE SARATOGA,
Y EL SAGAMORE - PARA VIVIR CON DISTINCIÓN

—Lo que significa que te dan el cepillo de dientes envuelto en una bolsita de papel y el asiento del váter sellado con una tira de papel sanitario —comentó Leiter en tono áspero—. Y no creas que puedes llevarte una de esas camas Slumberite. Los moteles acostumbraban a perder una cada semana. Ahora las atornillan al suelo.

Capítulo 11

«Shy Smile»

Lo primero que sorprendió a Bond de Saratoga fue la verde majestuosidad de sus olmos, que daban a la discretas avenidas de casas de estilo Colonial algo de la paz y la serenidad de un centro de reposo europeo. Había caballos por todas partes; por las calles, con un policía regulando el tráfico para que pudieran pasar; caballos que eran sacados de los camiones para caballerías que los habían transportado alrededor de los distintos grupos de establos, y eran conducidos a las pistas de ejercicio, paralelas a la pista de carreras, situadas muy cerca del centro de la ciudad. Mozos de establo y jokeis, blancos, negros y mexicanos, merodeaban por las calles y se podía oír en el aire el piafar y algún ocasional relincho de los caballos.

Era una mezcla de Newmarket y Vichy, y Bond se dio cuenta que, a pesar de que no tenía el más mínimo interés en los caballos, le fascinaba el ambiente que los acompañaba.

Leiter le dejó en el Sagamore, que estaba situado en las afueras de la ciudad, sólo a un kilómetro de la pista de carreras, y fue a encargarse de sus asuntos. Acordaron que entrarían en contacto sólo durante la noche, o de forma casual entre la gente que atendía a las carreras, pero que al amanecer visitarían la pista de entrenamiento si *Shy Smile* iba a recibir su última puesta a punto a la salida del sol. Leiter dijo que se enteraría de ello y de mucho más después de pasar la tarde por los establos y en The Tether, el restaurante-bar abierto veinticuatro horas y que era el punto de reunión de los maleantes del mundo de las carreras que acudían al encuentro de agosto.

Bond se inscribió en la oficina central del Sagamore, firmó: *James Bond, Hotel Astor, Nueva York*, delante de una mujer de facciones enjutas cuyos ojos, tras unos lentes con montura metálica, asumieron que Bond, como los demás clientes que buscaban una «vida con distinción», tenía la intención de robar las toallas y posiblemente las sábanas. Pagó treinta dólares por tres días y recibió la llave de la habitación 49.

Cargó con su maleta a través del césped quemado por el sol, entre parterres de hortensias y gladiolos marchitos, y entró en la limpia y desahogada habitación doble, con el sillón, la mesilla de noche, el grabado de Currier e Ives, la cómoda y el cenicero de plástico marrón que son el equipamiento estándar de cualquier motel de Estados Unidos. El lavabo y la ducha estaban immaculados, y como Leiter había pronosticado, el vaso de dientes estaba metido en una bolsa de papel *para su protección*, y el asiento del váter inmovilizado por una banda de papel que decía *saneado*.

Bond se duchó, se cambió y salió a dar un paseo. Luego se tomó dos bourbons y el Chicken Dinner por 2,80 dólares; comió en el restaurante de la esquina con aire

acondicionado, que era tan típico del «estilo de vida norteamericano» como el motel. Después volvió a su habitación y se echó en la cama con *The Saratogian*, donde leyó que un tal T. Bell montaría a *Shy Smile* en Las Perpetuidades.

Poco después de las diez, Félix Leiter llamó suavemente a la puerta y entró cojeando. Olía a licor y a humo de cigarro barato y parecía contento de sí mismo.

—Hice algún progreso —dijo. Arrastró con el garfio el sillón hasta el pie de la cama, en que Bond descansaba. Se sentó y sacó un cigarrillo—. Significa que tenemos que levantarnos a una condenada hora, muy temprano. A las cinco de la mañana. Se dice que a *Shy Smile* le van a controlar los tiempos sobre los 1.000 metros a las 5:30. Me gustaría ver quién está presente en el entrenamiento. El propietario ha sido inscrito bajo el nombre de *Pissaro*.

»Resulta que uno de los directores del Tiara se llama así. Otro con nombre cómico. *Lame-Brain*^[10] Pissaro. Acostumbraba a estar encargado de los asuntos de drogas. Llevaba el material al otro lado de la frontera con México y luego lo dividía en paquetes que enviaba a sus intermediarios en la costa. El FBI lo pilló y tuvo que pasarse una temporada en San Quintín. Cuando salió, Spang le dio un trabajo en el Tiara como pago por mantener la boca cerrada. Y ahora es un propietario de caballos de carreras como los Vanderbilt. Estaba bien enganchado en la época en que traficaba con coca. Le dieron la cura en San Quintín, pero quedó un poco tocado de la cabeza. De ahí el *Lame-Brain*.

»Luego está el jockey, *Tingaling Bell*^[11]. Buen corredor, pero incapaz de mantenerse al margen de una chapuza si está bien pagada y no se le puede involucrar luego. Me gustaría tener unas palabras con Tingaling, si es que puedo pillarlo a solas. Tengo una pequeña proposición para él. El entrenador es otro matón, se llama Budd, *Rosy Budd*^[12]. Todos estos nombres parecen muy graciosos. Pero no te dejes engañar por ellos. Es de Kentucky, sabe de caballos. Se ha metido en problemas por todo el Sur, es lo que ellos llaman un pequeño *habitu*, que es lo contrario a un gran *habitu*, un criminal habitual. Robo, asalto, raptos..., nada en gran escala. Suficiente para que tenga una abultada ficha policial. Pero durante los últimos años se ha mantenido en el buen camino, si se le puede llamar así, como entrenador de Spang.

Leiter lanzó su cigarrillo con precisión a través de la ventana abierta al parterre de gladiolos. Se levantó desperezándose.

—Estos son los actores por orden de aparición —dijo—. Un elenco distinguido. No veo el momento de prenderles fuego.

Bond estaba perplejo.

—Pero ¿por qué no los entregas a los árbitros? ¿Quiénes son tus jefes en todo esto? ¿Quién paga la cuenta?

—Un anticipo de los principales propietarios —respondió Leiter—. Nos pagan un

anticipo y luego el resto de acuerdo con los resultados. Y no llegaría muy lejos con árbitros. No sería justo poner entre rejas a un mozo de establo. Sería como firmar su sentencia de muerte. El veterinario ha dado el visto bueno al caballo, y el verdadero *Shy Smile* fue matado de un tiro y quemado luego hace meses. No. Tengo mi propio plan, y a los chicos de la Pandilla les va a doler más que si los echan de la pista antes de la carrera. Ya lo verás. De todas formas quedamos a las cinco en punto, vendré a llamar a tu puerta por si acaso.

—No te preocupes —dijo Bond—. Estaré en el vestíbulo con mis botas y mi silla de montar mientras los coyotes aúllan a la luna todavía .

Bond se despertó a tiempo, el aire era maravillosamente fresco. Siguió a la renqueante figura de Leiter a lo largo de la pálida luz que se filtraba a través de los olmos, entre los establos que empezaban a despertar. Al este, el cielo era de un color gris perla iridiscente, como un globo de juguete relleno de humo de cigarrillo, y entre los matorrales los ruiseñores ensayaban su primera canción.

El azulado humo del fuego de los campamentos improvisados detrás de los establos se levantaba en línea recta hacia el cielo, y se podía sentir olor a café, a leña quemada y a rocío. Se escuchaba el golpear de los cubos de latón y otros ruidos suaves de hombres y caballos en las primeras horas de la madrugada. Mientras se movían saliendo de debajo de los árboles hacia las vallas de madera blancas que rodeaban la pista, pasó una fila de caballos cubiertos con mantas, acompañados de un mozo por cabeza, llevando las riendas agarradas a la altura del bocado y hablando con suave dureza a sus respectivos caballos.

—Vamos, gandul, levanta las patas. Despierta. No estás muy peleón hoy.

—Se están preparando para los entrenamientos de la mañana —dijo Leiter—. Los galopes. Este es el momento que más odian los entrenadores. Cuando vienen los propietarios.

Se apoyaron contra la valla, pensando en lo temprano que era y en el desayuno. El sol alcanzó los árboles de repente, a un kilómetro de distancia del otro lado de la pista, transformando en oro pálido las ramas más altas; en pocos minutos, las últimas sombras habían desaparecido y era de día.

Como si hubiesen estado esperando la señal, tres hombres aparecieron de entre los árboles a lo lejos, por la izquierda, uno de ellos llevaba de las riendas a un gran caballo castaño, con una estrella en la frente y los cuatro cascos blancos.

—No los mires —dijo Leiter en voz baja—. Date la vuelta y observa la hilera de caballos que se acercan por el otro lado de la pista. Ese hombre viejo que está con ellos es *Sunny Jim Fitzimmons*, el mejor entrenador de Norteamérica. Y éstos son los caballos de los Woodward. Casi todos saldrán ganadores en el encuentro de hoy. Compórtate con indiferencia y yo vigilaré a nuestros amigos. No nos hará ningún bien parecer demasiado interesados.

»Vamos a ver, un mozo de establo conduce a *Shy Smile* y ése es Budd, muy bien, y mi viejo amigo *Lame-Brain* llevando una preciosa camisa lavanda. Siempre tan elegante. El caballo tiene buena planta. Poderoso de espaldas. Le han quitado la manta y parece que no le gusta el frío. Encabritándose como loco con el mozo de establo colgado de las riendas. Lástima que no le pegue una coz en el morro al señor Pissaro.

»Budd lo ha agarrado —prosiguió Leiter— y ha conseguido tranquilizarlo. Budd ha echado una mano al mozo, conduciéndolo hasta la pista. Ahora se dirige a medio galope al otro extremo de la pista, hacia uno de los postes de salida. Los matones han sacado sus relojes, están mirando alrededor. Nos han visto. Actúa con naturalidad, James. Una vez el caballo empiece a correr dejarán de interesarse por nosotros. Exacto. Ya puedes volverte. *Shy Smile* está en el otro extremo de la pista y tienen sus prismáticos dirigidos hacia ella esperando la salida. Serán cuatro vueltas. Pissaro es el que está al lado del quinto poste.

Bond se volvió y miró a su izquierda, a lo largo de la valla, a las dos figuras corpulentas con el sol reflejándose en los gemelos y los relojes de pulsera y, a pesar de que no creía en gente como aquélla, la aurora parecía envolverlos desde debajo de los dorados olmos.

—Ha salido.

A lo lejos, Bond vio un caballo marrón que volaba hacia el extremo de la pista, y daba media vuelta y se dirigía hacia ellos. Con la distancia no les llegaba ni un solo sonido, pero rápidamente un débil tamborileo sobre la pista fue haciéndose más intenso, hasta que el caballo, con un poderoso estruendo de sus cascos, tomó la curva frente a ellos, casi pegado a la valla opuesta, y se lanzó en la última vuelta hacia los hombres que lo observaban.

Un escalofrío de excitación recorrió la espina dorsal de Bond al pasar el caballo castaño como una exhalación, mostrando los dientes, los ojos salvajes por el esfuerzo, sus brillantes cuartos traseros batiendo la pista y su aliento saliendo a borbotones de sus anchos orificios nasales. El mozo que lo cabalgaba iba arqueado como un gato sobre los estribos, la cabeza baja, casi tocando el cuello del caballo. En unos segundos habían desaparecido en un remolino de ruido y tierra. Los ojos de Bond se posaron sobre los hombres que observaban, ahora agachados, y vio sus brazos moverse al unísono para detener el segundero de sus relojes.

Leiter le tocó el brazo y con la mayor naturalidad caminaron de vuelta bajo los árboles en dirección al coche.

—Se movía muy bien —comentó Leiter—. Mejor que el verdadero *Shy Smile* se movió nunca. Ni idea del tiempo que ha hecho, pero desde luego ha salido quemando la pista. Si puede hacer lo mismo en la carrera, se llevará el premio. Ahora vayamos a tomarnos un desayuno gigante. Ver a esos chorizos tan de mañana me ha abierto el

apetito. —Y añadió en voz baja, casi como para sí mismo— Y luego voy a ver cuánto quiere el maestro Bell por hacer trampas y conseguir que lo descalifiquen.

Tras el desayuno, y después de oír un poco más sobre los planes de Leiter, Bond mató la mañana y luego almorzó en la pista, mirando las carreras de poco interés que Leiter le había advertido tomaban lugar durante la primera tarde del encuentro.

Hacía un buen día y Bond disfrutó empapándose del lenguaje de Saratoga —una mezcla de Brooklyn y Kentucky—; de la elegancia de los propietarios y sus amigos en el cercado, a la sombra de los árboles, donde se agrupaban los caballos antes de la carrera; del eficiente mecanismo del gran marcador y sus luces intermitentes, anotando las apuestas y el dinero invertido; de los inicios sin problemas a través de la puerta de salida manipulada por el empuje de un tractor, del lago de juguete, sus seis cisnes y la canoa anclada; y, por todas partes, el exótico toque de los negros que, excepto en el papel de jockeis, son una parte muy importante de las carreras de caballos estadounidenses.

La organización parecía mejor que la de Inglaterra. Daba la sensación de que había menos oportunidades para las trampas con la gran cantidad de medidas que se habían tomado contra los tramposos; pero, en el fondo, Bond sabía que servicios de cable ilegales esparcían el resultado de cada carrera a través de los Estados, cortando las apuestas a un máximo de 20-8-4, veinte por un ganador, ocho por primero o segundo y cuatro por una clasificación, y esos millones de dólares anuales iban derechos a los bolsillos de gánsters para quienes las carreras de caballos eran una forma más de obtener ingresos, como la prostitución o las drogas.

Bond probó el sistema que *Chicago* O'Brien había hecho famoso. Apostó al favorito de cada casa por una clasificación, y, al terminar el encuentro del día, había ganado quince dólares y algunos centavos tras la octava carrera. Caminó de vuelta a casa con la multitud, tomó una ducha, durmió un rato y más tarde cenó en un restaurante cercano al círculo de subastas, donde pasó una hora bebiendo lo que Leiter había dicho que estaba de moda en los círculos ecuestres, bourbon y agua de manantial. Bond sospechó que en realidad el agua salía del grifo de detrás de la barra, pero Leiter le había asegurado que los verdaderos bebedores de bourbon insistían en tomar su whisky a la manera tradicional, con agua de un manantial situado en los orígenes del río local, donde era más pura. El barman no pareció sorprendido cuando Bond la pidió, y a Bond le divirtió la idea. Comió un bistec pasable y, tras un bourbon final, se dirigió al círculo de subastas, donde debía encontrarse con Leiter.

Era un cobertizo de madera pintado de blanco, con techo pero sin paredes, en el que los desgastados bancos descendían hasta un círculo de césped artificial delimitado por sogas plateadas frente a la plataforma del subastador. Cuando un caballo era conducido bajo el resplandor de las luces de neón, el subastador, el formidable Swinebroad de Tennessee, detallaba su historia y empezaba la puja con la

cantidad que él pensaba la más adecuada, aumentándola de cien en cien dólares en una especie de canto rítmico, atrapando, con la ayuda de dos hombres trajeados situados en los pasillos, cada movimiento de cabeza o lápiz levantado entre las hileras de propietarios y agentes elegantemente vestidos.

Bond se sentó entre una mujer flacucha en traje de noche y visón, cuyas muñecas, cargadas de joyas, sonaban y relampagueaban cada vez que hacía una puja. A su lado se sentaba un hombre con aire aburrido —vestido con esmoquin blanco y lazo rojo oscuro— que debía de ser su marido o su entrenador.

Un caballo entró con paso nervioso en el círculo con el número 201 en la grupa. El cántico empezó de nuevo.

—Seis mil, ahora siete mil, ¿alguien da más? Siete mil y tres y cuatro y cinco, ¿sólo siete mil quinientos por este hermoso potro de Teherán?; ocho mil, gracias señor; y nueve mil, ¿lo toma? Ocho mil quinientos y espera. ¿Quién da nueve ocho cinco? ¿Quién da nueve y seis y siete? ¿Quién pujará la gran cifra?

Hubo una pausa, un golpe del martillo y una mirada de reproche hacia los asientos donde estaban los propietarios más adinerados.

—Caballeros —continuó el subastador—, este espécimen de dos años es demasiado barato. Estoy vendiendo más potros ganadores por esa cantidad de dinero que los que he vendido en todo el verano. Vamos, ocho mil setecientos, ¿quién me da nueve? ¿Dónde hay nueve, nueve, nueve?

La momificada mano cargada de anillos y brazaletes sacó el lápiz de oro y bambú de su bolso e hizo unos cálculos en el programa. Bond vio que decían 34- *Subasta Anual de Saratoga número 201, un potro bayo*. Los plomizos ojos de la mujer miraron a través de las sogas plateadas a los ojos eléctricos del caballo y alzó el lápiz de oro.

—Y nueve mil, tengo nueve mil, ¿quién da diez? ¿Alguien puja más de nueve mil, nueve uno, nueve uno, nueve uno? —Se interrumpió y lanzó la última mirada inquisitiva a los abigarrados asientos blancos, seguida de un golpe de martillo—. Adjudicado por nueve mil dólares. Gracias, *madam*.

Las cabezas se volvieron y la mujer, con aire aburrido, dijo algo al hombre sentado a su lado, que se encogió de hombros.

El 201, «un potro bayo», fue conducido fuera del ruedo mientras aparecía el 202, temblando por un momento bajo el shock de las luces, el muro de rostros desconocidos y la neblina de olores extraños.

Se produjo un movimiento en la fila de asientos situados detrás de Bond, y el rostro de Leiter apareció al lado del suyo.

—Está hecho —le susurró al oído—. Costará tres mil billetes, pero hará la trampa. Juego sucio en la última vuelta, justo al comienzo de su sprint ganador. Bien, muchacho, nos vemos por la mañana. —El susurro terminó.

Bond no miró a su alrededor, siguió contemplando las apuestas durante un rato y luego, lentamente, caminó bajo los olmos, apenado por un jockey, Tingaling Bell, que estaba jugando un juego tan peligroso, y por un gran caballo castaño llamado *Shy Smile*, que no sólo era un impostor, sino que además iba a jugar sucio.

Capítulo 12

Las Perpetuidades

Bond se sentó en la parte más alta de la tribuna, y a través de unos prismáticos alquilados observó como el propietario de *Shy Smile* comía pinzas de cangrejo.

El gángster estaba sentado en el recinto del restaurante, cuatro gradas por debajo de Bond. Frente a él se sentaba Rosy Budd, tragando salchichas y chucrut, y bebiendo cerveza de una jarra. A pesar de que la mayoría de las otras mesas estaban ocupadas, había dos camareros atendiendo la de ellos permanentemente, y el maître hacía visitas frecuentes para ver si todo iba bien.

Pissaro parecía un gángster de tebeo de horror. Tenía el rostro redondo como una vejiga, en medio de la cual se apiñaban los rasgos: dos ojos como cabeza de alfiler, dos orificios nasales negros, una rosada boca húmeda de labios fruncidos, situada sobre una barbilla casi inexistente, y un cuerpo obeso enfundado en un traje marrón y camisa de cuello largo blanca, todo ello rematado por una elaborada pajarita color chocolate. Pissaro no prestó ninguna atención a los preparativos para la primera carrera; se concentró únicamente en su comida, echando de vez en cuando el ojo al plato de su compañero, como si se dispusiera en cualquier momento a clavar el tenedor en la comida ajena.

Rosy Budd era de complexión ancha y apariencia dura, con el rostro inmóvil y cuadrado de un jugador de póquer, en el cual los pálidos ojos yacían profundamente enterrados bajo las finas pestañas rubias. Llevaba un traje a rayas y una corbata azul oscuro. Comía con lentitud y rara vez levantaba la vista del plato. Cuando hubo terminado, cogió un programa de carreras y se puso a estudiarlo, volviendo las páginas con cuidado. Sin levantar la vista hizo un seco movimiento de cabeza cuando el maître le ofreció el menú.

Pissaro se hurgó los dientes hasta que le sirvieron un gran plato de helado; entonces agachó la cabeza de nuevo y empezó a comerse el helado a grandes cucharadas.

A través de los prismáticos, Bond examinó a los dos hombres con curiosidad. ¿Hasta qué punto eran peligrosos aquellos tipos? Bond recordó a los fríos, totalmente entregados, jugadores de ajedrez rusos; a los brillantes y neuróticos alemanes; a los silenciosos, letales y anónimos hombres de la Europa Central; a la gente de su propio Servicio, los soldados de fortuna, los hombres que pensaban que valía la pena perder la vida por mil al año. Comparados con todos esos hombres, Bond decidió, aquéllos eran únicamente fantasías de adolescente.

Aparecieron los resultados de la tercera carrera; sólo faltaba una hora para Las Perpetuidades. Bond dejó los prismáticos y cogió el programa, esperando a que el gran tablero al otro lado de la pista empezara a parpadear con el movimiento de las

apuestas.

Echó una última ojeada a los detalles. *Segundo Día. 4 de agosto*, decía el programa. *Apuestas Las Perpetuidades. 25.000 dólares añadidos. 52º Edición. Para caballos de tres años. Por suscripción de 50 dólares cada uno, para acompañar la nominación. Principiantes a pagar 250 dólares adicionales. Con los 25.000 dólares añadidos, de los cuales 5.000 dólares son para el segundo, 2.500 dólares para el tercero y 1.250 dólares al cuarto. El propietario del caballo ganador será presentado con un trofeo. Dos kilómetros.* Y seguía la lista de los doce caballos y sus propietarios, entrenadores y jockeys, y la previsión de probabilidades del Morning Forecast.

Los dos favoritos, el número 1, *Come Again* del señor C. V. Whitney, y el número 3, *Pray Action*, del señor William Woodward, tenían una predicción de seis a cuatro. *Shy Smile*, del señor P. Pissaro, entrenador R. Budd, jockey T. Bell, con una predicción de 15 a 1, era el último caballo en las apuestas. Tenía el número 10.

Bond dirigió de nuevo sus prismáticos hacia el recinto del restaurante. Los dos hombres habían desaparecido. Los ojos de Bond siguieron a lo largo de la pista hasta las luces intermitentes del gran marcador.

Todavía faltaba otro cuarto de hora. Bond se sentó y encendió un cigarrillo, repitiendo en su mente lo que Leiter le había contado, preguntándose si funcionaría.

Leiter había seguido al jockey hasta su hospedaje, donde le había mostrado su licencia de detective privado. Entonces, con mucha calma, le había hecho chantaje para que hiciera trampas en la carrera. Si *Shy Smile* ganaba, Leiter iría a los árbitros, expondría la jugarreta de la suplantación, y Tingaling Bell no podría correr nunca más. Pero el jockey tenía una posibilidad de salvarse. Si la aprovechaba, Leiter prometía no decir nada. *Shy Smile* debía ganar la carrera, pero ser descalificado después. Esto se podía conseguir si, en el esprint final, el jockey interfería con los movimientos del caballo que estuviese más cerca, de forma que pudieran demostrar que había impedido a ese otro caballo ser el ganador. Entonces se produciría una objeción, que tendría que ser mantenida. Sería fácil para Bell, en la última vuelta antes de la llegada, hacerlo de manera que convenciera a sus jefes que sólo había sido un caso de excesivo celo, que otro caballo le había cortado por la izquierda, que el suyo había tropezado. No existía razón imaginable alguna por la cual Bell no quisiera ganar (Pissaro le había prometido mil dólares extra si ganaba), y sería uno de esos golpes de mala suerte que a veces ocurren en las carreras. Y Leiter daría a Tingaling 1.000 dólares ahora y otros 2.000 si hacía lo que le decía.

Y Bell había sido comprado, sin ninguna vacilación, pidiendo que los 2.000 dólares le fueran entregados después de la carrera en los Baños de Lodo y Azufre Acme, donde iba todas las tardes a tomar un baño para mantener su peso bajo. A las seis en punto. Leiter le prometió que así lo haría. Y ahora Bond tenía 2.000 dólares en

su bolsillo, aunque había consentido de mala gana en ayudar a Leiter yendo él a los Baños Acme a pagar si *Shy Smile* era descalificado.

¿Funcionaría?

Bond cogió los prismáticos y barrió la pista con ellos. Observó que los cuatro postes gruesos en los quinientos metros sostenían las cámaras automáticas que grababan la carrera completa y cuyas cintas estaban a la disposición de los árbitros pocos minutos después de cada final de carrera. Esta última, cerca del poste de llegada, era la que vería y grabaría cuanto pasara en la última vuelta. Bond sintió un cosquilleo de excitación. Faltaban cinco minutos y la barrera de salida estaba siendo puesta en posición, a unas cien metros a su izquierda. El poste de llegada se encontraba justo debajo de él. Enfocó sus prismáticos sobre el gran marcador. No había cambios en los favoritos ni en el premio de *Shy Smile*.

Los caballos llegaron trotando sin esfuerzo en dirección a la salida. Primero apareció el número 1, *Come Again*, el segundo favorito. Un gran caballo negro, llevando los colores azul pálido y marrón del establo Whitney. Estalló una ovación para el favorito, *Pray Action*, un caballo gris que parecía muy rápido llevando el blanco con lunares rojos Woodward del famoso Belair Stable, y, al final del campo, estaba el gran castaño con la estrella en la frente y las cuatro pezuñas blancas, y el pálido jockey llevando una chaqueta de seda lavanda con un gran diamante negro en el pecho y la espalda.

El caballo se movía tan bien que Bond echó un vistazo al marcador y no se sorprendió de ver que sus apuestas bajaban rápidamente a 17, luego a 16. Bond siguió mirando el marcador. En unos minutos el dinero de verdad sería apostado (todo excepto el resto de los 1.000 dólares de Bond, que permanecerían en su bolsillo). El altavoz anunció la carrera. Lejos a la izquierda, los caballos se colocaban detrás de la barrera de salida.

Ping, ping, ping; las luces sobre el número 10 en el marcador empezaron a parpadear: 15, 14, 12, 11 y, finalmente, 9 a 1. Entonces las luces pararon, las apuestas estaban cerradas. ¿Cuántos miles de dólares más se habrían ido a través de la Western Union a inocentes direcciones telegráficas en Detroit, Chicago, Nueva York, Miami, San Francisco y una docena más de apuestas fuera de curso a lo largo de Estados Unidos?

Una campana de mano repicó con agudo sonido. Había un olor eléctrico en el aire, y el murmullo de la multitud enmudeció. Entonces, con el estrépito de un trueno, los caballos cargaron en dirección a la tribuna, desapareciendo en un torbellino de pezuñas y tierra. Se produjo una momentánea visión de pálidos rostros encubiertos por las gafas de protección, un río de hombros ondulantes y grupas, un rayo de ojos salvajes y una confusión de números, de entre la cual Bond vislumbró sólo el 10 vital, muy cerca de las vallas. Entonces el polvo empezó a desaparecer, y la masa negra y

marrón se encontraba ya en la primera vuelta, encauzándose lentamente hacia la recta. Bond sintió que los prismáticos le resbalaban con el sudor.

El número 5, un caballo negro extranjero, iba ganando por un cuerpo. ¿Era ese desconocido el caballo que iba a robar el show?

Pero allí estaba el número 1, poniéndose a su altura, y luego el número 3, y el número 10 a medio cuerpo por detrás de los líderes. Sólo esos cuatro en cabeza, destacados del pelotón por tres cuerpos de distancia. Tomaron la curva. El número 1 iba en cabeza. El negro Whitney. El número 10 iba cuarto. El número 3 ganaba terreno con Tingaling Bell cabalgando el castaño sobre sus talones. Los dos pasaron al número 5, acortando distancias con el número 1, que seguía en cabeza por medio cuerpo. Llegaban a la última curva y luego la recta final. El 3 iba en cabeza con *Shy Smile* en segunda posición y el número 1 a un cuerpo de distancia. *Shy Smile* se estaba poniendo a la misma altura que el favorito. Estaban igualados llegando a la última curva. Bond contuvo el aliento. ¡Ahora! ¡Ahora! Bond casi pudo oír el chirrido de la cámara sobre el gran poste blanco. El número 10 iba en cabeza, justo sobre la curva, pero el número 3 se le acercaba por el lado de la valla. Centímetro a centímetro, los caballos acortaron distancias. De repente, la cabeza de *Shy Smile* golpeó la del número 3; entonces sus cuartos delanteros tomaron ventaja y, sí, de pronto el jinete de *Pray Action* se puso de pie en los estribos, forzado a reducir su velocidad, y en unos segundos *Shy Smile* le llevaba un cuerpo de ventaja.

Se produjo un murmullo de desaprobación entre la multitud. Bond bajó los prismáticos, se sentó y observó como el castaño, cubierto de espuma, pasaba el poste como un trueno, seguido a cinco cuerpos de distancia por *Pray Action* y con *Come Again* perdiendo el segundo puesto por milésimas de segundo.

«No está mal —pensó Bond, mientras la multitud se agrupaba a su alrededor—. No está nada mal.»

¡Qué bien que lo había hecho el jockey! Su cabeza tan agachada que incluso Pissaro tendría que admitir que Bell no podía ver al otro caballo. La posición natural para tomar la recta final. La cabeza todavía bien agachada al pasar el poste, y el látigo golpeando frenéticamente en los últimos metros de la carrera, como si *Tingaling* todavía pensara que estaba sólo a medio cuerpo de distancia del número 3.

Bond esperó a que fueran anunciados los resultados. Se produjo un coro de silbidos y abucheos.

Número 10, *Shy Smile*, cinco cuerpos.

Número 3, *Pray Action*, medio cuerpo.

Número 1, *Come Again*, tres cuerpos.

Número 7, *Pirandello*, tres cuerpos.

Los caballos se acercaban a medio galope para ser pesados, y la muchedumbre gritaba pidiendo sangre mientras Tingaling Bell, con una sonrisa de oreja a oreja,

echaba el látigo al asistente, saltaba del caballo y cargaba con la silla hacia las balanzas.

Entonces se produjo una explosión de júbilo. Al lado del nombre de *Shy Smile* había aparecido la palabra «OBJECCIÓN» escrita con letras blancas sobre negro, mientras el altavoz decía:

—Atención, por favor. En esta carrera se ha producido una objeción, formulada por el jockey del número 3, *Pray Action*, T. Lucky, contra el jockey Tingaling Bell, montando al número 10, *Shy Smile*. No tiren sus billetes de apuestas. Repito, no tiren sus billetes.

Bond sacó el pañuelo y se secó las manos. Podía imaginarse la escena en la sala de proyección, detrás del palco de los jueces, que se dedicaban a examinar la película. Bell estaría de pie, con actitud de persona ofendida, y, a su lado, el jockey del número 3, más ofendido aún. ¿Se encontrarían presentes los propietarios? ¿Se deslizaría el sudor por las gruesas mandíbulas de Pissaro, empapando el cuello de su camisa? ¿Estarían los otros propietarios pálidos y furiosos?

Se escuchó de nuevo la voz de megafonía:

—Atención, por favor. En esta carrera, el número 10, *Shy Smile*, ha sido descalificado, y el número 3, *Pray Action*, ha sido declarado ganador. El resultado es ahora oficial.

Entre el estruendo de la multitud, Bond se levantó de su asiento y se dirigió hacia el bar. Ahora a hacer el pago. Quizá un bourbon con agua de manantial le daría alguna idea de cómo pasar el dinero a Tingaling Bell. Estaba incómodo al respecto. De todas formas, los Baños Acme parecían ser el lugar más adecuado. En Saratoga nadie lo conocía. Pero después de ese favor tendría que dejar de trabajar para Pinkerton. Llamar a «Shady» Tree y quejarse de que no había conseguido los 5.000 mil dólares. Preocuparse de su propio pago. Había sido divertido ayudar a Leiter a marear un poco a aquella gentuza. La próxima vez sería el turno de Bond.

Se abrió camino entre la gente que se agolpaba en el bar.

Capítulo 13

Lodo y Azufre Acme

El pequeño autobús estaba ocupado únicamente por una mujer negra que tenía un brazo enfermo y, al lado del conductor, una chica que mantenía sus manos deformes fuera de la vista y cuya cabeza estaba completamente cubierta por un grueso velo negro que le caía sobre los hombros, como el sombrero de un cuidador de abejas, sin tocar la piel de su rostro.

El autobús, en cuyos costados se podía leer *Baños de lodo y azufre Acme*, y encima del limpiaparabrisas, *Todas las horas a la hora en punto*, cruzó la ciudad sin recoger ningún viajero más, dejó la carretera principal y se aventuró por una pista de guijarros en mal estado, atravesando una plantación de abetos jóvenes. Después de medio kilómetro, dio un rodeo y bajó una corta pendiente hacia un grupo de edificios de madera de un color gris sucio. Una alta chimenea de ladrillos amarillos se levantaba en el centro de los edificios, y de ella se elevaba en línea recta un delgado hilo de humo negro.

Delante de los baños no se veía señal de vida. Pero, cuando el autobús aparcó en un rectángulo de gravilla y malas hierbas, delante de lo que parecía ser la entrada, dos hombres viejos y una mujer de color que cojeaba salieron de la puerta protegida por una red metálica y esperaron a que los pasajeros descendieran del autobús.

Fuera del vehículo el olor del azufre golpeó a Bond con fuerza enfermiza. Era un olor apestoso que provenía de algún lugar cercano al estómago de la tierra. Bond se alejó de la entrada y se sentó en un banco rústico, bajo un grupo de abetos medio muertos. Permaneció sentado unos minutos, tratando de reunir el coraje necesario para afrontar lo que le esperaba detrás de la puerta del balneario, y para liberarse del sentimiento de opresión y disgusto que lo acosaba. En parte, decidió Bond, era debido a la reacción de un cuerpo sano expuesto al contacto con la enfermedad, y en parte a la alta y triste chimenea Belsen con su plumero de humo inocente. Pero sobre todo era la perspectiva de tener que atravesar aquellas puertas, comprar la entrada y tener que desnudar su limpio cuerpo y entregarlo a las manipulaciones innombrables que llevaban a cabo en aquel espeluznante y destartalado establecimiento.

El autobús traqueteó al dar la vuelta y Bond se quedó solo. El lugar se hallaba en el más absoluto silencio. Bond notó que las dos ventanas y la puerta de entrada formaban dos ojos y una boca. El lugar parecía estar mirándolo, observándolo, esperándolo. ¿Se atrevería a entrar? ¿Lo dejarían pasar?

Bond se retorció impaciente dentro de sus ropas. Se puso de pie y caminó en línea recta sobre la grava; subió los peldaños de madera, y la puerta se cerró a su espalda con un golpe.

Se encontraba en una sórdida recepción. El olor de azufre era más fuerte que

antes. Había un escritorio detrás de una rejilla de hierro. De las paredes colgaban recuerdos enmarcados, algunos de ellos con sellos de papel rojo debajo de la firma; también había un expositor de cristal lleno de paquetes en envolturas transparentes. Encima de ellos una nota que decía, en mayúsculas mal escritas: *Llévese a casa un lote Acme. Trátese usted mismo en privado.* Había una lista de precios pegada a una tarjeta que anunciaba desodorantes baratos. El eslogan todavía se podía leer: *Deje que sus axilas sean su mayor encanto.*

Una mujer ajada, con un remolino de cabello anaranjado encima de una cara triste, levantó lentamente la cabeza y lo miró a través de las barras, manteniendo un dedo en la línea de *Historias Verídicas* que estaba leyendo.

—¿En qué puedo ayudarlo? —Era el tono de voz reservado a los extraños, a la gente que no sabía la mecánica del establecimiento.

Bond miró a través de las barras con el recelo que ella esperaba.

—Me gustaría tomar un baño.

—¿Lodo o azufre?

Buscó los billetes con la mano libre.

—Lodo.

—¿Le interesa un talonario de entradas? Son más baratos.

—Sólo uno, por favor.

—Un dólar cincuenta.

Deslizó a través de la reja la entrada malva sin quitarle el dedo de encima hasta que Bond puso su dinero sobre el mostrador.

—¿Por dónde tengo que ir?

—A la derecha —dijo la mujer—. Siga el corredor. Mejor si deja sus objetos de valor aquí. —Deslizó un gran sobre por debajo de la reja.

—Escriba su nombre en el sobre.

Miró de costado mientras Bond ponía el reloj y el contenido de sus bolsillos en el sobre y luego garabateaba su nombre en él.

Los 2.000 dólares se quedaron dentro de la camisa de Bond. Se preguntaba qué haría con ellos. Deslizó el sobre hacia la mujer.

—Gracias.

—De nada.

Al fondo de la habitación había un postigo bajo y dos manos de madera pintadas de blanco cuyos índices acusadores apuntaban a la derecha y a la izquierda. En una mano estaba escrito *lodo* y en la otra *azufre*. Bond cruzó el postigo y dobló a la derecha a lo largo de un húmedo corredor con el suelo de cemento que se inclinaba en una rampa suave. Lo siguió hasta el final, donde, tras empujar unas puertas giratorias, entró en una sala alargada, de techo alto con claraboyas y cabinas alineadas a ambos lados del recinto. Allí hacía mucho calor, producido por el vapor

del azufre. Dos hombres jóvenes, llevando tan sólo una toalla enrollada a la cintura, jugaban a las cartas en una mesa cercana a la entrada. Sobre la mesa había dos ceniceros llenos de colillas y un plato de cocina con una pila de llaves. Los hombres levantaron la cabeza al entrar Bond; uno de ellos cogió una llave del plato y la sostuvo con el brazo extendido. Bond cruzó la habitación y cogió la llave.

—Doce —dijo el hombre—. ¿Tiene la entrada?

Bond se la entregó y el otro hizo un gesto en dirección a las cabinas. Sacudió la cabeza hacia la puerta del fondo.

—Los baños están por ahí.

Los dos hombres volvieron a su juego.

En la helada cabina no había más que una toalla doblada, a la cual los frecuentes lavados habían dejado sin el rizo. Bond se desnudó y se ciñó la toalla alrededor de la cintura. Dobló el abultado fajo de billetes y lo metió en el bolsillo delantero de su chaqueta, bajo el pañuelo. Esperaba que sería el último lugar en que buscaría un ladrón. De un gancho colgó su arma dentro de la pistolera y salió de la cabina cerrando la puerta con llave.

Bond no tenía ni idea de qué se encontraría al otro lado de la puerta que estaba al fondo de la habitación. Su primera reacción fue la de haber entrado en una sala del depósito de cadáveres. Sin darle tiempo a analizar sus impresiones, un hombre negro, calvo y gordo, con un gran mostacho de puntas caídas, se le acercó y le miró de arriba a abajo.

—¿Qué es lo que le duele, señor? —preguntó, indiferente.

—Nada —respondió Bond—. Sólo quería probar un baño de lodo.

—De acuerdo —dijo el negro—. ¿Algún problema con el corazón?

—No.

—Bien. Por aquí.

Bond siguió al negro por el resbaladizo suelo de cemento hasta un banco de madera situado al lado de un par de desvencijados cubículos en que estaban las duchas. En uno de ellos, un cuerpo desnudo cubierto de lodo estaba siendo limpiado, con una manguera de agua a presión, por un hombre que tenía una oreja en forma de coliflor.

—Vuelvo en seguida —dijo el negro tranquilamente; sus grandes pies golpearon el pavimento mojado mientras se alejaba. Bond miró al enorme hombre con cuerpo de goma, y todo él se estremeció sólo de pensar en poner su cuerpo a merced de aquellas manos gordas de palmas rosadas.

Aunque Bond sentía un afecto natural por la gente de color, pensó en lo afortunada que era Inglaterra comparada con Norteamérica; allí uno tenía que vivir con el problema del color desde los días del colegio. Sonrió al recordar algo que Félix Leiter le había dicho en su última misión juntos en Estados Unidos. Bond se había

referido a Big, el famoso criminal de Harlem, como «el maldito negro». Leiter le había corregido.

«Ve con cuidado, James —había dicho—. La gente está tan sensibilizada por aquí con lo del color, que ya no puedes ni pedir a un camarero un vodka negro. Tienes que pedir un vodka de color.»

El recuerdo de la broma de Leiter animó a Bond. Retiró la mirada del negro y la dirigió al resto del Baño de lodo Acme.

Era un habitación cuadrada de cemento gris. Del techo raso colgaban cuatro bombillas desnudas, manchadas de excrementos de mosca, que lanzaban una luz desagradable sobre las paredes y el suelo húmedos. Varias mesas de caballete apoyadas estaban arrimadas contra los muros. Bond las contó automáticamente. Veinte. En cada mesa había un pesado ataúd de madera con una tapa que cubría tres cuartos de su tamaño. En la mayoría de los ataúdes, el perfil de un rostro sudoroso sobresalía de los laterales de madera, apuntando al techo. Unos pocos ojos se habían vuelto, inquisitivos, en dirección a Bond, pero la mayoría de los rostros congestionados parecían dormir.

Un ataúd permanecía vacío, la tapa apoyada contra la pared, y el lateral abierto sobre la mesa. Parecía ser el que estaba destinado a Bond. El negro estaba cubriendo el interior de la caja con una pesada sábana que no parecía muy limpia. Cuando hubo terminado fue hasta el centro de la habitación y, de entre una hilera de cubos llenos hasta el borde de humeante lodo negro, escogió dos y los dejó de un golpe al lado de la caja abierta. Entonces sumergió su enorme mano en uno de ellos y esparció el viscoso material, empezando desde los pies de la sábana hasta que toda la base de la caja acabó cubierta de lodo de unos 20 cm de grueso. Entonces lo dejó enfriar y se fue hasta una bañera llena de bloques de hielo, de donde extrajo varias toallas. Se las puso en el brazo y dio una vuelta alrededor de los ataúdes ocupados, parando de vez en cuando a colocar una toalla fría sobre la sudorosa frente de uno de sus ocupantes.

No pasaba nada más. La habitación estaba silenciosa, a excepción del siseo de la manguera cercana a Bond. El siseo paró.

—Muy bien, señor Weiss —dijo una voz—. Por hoy ya es suficiente.

Un hombre gordo, con gran cantidad de vello negro por todo el cuerpo, salió tambaleándose del cubículo de la ducha y esperó a que el hombre de la oreja en forma de coliflor le ayudara a ponerse el albornoz y, tras darle un rápido masaje por encima de la tela, lo condujera hacia la puerta por donde Bond había entrado.

Entonces, el hombre de oreja de coliflor fue a la puerta del otro extremo de la habitación y salió. Por unos segundos la luz irrumpió a través del hueco y Bond vio la hierba y un pedazo de cielo azul en el exterior. El hombre entró de nuevo con dos cubos más de lodo humeante. Cerró la puerta de una patada y los añadió a la hilera de cubos en el centro de la habitación.

El negro fue hasta el ataúd de Bond y tocó el lodo con la palma de la mano. Se volvió y llamó a Bond.

—De acuerdo, señor —dijo.

Bond se acercó. El hombre le quitó la toalla y la colgó en el gancho de encima de la caja.

Bond permaneció desnudo delante del negro.

—¿Ha tomado uno de éstos antes?

—No.

—Me lo imaginaba. Entonces le pondré el barro a 43 grados. Si se aclimata, podrá tomarlo a 48 o incluso a 54 grados. Echese aquí.

Bond trepó a la caja y se estiró, su piel tirante al primer contacto con el lodo. Se estiró lentamente, reposando la cabeza sobre la toalla limpia que había sido puesta sobre la almohada de hojas de capoc.

Cuando estuvo cómodo, el negro sumergió las dos manos en uno de los cubos de lodo fresco y procedió a esparcirlo sobre el cuerpo de Bond.

El lodo, de color chocolate, era viscoso, suave y pesado. Un olor de turba caliente golpeó las fosas nasales de Bond. Contempló como los brillantes brazos del negro trabajaban sobre el negro y obscuro montículo que una vez había sido su cuerpo. ¿Sabía Félix Leiter que las cosas iban a ser así? Bond sonrió salvajemente al cielo. Si ésta era otra de las bromas de Félix...

Al fin el negro había terminado y Bond se hallaba completamente cubierto de lodo caliente. Sólo su rostro y una pequeña zona alrededor de su corazón estaban blancos todavía. Su cuerpo se tensó y el sudor empezó a correr a chorros por su frente.

Con un movimiento rápido, el negro se inclinó, cogió las esquinas de la sábana y las enrolló muy apretadas sobre el cuerpo y los brazos de Bond. Éste sólo podía mover la cabeza y los pies; a no ser por ello, hubiese tenido menos libertad de movimientos que en una camisa de fuerzas. El hombre cerró la parte del ataúd abierta y puso la tapa de madera, y eso era todo.

El negro cogió una pizarra de la pared que había detrás de la cabeza de Bond y miró al reloj de la pared; entonces garabateó la hora en la pizarra. Eran sólo las seis en punto.

—Veinte minutos —dijo—. ¿Se encuentra a gusto?

Bond respondió con un gruñido neutral.

El negro fue a ocuparse de los otros clientes y Bond miró fija y estúpidamente al techo. Sentía el sudor resbalar de su cabello y caerle sobre sus ojos. Maldijo a Félix Leiter.

A las seis y tres minutos la puerta se abrió para dar paso a la flaca y desnuda figura de Tingaling Bell. Tenía una afilada cara de comadreja y un cuerpo miserable

en el cual se podían contar todos los huesos. Se dirigió con chulería al centro de la habitación.

—Hola, Tingaling —lo saludó el hombre de la oreja de coliflor—. He oído que hoy has tenido problemas. Una lástima.

—Esos jueces son un montón de basura —dijo Tingaling con amargura—. ¿Por qué iba yo a cargar contra Tommy Lucky, uno de mis mejores amigos? ¿Y para qué? La carrera estaba amañada. Eh, tú, negro hijo de puta. —Estiró la pierna para hacerle la zancadilla al negro mientras éste pasaba con un cubo lleno de lodo—. Tienes que hacerme rebajar un kilo. Me acabo de comer un plato de patatas fritas. Además me han dado un montón de plomo para que monte mañana en Oakridge.

El negro sorteó la pierna y se rió socarrón.

—No te preocupes, cariño —dijo afectuosamente—. Si quieres, te puedo romper un brazo. Es la forma más rápida de reducir peso. Estaré contigo en un segundo.

La puerta se abrió de nuevo y uno de los jugadores de cartas asomó la cabeza.

—Eh, Boxeador —dijo al hombre de la oreja de coliflor—. Mabel dice que no puede comunicar con la *delicatessen* para pedir comida china. El teléfono no funciona. La línea está cortada o algo parecido.

—¡Cielos! —exclamó—. Dile a Jack que lo traiga en su próximo viaje.

—Bien.

La puerta se cerró. Un corte de la línea telefónica en Norteamérica es algo muy raro; ése fue el momento en que debió haberse encendido una pequeña señal de alarma en el cerebro de Bond. Pero no ocurrió así. En lugar de eso, miró al reloj. Otros diez minutos en el lodo. El negro se acercaba pesadamente con las toallas frías al brazo y puso una en la frente de Bond. Era un delicioso alivio y, por un momento, Bond pensó que quizá toda esta tortura llegara a ser soportable.

Pasaron los segundos. El jockey, con una riada de obscenidades, se sumergió en la caja situada enfrente de la de Bond. Éste supuso que iba a tomar el barro a 54 grados. Estaba enfajado en la sábana y la tapa cerrada encima.

El negro escribió 6:15 en la pizarra del jockey.

Bond cerró los ojos y se preguntó cómo iba a pasar el dinero a aquel hombre. ¿En la zona de descanso después del baño? Debía haber algún sitio donde tomar un descanso después de todo eso. ¿O en el pasillo que conducía a la salida? ¿Tal vez en el autobús? No. Mejor que no fuese en el autobús. Era preferible que no lo vieran con él.

—Muy bien. Que nadie se mueva. Tómenselo con calma y nadie saldrá herido —ordenó una voz dura, letal, que no admitía réplica.

Los ojos de Bond se abrieron de golpe y su cuerpo experimentó un hormigueo al oler el peligro que acababa de entrar en aquel lugar.

La puerta que daba al exterior, por la que entraban el lodo, estaba abierta. Un

hombre permaneció en el hueco y otro avanzó hasta el centro de la habitación. Los dos llevaban armas de fuego y se cubrían la cabeza con capuchas negras a las que habían cortado unos agujeros para los ojos y la boca.

Allí reinaba el silencio más absoluto, excepto por el sonido del agua cayendo en las duchas. Cada cubículo contenía a un hombre desnudo. Todos observaban lo que pasaba a través de la cortina de agua, sus bocas tragando bocanadas de aire y agua y los cabellos chorreando sobre los ojos. El hombre de la oreja de coliflor era una columna inmóvil, con los ojos casi en blanco y la manguera en la mano derramando agua sobre sus pies.

El que se había movido con el arma en la mano estaba en el centro de la habitación, al lado de los humeantes cubos de lodo. Se paró delante del negro, que estaba de pie con un cubo lleno en cada mano. El negro tembló ligeramente y el asa de uno de los cubos dio un golpe suave.

Mientras el hombre de la pistola clavaba sus ojos fijamente en los del negro, Bond vio como giraba el arma en la mano, sujetándola por el cañón. De repente, con un golpe de revés en el que empleó toda la fuerza de su brazo, incrustó la culata del revólver en el centro del inmenso estómago del negro.

El golpe sólo produjo un sonido seco, pero los cubos chocaron contra el suelo mientras el negro se retorció agarrándose el estómago con las dos manos. Dejó escapar un quejido suave y se desplomó sobre las rodillas, con su reluciente cabeza afeitada inclinada a los pies del hombre, como si lo estuviese adorando.

El hombre se echó hacia atrás.

—¿Dónde está el jockey? —preguntó con tono amenazador—. Bell. ¿En qué caja?

El brazo del negro señaló el lugar.

El del arma se volvió y caminó hacia donde estaba Bond, a los pies de Tingaling Bell. Se acercó y miró primero a Bond. Pareció enderezarse. Dos ojos brillantes lo escrutaron a través de los cortes de la capucha. Entonces el hombre se movió hacia la izquierda y se situó de cara al jockey.

Por un momento permaneció de pie sin moverse, entonces dio un salto rápido y se sentó sobre la tapa de la caja de Tingaling Bell, mirándolo fijamente a los ojos.

—Bien, bien. Maldito Tingaling Bell. —Hubo un odioso tono de camaradería en su forma de hablar.

—¿Qué pasa? —La voz del jockey sonó aterrorizada.

—¿Por qué, Tingaling? —dijo el hombre de manera razonable—. ¿Cuál podría ser el problema? ¿Tienes algo en mente?

El jockey tragó saliva.

—¿Quizá nunca has oído hablar de un caballo llamado *Shy Smile*, Tingaling? ¿Tal vez no estabas ahí cuando lo descalificaron alrededor de las dos y media de la tarde?

—terminó la voz en un tono cortante.

El jockey empezó a llorar suavemente.

—Por Dios, jefe. No fue culpa mía. Puede pasarle a cualquiera.

Era el llanto de un niño que sabe que va a ser castigado. Bond parpadeó.

—Mi amigo imagina que quizá ha sido una traición. —El hombre estaba inclinado encima del jockey y su voz iba acalorándose—. Mi amigo imagina que un jockey como tú sólo podría hacer una cosa así a propósito. Mi amigo echó una ojeada en tu habitación y encontró uno de los grandes escondido en el enchufe de una lámpara. Mi amigo quiere saber de dónde ha salido la pasta.

El golpe seco y el grito agudo fueron simultáneos.

—¡Canta, hijo de puta, o te vuelo la tapa de los sesos!

Bond oyó el clic del percutor del revólver al ser retirado.

Un aullido espeluznante salió de la caja.

—Mi dinero. Todo lo que tengo. Lo escondí en la lámpara. Mi dinero. Lo juro. Por Dios, tienes que creerme. Tienes que creerme. —La voz sollozaba e imploraba.

El hombre emitió un gruñido de disgusto y levantó su arma, entrando en la línea de visión de Bond. Un pulgar con una gran verruga en la primera articulación devolvió el martillo a su posición inicial. El hombre se deslizó de la caja al suelo. Miró a los ojos del jockey y su voz adoptó un tono meloso.

—Has estado montando demasiado últimamente, Tingaling —dijo casi en un susurro—. Estás en baja forma. Necesitas un descanso. Mucho reposo. Como una clínica o algo así.

Cruzó lentamente la habitación, sin dejar de hablar en tono suave y obsequioso. Ahora estaba fuera de la visión del jockey. Bond lo vio coger uno de los cubos de lodo humeante. Sosteniendo el cubo bajo, sin dejar de hablar, volvió hasta el jockey y lo miró.

Bond se enderezó, sintiendo como el lodo tiraba fuertemente de su piel.

—Como digo, Tingaling. Mucho descanso. Sin comer nada por un tiempo. En una agradable habitación a oscuras, con las cortinas echadas para evitar que entre la luz.

La voz suave se ahogó en un silencio mortal. Poco a poco, el brazo se levantó. Más alto, más alto. Y entonces el jockey pudo ver el cubo y, sabiendo qué iba a pasar, empezó a sollozar.

—No, no, no, no, no.

A pesar de que en la habitación hacía calor, la materia negra humeó al resbalar fuera del cubo.

El hombre se echó rápidamente a un lado y lanzó el cubo vacío al hombre con la oreja en forma de coliflor, que permaneció quieto dejando que le golpease. Entonces cruzó rápidamente la habitación hasta la puerta donde estaba el otro hombre con una pistola.

Se giró.

—No quiero bromas. Sin policía. El teléfono está cortado. —Soltó una carcajada seca—. Mejor que excavéis al chico antes que se le frían los ojos.

La puerta se cerró de golpe. La habitación quedó en el más completo silencio, a excepción del burbujeo del barro y el martilleo de agua cayendo en la ducha.

Capítulo 14

«No nos gustan los errores»

—Y entonces, ¿qué pasó?

Leiter estaba sentado en el sillón de Bond, en el motel, y Bond deambulaba arriba y abajo de la habitación, parando de vez en cuando a tomar un sorbo del vaso de whisky con agua que tenía sobre la cama.

—Caos absoluto —dijo Bond—. Todo el mundo gritando para que los dejaran salir de sus cajas y el hombre con la oreja en forma de coliflor con la manguera quitando el lodo del rostro de Tingaling y pidiendo ayuda a gritos a los dos hombres que estaban en la otra habitación. El negro quejándose en el suelo y los tipos de las duchas en pelotas, temblando, corriendo arriba y abajo como pollos sin cabeza. Los dos jugadores de cartas entraron corriendo y retiraron la tapa de la caja de Tingaling, le desenrollaron la sábana y lo metieron debajo de la ducha. Supongo que le faltaba poco para palmarla. Medio sofocado. Con todo el rostro hinchado por las quemaduras. Una visión horripilante. Entonces uno de los hombres desnudos se calmó y empezó a abrir las cajas y a ayudar a la gente a salir de ellas.

»Y allí estábamos, veinte hombres cubiertos de lodo y una sola ducha disponible. La cosa se solucionó poco a poco. Uno de los hombres fue a la ciudad a pedir una ambulancia. Otro vertió agua sobre el negro, que poco a poco recobró el conocimiento. Sin parecer muy interesado, intenté averiguar si alguien tenía idea de quién podían ser los pistoleros. Nadie lo sabía. Se pensaba que debían pertenecer a una banda de fuera de la ciudad. A nadie le importaba, pues el jockey era el único que había salido maltrecho. Todo lo que querían era quitarse de encima el maldito lodo y salir del lugar lo más rápidamente posible.

Bond tomó otro trago de whisky y encendió un cigarrillo.

—¿Había algo en esos tipos que te llamara la atención? —preguntó Leiter—. ¿La altura, las ropas o algo más?

—No pude ver mucho del tipo que estaba en la puerta —dijo Bond—. Era más pequeño que el otro y más delgado. Llevaba pantalones oscuros y una camisa gris sin corbata. La pistola parecía una .45. Quizá fuese un Colt. El otro hombre, el que hizo el trabajo, era grande, más bien gordo. De movimientos rápidos pero deliberados. Pantalones negros. Camisa marrón con rayas blancas. Ni abrigo ni corbata. Zapatos negros, elegantes, caros, un .38 quizá. Policía. Sin duda. No llevaba reloj de pulsera. Oh, sí —Bond recordó de repente—, tenía una verruga en la articulación superior del pulgar derecho. Rojiza, como si se la hubiese estado chupando.

—Wint —dijo Leiter, escueto—. Y el otro tipo era Kidd. Siempre trabajan juntos. Son los matones número uno de los Spang. Wint es un malvado hijo de puta. Un verdadero sádico. Le gusta. Siempre se está chupando la verruga del pulgar. Lo

llaman *Windy*^[13]. No a la cara, desde luego. Todos estos tipos tienen nombres de lo más estúpido. Wint no soporta viajar. Se pone enfermo en coches y trenes y piensa que los aviones son trampas mortales. Si el trabajo implica viajar alrededor del país, le tienen que pagar extra. Pero es lo bastante duro cuando tiene los pies en la tierra.

Kidd es un niño bonito. Sus amigos lo llaman *Dolly*^[14]. Es probable que se lo monte con Wint. Algunos de estos homosexuales son los peores asesinos. Kidd tiene el cabello blanco a pesar de sus treinta años. Ésta es una de las razones por las que trabajan con capuchas. Pero un día ese Wint se va a arrepentir de no haberse quemado la verruga. Así que la mencionaste, pensé en él.

Supongo que iré a ver a la pasma y les pasaré la información. Sin mencionar tu nombre, por supuesto. Les contaré el resumen de eso de *Shy Smile* y supongo que podrán atar el resto de los cabos por su cuenta. Wint y su amigo deben de estar tomando un tren en Albany a estas horas, pero nunca hace daño echar un poco de leña al fuego. —Leiter se dirigió hacia la puerta—. Tómatelo con calma, James. Volveré en una hora. Nos merecemos una buena cena. Averiguaré a dónde han llevado a Tingaling Bell y le enviaremos la pasta. Le subirá un poco los ánimos, pobre hijo de puta. Hasta luego.

Bond se desnudó y pasó diez minutos debajo de la ducha, enjabonándose todo el cuerpo y lavándose la cabeza para librarse del último sucio recuerdo de los Baños Acme. Después se puso un pantalón y una camisa y se fue a la cabina de teléfonos de la recepción a llamar a «Shady» Tree.

—La línea está ocupada, señor —dijo el operador—. ¿Sigo intentándolo?

—Sí, por favor —respondió Bond, aliviado de saber que el jorobado todavía seguía en su oficina y de que ahora podría decir con toda honestidad que había estado intentando ponerse en contacto con él. Tenía la impresión que Shady debía preguntarse por qué no había llamado para quejarse de *Shy Smile*. Después de ver lo que le había pasado al jockey, Bond se sentía más inclinado a tratar a la Pandilla de las Lentejuelas con respeto.

El teléfono dio el seco y mudo «brrrr» que hace las funciones de un «ring» en el sistema estadounidense.

—¿Quería hablar con Wisconsin 7-3697?

—Sí.

—Tengo su llamada, señor. Puede hablar Nueva York.

—¿Sí? ¿Quién llama? —respondió la delgada y aguda voz del jorobado.

—James Bond. Intenté localizarlo antes.

—¿Sí?

—*Shy Smile* no funcionó.

—Ya lo sé. El jockey lo estropeó. ¿Y qué?

—Dinero —dijo Bond.

Se hizo el silencio en el otro extremo de la línea. Entonces:

—De acuerdo, empezamos de nuevo. Yo le mando uno de los grandes por cable, el que me ganó, ¿recuerda?

—Sí.

—No se aleje del teléfono. Lo llamo en unos pocos minutos para decirle lo que tiene que hacer. ¿Dónde se hospeda?

Bond se lo dijo.

—Bien. Recibirá el dinero por la mañana. Lo llamo en seguida. —El teléfono se quedó mudo.

Bond se dirigió al mostrador de recepción y echó una ojeada a las revistas. Estaba divertido, e incluso impresionado, por el control meticuloso que llevaba aquella gente y por el cuidado que se tomaban en encubrir con un plan legítimo cada paso de sus operaciones. Tenían razón, desde luego. ¿De dónde iba a sacar un inglés como él 5.000 dólares si no era en el juego? ¿Cuál iba a ser la próxima jugada?

Sonó el teléfono y Bond se metió en la cabina, cerró la puerta y tomó el auricular.

—¿Es usted, Bond? Ahora escuche detenidamente. Conseguirá su dinero en Las Vegas. Venga a Nueva York y tome un avión. Cargue el precio del pasaje a mi cuenta. De Nueva York a Los Ángeles, y de allí sale un avión local cada media hora a Las Vegas. Tiene reservada una habitación en el Tiara. Encuéntrelo y, ahora preste mucha atención, cinco minutos después de las diez de la noche del jueves diríjase a la mesa central de blackjack del Tiara, la que está mas cerca del bar. ¿Entendido?

—Sí.

—Siéntese y juegue al máximo, uno de los grandes, cinco veces. Entonces levántese y deje la mesa. No juegue más. ¿Me oye?

—Sí.

—Su cuenta en el Tiara está pagada. Después del juego, relájese y espere las siguientes órdenes. ¿Lo ha entendido? Repita.

Bond repitió las instrucciones.

—Atención —dijo el jorobado—. No hable con nadie de esto ni cometa ningún error. No nos gustan los errores. Ya se dará cuenta cuando lea los periódicos de mañana.

Se produjo un clic suave. Bond colgó el auricular y se dirigió, pensativo, hacia su habitación.

¡*Blackjack!*, el viejo 21 de sus tiempos de escuela. Le trajo recuerdos de meriendas en el cuarto de otros chicos, contando, como si fuesen adultos, las pilas de piezas de colores hasta que cada chico disponía del valor de un chelín. La excitación de contar con un diez y un as y ser pagado doble. El gozo de la quinta carta, cuando uno ya tenía diecisiete y quería un cuatro o menos para *Cinco y por debajo*.

Y ahora volvería a jugar el juego de niños. Sólo que esta vez el contrincante sería

un delincuente y las piezas de colores valdrían 300 libras en cada mano. Había crecido y ahora ése iba a ser un juego para adultos.

Bond se echó en la cama y se quedó mirando al techo. Mientras esperaba a Félix Leiter su mente estaba ya en la famosa ciudad de juego, preguntándose cómo iba a ser, y si podría ver a Tiffany Case.

En el cenicero de plástico se habían apilado ya cinco colillas cuando oyó el paso renqueante de Leiter sobre la gravilla de la entrada. Caminaron hasta el Studillac y mientras conducían por la avenida Leiter lo puso al día.

—Los chicos de la Pandilla se han largado: Pissaro, Budd, Wint, Kidd, incluso *Shy Smile* está ya de camino en su carromato, cruzando el continente hacia el rancho en Nevada. El FBI ha tomado el caso —dijo Leiter—, pero será otra historia corta en su libro de las obras completas de Spang. Sin tu testimonio nadie va a tener ni idea de la identidad de los pistoleros, y me sorprendería que el FBI se preocupara por Pissaro y su caballo. Van a dejar eso para mí y mi compañía. He hablado con la oficina central y me han dicho que vaya a Las Vegas e intente localizar dónde están enterrados los restos del verdadero *Shy Smile*. Tengo que conseguir hacerme con sus dientes. ¿Qué te parece?

Antes de que Bond tuviese tiempo de hacer ningún comentario, estaban enfrente del Pavilion, el único restaurante elegante de Saratoga. Salieron del coche y dejaron que el portero lo aparcase.

—Es un placer poder comer juntos de nuevo —dijo Leiter—. Nunca has tomado una langosta del Maine con mantequilla derretida como la que hacen aquí. Pero no sabría tan bien si alguno de los chicos de Spang estuviesen rumiando espaguetis con salsa Caruso en la mesa de al lado.

Era tarde y la mayoría de los comensales había terminado su cena y se dirigía al círculo de apuestas. Se sentaron en la mesa del rincón y Leiter dijo al camarero que no se apurase en llevarles las langostas, que les sirviera un par de Martinis muy secos hechos con vermouth Cresta Blanca.

—Así que te vas a Las Vegas —dijo Bond—. Divertida coincidencia. —Contó a Leiter su conversación con «Shady» Tree.

—Seguro —repuso Leiter—. De coincidencia nada. Los dos estamos viajando por malos caminos y todos los malos caminos conducen a la mala ciudad. Tengo que hacer un poco de limpieza aquí en Saratoga primero. Y escribir una pila de informes. Es la mitad de mi vida con Pinkerton, escribir informes. Pero estaré en Las Vegas a finales de semana, husmeando un poco. No será posible verte mucho el pelo bajo la nariz de Spang, pero quizá podamos encontrarnos de vez en cuando e intercambiar información. —Luego añadió—:

Espera, tengo a un hombre allí. Encubierto. Un taxista que se llama Cureo, Ernie Cureo. Un buen tipo, le diré que vas y te echará una mano. Conoce toda la suciedad

de allí, qué matones de las bandas de fuera de la ciudad acaban de llegar, dónde se hacen los negocios más importantes. Sabe incluso dónde están las máquinas tragaperras que dan los mejores porcentajes. Y ése es el secreto mas valioso de toda la maldita Línea^[15]. Y chico, hasta que no has visto la Línea no has visto nada. Cinco kilómetros ininterrumpidos de garitos de juego. Luces de neón que hacen que Broadway parezca un arbolito de Navidad. ¡Montecarlo —Leiter se echó a reír— está en la edad de piedra!

Bond sonrió.

—¿Cuantos ceros tienen en la ruleta?

—Dos, supongo.

—Ahí tienes la respuesta. Al menos en Europa jugamos contra el porcentaje correcto. Quédate con tus luces de neón. El cero extra mantiene Montecarlo iluminado.

—Quizá. Pero los dados sólo pagan por encima del uno por ciento a la Casa. Y los dados es nuestro juego nacional.

—Lo sé —dijo Bond—. «El bebé necesita un par de zapatos nuevos.» Toda esa charla de niños. Me gustaría oír a un banquero del Sindicato Griego diciendo «El bebé necesita un par de zapatos nuevos» cuando ya tiene un nueve en su contra en la gran mesa y hay diez millones de francos en cada *tableau*.

Leiter soltó una carcajada.

—Diablos —dijo—. Tú lo tienes fácil con el arreglo que te han preparado en la mesa de blackjack. Podrás volver a Londres y contarles la historia de como les ganaste en el Tiara. —Bebió un trago de whisky y se recostó en la silla—. Mejor será que te explique la técnica de algunos de los juegos, por si se te ocurre apostarte los peniques contra su pote de oro.

—Venga.

—Y quiero decir pote de oro —continuó Leiter—. Sabes, James, todo el estado de Nevada, que por lo que respecta al público, está formado por Reno y Las Vegas, es el pote de oro al final del arco iris. La respuesta al sueño del público de «algo por nada» es un billete de avión para irse a la Línea de Las Vegas o al Main Street en Reno.

No hace mucho tiempo, cuando las estrellas y los dados no estaban trucados, un joven soldado estadounidense hizo veintiocho pases directos en la mesa de dados del Desert Inn. ¡Veintiocho! Si hubiese empezado con un dólar y lo hubiesen dejado jugar sobre los límites de la casa que, conociendo al señor Willbur Clark del Inn supongo no fue el caso, habría ganado ciento cincuenta millones de dólares. Por supuesto que no le dejaron jugar. El soldado ganó setecientos cincuenta dólares y salió de allí pies para qué os quiero. Ni siquiera consiguieron su nombre. Hoy, ese par de dados rojos está encima de una almohada de raso en una vitrina del Desert Inn Casino.

—Debió de ser una buena publicidad.

—¡Puedes apostar tu vida! —dijo Leiter—. Ni todos los publicistas del mundo la

hubiesen imaginado. Transformó el sueño en realidad, y espera a ver cómo suenan en esos casinos. En uno de ellos usan ochenta pares de dados cada veinticuatro horas, ciento veinte paquetes de cartas de plástico, cincuenta máquinas tragaperras tienen que ir al taller cada madrugada. Y espera a ver a esas viejecitas con guantes trabajándose las máquinas tragaperras. Llevan carritos de la compra para cargar sus monedas. Se trabajan las tragaperras diez, veinte horas al día sin parar un momento para ir al baño. ¿No me crees? ¿Sabes por qué llevan guantes? Para que sus manos no sangren.

Bond emitió un gruñido de incredulidad.

—Muy bien, muy bien —concedió Leiter—. Por supuesto esa gente se desmorona. Histeria, ataques de corazón, apoplejía. Las cerezas, las ciruelas y las campanas les saltan al cerebro. Todos los casinos tienen a un médico en servicio las veinticuatro horas; a las viejecitas las sacan en camilla gritando «¡Jackpot! ¡Jackpot! ¡Jackpot!» como si fuese el nombre de un amante muerto. Y echa un vistazo a las salas de bingo, y a las Ruedas de la Fortuna, y a los locales de tragaperras en la parte baja de la ciudad, en el Golden Nugget o The Horseshoe. Ahora no vayas y te dé la fiebre y te olvides de tu trabajo y de la chica e incluso de tus riñones. Me conozco los trucos básicos de todos los juegos, y sé cuánto te gusta jugar, así que hazme un favor y métetelos en tu dura cabeza. Apúntalos.

Bond estaba interesado. Sacó un lápiz y rasgó un pedazo del menú.

Leiter miró al techo.

—1,4 por ciento en favor de la Casa de Dados, 5 por ciento al blackjack. —Bajó de nuevo la vista hacia Bond—. Excepto en tu juego, ¡tramposo! 5 1/2 por ciento a la ruleta. Hasta un 17 por ciento en el bingo y la Rueda de la Fortuna y un 15-20 por ciento en las máquinas tragaperras. Nada mal para la Casa, ¿eh? Cada año once millones de clientes juegan contra el señor Spang y sus amigos con esos porcentajes. Toma doscientos dólares como la media del capital de uno de esos mamones; puedes calcular por ti mismo cuánto se queda en Las Vegas a lo largo de un año de juego.

Bond guardó el lápiz y el trozo de papel en el bolsillo.

—Gracias por la información, Félix. Pero parece que te olvidas que no voy a Las Vegas de vacaciones.

—De acuerdo, maldito seas —dijo Leiter resignadamente—. Pero no vayas haciendo el tonto por Las Vegas. Lo que tienen allí es una gran operación y no van a aguantar ningún truco. —Leiter se inclinó sobre la mesa—. Déjame que te diga algo: el otro día uno de esos repartidores de cartas, en el blackjack creo que era, decidió montarse el negocio por su cuenta. Se metió unos cuantos billetes en el bolsillo durante el juego. Bien, lo pillaron. Al día siguiente algún tipo inocente iba conduciendo desde Boulder City y divisó algo rojizo que sobresalía del desierto. No podía ser un cactus, así que paró y echó una ojeada. —Leiter golpeó el pecho de

Bond con el dedo—. Amigo, la cosa roja era un brazo. Y la mano al final del brazo sostenía una baraja de cartas entera, abierta en forma de abanico. Los policías acudieron con los ganchos, excavaron un poco y allí estaba, el resto del tipo enterrado al otro extremo del brazo. Era el repartidor. Le volaron la tapa de los sesos y lo enterraron. El elegante trabajito del brazo y las cartas era sólo para advertir a los otros. ¿Qué te parece?

—No está mal —dijo Bond.

Llegó la cena y empezaron a comer.

—De todas formas —comentó Leiter entre bocado y bocado de langosta—, el repartidor de cartas debía habérselo pensado dos veces antes de que lo cogiesen con las manos en la masa. Tienen un buen truco en los casinos de Las Vegas. Échale un vistazo a las luces del techo. Muy modernas. Simples agujeros por donde la luz ilumina directamente las mesas. Dan una luz muy fuerte, sin reflejos laterales que molesten a los clientes. Vuelve a mirar y observarás que no sale luz de uno de cada dos agujeros. Parece que estén ahí sólo para completar la decoración. —Leiter sacudió lentamente la cabeza de un lado al otro—. No, amigo. En el piso superior hay una cámara de televisión sobre un carrito que se mueve por todo el suelo filmando a través de los agujeros sin luz. Para controlar el juego. Si tienen dudas sobre uno de los repartidores, o uno de los jugadores, filman toda la sesión de esa mesa en particular y cada maldita carta que es echada la ven los tipos sentados en silencio en el piso de arriba. Listos, ¿no? Esos tahúres se hallan totalmente controlados. Pero los repartidores lo saben; el tipo esperó que la cámara estuviese mirando hacia otro lado. Error fatal, peor para él.

Bond sonrió a Leiter.

—Iré con cuidado —prometió—. Pero no te olvides que de alguna forma he de avanzar en la red. Hasta llegar a la araña. De hecho tengo que acercarme al máximo a tu amigo Seraffino Spang. No puedo hacerlo sólo mandándole mi tarjeta. Y te diré algo más, Félix —el tono de Bond fue de impaciencia—: de repente me he puesto en contra de los hermanos Spang. No me gustaron los encapuchados. Ni la forma en que el hombre golpeó al negro gordo. El lodo hirviendo. No me hubiera importado tanto si sólo hubiese apaleado al jockey, rutina de policías y ladrones, pero lo del lodo indica una mente enferma. Y la he tomado con Pissaro y Budd. No se por qué, pero la he tomado con todos ellos. —La voz de Bond parecía estar pidiendo disculpas—. Pensé que debía avisarte.

—De acuerdo. —Leiter empujó el plato vacío—. Estaré por ahí para recoger los pedazos. Y le diré a Ernie que te tenga vigilado. Pero no creas que podrás pedir un abogado o la ayuda del cónsul británico si te pones a malas con la banda. —Golpeó la mesa con el garfio—. Mejor que nos tomemos un último bourbon con agua de manantial. Al lugar que tú vas sólo hay desierto. Más seco que un hueso y más

caliente que el infierno en esta época del año. No hay ríos, así que nada de agua de manantial por allí. Te lo vas a beber con soda y lo vas a sudar por todo el cuerpo. Estarán a unos 50 grados a la sombra. El problema es que no hay sombra.

Llegó el whisky.

—Te voy a echar de menos, Félix —dijo Bond, contento de evadirse de sus pensamientos—. Nadie para enseñarme el estilo de vida estadounidense. A propósito, hicisteis un trabajo magnífico con lo de *Shy Smile*. Me gustaría que pudieses venir y arreglar lo de Spang conmigo. Estoy convencido de que juntos lo conseguiríamos.

Leiter miró a su amigo con afecto.

—Este tipo de trabajo pesado no es bueno si lo haces para Pinkerton —dijo—. Yo también voy detrás del pájaro, pero tengo que pillarlo legalmente. Si encuentro el lugar donde están enterrados los restos del caballo, ese matón va a tenerlo feo. Está bien para ti, vienes, lo mareas un poquito y luego te largas rápidamente a Inglaterra. La banda no tiene ni idea de quién eres. Por lo que me dices, nunca podrán saberlo. Pero yo seguiré viviendo en este país. Si tuviese una sesión de disparos o algo del estilo con Spang, sus colegas se encargarían de encontrarme, y de encontrar a mi familia, y a mis amigos. No descansarían hasta haberme herido más de lo que yo pude herir a su amigo. Incluso si lo maté. No es muy divertido llegar a casa y encontrarte con que la casa de tu hermana se ha quemado con ella dentro. Me temo que esto todavía pasa en este país hoy en día. Las bandas no desaparecieron con Al Capone. Mira a Murder Inc. Mira al informe Kefauver. Ahora los matones no dirigen el mercado del licor. Dirigen gobiernos. Gobiernos de estados como Nevada. Se escriben artículos sobre ello. Y libros y discursos y sermones. Pero ¡qué diablos! —Leiter soltó una abrupta carcajada—. Quizá tú puedas dar un buen golpe en nombre de la Libertad, la Casa y la Belleza con ese equalizador oxidado tuyo. ¿Todavía tienes la Beretta?

—Sí —dijo Bond.

—¿Todavía tienes ese doble cero que significa que estás autorizado a matar?

—Sí —respondió Bond, seco—. Lo tengo.

—Bien —dijo Leiter levantándose de la silla—. Vamos a casa a dormir y a dar un descanso a tus ojos de tirador. Mi predicción es que lo vas a necesitar.

Capítulo 15

Rué de la Pay

El avión dibujó una gran curva por encima del brillante azul del Pacífico y luego barrió rápidamente a través de Hollywood, ganando altura para sobrevolar el Cajón Pass, que cruza el gran acantilado dorado de las Sierras Altas.

Bond vio los interminables kilómetros de avenidas bordeadas de palmeras, los aspersores girando sobre el césped esmeralda delante de casas elegantes, las fábricas de aviones, los exteriores de los estudios de cine con sus galimatías de decorados — calles de ciudades, ranchos del Oeste, lo que parecía una pista de carreras en miniatura, una goleta de cuatro mástiles plantada en el suelo— y después sobrevolaron las montañas y, a través de ellas, por encima del interminable desierto rojo que es la antesala de Los Angeles.

Sobrevolaron Barstow, cruzado por la solitaria vía del Santa Fe que se interna en el desierto en su larga carrera a través de la Meseta del Colorado, bordeando a la derecha las montañas del Calicó, que una vez fueron el centro de bórax del mundo, y alejándose de las llanuras sembradas de huesos del Valle de la Muerte que se pierden por su izquierda. Entonces aparecieron más montañas, manchadas de rojo como encías ensangrentadas entre dientes podridos, y luego un destello de verde en medio del devastado paisaje marciano, más tarde un suave descenso y el «Por favor, abróchense los cinturones y apaguen sus cigarrillos».

El calor golpeó el rostro de Bond como un puñetazo, y empezó a sudar en los cincuenta metros que había entre el frescor del avión y el bendito aire acondicionado del edificio de la terminal. Las puertas de cristal, operadas por los ojos que todo lo ven de las células fotoeléctricas, se abrieron en un susurro delante de Bond, cerrándose lentamente a su espalda. Y ya estaban allí las máquinas tragaperras, cuatro hileras de ellas, bloqueándole el paso. Era un reflejo natural sacar las monedas, tirar de las palancas y mirar el girar de los limones y las naranjas y las cerezas hasta pararse con un breve sonido de campana, seguido por un suave suspiro mecánico. Cinco centavos, diez centavos, un cuarto de dólar. Bond probó suerte, y sólo una vez dos cerezas y una campana escupieron tres monedas a cambio de la que él había introducido.

Al retirarse, esperando a que el equipaje de la media docena de pasajeros apareciese en la rampa cercana a la salida, vio un anuncio sobre una gran máquina parecida a las que dispensan agua helada. Decía: BAR DE OXÍGENO. Se acercó y leyó el resto: *respire oxígeno, decía, saludable e inofensivo, para un bienestar inmediato, alivia los síntomas de mareo, fatiga, nervios y muchos más.*

Bond, obediente, metió una moneda en la ranura y se inclinó para cubrir su nariz y su boca con el ancho inhalador de plástico negro. Oprimió un botón y, siguiendo las

instrucciones, inspiró y aspiró lentamente durante un minuto. Era como respirar aire muy frío sin olor ni sabor. Al acabarse el minuto, la máquina produjo un clic y Bond se enderezó. No sentía nada más que un ligero mareo, pero luego reconoció que había una gran dosis de descuido en la sonrisa irónica que lanzó al hombre que había estado observándolo con un maletín de cuero debajo del brazo.

El hombre le devolvió brevemente la sonrisa y siguió su camino.

El altavoz invitó a los pasajeros a que retiraran sus equipajes. Bond cogió su maleta y la arrastró a través de las puertas automáticas de la salida, donde lo esperaba, con los brazos abiertos, el calor al rojo vivo del mediodía.

—¿Va usted al Tiara? —preguntó una voz.

Un hombre musculoso de grandes ojos marrones bajo la visera de su gorra de chófer le disparó la pregunta mientras sostenía un palillo en la comisura de los labios.

—Sí.

—Muy bien. En marcha.

El hombre no se ofreció a llevar la maleta de Bond, que lo siguió hasta el elegante Chevrolet con una cola de mapache de la buena suerte atada a la figurilla de la capota, una mujer desnuda en metal cromado. Bond tiró la maleta en el asiento trasero y subió al coche.

El taxi salió del aeropuerto y entró en la autopista situándose en el carril de la derecha. Los otros coches pasaban a gran velocidad. El conductor de Bond permaneció en el carril de la derecha, conduciendo sin prisas. Bond se sintió examinado a través del retrovisor. Echó una ojeada a la tarjeta de identificación del conductor. Decía: Ernest Cureo. N° 2584. En ella había una fotografía cuyos ojos también miraban fijamente a Bond.

El taxi olía a humo de cigarro y Bond oprimió el botón para bajar el cristal de la ventanilla. Un golpe de aire tórrido le hizo cerrarla de nuevo.

El conductor se volvió desde su asiento.

—No es una buena idea, señor Bond —le aconsejó amigablemente—. El taxi está acondicionado. Quizá no lo parezca, pero la temperatura es mejor que la del exterior.

—Gracias —dijo Bond, y luego añadió—: Tengo entendido que usted es amigo de Félix Leiter.

—Seguro —respondió el conductor por encima del hombro—. Un gran tipo. Me pidió que le echara una mano. Me encantará si puedo ayudarle en algo mientras esté por aquí. ¿Se quedará mucho tiempo?

—No sé —repuso Bond—. Por lo menos unos días.

—Tengo una idea —dijo el taxista—. No crea que intento desplumarle, pero si vamos a trabajar juntos y usted tiene algo de pasta, quizá lo mejor sería que alquilara el taxi por todo el día. Cincuenta pavos, tengo que ganarme la vida. Así no despertará sospechas entre los botones de los hoteles y todo lo demás. No veo cómo puedo

mantenerme cerca si no. De esta manera entenderán que me pase el día esperándolo. Son un buen puñado de hijos de puta desconfiados los de la Línea.

—No podría ser mejor. —A Bond le había gustado el hombre desde el principio, y confiaba en él—. Trato hecho.

—De acuerdo. —El conductor se explayó un poco—: Verá, señor. A los tipos de por aquí no les gusta que haya algo que se salga de lo ordinario. Son recelosos. Si una persona no tiene pinta de ser un turista que viene a dejarse la paga, empieza a picarles la curiosidad. Por ejemplo, usted mismo.

Cualquiera puede ver que es inglés incluso antes de que abra la boca, por la ropa y todo lo demás. Bien. «¿Qué está haciendo aquí este *limey*^[16]» y «¿Qué clase de *limey* es? Parece un tipo duro. Así que vamos a observarlo de cerca.» —Se volvió—. ¿Ha visto a un hombre que estaba matando el tiempo en la terminal, con un maletín de cuero bajo el brazo?

Bond se acordó del tipo que le había estado observando en el Bar de Oxígeno.

—Sí —dijo, y entonces se dio cuenta de que el oxígeno le había hecho bajar la guardia.

—Apuesto lo que sea a que en estos momentos está estudiando su fotografía —aseguró el conductor—. El maletín esconde una cámara de dieciséis milímetros. Sólo tiene que bajar la cremallera, apretar el maletín con el brazo y la cámara empieza a disparar. Habrá tomado unas cincuenta, de frente y de perfil, y esta misma tarde estará en el departamento de «Identificación de Jetas», en la oficina central, con una lista de lo que usted lleva en su maleta. No parece que lleve un arma. Quizá se trata de un simple trabajito de estafador. Pero si la lleva, habrá otro hombre con pistola a su lado durante todo el tiempo que usted esté en las salas de juego. Esta noche ya se habrá corrido la voz. Mejor que ande al tanto de cualquier tipo con el abrigo puesto. Aquí nadie los lleva, excepto para esconder la artillería.

—Gracias —dijo Bond, molesto consigo mismo—. Ya veo que tendré que mantenerme un poco más despierto. Parece que lo tienen bien montado por aquí.

El taxista gruñó afirmativamente y siguió conduciendo en silencio.

Estaban entrando en la famosa «Línea». El desierto a ambos lados de la carretera, que había permanecido vacío con la excepción de los ocasionales tablones anunciando los hoteles, empezaba a florecer con estaciones de servicio y moteles. Dejaron atrás un motel con una piscina que tenía las paredes de cristal transparente. Mientras pasaban, una chica se zambulló en el líquido de color verde brillante y su cuerpo cortó el agua con una nube de burbujas. Entonces apareció una estación de servicio con un elegante restaurante *drive-in*^[17]. *Gaseteria*, decía, ¡aquí hace fresco! ¡perritos calientes! ¡hamburguesas gigantes! ¡hamburguesas atómicas! ¡bebidas heladas! ¡entre con su coche! Dos automóviles eran atendidos por camareras con tacones altos y bikini.

La gran autopista de seis carriles se extendía a través de un bosque de anuncios en colores, perdiéndose, en la parte baja de la ciudad, en un lago danzante de calor y olas. El día era tan caluroso y sofocante como el fuego de un incendio. El hinchado sol freía hasta el corazón del cemento, y no había sombra alguna, excepto bajo las pocas palmeras que se encontraban esparcidas en la entrada de los moteles.

—Estamos entrando en la Línea —le informó el conductor—. También conocida como «Rué de la Pay». Escrito P-A-Y^[18]. Una broma. ¿Lo pillas?

—Lo he cogido —respondió Bond.

—A su derecha, El Flamingo —dijo Ernie Cureo mientras pasaban por delante de un motel bajo de estilo moderno con una inmensa torre de neón, ahora apagada—. Bugsy Siegel lo construyó en el 1946. Un buen día vino de la costa a Las Vegas, a echar un vistazo. Tenía mucho dinero y quería encontrar una buena inversión. Las Vegas estaba en su apogeo. Una ciudad totalmente abierta. Juego, casas de citas legales. Un montaje agradable. A Bugsy no le costó mucho engancharse. Vio las posibilidades.

Bond rió del doble sentido que tenía la frase.

—Sí, señor —prosiguió el conductor—, Bugsy vio las posibilidades y se instaló. Estuvo al mando hasta 1947, cuando le volaron la cabeza con tal cantidad de balas que la pasma nunca pudo encontrarlas todas. Ahí tenemos The Sands. Montones de dinero calentito detrás de su fachada. Pero no se de quién es a ciencia cierta. Fue construido hace un par de años. El portero es un buen tipo llamado Jack Intratter. Solía trabajar en el Copa de Nueva York. Quizá haya oído hablar de él.

—Me temo que no —dijo Bond.

—Bueno, he aquí el Desert Inn. El lugar de Wilbur Clarke. El dinero vino de la vieja combinación Cleveland-Cincinnati. Y la covacha con el anuncio de hierro es El Sahara. Lo último. Los propietarios son un puñado de jugadores de poca monta de Oregón. Lo divertido es que perdieron cincuenta mil dólares en su noche inaugural. ¿Se lo puede creer? Todos los peces gordos vinieron con los bolsillos llenos de pasta a hacer el juego de cortesía, para que la primera noche fuese un éxito, ¿entiende? Es costumbre que las bandas rivales se reúnan en la noche de la inauguración de un nuevo local. Pero, hombre, las cartas no quisieron cooperar y los tipos de la oposición se volvieron a casa ¡con cincuenta de los grandes! Toda la ciudad está partiéndose de risa todavía.

Ahí —hizo un gesto hacia la izquierda en dirección a un cartel de neón en la forma de una gigantesca carreta marchando al galope tendido— tiene La Ultima Frontera. Eso de la izquierda es una ciudad del Oeste de cartón piedra. Vale la pena visitarla. Y por ahí el Thunderbird, y enfrente el Tiara. El garito más elegante de Las Vegas. Supongo que ya tiene información del señor Spang y su banda.

Redujo la velocidad y aparcó delante del Hotel Spang, que estaba rematado por

una corona de luces brillantes que parpadeaban en una batalla perdida contra el sofocante sol y los reflejos de la autopista.

—Conozco las líneas generales —dijo Bond—, pero no me importaría que me diera los detalles en algún momento. Y ahora ¿qué?

—Lo que usted diga, señor.

De repente, Bond sintió que ya tenía suficiente del brillo chabacano de la Línea. Sólo quería meterse en la habitación y refugiarse del calor, comer algo y, quizá, nadar un poco y tomarse las cosas con calma hasta que llegara la noche. Así se lo dijo al conductor.

—Me parece muy bien —dijo Cureo—. Supongo que no debería meterse en demasiados líos en su primera noche. Tómese lo con calma y compórtese con naturalidad. Si tiene trabajo que hacer en Las Vegas es mejor que primero se sitúe un poco. Y cuidado con el juego, amigo. —Se echó a reír, socarrón—. ¿Ha oído hablar alguna vez de esas Torres Silenciosas que tienen en la India? Dicen que los buitres sólo necesitan veinte minutos para dejar a un tipo con los huesos pelados. Supongo que les toma un poco más de tiempo en el Tiara. Quizá las Uniones los paran un poco. —El conductor puso la palanca de cambio en primera—. Da lo mismo —dijo, mirando el tráfico a través del retrovisor—. Una vez un tipo dejó Las Vegas con cien de los grandes. —Se interrumpió, esperando la oportunidad de cruzar hacia el aparcamiento—. Lo único que ocurrió fue que cuando empezó a jugar tenía medio millón.

El coche se lanzó por entre el tráfico y alcanzó el pórtico que protegía la entrada de puertas acristaladas del edificio de estuco rosado. El portero, en uniforme azul celeste, abrió la portezuela del taxi y sacó la maleta de Bond. Este se apeó en el intenso calor.

Mientras cruzaba la puerta de cristal oyó la voz de Ernie Cureo diciendo al portero:

—Un inglés loco. ¡Me ha alquilado el taxi por cincuenta pavos al día! ¿Qué te parece?

La puerta se cerró a su espalda y el maravilloso aire frío con un beso helado le dio la bienvenida al resplandeciente palacio del hombre llamado Seraffino Spang.

Capítulo 16

El Tiara

Bond almorzó en la «Habitación Sunburst» con aire acondicionado, al lado de la gran piscina en forma de riñón (Salvavidas: Bobby Bilbo - piscina higienizada a diario con hydrojet, decía el rótulo), y habiendo decidido que sólo un uno por ciento de los clientes tenía un cuerpo que le permitiera llevar traje de baño, caminó muy despacio a través del calor a lo largo de los veinte metros que separaban su edificio del establecimiento central. Se quitó la ropa y se echó en la cama desnudo.

Las habitaciones del Tiara estaban distribuidas en seis edificios que tenían nombres de joyas. Bond estaba en la primera planta de «La Turquesa». Sus paredes eran azules y los tejidos empleados en el mobiliario, azul oscuro y blanco. Tenía una habitación extremadamente cómoda y estaba equipada con muebles caros y muy bien diseñados, de una madera plateada que podía ser de abedul. Había un aparato de radio junto a la cabecera de su cama, a un lado de la gran ventana un televisor con una pantalla de diecisiete pulgadas; al otro lado de la ventana había un pequeño patio. Era una habitación muy tranquila, incluso el sistema de aire acondicionado controlado por termostato no hacía ruido alguno. Bond se durmió casi al instante.

Durante las cuatro horas que permaneció dormido, el magnetofón escondido en la base de la mesilla de noche malgastó varios centenares de metros de cinta grabando el más absoluto silencio.

Cuando se despertó eran las siete. El magnetofón registró que había cogido el teléfono y había preguntado por la señorita Tiffany Case; después de una pausa había dicho: «¿Podría decirle que el señor James Bond ha llamado?» y había colgado el auricular. Luego registró el ruido de Bond moviéndose por la habitación, el del agua de la ducha y, a las 19:30, el clic del pestillo al salir Bond y cerrar la puerta.

Media hora más tarde, el aparato grabó unos golpecitos en la puerta y, tras una pausa, el ruido de aquélla al abrirse. Un hombre vestido de camarero, con una cesta de frutas con una nota que decía *Con los mejores deseos de la Dirección*, entró en la habitación y se dirigió rápidamente hacia la mesilla de noche. Desenroscó dos tornillos, sacó el rollo de cinta del magnetofón y lo reemplazó por uno nuevo. Luego puso la cesta de frutas sobre la mesilla y salió cerrando la puerta tras de sí.

Durante varias horas el magnetofón giró lentamente, sin grabar nada.

Bond se sentó en el bar del Tiara, tomando sorbos de su Martini con vodka y examinando la gran sala de juego con ojo profesional.

Se le ocurrió que parecía que Las Vegas hubiese inventado una nueva escuela de arquitectura funcional. «La escuela de la trampa para ratones», pensó que podría

llamarse, cuyo primer objetivo era conducir al cliente-ratón hacia la trampa central de juego, tanto si quería queso como si no.

Había sólo dos entradas, una desde la calle y la otra desde los edificios de las habitaciones y la piscina. Una vez se había entrado a través de una de ellas, ya fuese a comprar un periódico o un paquete de cigarrillos, a tomar algo o comer en uno de los dos restaurantes, cortarse el pelo o darse un masaje en el gimnasio, o simplemente para ir al baño, no había forma de alcanzar el objetivo sin pasar entre las hileras de máquinas tragaperras y las mesas de juego. Y una vez atrapado en la vorágine de las máquinas giratorias, de entre las cuales sonaba siempre, de alguna parte, el intoxicante sonido de la cascada plateada de monedas cayendo en la taza de metal, o de vez en cuando el dorado grito de «¡Jackpot!» lanzado por una de las «chicas del cambio», se estaba perdido. Fascinado por la excitada conversación de las tres grandes mesas de dados, el seductor girar de las dos ruedas de la ruleta y el clank de los dólares de plata sobre el tapete verde de las mesas de jackpot, tendría que ser un ratón de acero el que fuera capaz de cruzar el lugar sin dar un mordisco tentativo a aquel delicioso pedazo de queso de la suerte.

Pero, reflexionó Bond, sólo sería una trampa para ratones muy insensibles, ratones que se dejarían tentar por el queso más tosco. Era una trampa muy poco elegante, obvia y vulgar, y el ruido de las máquinas tenía una horrible fealdad mecánica que golpeaba el cerebro. Era como el golpear sin pausa de los motores de algún viejo buque de hierro camino del desguace, sin aceite, descuidado, condenado.

Los jugadores permanecían de pie tirando de las manillas de las máquinas como si odiasen lo que estaban haciendo. Y, una vez habían visto su suerte en la pequeña ventanilla de cristal, no esperaban a que las ruedas parasen de girar, sino que empujaban con fuerza otra moneda en la ranura y levantaban un brazo derecho que sabía exactamente los movimientos que tenía que hacer. Crank-clac, clac-ting. Crank-clac, clac-ting.

Cuando se producía la ocasional cascada de dinero, la taza de metal se desbordaba de monedas y el jugador tenía que arrodillarse buscando por debajo de las máquinas una moneda perdida. Porque, como Leiter había dicho, la mayoría eran mujeres, viejecitas de la clase ama de casa acomodada, y las hordas de viejecitas permanecían de pie frente al ejército de máquinas como gallinas cluecas en una granja industrial, forzadas por el delicioso fresco de la sala, y la música de las ruedas giratorias, a seguir poniendo hasta perder todo su dinero.

En ese momento, mientras Bond observaba el panorama, la voz de una de las chicas del cambio gritó «¡Jackpot!», y algunas de las mujeres levantaron la cabeza y la imagen cambió. Ahora recordaron a Bond al perro del doctor Pavlov, la saliva babeando de sus mandíbulas al sonido de la campana traicionera que no traía la cena. Bond sintió un escalofrío al imaginarse los ojos vacíos de aquellas mujeres, su piel,

sus bocas húmedas entreabiertas y sus manos magulladas.

Bond dio la espalda a la escena y tomó un sorbo de su Martini, escuchando con la mitad de su mente la música que tocaba la banda de nombre famoso en el otro extremo de la habitación, al lado de la media docena de tiendas. Sobre una de éstas había un letrero de neón azul pálido que decía *Casa de los Diamantes*. Bond llamó al barman.

—¿Ha venido por aquí el señor Spang?

—No lo he visto —dijo el barman—. Por lo general viene después de primer *show*. Alrededor de las once. ¿Lo conoce?

—Personalmente, no.

Bond pagó su cuenta y se acercó a las mesas de blackjack. Se detuvo ante la mesa central. Esa iba a ser su mesa, exactamente cinco minutos después de las diez. Miró su reloj: las ocho y media.

La mesa era pequeña, un riñon plano de gamuza verde. Ocho jugadores se sentaban en altos taburetes frente al repartidor de cartas, que estaba de pie con el estómago apoyado contra la esquina de la mesa y repartía dos cartas en los ocho espacios numerados del tapete frente a las apuestas. Casi todas las apuestas eran de cinco o diez dólares de plata, o fichas por un valor de veinte. El repartidor, un hombre de unos cuarenta años, tenía una sonrisa agradable. Llevaba el uniforme de repartidor: camisa blanca con los puños abrochados, una delgada corbata negra de jugador del Oeste, una visera verde y pantalones negros. La parte delantera de los pantalones estaba protegida de la fricción contra la mesa por un pequeño delantal de gamuza verde.

El repartidor entregó las cartas y organizó las apuestas con agilidad imperturbable. En la mesa reinaba el silencio, excepto cuando un jugador pedía una bebida de «cortesía» o cigarrillos a una de las camareras en pijama de seda negro que paseaban por el espacio central dentro del círculo de mesas. Desde ese mismo espacio central, dos matones, con ojos de lince y pistolas en el cinto, observaban el desarrollo del juego.

Éste era rápido, eficiente y aburrido; aburrido y mecánico como las máquinas tragaperras. Bond miró por un momento y luego se alejó hacia las puertas con los carteles de *Sala de fumadores* y *Salón de damas* al otro extremo del casino. En el camino se cruzó con cuatro «sheriffs» vestidos con elegantes uniformes del Lejano Oeste grises. Las perneras de los pantalones metidas dentro de botas Wellington. Los hombres se paseaban por el local, sin mirar nada, pero viéndolo todo. En las caderas llevaban sendas pistolas enfundadas en una cartuchera abierta y el latón pulido de cincuenta balas brillaba en sus cinturones.

«Están bien protegidos por aquí», pensó Bond mientras se dirigía a la puerta de la *Sala de fumadores*. Dentro, en el muro embaldosado, había un cartel que decía:

Acérquese. Es más corta de lo que usted piensa. «¡Humor del Oeste!» Bond se preguntó si se atrevería a incluirlo en su próximo informe escrito a M. Decidió que no caería bien. Salió y cruzó entre las mesas hasta la puerta situada bajo el letrero de neón, *The Opal Room*.

El restaurante circular decorado en rosa, blanco y gris estaba medio vacío. La camarera apareció de inmediato y le condujo a una mesa en un rincón. Se inclinó a arreglar las flores del centro de mesa, mostrándole que sus bellos senos eran por lo menos un cincuenta por ciento reales. Le sonrió graciosamente y desapareció. Diez minutos después llegó otra camarera llevando una bandeja y dejó en su mesa un panecillo, un poco de mantequilla, un platillo de aceitunas y un poco de apio con queso. Después, una tercera camarera, un poco mayor, hizo su aparición y le entregó el menú.

—Vuelvo en seguida —dijo ella.

Veinte minutos después, Bond pudo pedir una docena de ostras y un bistec, y como esperaba que se produjese otra pausa larga en el servicio, otro Martini seco con vodka.

—El camarero de vinos le atenderá en seguida —dijo la camarera, muy educada, desapareciendo después en dirección a la cocina.

«Mucha cortesía y poco servicio», pensó Bond, y se resignó al ritual cortés.

A lo largo de la excelente cena, que al final se materializó, Bond se preguntó qué le traería la velada que se aproximaba y de qué manera podría forzar el ritmo de su misión. Estaba aburrido de su papel de matón a prueba que se encuentra a punto de ser pagado por su primera chapuza y que, si gana la aprobación del señor Spang, conseguirá un trabajo regular con el resto de adultos inmaduros que forman la banda. Le enfurecía no poder tomar la iniciativa, que un puñado de supuestos matones de altura le ordenara ir a Saratoga y luego a esa odiosa trampa para bobos. Y ahí estaba, consumiendo la comida y durmiendo en la cama de ellos, mientras le observaban y debatían si su mano era lo suficientemente firme, su apariencia bastante de fiar y su salud adecuada para trabajar en alguno de sus sucios chanchullos.

Bond masticó su bistec como si fuesen los dedos de Seraffino Spang y maldijo el día en que había aceptado aquella estúpida misión. Hizo una pausa y siguió comiendo con más calma. ¿De qué demonios se preocupaba? Esa era una misión importante que hasta el momento había ido bien. Y se encontraba ya en el centro de la red, en el garito del señor Seraffino Spang, quien, junto con su hermano en Londres, y con el misterioso ABC, llevaba la mayor operación de contrabando de diamantes del mundo. ¿Qué importancia tenían los sentimientos de Bond? Sólo era un momento de malhumor, un toque de náusea producido por el contacto demasiado prolongado con aquellas sórdidamente poderosas bandas norteamericanas, demasiado cerca de la «elegante vida» con olor a pólvora de la aristocracia del crimen.

Tomando el café, Bond decidió que la verdad del asunto era que sentía añoranza de su verdadera identidad. Se encogió de hombros. Al diablo con los Spang y la ciudad de Las Vegas gobernada por encapuchados. Miró el reloj: eran sólo las diez. Encendió un cigarrillo y se levantó cruzando lentamente el salón en dirección al Casino.

Había dos formas de jugar el resto de la partida, manteniéndose al margen y esperando a que ocurriera algo, o forzando el ritmo hasta que algo *tuviese* que ocurrir.

Capítulo 17

«Gracias por el paseo»

La escena en el gran salón de juego había cambiado. Estaba mucho más silencioso. La orquesta había desaparecido, y también las hordas de mujeres; sólo quedaban unos pocos jugadores a las mesas. Había dos o tres «animadoras» jugando en las ruletas; chicas atractivas con elegantes vestidos de noche a las que habían dado cincuenta dólares con los que animar las mesas muertas, y un hombre muy borracho agarrándose a la mampara que rodeaba las mesas de dados y lanzando imprecaciones.

Algo más había cambiado. Quien repartía cartas en la mesa central de blackjack, la que estaba más cerca del bar, era Tiffany Case.

Así que ése era su trabajo en el Tiara.

Bond se dio cuenta que todos los repartidores de blackjack eran mujeres bonitas, todas vestidas con el mismo traje del Lejano Oeste gris y negro: falda corta gris con un ancho cinturón con hebilla de metal, camisa gris con un pañuelo negro alrededor del cuello, sombrero gris colgando a la espalda de una cinta negra y botas Wellington negras sobre medias de nilón color carne.

Bond miró de nuevo su reloj y se movió con lentitud hacia el centro del salón. Así que Tiffany iba a amañar el juego para que él ganara 5.000 dólares. Y por supuesto habían escogido el momento en que ella había empezado a trabajar y el primer *show* del cabaret no había terminado todavía en la *Platinum Room*. Iban a estar solos en la mesa. Sin testigos que se dieran cuenta del arreglo.

Exactamente a las 22:05 Bond se sentó a la mesa, frente a la joven.

—Buenas noches.

—Hola —respondió ella con una sonrisa educada.

—¿Cuál es el máximo?

—Uno de los grandes.

Mientras Bond dejaba caer los diez billetes de 100 dólares sobre la línea de apuestas, el encargado de la sala apareció junto a la mesa de inmediato, colocándose al lado de Tiffany Case.

—Quizá el señor quiera una baraja nueva, señorita Tiffany —dijo sin mirar a Bond, y le entregó una baraja.

Ella rasgó el envoltorio y le entregó las cartas usadas.

El encargado se retiró un par de pasos y pareció perder interés en el juego.

La joven mezcló los naipes con un movimiento de manos fluido, cortó y puso los dos montones sobre la mesa, mezclándolos luego con impecable precisión. Pero Bond se dio cuenta de que las dos mitades no casaban por completo y que cuando levantó el paquete de la mesa y procedió a barajarlo inocentemente, las dos partes de la baraja volvieron a su posición inicial. Ella repitió la maniobra y puso de nuevo el paquete

sobre la mesa, delante de Bond, invitándolo a cortar. El cortó y miró con aprobación como ella llevaba a cabo el movimiento que se llama «Anulación», uno de los mas difíciles en el juego de las cartas.

Así que la «nueva» baraja estaba preparada, y el objetivo de todos aquellos movimientos era que las cartas volvieran a estar en el orden en que habían sido dispuestas antes de dejar su envoltorio. Había sido una manipulación brillante y Bond estaba lleno de admiración por la seguridad de las manos de Tiffany.

Miró a los ojos grises de la joven. ¿Había un ligero toque de complicidad en ellos ante el extraño juego que estaban desarrollando sobre el tapete verde?

Le repartió dos cartas y se quedó dos para ella. Bond se dio cuenta de que tendría que ir con cuidado. Debería jugar a la manera convencional o destruiría la secuencia en que las cartas habían sido preparadas.

Sobre la mesa estaba escrita la frase *El repartidor debe sacar dieciséis y pararse en diecisiete*. Presumiblemente le habían dado cartas ganadoras a prueba de tontos; pero, por si había otro jugador o alguien observando, su éxito tenía que parecer un golpe de suerte natural, como por ejemplo repartirle veintiuna cada vez y diecisiete a ella.

Echó una ojeada a sus cartas. Un comodín y un diez. Miró a la joven y sacudió la cabeza. Ella tenía dieciséis y cogió otra carta, eliminándose con un Rey. Tenía a su lado un fichero conteniendo sólo dólares de plata y fichas de veinte, pero el encargado apareció rápidamente con una placa de 1.000 dólares. Ella la cogió y se la echó a Bond, que la puso sobre la línea metiéndose los billetes en el bolsillo. Tiffany tiró dos cartas más en dirección a Bond y dos para ella. Bond tenía diecisiete y de nuevo sacudió la cabeza. Ella tenía doce y cogió un tres y un nueve; veinticuatro, eliminada de nuevo. El encargado apareció con otra placa. Bond se la deslizó en el bolsillo dejando su apuesta original sobre la mesa. Esa vez sacó diecinueve, y ella, un diez y un siete; según las reglas, ella perdía. Otra placa fue a parar al bolsillo de Bond.

Las grandes puertas al otro extremo de la habitación se abrieron y un río de gente, finalizado el cabaret, irrumpió en la sala de juego. Pronto estarían alrededor de las mesas. Era su última jugada. Después debía levantarse de la mesa y dejar a la chica. Ella lo miraba. Bond cogió las dos cartas que le servía. Veinte. Ella tenía también dos dieces. Bond sonrió ante el refinamiento. La joven le repartió dos cartas más con rapidez, en el momento en que otros tres jugadores se unían a la mesa y se acomodaban en los taburetes. El tenía diecinueve y ella dieciséis.

Y eso fue todo. El encargado ni se molestó en entregar la cuarta placa a la chica; la tiró directamente hacia Bond con una expresión irónica.

—¡Cielos! —exclamó uno de los nuevos jugadores, mientras Bond se metía la placa en el bolsillo y se levantaba de la mesa.

Bond miró a la chica.

—Gracias. Reparte de maravilla.

—¡Y que lo diga! —comentó el mismo jugador que había hablado antes.

Tiffany Case miró duramente a Bond.

—De nada —replicó. Sostuvo su mirada por una fracción de segundo y bajó la vista de nuevo sobre las cartas, barajándolas concienzudamente, y ofreciéndolas a un nuevo jugador para que cortase.

Bond dio la espalda a la mesa y se paseó por la sala, pensando en ella y, de vez en cuando, mirando de soslayo a la alta e imperiosa figura vestida con el excitante uniforme del Oeste. Era obvio que otros la encontraban tan atractiva como Bond, porque pronto había ocho hombres sentados a su mesa y otros tantos observándola.

Bond sintió una punzada de celos. Se dirigió al bar y pidió un bourbon con agua de manantial para celebrar los 5.000 dólares que tenía en el bolsillo.

El camarero puso en el mostrador una botella de agua con tapón de corcho, al lado del Old Grandad de Bond.

—¿De dónde viene? —preguntó Bond, recordando lo que Leiter le había dicho.

—Cerca de Boulder Dam —respondió el camarero con seriedad—. La traen en camión cada día. No se preocupe —añadió—: es el producto auténtico.

Bond echó un dólar de plata sobre el mostrador.

—Estoy seguro de ello —repuso él con igual seriedad—. Quédese con el cambio.

Permaneció de pie, de espaldas al bar, con el vaso en la mano, decidiendo su siguiente movimiento. Ya le habían pagado, y «Shady» Tree le dijo que no volviera a las mesas de juego bajo ningún concepto.

Bond terminó su bebida y cruzó la sala en línea recta hacia la primera mesa en que se jugaba a la ruleta. Sólo había unos cuantos jugadores apostando poco dinero.

—¿Cuál es el máximo? —preguntó al *croupier*, un individuo mayor, medio calvo, de ojos muertos, que acababa de recoger de la rueda la bolita de marfil.

—Cinco de los grandes —dijo el hombre, indiferente.

Bond sacó del bolsillo las cuatro placas y los diez billetes de cien dólares y los puso al lado del *croupier*.

—Al rojo.

El *croupier* se enderezó en la silla y miró a Bond de reojo. Con el rastrillo, empujó las cuatro placas, una por una, sobre el Rojo. Contó los billetes de Bond, los introdujo por una ranura de la mesa, tomó una quinta placa y la echó encima de las otras. Bond notó como su rodilla se levantaba debajo de la mesa. El encargado oyó el timbre y se acercó rápidamente a la mesa en el momento en que el *croupier* hacía girar la rueda de la ruleta.

Bond sacó un cigarrillo y lo encendió. Su mano estaba firme. Haber arrebatado la iniciativa de las manos de aquel puñado de matones le produjo un maravilloso

sentimiento de libertad. Sabía que iba a ganar. Bond estaba absorto en sus pensamientos mientras la rueda iba perdiendo velocidad y la pequeña bola de marfil trotaba hasta su casilla.

—Treinta y seis. Rojo. Alto y Par.

El *croupier* arrastró unas cuantas fichas perdedoras y dólares de plata y lanzó algún dinero sobre la mesa a los ganadores. Entonces sacó una placa delgada, tan grande como la cubierta de un libro de salmos, y la empujó suavemente hacia Bond.

—Negro —dijo Bond.

El hombre lanzó la placa de 5.000 dólares sobre el Negro y le juntó la apuesta de Bond que todavía estaba sobre el Rojo.

Se levantó un murmullo alrededor de la mesa y varias personas más se acercaron a mirar. Bond sintió los ojos de los curiosos atentos a sus movimientos; observó por encima de la mesa al encargado de la sala. Sus ojos eran hostiles, como los de una víbora, y al mismo tiempo parecían asustados.

Bond le sonrió mientras la rueda giraba y la pequeña bola iniciaba su trayecto.

—Diecisiete. Negro. Bajo e Impar —dijo el *croupier*.

La multitud dejó escapar un suspiro de alivio y los ojos hambrientos miraron como la gran placa era depositada delante de Bond.

«Una vez más —pensó Bond—. Pero no en esta ronda.»

—Paso —dijo al *croupier*.

El hombre lo miró y alcanzó sus fichas con el rastrillo, depositándolas delante de Bond.

Ahora había otro hombre en la sala, de pie al lado del encargado, y miraba a Bond con ojos inteligentes, duros como la lente de una cámara. El grueso cigarro, sostenido exactamente en el centro de sus rojos labios, apuntaba hacia Bond, como el cañón de una pistola. El gran cuerpo cuadrado, embutido en un traje azul oscuro, permanecía inmóvil y parecía emanar un silencio tenso de él. Era un tigre observando al burro amarrado y, a la vez, intuyendo el peligro. El rostro era pálido como el marfil, pero se parecía al hermano de Londres en las irustas cejas negras y en la maraña de cabello rizado, cortado a cepillo, y en el agresivo ángulo de la mandíbula.

La rueda giró otra vez y el par de ojos se posaron en ella.

La bola cayó en una de las dos ranuras verdes de la rueda y el corazón de Bond tuvo una sensación de alivio por haberse librado de la mala jugada.

—Doble cero —anunció el *croupier*, arrastrando hacia sí todo el dinero que había sobre la mesa.

«Ahora a por la última apuesta —pensó Bond— y luego me largo de aquí con veinte mil dólares del dinero de Spang.» Miró fijamente a su jefe. Las dos lentes y el cigarro seguían apuntándole, pero la cara pálida se mantenía inmutable.

—Rojo.

Entregó una placa de 5.000 dólares al *croupier* y miró cómo la deslizaba sobre la mesa.

¿Estaría pidiéndole demasiado a la ruleta? «No —decidió Bond con certeza—. No.»

—Cinco. Rojo. Bajo e Impar —anunció el *croupier* obedientemente.

—Tomo mi apuesta —dijo Bond—. Y gracias por el paseo.

—Hasta la próxima —respondió el *croupier* en tono mecánico.

Bond sostuvo con la mano las cuatro pesadas placas que llevaba en el bolsillo de su chaqueta y se abrió camino entre la multitud en dirección a la mesa del cajero.

—Tres billetes de cinco mil y cinco de mil —le dijo al hombre con la visera verde detrás de los barrotes.

El hombre tomó las cuatro placas de Bond y contó los billetes, Bond se los metió en el bolsillo y se encaminó al mostrador de recepción.

—Un sobre de avión, por favor —pidió.

Se acomodó en un escritorio cercano a la pared, puso los tres billetes grandes en el sobre y escribió: *Personal. Director General, Universal Export, Regent's Park, London, NW1, England*. Compró los sellos en la mesa y deslizó el sobre en la ranura marcada como *U.S. Mail* y esperó que allí, en el más sacrosanto depósito de Estados Unidos, estaría a salvo.

Bond echó una ojeada a su reloj. Marcaba las doce menos cinco. Miró la gran sala por última vez, notó que un nuevo repartidor había sustituido a Tiffany Case, y que no había ni rastro del señor Spang. Entonces salió por la gran puerta vidriera a la calurosa noche, cruzó el césped que lo separaba del edificio Turquesa, entró en su habitación y cerró la puerta con llave.

Capítulo 18

Cae la noche en el foso de la pasión

—¿Cómo van las cosas?

Era la noche siguiente y el taxi rodaba a marcha lenta a lo largo de la Línea en dirección a la parte baja de la ciudad. Bond se había cansado de esperar que pasara algo y había llamado al hombre de Pinkerton para tener una charla con él.

—Nada mal —respondió Bond—. Les saqué un poco de dinero a la ruleta, pero no creo que eso preocupe a nuestro amigo. Me han asegurado que tiene más que de sobra.

Ernie Cureo lanzó un bufido.

—Yo diría que el tipo está tan forrado que no necesita llevar gafas cuando conduce. Tiene el parabrisas de su Cadillac graduado con la prescripción de su oculista.

Bond soltó una carcajada.

—¿En que más se lo gasta, además de en parabrisas? —preguntó.

—Es tonto —dijo el conductor—. Está loco por el Viejo Oeste. Se compró toda una ciudad fantasma cerca de la Autopista 95. Ha reconstruido el lugar por completo: calles de madera, un elegante saloon, un hotel donde hospeda a los chicos, incluso la vieja estación de tren. Años atrás, cerca de 1905 o algo así, este podridero, se llama Spectreville porque está justo al lado de la cordillera Spectre, era un campamento de buscadores de plata. A lo largo de tres años de esas montañas excavaron millones y una línea de ferrocarril llevaba el mineral a Rhyolite, a unos ciento sesenta kilómetros de distancia. Otra famosa ciudad fantasma. Ahora es un centro turístico. Tiene una casa hecha de botellas de whisky. Solía ser la estación madre, de allí se enviaba el material a la costa. Bien, Spang se compró uno de los viejos locos, uno de los viejos *Highland Lights*, no sé si ha oído hablar de esos trenes, y uno de los primeros vagones Pullman, y los tiene en la estación de Spectreville; los fines de semana lleva a sus amigotes a dar un paseo hasta Rhyolite y de vuelta a Spectreville. Él mismo conduce el tren. Champán, caviar, orquesta, chicas..., no falta de nada. Debe de ser algo grande.

Nunca lo he visto. Uno no puede ni acercarse al lugar. Sí, señor —el conductor bajó la ventanilla y escupió con energía en la carretera—. Así es como el señor Spang se gasta el dinero. Estúpido, como le he dicho.

Eso lo explicaba todo, pensó Bond. Por eso no había oído nada de Spang o sus amigos en todo el día. Viernes. Todos estarían en la ciudad del jefe jugando a los trenes, mientras él se había pasado el tiempo esperando a que algo ocurriera. Era verdad que durante el día atrapó alguna mirada desviándose de la suya, y en todo momento hubo algún empleado, o uno de los «sheriffs» uniformados por los

alrededores, muy ocupado en no hacer nada en particular; pero, aparte de eso, Bond podría haber sido otro más de los clientes del hotel.

Había visto al gran hombre en circunstancias que le habían proporcionado un placer perverso.

A las diez en punto de la mañana, después de un baño y el desayuno, Bond decidió cortarse el pelo en la barbería. Había muy poca gente levantada, y el único cliente de la barbería era una gran figura enfundada en un albornoz púrpura cuyo rostro permanecía oculto por una toalla caliente. Su mano derecha, inerte sobre el brazo del sillón, era atendida por una bella manicura. La muchacha tenía cara de muñeca, blanca y rosada, y un plumero de cabello corto color mantequilla. Estaba sentada a su lado sobre un taburete bajo, sosteniendo sobre las rodillas una bandeja llena de instrumentos.

Bond, mirando al espejo en frente de su silla, observó con interés mientras el barbero principal levantaba con sumo cuidado una de las esquinas de la toalla caliente y luego la otra y, con infinita precaución, cortó los pelos que sobresalían de las orejas del cliente empleando unas tijeras muy finas. Antes de volver a poner la toalla sobre la segunda oreja, se inclinó sobre ella y dijo con deferencia:

—¿Los pelos de la nariz, señor?

Se oyó un gruñido afirmativo que provenía de debajo de la toalla caliente, y el barbero procedió a abrir una ventana a través de la toalla en el territorio cercano a la nariz del hombre. Entonces, con sumo cuidado, siguió su trabajo con las delgadas tijeras.

Tras esa ceremonia se produjo el más absoluto silencio en la pequeña habitación alicatada y embaldosada en blanco, a excepción del suave sonido de las tijeras sobre la cabeza de Bond y el ocasional ting de los instrumentos de la manicura sobre la bandeja de esmalte. Y entonces se produjo un suave renquear: el barbero jefe giraba la manivela de la silla hasta que su cliente estuvo en posición vertical.

—¿Qué le parece, señor? —preguntó el barbero de Bond, sosteniendo el espejo por detrás de su cabeza.

Todo ocurrió mientras Bond inspeccionaba la parte trasera de su cuello. Quizá con el cambio de inclinación de la silla, la mano de la muchacha había resbalado, pero de repente se produjo un rugido ahogado y el hombre del albornoz púrpura saltó de la silla, se arrancó la toalla que le cubría el rostro y se hundió un dedo en la boca. Después lo sacó, se inclinó rápidamente y golpeó a la chica en la mejilla, tan fuerte que la tiró del taburete y la bandeja de esmalte con los instrumentos cruzó volando la habitación. El hombre se enderezó y volvió su enfurecido rostro hacia el barbero.

—¡Despide a esta perra! —aulló.

Se metió el dedo herido de nuevo en la boca y desapareció ciegamente en dirección a la puerta, aplastando con sus zapatillas los instrumentos de manicura

esparcidos por el suelo.

—Sí, señor Spang —dijo el barbero con voz entrecortada; luego empezó a gritar a la chica, que se deshacía en sollozos.

Bond volvió la cabeza y dijo en voz baja:

—Deje de gritar —ordenó, y se levantó de su silla desenrollándose la toalla del cuello.

El barbero miró sorprendido a Bond.

—Sí, señor —dijo rápidamente, y se arrodilló para ayudar a la chica a recoger sus instrumentos.

Mientras pagaba, Bond oyó a la chica sollozar:

—No fue culpa mía, señor Lucian. El señor Spang estaba nervioso hoy. Sus manos temblaban. Le juro que temblaban. No le había visto nunca así, con tanta tensión...

Y Bond tuvo su momento de placer al pensar en la tensión del señor Spang.

La voz de Ernie Cureo interrumpió sus pensamientos.

—Nos han salido colas, señor —dijo por la comisura de la boca—. Dos, por delante y por detrás. No se vuelva. ¿Ve el Chevrolet negro que tenemos delante? Con dos tipos. Tienen dos retrovisores y han estado observándonos desde hace un buen rato. A nuestra espalda tenemos un pequeño deportivo rojo. Un viejo Jaguar, con asientos reclinables. Con otros dos tipos. Llevan palos de golf en el asiento trasero. Conozco a los tipos. De la Banda Púrpura de Detroit. Un par de margaritas. Ya sabe, maricones. Su juego no es el golf. El único metal que saben manejar está en sus bolsillos. Vuélvase un poco, como si estuviese admirando el paisaje. No pierda de vista sus manos mientras los pongo a prueba. ¿Listo?

Bond hizo lo que le había dicho. El conductor puso el pie en el pedal del acelerador girando al mismo tiempo el interruptor de encendido. El tubo de escape produjo un estallido, como el de una .88 milímetros, y Bond vio que la mano derecha de los dos gángsters se metía en los bolsillos de sus chaquetas deportivas. Bond volvió la cabeza con naturalidad.

—Tenía razón —dijo—. Mejor déjeme aquí, Ernie. No quiero que se meta en líos.

—Tonterías —repuso el conductor con disgusto—. No pueden hacerme nada. Usted paga por cualquier daño que le ocurra al taxi, y yo trato de sacudírmelos de encima. ¿De acuerdo?

Bond sacó un billete de 1.000 dólares de su cartera y lo puso en el bolsillo de la camisa del taxista.

—Aquí tiene uno de los grandes para ir tirando —dijo—. Y gracias, Ernie. Veamos qué puede usted hacer.

Bond deslizó su Beretta fuera de la funda y la acarició con la mano. «Esto —pensó— es lo que había estado esperando.»

—Muy bien, compadre —dijo el conductor, alegre—. Hace tiempo que esperaba la oportunidad de molestar un poco a la banda. No me gusta que me pisen, y estos tipos han estado pisándonos a mí y a mis amigos durante demasiado tiempo. Agárrese fuerte. Allá vamos.

Estaban en una recta de la carretera donde no había mucho tráfico. Los picos de las montañas distantes amarilleaban con el sol del atardecer y las calles empezaban a azulear en esos quince minutos de la tarde en que uno no sabe si encender los faros o no.

Se movían con facilidad a sesenta, con el Jaguar pegado a su cola y el Chevrolet negro a un bloque de distancia por delante de ellos. De repente, lanzando el cuerpo de Bond hacia delante, Ernie Cureo pisó el freno y el coche patinó en seco hasta pararse con un chirrido de neumáticos. Se produjo un estruendo de cristales rotos y metal: el Jaguar había chocado contra el parachoques del taxi. Este saltó hacia delante; entonces, el conductor metió la velocidad y, con un horrible tirón, se liberó del destrozado radiador del Jaguar y aceleró alejándose por la carretera.

—¡Los he jodido bien! —exclamó Ernie Cureo con satisfacción—. ¿Que están haciendo?

—Se les ha reventado el radiador —dijo Bond mirando por la ventanilla de atrás—. Las dos aletas delanteras, hundidas. El parachoques, colgando. El parabrisas, roto. —Perdió de vista el Jaguar en el atardecer y se volvió hacia el taxista—. Han salido del coche y están intentando desatascar las aletas frontales de los neumáticos. No tardarán mucho en seguirnos de nuevo, pero ha sido un buen comienzo. ¿Tiene más trucos como éste?

—No tan fáciles —gruñó el conductor—. Se ha declarado la guerra. Atención. Será mejor que se agache. El Chevrolet está parando en el arcén de la carretera. Quizá intenten unos cuantos disparos. Allá vamos.

Bond sintió cómo el coche rebotaba hacia delante. Ernie Cureo estaba medio recostado en el asiento delantero, conduciendo con una mano y mirando la carretera por encima de la guantera.

Mientras adelantaban al Chevrolet a gran velocidad, se produjo un golpe metálico y dos cracs secos. Un puñado de cristales cayó sobre Bond. Ernie Cureo lanzó una maldición y el taxi dio un bandazo, volviendo luego a enderezarse.

Bond se arrodilló sobre el asiento trasero y con la culata de su pistola rompió el cristal de la ventanilla trasera. El Chevrolet se les acercaba, con los ojos encendidos.

—Manténgalo a distancia —dijo Cureo con voz ahogada—. Haré una curva cerrada y pararé a cubierto del próximo edificio. Eso le dará una perfecta posición de tiro cuando se nos acerquen.

Con un chillido de los neumáticos, el coche giró casi en redondo, moviéndose sobre dos ruedas, después se enderezó y se detuvo. Bond salió del vehículo y se

agachó apuntando con la pistola. Las luces del Chevrolet aparecieron por la carretera y se produjo un chirrido de goma torturada al tomar la curva por el lado equivocado. «Ahora —pensó Bond—, antes de que puedan enderezar el volante.»

Crack. Una pausa. Crack. Crack. Crack. Cuatro balas, a veinte metros, justo en el blanco.

El Chevrolet negro no enderezó su camino. Se salió de la curva, en el otro lado de la carretera, chocó contra un árbol, rebotó, golpeó el poste de una farola, dio una vuelta completa y quedó tumbado sobre un costado.

Mientras Bond lo observaba, esperando que los ecos de metal destrozado dejaran de resonar en sus oídos, las llamas empezaron a salir lentamente de la boca cromada del coche. Alguien arañaba el cristal de la ventanilla, tratando de salir. En cualquier momento las llamas encontrarían el camino hasta el depósito de gasolina. Y entonces sería demasiado tarde para el hombre atrapado en el interior.

Bond había empezado a caminar hacia el coche cuando oyó un gemido que provenía del asiento delantero del taxi; volvió la cabeza y vió a Enrié Cureo deslizándose hasta el suelo del vehículo. Bond se olvidó del coche que se quemaba, abrió la portezuela del taxi de par en par y se arrodilló junto al conductor. Había sangre por todas partes, y el brazo izquierdo del taxista estaba completamente empapado en ella. Bond consiguió sentarlo de nuevo en el asiento; los ojos del conductor se abrieron.

—Oh, hermano —dijo apretando los dientes—. Sáqueme de aquí, rápido. El Jaguar nos alcanzará en seguida. Luego consígame un médico.

—De acuerdo, Ernie —repuso Bond sentándose al volante—. Yo me encargo. —Puso el coche en marcha y salió a toda velocidad, alejándose de la gran hoguera y de la gente asustada que se había agrupado y que contemplaba las llamas en silencio, tapándose la boca con las manos.

—Siga —musitó Ernie Cureo—. Esta calle le llevará cerca de la carretera Boulder Dam. ¿Ve algo en el retrovisor?

—Un coche bajo, con una sola luz que se acerca a toda velocidad —dijo Bond—. Podría ser el Jaguar. A dos manzanas de distancia. —Pisó el acelerador y el taxi silbó por la carretera desierta.

—Siga —dijo Ernie Cureo—. Necesitamos escondernos en alguna parte y conseguir que nos pierdan. Ya lo tengo. Hay un «Foso de la Pasión» a la salida de la 95. Un autocine. Ahí está. Poco a poco. Gire todo a la derecha. ¿Ve esas luces? ¡Métase, rápido! Perfecto. Siga derecho. Aparque entre esos coches. Apague las luces. Con cuidado. Apague el motor.

El taxi se paró en la última hilera de vehículos alineados de cara a una pantalla de cemento que se clavaba en el cielo y en la que un hombre gigante decía algo a una chica gigante.

Bond se volvió y miró a las filas de postes metálicos, como parquímetros, donde se conectaban los auriculares que transmitían el sonido de la película. Mientras miraba uno o dos coches entraron en la pista alineándose en la última fila. Nada lo suficientemente largo como para ser un Jaguar. Pero se había hecho de noche y era difícil ver bien. Permaneció agazapado en su asiento, la mirada fija en la entrada.

Se les acercó una acomodadora, una chica bonita, vestida de paje, con una bandeja colgada del cuello.

—Será un dólar —dijo, echando un vistazo al interior del coche para asegurarse de que no había un tercer pasajero escondido.

Llevaba los auriculares enrollados en el brazo; se quitó uno, lo enchufó en el poste más cercano y colgó el pequeño altavoz a través de la ventanilla en el lado de Bond. El gigante y la mujer de la pantalla empezaron a discutir acaloradamente.

—¿Coca-Cola, cigarrillos, caramelos? —preguntó la chica tomando el billete que Bond le ofrecía.

—No, gracias —respondió Bond.

—De nada —dijo la chica, alejándose hacia el siguiente coche.

—Señor, por amor de Dios, ¿puede apagar esa porquería? —suplicó Ernie Cureo entre dientes—. Y siga mirando. Les daremos un poco más de tiempo. Luego me lleva a un médico. Que me saque el gusano. —Su voz era débil, y ahora que la chica se había ido estaba medio estirado, con la cabeza apoyada contra la portezuela.

—Falta poco, Ernie. Aguante. —Bond tanteó el altavoz, encontró el interruptor del volumen y silenció las agitadas voces. El hombre gigante de la pantalla parecía como si fuese a golpear a la mujer y la boca de ella se abrió en un grito mudo.

Bond se volvió y escrutó el gran espacio oscuro que se extendía a sus espaldas. Todavía nada. Echó una ojeada a los coches vecinos. Dos rostros muy juntos. Un bulto informe en el asiento trasero. Dos enjutos rostros de una pareja mayor mirando fijamente hacia arriba. El reflejo de la luz en una botella vacía.

Y de pronto una oleada de loción de afeitar barata le golpeó la nariz. Una figura negra se levantó del suelo, una pistola le apuntaba a la cabeza y una voz, al otro lado del coche, junto a Ernie Cureo, dijo en voz baja:

—Bien, amigos. Tómenselo con calma.

Bond miró el rostro grasiento que tenía a su lado. Los ojos sonreían con frialdad. Los húmedos labios se entreabrieron para susurrar:

—Fuera, inglés, o tu amigo es hombre muerto. Mi compañero tiene un silenciador. Tú te vienes con nosotros a dar un paseo.

Bond volvió la cabeza y vio la negra salchicha de metal contra el cuello de Ernie Cureo. Se decidió.

—Bueno, Ernie —dijo—, mejor uno que dos. Me voy con ellos. Volveré pronto y le conseguiré un doctor. Cuídese mientras tanto.

—Gracioso el tipo —susurró el de rostro grasiento. Abrió la portezuela manteniendo la pistola en la nariz de Bond.

—Lo siento, amigo —dijo Ernie Cureo con voz cansada—. Supongo que... —Se oyó el golpe seco de la culata de la pistola contra el cráneo del conductor. Este cayó hacia delante en silencio.

Bond apretó los dientes y sus músculos se tensaron debajo de su abrigo. Se preguntó si podría alcanzar la Beretta. Miró a un tipo y al otro, midiendo, sumando probabilidades. Los cuatro ojos por encima de las dos pistolas estaban ansiosos, deseando cualquier excusa para acabar con él. Las dos bocas sonreían, esperando que Bond intentara algo. Sintió como su sangre se enfriaba. Aguardó un minuto más y entonces, con las manos a la vista, salió lentamente del coche, escondiendo el deseo de venganza en el último rincón de su cerebro.

—Derecho hasta la puerta —ordenó con suavidad el del rostro grasiento—. Compórtate con naturalidad. Te tengo cubierto. —Su pistola había desaparecido, pero tenía la mano en el bolsillo. El otro hombre se les unió, situándose al otro lado de Bond, la mano derecha descansando sobre el cinturón.

Los tres hombres caminaron deprisa hacia la entrada, y la luna, levantándose sobre las montañas, alargó sus sombras sobre el suelo de arena blanca.

Capítulo 19

Spectreville

El Jaguar rojo estaba fuera de la entrada, aparcado contra el muro del cercado. Bond dejó que le quitaran la pistola y se subió detrás del conductor.

—No hagas tonterías, si quieres mantener la cabeza sobre los hombros —dijo Rostro Grasiento, sentándose al lado de los palos de golf—. Tienes un arma apuntándote.

—Bonito cochecito... teníais —comentó Bond. El parabrisas, hecho añicos, estaba plano sobre la capota y un pedazo de cromo del radiador sobresalía como un estandarte entre la ruedas delanteras, que habían perdido sus aletas—. ¿A dónde vamos con los restos?

—Ya lo verás —replicó el conductor, un hombre huesudo de boca cruel, con patillas. Sacó el coche a la carretera y aceleró de vuelta a la ciudad. Pronto estuvieron entre la jungla de neón y, tras cruzarla, tomaron una autopista de dos carriles que serpenteaba por el desierto iluminado por la luna en dirección a las montañas.

Pasaron un gran letrero que decía 95 y Bond, recordando lo que Ernie Cureo le había dicho, supo que se dirigían a Spectreville. Se acurrucó en el asiento para protegerse los ojos del polvo y las moscas, y meditó sobre su futuro inmediato y en cómo podría vengar a su amigo.

Así que esos hombres y los otros dos del Chevrolet habían sido enviados para conducirlo hasta el señor Spang. ¿Por qué necesitaban cuatro hombres? ¿No era una respuesta un tanto desproporcionada al desafío de sus órdenes en el Casino?

El coche avanzaba por la recta carretera con la aguja del cuentakilómetros marcando los ciento treinta. Los postes del telégrafo se movían al compás de un metrónomo.

De repente, Bond sintió que sabía muy pocas de las respuestas.

¿Estaba completamente expuesto como enemigo de la Pandilla de las Lentejuelas? Podría justificar lo de la ruleta diciendo que no había entendido sus órdenes y que su actuación, un poco belicosa con los cuatro hombres, era porque había pensado que se trataba de una banda rival.

—Si quería verme, ¿por qué no me llamó a mi habitación? —Bond se oía decir con voz ofendida.

Al menos había probado que era lo bastante duro para cualquier trabajo que Spang quisiera encargarle. De cualquier manera, pensó tratando de animarse, estaba a punto de conseguir su objetivo principal, llegar al centro de la red y, de alguna manera, ligar a Seraffino Spang con su hermano en Londres.

Bond se mantenía agazapado, los ojos fijos en el dial luminoso que tenía delante,

y concentrándose en la entrevista que le esperaba, preguntándose cuánta información sobre la red sacaría del encuentro. Después pensó en Ernie Cureo y en la venganza que le debía.

No estaba en su naturaleza preocuparse por cómo se las ingeniaría para escapar, una vez hubiese conseguido sus dos objetivos. Su propia seguridad no le preocupaba lo más mínimo. Seguía sin tener ningún respeto por aquella gente. Sólo desprecio y aversión.

Bond seguía ensayando todavía conversaciones imaginarias con Spang cuando, tras dos horas de viaje, sintió que la velocidad del coche disminuía. Asomó la cabeza por encima de la guantera. Se acercaban a una alta reja de hierro con una puerta y un gran cartel, iluminado por un único foco, que decía: spectreville. límites de la ciudad, no pasar, perros peligrosos. El coche se deslizó por debajo del cartel y se paró al lado de un poste de hierro recubierto de cemento. En el poste había un timbre sobre una pequeña reja de hierro; escrito en color rojo, podía leerse: llame y comuníqueme sus intenciones.

Sin dejar el volante, el patillas sacó el brazo y pulsó el botón. Hubo una espera hasta que una voz metálica dijo:

—¿Sí?

—Frasso y McGonigle —respondió el conductor en voz alta.

—De acuerdo —dijo la voz, seguida de un agudo clic.

La alta puerta de hierro se abrió lentamente. Entraron pasando sobre una estrecha tira de hierro que estaba hundida en la polvorienta carretera. Bond miró por encima de su hombro y vio como la puerta se cerraba tras ellos. También comprobó con placer que el rostro, supuso que de McGonigle, estaba empastado de polvo y la sangre de moscas muertas.

La sucia carretera seguía unos dos kilómetros más a lo largo de la brutal y pedregosa superficie del desierto, en que la ocasional maraña gesticulante de un cactus era la única vegetación. Apareció un resplandor a lo lejos; rodearon la falda de una montaña y descendieron una colina en dirección a un grupo de unos veinte edificios. Más allá, la luna resplandecía sobre las vías de un tren, que se perdían, rectas como lanzas, en el horizonte lejano.

Condujeron entre las grises casas de madera y las tiendas con letreros en los tejados, «Farmacia», «Barbería», «Banco de los Granjeros» y «Wells Fargo», y luego bajo las siseantes luces de gas en el exterior del edificio de dos plantas en que se leía en oro desgastado «Pink Garter Saloon» y, debajo, «Cervezas y Vinos».

De detrás de las tradicionales puertas oscilantes del *saloon*, una luz amarilla se esparcía por la calle y sobre el elegante negro y plata de un Stutz Bearcat descapotable de 1920 que estaba aparcado junto al bordillo. Se podía oír el dulce sonido nasal de una pianola interpretando *Me pregunto quién la estará besando*

ahora sin demasiado sentimiento. La música trajo recuerdos a Bond de suelos de madera, bebidas saboreadas despacio y chicas con las piernas enfundadas en medias de malla muy ancha. Toda la escena parecía salida de un Western excepcionalmente bien montado.

—Fuera, inglés —ordenó el conductor.

Los tres hombres se bajaron del coche con los músculos entumecidos. Bond se inclinó para darse masajes en la pierna que se le había dormido, mientras observaba los pies de los dos hombres.

—Vamos, maricón —dijo McGonigle, dándole un golpe con la pistola.

Bond se enderezó lentamente, midiendo la distancia. Con una acentuada cojera siguió al hombre hasta la entrada del salón. Se paró delante de las puertas oscilantes que se balanceaban de vuelta contra su rostro. Sintió el cañón de la pistola de Frasso en su espalda. «¡Ahora!» Bond se enderezó y saltó a través de la puerta en movimiento. La espalda de McGonigle estaba delante de él y, más allá, un bar fuertemente iluminado, vacío por completo, en el que una pianola automática tocaba para sí misma.

Las manos de Bond se dispararon sujetando al hombre por encima de los codos. Lo levantó del suelo y lo giró en el aire, empujándolo a través de las puertas oscilantes sobre Frasso, que había empezado a cruzarlas. Toda la casa de madera se tambaleó al encuentro de los dos cuerpos y Frasso salió disparado de espaldas por la puerta, aterrizando sobre el pavimento.

McGonigle se catapultó hacia atrás girando para enfrentarse a Bond. Tenía la pistola en la mano levantada. El izquierdazo de Bond lo alcanzó en el hombro, al tiempo que su derecha, abierta, golpeó con fuerza la pistola. McGonigle se tambaleó sobre sus talones, cayendo de espaldas contra el marco de la puerta. La pistola golpeó en el suelo.

El hocico del revólver de Frasso apareció a través de la puerta ondeante, moviéndose con rapidez en dirección a Bond, como una serpiente preparada para el ataque. Al sonido de su lengüetazo amarillo y azul, Bond, con la sangre encendida por la pelea, se tiró al suelo y alcanzó la pistola que había caído a los pies de McGonigle. La cogió y lanzó dos rápidos disparos hacia arriba desde donde se encontraba antes de que McGonigle le pisara la mano con que sostenía el arma y se desplomara sobre él. Mientras caía, Bond vio el arma de Frasso entre las puertas oscilantes, llenando de balas el techo. Y esa vez, la caída del cuerpo sobre los maderos del porche sonó definitiva.

Las manos de McGonigle estaban sobre Bond, que se arrodillaba en el suelo con la cabeza gacha intentando protegerse los ojos. La pistola seguía en el suelo, al alcance de la primera mano libre.

Durante unos segundos lucharon en silencio, como animales. Bond se apoyó

sobre una rodilla y, con toda la fuerza de sus hombros, empujó hacia arriba, liberándose del peso de McGonigle y consiguiendo ponerse de cuclillas; pero en ese momento la rodilla de McGonigle le golpeó la barbilla con la velocidad de un pistón, y el golpe reverberó en su cráneo haciendo que se tambaleara sobre sus pies.

Bond no tuvo tiempo de aclararse la cabeza; el gángster emitió un pesado gruñido y se dirigió hacia él, disponiéndose a golpearle con los dos puños.

Bond se retorció para protegerse el estómago, y el gángster apuntó a las costillas, descargando sus dos puños sobre el cuerpo de Bond.

El dolor le cortó el aliento, pero Bond siguió atento a la cabeza de McGonigle que estaba por debajo de él y, con un giro de su cuerpo que acumuló todo el peso de su espalda en el puño, lanzó un duro revés con la izquierda; cuando la cabeza del gángster se levantó, le golpeó la barbilla con la derecha.

El impacto de los dos golpe enderezó a McGonigle y lo puso de nuevo sobre sus pies. Bond estaba sobre él como una pantera, acorralándolo y llenándolo de golpes hasta que el gángster empezó a ceder. Bond le agarró un puño y, lanzándose a por un tobillo, se lo separó del suelo. Entonces, juntando todas sus fuerzas, realizó un giro casi completo para ganar empuje, y lanzó el cuerpo al otro extremo del local.

La figura voladora se estrelló contra la pianola con un sonido vibrante y después, con una explosión de acordes metálicos y de maderas quebrándose, el instrumento, herido de muerte, se tambaleó y, con McGonigle desparramado sobre él, se desplomó.

Mientras el crescendo de ecos disminuía, Bond permaneció de pie en el centro de la habitación, las piernas arqueadas por el último esfuerzo y el aliento entrecortado. Con lentitud levantó una mano magullada y se la pasó por el mojado cabello.

—Corten.

Era una voz de mujer y provenía del bar.

Bond se sacudió y se volvió hacia allí.

Cuatro personas habían entrado en el salón. Estaban de pie, de espalda a la barra de caoba y latón. Detrás de ellos, hileras de relucientes botellas se multiplicaban hasta el techo. Bond no sabía cuánto tiempo llevaban allí.

Un paso por delante de los otros tres estaba plantado el ciudadano principal de Spectreville, resplandeciente, inmóvil, dominante.

Spang iba completamente vestido de vaquero, desde las espuelas de plata de sus botas negras. El disfraz y las anchas piezas de cuero que le cubrían la parte delantera de los pantalones eran negros, con adornos de plata. Las grandes manos descansaban sobre las empuñaduras con conchas de nácar de dos revólveres largos, que sobresalían de sus fundas, bien ceñidas a cada uno de sus muslos, y el cinturón ancho del que colgaban estaba bien cargado de munición.

Spang podría haber parecido ridículo, pero no lo estaba, con la gran cabeza

inclinada ligeramente hacia delante y los ojos fríos, de mirada fiera.

A la derecha de Spang, con las manos en las caderas, se encontraba Tiffany Case. Vestida con un traje del Oeste blanco y dorado, parecía recién salida de *Annie coge tu pistola*. Estaba erguida, mirando a Bond. Sus ojos brillaban. Respiraba agitadamente, los carnosos labios rojos, algo entreabiertos, como si la hubiesen besado.

La otra mitad del cuarteto estaba formada por dos hombres con capucha negras de Saratoga. Cada uno sostenía una Policía Positiva del 38, apuntada al estómago de Bond.

Este sacó su pañuelo con lentitud y se enjugó el rostro. Se sentía un poco mareado y la escena en el salón, fuertemente iluminado, con sus adornos de latón y sus anuncios caseros de cervezas y whiskies desaparecidos hacía tiempo, había tomado de repente un aspecto macabro.

Spang rompió el silencio.

—Traedlo aquí. —La dura mandíbula que operaba los finos labios se separó, cortando cada palabra como una tajada de carne—. Y que alguien llame a Detroit y diga a los chicos de allí que están sufriendo delirios de grandeza. Y que me manden a dos más. Adviérteles que tienen que ser mejores que los dos últimos. Y que alguien limpie esto. ¿'Kay?

Spang dejó la habitación con un suave repicar de espuelas contra el suelo de madera. Con una última mirada a Bond, que escondía un mensaje que era más que una advertencia, Tiffany lo siguió.

Los dos hombres se acercaron a Bond.

—Ya has oído —dijo el más grande.

Bond siguió a la joven con paso lento y los dos hombres se alinearon detrás de él.

Tras la barra había una puerta. Bond la empujó y se encontró en una sala de espera de una estación, con bancos de madera, anuncios de trenes de otras épocas y un cartel que prohibía escupir en el suelo.

—Bien —dijo uno de los hombres, y Bond salió por una puerta oscilante al andén de la estación.

Bond se paró, casi sin notar la boca del revólver en sus costillas.

Probablemente se trataba del tren más bonito del mundo. La máquina era una de las viejas locomotoras del tipo «Highland Light» del 1870, de las cuales Bond había oído comentar que eran las más bellas locomotoras de vapor que se habían construido jamás. El pasamanos de latón pulido, la cúpula aflautada y la pesada campana de señales por encima del gran barril de la caldera resplandecían bajo las siseantes luces de las farolas de gas de la estación. Un hilo de vapor se escapó de la chimenea en forma de torre, fijada sobre la vieja caldera de leña. La gran reja frontal, destinada a apartar las rocas y los obstáculos que interceptaban el paso del tren, estaba rematada por tres enormes faroles de latón. Por encima de las dos altas ruedas de conducción,

aparecía escrito, en tipografía victoriana, *The Cannonball*, y el nombre estaba repetido a lo largo de los laterales del ténder, pintado en negro y oro, en que se apilaba la leña y el agua, detrás de la alta y cuadrada cabina del maquinista.

La locomotora tiraba de un vagón marrón Pullman. Sus arqueadas ventanillas por encima de los estrechos paneles de caoba estaban pintadas en crema. Una placa en el punto medio del vagón decía *The Sierra Belle*. Entre las ventanas y el techo del barril estaba escrito, en letras mayúsculas de color crema sobre azul oscuro, TONOPATH AND TIDEWATER R.R.

—Supongo que nunca habías visto nada parecido, inglés —dijo orgulloso uno de los guardas—. Ahora muévete —ordenó con la voz ahogada por la capucha de seda negra.

Bond cruzó el andén despacio y subió a la plataforma de observación en cuyo centro brillaba el volante del maquinista. Por primera vez en su vida vio el punto positivo de ser millonario y de repente, y también por primera vez, pensó que quizá hubiese algo más detrás del tal Spang de cuanto él se había imaginado.

El interior del Pullman brillaba con lujo Victoriano. La luz de las pequeñas arañas de cristal que colgaban del techo se reflejaba sobre las pulidas superficies de caoba y reverberaba en los apliques de plata, los jarrones de cristal tallado y las lámparas. Las alfombras y las gruesas cortinas eran de un color rojo vino, y el arqueado techo, decorado con pinturas en marcos ovals llenas de querubines y guirnalda de flores contra un cielo azul lleno de nubes, era de color crema, igual que las tablillas de las persianas venecianas.

Primero entraron en un pequeño comedor con los restos de una cena para dos —una cesta de fruta y una botella abierta de champán en un cubo de plata— y después a un corredor estrecho con tres puertas que conducían, asumió Bond, a las habitaciones y al baño. Todavía estaba pensando en esa disposición cuando, con los guardas pisándole los talones, empujó la puerta de la habitación principal.

Al otro extremo, dando la espalda a una pequeña chimenea encendida, rodeado de estantes llenos de libros encuadernados en lujoso cuero con letras doradas, estaba plantado Spang. En un sillón de cuero rojo, cerca de un pequeño escritorio situado en el centro del vagón, se hallaba Tiffany Case, sentada pero con la espalda erguida. Bond notó cómo sostenía el cigarrillo, de forma nerviosa y artificial. Parecía asustada.

Bond se dirigió hacia un cómodo sillón, lo giró de frente a los dos personajes y se sentó cruzando las piernas. Sacó un cigarrillo de su pitillera, lo encendió y aspiró una gran bocanada de humo, dejándolo luego escapar entre los dientes con un relajado suspiro.

Spang tenía un cigarro apagado, apuntando desde el exacto centro de su boca. Se lo sacó.

—Quedaos aquí, Wint, Kidd, y haced lo que os he dicho. —Los fuertes dientes mordían las palabras como si fuesen tallos de apio—. Ahora tú —sus ojos, llenos de ira, miraron a Bond—, ¿quién eres y qué te traes entre manos?

—Necesitaré un trago si es que vamos a hablar —repuso Bond.

Spang lo escrutó fríamente.

—Dale algo de beber, Wint.

Bond volvió la cabeza.

—Bourbon y agua de manantial —dijo—. Mitad y mitad.

Wint emitió un enojado gruñido y Bond oyó el chirrido de las maderas del Pullman bajo los pasos del corpulento matón.

A Bond no le gustó demasiado la pregunta de Spang. Volvió a repasar su historia. Todavía parecía tenerse en pie. Se sentó y miró a Spang mientras fumaba su cigarrillo, sopesándolo.

Llegó la bebida y el guardia la empujó con fuerza derramando un poco del líquido sobre la alfombra.

—Gracias, Wint —dijo Bond.

Tomó un trago largo. El whisky era fuerte y bueno. Tomó otro trago. Después dejó el vaso en el suelo. Miró de nuevo al duro y tenso rostro.

—Simplemente, no me gusta que me empujen —comenzó con facilidad—. Hice mi trabajo y me pagaron. Si decidí jugarme el dinero, es asunto mío. Podía haberlo perdido. Entonces un grupo de cuatro hombres empezó a soplar me en el cogote y me puse nervioso. Si usted quería hablar conmigo, ¿por qué no me llamó por teléfono? Colocarme una cola no es el comportamiento más amigable. Y cuando se pusieron maleducados y empezaron a disparar, pensé que iba siendo hora que yo también comenzara a empujar.

El rostro en blanco y negro contra los libros coloreados no se inmutó.

—No has entendido el mensaje, compadre —dijo Spang en voz baja—. Será mejor que te ponga al día. Ayer recibí un telegrama en código desde Londres. —Metió la mano en el bolsillo delantero de su camisa negra de vaquero y lentamente sacó un pedazo de papel, manteniendo la mirada fija en Bond.

Éste supo que el pedazo de papel significaba malas noticias, malas noticias de verdad; lo supo con la misma certeza que uno tiene cuando lee las palabras «Sentimos profundamente» al principio de un telegrama.

—Esto es de un buen amigo en Londres —prosiguió Spang. Lentamente apartó la mirada de Bond y empezó a leer el pedazo de papel—: Dice: Información fidedigna. Peter Franks retenido por la policía, cargos sin especificar. Imprescindible neutralizar correo sustituto. Si operaciones en peligro, eliminarlo e informar.

Se produjo un silencio en el vagón. Los ojos de Spang se retiraron del papel y su mirada cayó sobre Bond.

—Bien, señor quién sea, parece que éste es un buen año para que le pase algo horrible.

Bond lo sabía, y parte de su cerebro fue dirigiendo esa certeza, preguntándose cómo iba a ser ejecutado. Pero la otra parte le decía, al mismo tiempo, que acababa de descubrir lo que quería saber, por lo que había viajado hasta Norteamérica. Los dos Spang representaban el principio y el fin de la red de contrabando de diamantes. En ese preciso instante acababa de completar la misión que le habían asignado. Sabía las respuestas. Ahora, de alguna manera, tenía que comunicárselas a M.

Bond se inclinó a coger su bebida. Tomó el último trago y dejó de nuevo el vaso en el suelo. Miró con expresión Cándida a Spang.

—Peter Franks me pasó el trabajito. No le gustó la pinta que tenía el asunto, y yo necesitaba el dinero.

—No me vengas con esa basura —dijo Spang—. Eres un polizone o un detective privado de algún tipo, y voy a descubrir quién eres y para quién trabajas y qué sabes, qué estabas haciendo en los baños de lodo con el maldito jockey; por qué llevas pistola y dónde aprendiste a manejarla; cuál es tu relación con Pinkerton. Cosas como ésas. Pareces un detective y te comportas como uno de ellos. —Se volvió con repentina furia hacia Tiffany Case—. Y cómo te dejaste engañar por él, perra estúpida, no me lo puedo imaginar.

—¡Narices, que no puedes! —exclamó Tiffany Case—. ABC me envía un tipo que actúa de la manera adecuada. ¿Crees que debería haber dicho a ABC que lo intentase de nuevo? Yo no, hermano. Sé cuál es mi lugar en este equipo. Y no creas que puedes marearme. Además, el tipo puede estar diciendo la verdad.

Su mirada furiosa se cruzó por un instante con la de Bond, que pudo adivinar en ella un amago de miedo, de miedo por él.

—Bien, pronto lo sabremos —dijo Spang—. Y seguiremos investigando hasta que el tipo reviente, y si cree que puede aguantarlo, tiene otra sorpresa esperándole. —Miró al guarda por encima de la cabeza de Bond—. Wint, ve a buscar a Kidd y traed las botas.

«¿Las botas?»

Bond permaneció sentado en silencio, reuniendo su fuerza y su valor. Discutir con Spang o intentar escapar sería una pérdida de tiempo, cien kilómetros de desierto. Se había librado de situaciones peores. Mientras no tuvieran la intención de matarlo todavía... Con tal de no dejar escapar nada. Estaba Ernie Cureo y estaba Félix Leiter. También era posible que pudiera contar con Tiffany Case. Miró hacia ella. Tenía la cabeza inclinada. Se miraba cuidadosamente las uñas.

Bond oyó como los dos guardas se le acercaban por la espalda.

—Sacadlo al andén —ordenó Spang. Bond vio la punta de su lengua tocando ligeramente los delgados labios—. Al estilo Brooklyn. Ochenta por ciento. ¿De

acuerdo?

—Bien, jefe. —Era la voz que pertenecía a Wint. Sonaba ávida.

Los dos encapuchados se sentaron uno al lado del otro en la *chaise longue* enfrente de Bond. Dejaron unas pesadas botas de fútbol sobre la alfombra junto a ellos y empezaron a desatarse los zapatos.

Capítulo 20

Con llamas saliendo por encima

El traje de inmersión negro le quedaba muy ajustado. Le dolía por todas partes. ¿Por qué demonios Strangways no se había asegurado de que el Almirantazgo tenía sus medidas correctas? Estaba muy oscuro bajo el mar, y las corrientes eran tan fuertes que lo arrastraban hacia el arrecife de coral. Tendría que nadar con más fuerza contra ellas. Pero algo lo había agarrado del brazo. ¿Qué demonios...?

—James. Por el amor de Dios. ¡James!

La joven retiró la boca de su oreja. Esa vez pellizcó el brazo desnudo, manchado de sangre, tan fuerte como pudo, y, al fin, los ojos de Bond se abrieron y por entre sus hinchados párpados la miró desde el suelo de madera, exhalando un suspiro tembloroso.

Tiffany se abrazó a él, aterrorizada de que pudiera perderlo de nuevo. Él pareció entenderla y, dándose la vuelta, se puso trabajosamente de cuatro patas, la cabeza colgando hacia el suelo, como un animal herido.

—¿Puedes andar?

—Espera. —El grave suspiro que salió de sus labios partidos le pareció extraño. Quizá la chica no le había entendido—. Espera —dijo otra vez, y con su mente empezó a explorar su cuerpo, para ver qué quedaba de él.

Sentía los pies y las manos. Podía mover la cabeza de un lado al otro. Veía el reflejo de la luz de la luna en el suelo. Había sido capaz de oír a Tiffany. Todo parecía en orden, pero no podía moverse. Su fuerza de voluntad había desaparecido. Sólo quería dormir. O incluso morir. Cualquier cosa que disminuyera el dolor que estaba dentro de él y sobre él, clavándose, martilleándolo, arañándolo... y que matara la memoria de las cuatro botas pateando su cuerpo, y los gruñidos que salían de las dos figuras encapuchadas.

En el instante en que pensó en los dos hombres y en Spang, el deseo de vivir inundó a Bond como una riada.

—De acuerdo —dijo. Y repitió—: De acuerdo —para asegurarse de que ella le entendía.

—Estamos en la sala de espera —susurró Tiffany—. Debemos ir hasta el final de la estación. A la izquierda, fuera de la puerta. ¿Me oyes, James? —preguntó, apartándole de la frente el cabello húmedo, pegajoso.

—Tendré que gatear —dijo Bond—. Te sigo.

Ella se levantó y abrió la puerta. Bond apretó los dientes y gateó hasta la plataforma iluminada por la luna; cuando vio la mancha oscura en el suelo, la rabia y el deseo de venganza le dieron fuerzas. Se levantó con torpeza, sacudiendo la cabeza para alejar las olas rojas y negras que le sofocaban y, con el brazo de Tiffany Case

alrededor de su cintura, cojeó sobre los tablones hacia los resplandecientes raíles.

Y allí, en la vía única, había un vagón de mano.

Bond se paró contemplándolo.

—¿Gasolina? —preguntó vagamente.

Tiffany Case hizo un gesto hacia la hilera de latas apiladas al lado del muro de la estación.

—Acabo de llenarlo —susurró—. Lo usaban para inspeccionar la línea. Sé como manejarlo. He movido el cambio de agujas. Deprisa. Sube. —La muchacha rió sin aliento—. Próxima parada, Rhyolite.

—Dios, eres una chiquilla —musitó Bond—. Pero esta cosa va a hacer un ruido del demonio cuando la pongas en marcha. Tengo una idea. ¿Llevas cerillas? —La mitad del dolor había desaparecido. Al dar la espalda a Tiffany y fijar su atención en el silencioso edificio de madera seca, el aliento escapó con fuerza entre sus labios.

Ella llevaba pantalones anchos y camisa. Hundió la mano en el bolsillo de los pantalones y le pasó el encendedor.

—¿Cuál es la idea? —preguntó—. Tenemos que ponernos en marcha.

Bond se arrastró hasta las latas de gasolina, empezó a abrirlas y a vaciar su contenido sobre las paredes de madera y la plataforma del vagón Pullman. Cuando hubo vaciado media docena de latas volvió hacia Tiffany.

—Arranca. —Se inclinó agonizante para coger un pedazo de periódico arrugado que estaba al lado de las vías. Se produjo el agudo chirrido del arranque y entonces el pequeño motor de dos tiempos empezó a martillar con rapidez.

Bond prendió el mechero. El pedazo de papel ondeó y Bond lo lanzó entre las latas de gasolina. El estallido de las llamas casi lo alcanza mientras se lanzaba de espaldas sobre la pequeña plataforma del vagón. Entonces, ella desenganchó el freno y empezaron a moverse sobre los raíles.

Con un traqueteo y un par de tirones bruscos, salieron a la vía principal; la aguja del velocímetro temblando a sesenta, el cabello suelto de la chica parecía una bandera dorada que ondeaba hacia él.

Bond se volvió a contemplar la gran bola de fuego que dejaban detrás de ellos. Casi oía los crujidos de los tablones resacos y los gritos de los durmientes al salir de las habitaciones en estampida. ¡Si el fuego atrapase a Kidd y a Wint, encendiera la pintura del Pullman, quemara la leña del avituallador de The Cannonball y terminara con el cajón de juguetes de los gánsters!

Pero él y Tiffany tenían sus propios problemas. ¿Qué hora era?

Bond tragó el aire fresco de la noche intentando poner su mente en funcionamiento. La luna estaba baja. ¿Las cuatro? Bond pasó su cuerpo dolorosamente de la plataforma al asiento, consiguiendo situarse con dificultad al lado de la chica.

Bond le puso un brazo alrededor de los hombros y ella se volvió sonriéndole a los ojos; luego levantó la voz por encima del ruido del motor y del martilleo de las ruedas de hierro sobre los raíles.

—Ha sido una buena salida. Igual que en una película de Buster Keaton. ¿Cómo te encuentras? —Examinó el maltratado rostro—. Estás horrible.

—No tengo nada roto —dijo Bond—. Supongo que eso es lo que significa un ochenta por ciento. —Esbozó una dolorosa sonrisa—. Es mejor que te golpeen a que te disparen.

El rostro femenino se crispó.

—Tuve que permanecer allí sentada y hacer ver que no me importaba. Spang no hacía más que observarme. Entonces comprobaron las cuerdas y te arrastraron hasta la sala de espera y todos se fueron felices a dormir. Esperé una hora en la habitación y luego me di prisa. La peor parte fue conseguir despertarte.

Bond estrechó sus brazos alrededor de los delicados hombros.

—Te diré lo que pienso de ti cuando no me duela tanto. Pero ¿y tú, Tiffany? Estarás metida en un buen lío si nos atrapan. ¿Y quiénes son los dos tipos de las capuchas, Wint y Kidd? ¿Qué van a hacer ahora? No me importaría volver a encontrarme con esos dos.

Ella miró de reojo al amargo pliegue de los labios entumecidos.

—Nunca los he visto sin las capuchas —dijo honestamente—. Se supone que son de Detroit. Letales al máximo. Hacen los trabajos más sucios y llevan a cabo las misiones de incógnito. Vendrán por nosotros. Pero no te preocupes por mí. —Ella lo miró de nuevo y sus ojos eran brillantes y felices—. Lo primero es llegar a Rhyolite. Entonces necesitaremos encontrar un coche en alguna parte y cruzar la frontera del estado a California. Tengo suficiente dinero. Allí conseguiremos un médico y te pagaré un baño y una camisa; entonces pensaremos otra vez. He traído tu pistola. Uno de los ayudantes la trajo cuando terminaron de recoger los pedazos de esos dos tipos con quienes peleaste en el Pink Garter. La cogí cuando Spang se fue a la cama. —Se desabrochó la camisa y hundió la mano en el cinto de sus pantalones.

Bond tomó la Beretta, sintiendo el calor de la joven en el metal. Sacó el cargador. Le quedaban tres balas. Y una en la recámara. Volvió a meter el cargador, puso el seguro y se la dejó sobre los pantalones. Por primera vez se dio cuenta de que su abrigo había desaparecido. Una de las mangas de la camisa le colgaba hecha jirones. Se la arrancó y la tiró. Buscó el paquete de cigarrillos en el bolsillo derecho de su pantalón. Había desaparecido. Pero en el bolsillo izquierdo tenía todavía el pasaporte y la cartera. Los sacó. A la luz de la luna vio que estaban magullados. Buscó el dinero, seguía allí. Puso de nuevo las cosas en el bolsillo.

Durante un rato condujeron rompiendo el silencio de la noche únicamente con el sonido del pequeño motor y el clic-clic de las ruedas. A lo lejos, hasta donde sus ojos

podían ver, la delgada línea de raíles se perdía en el horizonte, interrumpida de vez en cuando por las agujas de cambio, donde una oxidada vía secundaria se curvaba a la derecha, hacia la masa oscura de las montañas Spectre. A su izquierda no había más que la interminable extensión del desierto, donde un amago de amanecer empezaba a bordear de azul los contornos de los torturados cactus, y, unos kilómetros más allá, el resplandor metálico de la luna sobre la autopista 95.

El vagón cantaba feliz sobre los raíles. No había control alguno de que preocuparse, excepto de la palanca del freno y de una especie de bastón con un mango giratorio que hacía las veces de acelerador; la chica mantenía el velocímetro constantemente a 60. Pasaban los kilómetros y los minutos y Bond, de vez en cuando, se volvía dolorosamente sobre su asiento para inspeccionar el resplandor rojo en el cielo que desaparecía a sus espaldas.

Llevaban cerca de una hora de marcha cuando un ligero sonido de fondo en el aire o en las vías hizo que Bond se enderezase. De nuevo miró hacia atrás. ¿Había un pequeño brillo entre ellos y la falsa aurora roja de la ciudad fantasma incendiada?

Bond sintió un picor en el cuero cabelludo.

—¿Ves algo allí atrás?

La chica volvió la cabeza. Entonces, sin responder, redujo la velocidad de la máquina hasta que empezaron a moverse más silenciosamente.

Bond escuchó con atención. Sí, llegaba de las vías. Un ligero traqueteo, no más fuerte que un suspiro lejano.

—Es el Cannonball —aseguró Tiffany. Dio un golpe al acelerador y el vagón empezó a ganar velocidad de nuevo.

—¿Cuánto puede llegar a alcanzar? —preguntó Bond.

—Quizá unos cien.

—¿A cuánto estamos de Rhyolite?

—A unos sesenta kilómetros.

Bond hizo un cálculo rápido en silencio.

—Va a ser muy justo. No puedo decir a qué distancia está de nosotros. ¿Puedes acelerar un poco más con este trasto?

—Ni un pelo —respondió ella, apesadumbrada—. No podría aunque mi nombre fuese Casey Jones en lugar de Tiffany Case.

—Bueno, vamos bien —dijo Bond—. Tú sigue dándole. Con un poco de suerte su máquina explotará.

—¡Oh, seguro! —exclamó ella—. O quizá se le apague el motor y se dé cuenta que se ha dejado la llave en casa.

Durante quince minutos continuaron en silencio y ahora Bond veía claramente el foco de la locomotora cortando la noche, a no más de diez kilómetros de distancia. Los raíles temblaban por debajo de ellos y lo que había sido un suspiro lejano era

ahora un murmullo amenazador.

«Quizá se le acabe la leña», pensó Bond. Siguiendo un impulso, preguntó casualmente a la chica:

—Supongo que tenemos suficiente gasolina.

—Seguro —dijo Tiffany—. Puse una lata entera. No hay indicador, pero estos trastos tiran horas con un litro de combustible.

Antes de que terminara la frase, y como para hacer un comentario al respecto, el pequeño motor soltó una ligera tos. Puf. Puf. Puf. Y siguió corriendo felizmente.

—¡Dios! —exclamó Tiffany—. ¿Lo has oído?

Bond no respondió. Sintió cómo las palmas de sus manos se humedecían.

Y de nuevo: Puf. Puf. Puf.

Tiffany Case acariciaba el acelerador.

—Oh querido motorcito —dijo suplicante—. Precioso, listo motorcito. Por favor, sé bueno.

Puf-puf. Puf-puf. Jiss. Puf. Jiss... Y de repente estaban corriendo en silencio. Cuarenta y cinco, indicaba el velocímetro. Cuarenta... Treinta...Veinte... Diez... Cinco. Un último giro salvaje al acelerador y una patada de Tiffany Case al motor y se pararon.

Bond soltó unas palabrotas. Saltó dolorosamente sobre la vía y cojeó hasta el tanque de gasolina; sacó el pañuelo manchado de sangre del bolsillo del pantalón. Desenroscó el tapón y deslizó el pañuelo dentro del tanque. Lo retiró, oliéndolo y palpándolo. Estaba seco como recién planchado.

—Se acabó —dijo a la chica—. Ahora será mejor que pensemos con rapidez.

Miró a su alrededor. Ningún escondite a la izquierda, y aún cuatro kilómetros como mínimo hasta la carretera. A la derecha las montañas, quizá a un kilómetro de distancia. Podían intentar alcanzarlas y esconderse allí, pero ¿por cuánto tiempo? Parecía ser la mejor opción. El suelo bajo sus pies. Miró sobre la vía al ojo reluciente, implacable. ¿A qué distancia, cuatro kilómetros? ¿Vería Spang el pequeño vagón a tiempo? ¿Podría parar? ¿Le haría descarrilar? Pero Bond recordó el sobresaliente quitapiedras que limpiaría del camino al pequeño vagón como si fuese una bala de paja.

—Vamos, Tiffany —la llamó—. Tenemos que llegar a las montañas.

¿Dónde se había metido? Rodeó el vagón cojeando. Ella se acercaba corriendo sobre la vía. Volvió respirando entrecortadamente.

—Hay un desvío a unos pocos metros —dijo jadeando—. Si podemos empujar este trasto hasta allí y consigues mover el cambio de agujas, Spang quizá nos pierda.

—Dios —exclamó Bond lentamente. Y después, con entusiasmo, añadió—: Podemos hacer algo mejor que eso. Ayúdame. —Y se inclinó, apretando los dientes de dolor, y empezó a empujar.

Una vez en marcha, el vagón se movía con facilidad y sólo tenían que seguirlo y mantenerlo en movimiento. Llegaron al cambio de agujas y Bond siguió empujando hasta que lo hubieron sobrepasado unos cuarenta metros.

—¿Qué demonios...? —jadeó Tiffany.

—Vamos —dijo Bond; medio cojeando, medio corriendo volvió hasta la oxidada palanca del cambio de agujas que se levantaba al lado de la vía—. Pondremos al Cannonball sobre la línea secundaria.

—¡Chico! —el tono de Tiffany Case fue casi reverente. Y los dos empezaron a empujar la palanca de cambio.

Poco a poco, el oxidado metal empezó a deslizarse de la posición en que había permanecido inmóvil durante cincuenta años y, milímetro a milímetro, los raíles mostraron un corte y luego una abertura que se ensanchaba mientras Bond empujaba la palanca con todas sus fuerzas.

Conseguido. Bond se arrodilló en el suelo, con la cabeza gacha, luchando contra el mareo que amenazaba con hacerle perder el conocimiento.

Apareció el resplandor de una luz en el suelo y Tiffany Case lo arrastró de vuelta al pequeño vagón; el aire estaba repleto del trueno y el vicioso repicar de la campana mientras la gran bestia de hierro llameante se les acercaba rugiendo.

—Agáchate y no te muevas —gritó Bond por encima del ruido, y la empujó hacia el suelo, detrás del frágil refugio del vagón. Entonces cojeó rápidamente hasta la vía, sacó la pistola y se situó de costado, como un duelista, con el brazo que cargaba el arma apuntando al gran ojo que se acercaba bajo un volcán de fuego y humo.

¡Dios, qué monstruo! ¿Tomaría la curva? ¿Seguiría derecho, aplastándolos?

Se acercaba.

Suf. Algo chocó contra el suelo a su lado y Bond vio un destello dentro de la cabina.

Bang. Otro destello, y la bala golpeó un raíl y rebotó desapareciendo en la noche.

Crack. Crack. Crack. Ahora podía oír el ruido del arma por encima del rugido de la locomotora. Algo pasó silbando cerca de su oído.

Bond no disparó. Sólo le quedaban cuatro balas y sabía cuándo tenía que usarlas.

Y entonces, a veinte metros de distancia, el ingenio volador se metió en la curva como un trueno, tomando el desvío con un salto que lanzó un puñado de leños del ténider en la dirección de Bond.

Las grandes ruedas dejaron escapar un agudo chirrido de metal al abrasar la curva, una rápida impresión de humo, llamas y el movimiento de la máquina, y un destello en la cabina y la figura negra y plateada de Spang, con los brazos abiertos, agarrándose a la pared de la cabina con una mano y con la otra intentando alcanzar la palanca de freno.

La pistola de Bond gritó sus cuatro palabras. Como iluminado por un relámpago

se vio un rostro blanco levantado hacia el cielo mientras la gran locomotora negra y oro se alejaba hacia el muro en sombras de las montañas Spectre, el haz de luz del ojo de la máquina cortando la oscuridad y su campana automática repicando tristemente, ding-dong, ding-dong, ding-dong.

Bond se encajó lentamente la Beretta en la cintura de los pantalones y permaneció de pie, observando como se alejaba el ataúd del señor Spang y el rastro de humo que se movía por encima de su cabeza y que, por un momento, cubrió la luna.

Tiffany Case se acercó corriendo y juntos contemplaron la llameante bandera de la chimenea y escucharon el eco de la locomotora que les devolvía la montaña. Ella se oprimió contra él cuando la máquina dio un giro repentino desapareciendo entre las rocas. Luego sólo se escuchó el lejano golpear en las montañas y se vio un resplandor rojo que parpadeaba entre las grietas mientras The Cannonball se desgarraba cortando el vientre de la roca.

De repente hubo una gran lengua de fuego y un terrible choque metálico, como si un acorazado hubiese chocado contra un arrecife. Luego un ahogado repicar que parecía subir de debajo de sus pies. Y, finalmente, un profundo y distante boom desde las entrañas de la tierra y una confusa algarabía de ecos.

una vez terminado el ruido, un prolongado y delicioso silencio.

Bond lanzó un profundo suspiro como si se acabara de despertar. Así que ése era el fin de uno de los Spang, de uno de los brutales, teatrales, desproporcionados adultos que formaban la Pandilla de las Lentejuelas. Había sido un gángster de escenario, rodeado de propiedades de escena, lo cual no alteraba el hecho de que había intentado matar a Bond.

—Vámonos de aquí —pidió Tiffany Case, impaciente—. Ya he tenido suficiente.

Bond sintió como el dolor volvía a tomar posesión de su cuerpo al relajarse la tensión.

—Sí —dijo él, contento de dejar atrás el recuerdo del rostro blanco en la maravillosa locomotora negra. Se sintió mareado. Se preguntó si podría conseguirlo—. Tenemos que llegar a la carretera. Será difícil. Vamos.

Les llevó una hora y media cubrir los cuatro kilómetros y, cuando lo consiguieron, Bond se desplomó sobre el sucio arcén de la autopista de cemento. Deliraba. Había sido la chica quien lo había arrastrado hasta allí; si no hubiese sido por ella, Bond nunca lo habría conseguido. Se habría arrastrado entre los cactus y las rocas hasta que, exhausto, sus fuerzas le hubieran abandonado y entonces el achicharrante sol habría terminado el trabajo.

Tiffany le acariciaba la cabeza y le hablaba con suavidad, secándole el sudor del rostro con el vuelo de su falda.

De vez en cuando se paraba para mirar a ambos lados de la recta carretera de cemento cuyos horizontes empezaban a brillar con la ola de calor de la mañana.

Una hora más tarde, saltó sobre sus pies y se paró en el centro de la carretera. Un coche negro se acercaba desde la danzante neblina tras la que se escondía el distante valle de Las Vegas.

El vehículo se paró frente a la chica y un rostro de halcón bajo un descuidado remolino de cabello color paja apareció por la ventanilla. Dos ojos verdes la examinaron brevemente, echaron una ojeada al hombre que estaba postrado al lado de la carretera y volvieron de nuevo a la chica.

—Bien —dijo el conductor en un amigable acento tejano—. Félix Leiter, señorita, a su servicio. ¿Qué puedo hacer por usted en esta maravillosa mañana?

Capítulo 21

«Nada acerca más que la cercanía»

—... y cuando llegué a la ciudad llamé a mi amigo Ernie Cureo. James lo conoce. Su mujer está histérica y Ernie se encuentra en el hospital. Así que voy a verle y me cuenta la historia, por lo cual imagino que quizá James necesite refuerzos. Así que salto a mi yegua negra y galopo cruzando la noche; cuando llego cerca de Spectreville veo el cielo iluminado. Spang se está montando una barbacoa, imagino. Y como la verja está abierta, decido unirme a la fiesta. Bien, te lo creas o no, el lugar está desierto, con la excepción de un tipo con la pierna destrozada y contusiones múltiples, que intenta escaparse por la carretera a gatas. Muy parecido a un joven encapuchado llamado Frasso, de Detroit, que Ernie Cureo me ha dicho es uno de los tipos que se llevaron a James. Él no está en condiciones de negarlo, y yo más o menos reconstruyo la película y me imagino que la próxima parada debe ser Rhyolite. Así que le digo al chico que pronto va a tener la compañía de los bomberos, lo llevo hasta la puerta y allí lo dejo. Después de un rato me encuentro con una señorita en medio del desierto que parece que acaba de disparar un cañón, y aquí estamos. Y ahora, usted dirá.

«Así que todo esto *no* es un sueño, y *estoy* acostado, en el asiento trasero del Studillac, y éste *es* el regazo de Tiffany bajo mi cabeza y ése *es* Félix, y nos dirigimos a toda pastilla por la carretera hasta un lugar seguro, un doctor, un baño, algo de comida y bebida e infinitas horas de sueño.» Bond se movió, y sintiendo la mano de Tiffany sobre su cabeza, indicándole que todo era real y como él había deseado, permaneció de nuevo inmóvil sin decir nada, saboreando cada minuto y escuchando sus voces y el silbido de los neumáticos deslizándose sobre la carretera.

Al final de la historia de Tiffany, Félix Leiter lanzó un silbido reverente.

—Jesús, señorita —dijo—. Parece que entre los dos han hecho un buen agujero en la Pandilla de las Lentejuelas. ¿Qué demonios va a suceder ahora? Hay muchos avispones más en el nido y no van a quedarse sentados zumbando. Querrán un poco de acción.

—Bingo —dijo Tiffany—. Spang era un miembro del Sindicato en Las Vegas, y estos tipos se respaldan los unos a los otros. Luego está «Shady» Tree y esos dos torpedos, Wint y Kidd, quienesquiera que sean. Cuanto antes crucemos la frontera del estado, mucho mejor. ¿Y entonces...?

—De momento vamos bien —la tranquilizó Félix Leiter—. Estaremos en Beatty dentro de diez minutos, luego cojemos la 58 y en media hora habremos cruzado la Línea. Después tenemos un largo trayecto a través del Valle de la Muerte, cruzamos las montañas hasta Olanca y allí tomamos la 6. Podemos parar y conseguir un doctor para James, tomar algo y lavarnos un poco. Luego, sobre la 6, hasta Los Ángeles.

Será un viaje del demonio, pero podemos llegar a Los Ángeles a la hora del almuerzo. Entonces podemos relajarnos un poco y pensar otra vez. Mi opinión es que tengo que sacarles del país a usted y a James lo antes posible. Los chicos intentarán tenderles todo tipo de trampas, y una vez los hayan localizado, no daría un penique por ninguno de los dos. Lo mejor será que se suban esta noche a un avión que vaya a Nueva York y mañana mismo salen para Inglaterra. James se puede hacer cargo de todo a partir de ahí.

—Supongo que es lo más sensato —dijo ella—. Pero ¿quién es este Bond? ¿Cuál es su secreto? ¿Se trata de un detective privado?

—Mejor se lo pregunta usted misma, señorita —Bond escuchó como Leiter respondía con cautela—: Pero yo no me preocuparía demasiado por eso. El cuidará de usted.

Bond esbozó una sonrisa y en el prolongado silencio que siguió cayó en un intranquilo duermevela que duró hasta que hubieron cruzado la mitad de California y el coche se detenía delante de un postigo blanco que decía *Otis Fairplay, Doctor*.

Más tarde, convertido en una masa de vendajes decorados con mercromina, bañado, afeitado y con el estómago lleno, Bond volvió al coche y al mundo. Tiffany Case se había refugiado de nuevo en su vieja actitud irónica, y Bond trataba de ayudar vigilando que no se acercara ningún guardia de tráfico por la carretera, mientras Leiter bajaba, manteniéndose a más de ciento treinta, por la interminable carretera serpenteante, en dirección a la distante línea de nubes tras las que se ocultaban las Sierras Altas.

Al poco rodaban sin esfuerzo por Sunset Boulevard entre palmeras y césped esmeralda. El polvoriento Studillac se hallaba por completo fuera de lugar entre los relucientes Corvettes y Jaguars, y finalmente, al atardecer, estaban sentados en el oscuro y fresco bar del hotel Beverly Hills, con maletas nuevas en la recepción y ropas al estilo de Hollywood, incluso el magullado rostro de Bond podía indicar simplemente que habían salido de los estudios hacía poco.

En la mesa, al lado de sus Martinis, había un teléfono. Félix Leiter terminó su conversación con Nueva York por cuarta vez desde su llegada.

—Bien, todo arreglado —dijo colgando el auricular—. Mis colegas de la oficina os han reservado pasajes en el *Elizabeth*. Lleva retraso a causa de una huelga en el puerto. Navega mañana por la noche, a las ocho. Se encontrarán con vosotros por la mañana en La Guardia con los billetes y subiréis a bordo en cualquier momento de la tarde. Han recogido el resto de tus cosas del Astor, James. Una maleta pequeña y tus famosos palos de golf. Y Washington se portó con un pasaporte para Tiffany. Habrá un hombre del Departamento de Estado en el aeropuerto. Los dos tenéis algunos formularios que firmar. Puse a trabajar a uno de mis viejos colegas de la CIA.

Los periódicos han levantado revuelo con la historia: «CIUDAD FANTASMA

DESAPARECE HACIA EL OESTE». Pero parece que todavía no han encontrado a nuestro amigo Spang, y no figuran vuestros nombres. Mis chicos dicen que la policía no os busca, pero uno de nuestros hombres encubiertos dice que las bandas os están buscando y que vuestra descripción ha sido puesta en circulación. Con diez de los grandes como recompensa. Así que mejor que os larguéis pronto. Y mejor que lo hagáis por separado. Cubrios tanto como podáis y permaneced en vuestros camarotes. Se van a desatar todos los infiernos cuando lleguen al fondo de esa vieja mina. Eso pondrá las cosas en tres muertos a nada y a ellos no les gusta ese tipo de apuesta.

—Parece que Pinkerton tiene una buena máquina —dijo Bond con admiración—. Pero estaré contento tan pronto como nos larguemos de aquí. Pensaba que vuestros gánsters eran un puñado de grasientas albóndigas italianas que se atiboraban de pizza y cerveza durante toda la semana y los sábados quemaban un garaje o una droguería para pagarse las carreras. Pero la verdad es que son mucho más violentos que todo eso.

Tiffany Case se rió a carcajadas.

—Tendrías que dejar que te examinaran la cabeza —dijo llanamente—. Será un milagro si llegamos al *Lizzie* de una sola pieza. Así de buenos son. Gracias al Capitán Hook tenemos una oportunidad, pero no es más que eso. ¡Albóndigas!

Félix Leiter rió, socarrón.

—Vamos, pichones —dijo mirando el reloj—. Debemos ponernos en marcha. Debo volver a Las Vegas esta noche y empezar a buscar el esqueleto de nuestro viejo amigo *Shy Smile*. Y vosotros tenéis que coger un avión. Podéis seguir discutiendo a seis mil metros. Tendréis una mejor perspectiva desde allí arriba. Incluso es posible que decidáis hacer las paces y ser amigos. Ya sabéis lo que se dice: «Nada acerca más que la cercanía». —Luego, con un gesto, llamó al camarero.

Leiter los llevó hasta el aeropuerto y los dejó allí. Bond sintió un nudo en la garganta cuando la larguirucha figura cojeó hasta su coche después del cálido abrazo de Tiffany Case.

—Ahí tienes a un verdadero amigo —dijo ella mientras miraba como Leiter cerraba la portezuela y encendía el motor del automóvil, aceleraba y emprendía el largo viaje de regreso a través del desierto.

—Sí —dijo Bond—. Félix es un buen tipo.

La luna destelló unos segundos en el garfio de Leiter, que les decía el último adiós. El polvo se asentaba de nuevo sobre la carretera cuando una voz metálica salió de los altavoces diciendo:

—Trans-World Airlines, vuelo 93. Puerta de embarque número cinco, para Chicago y Nueva York. Diríjense a la puerta de embarque, por favor.

Se abrieron camino hacia las puertas acristaladas, dando el primer paso de su largo viaje a través de medio mundo con destino Londres.

El nuevo Super-G Constellation rugía sobre el continente en sombras. Bond descansaba cómodamente en su sillón esperando a que el sueño transportara su dolorido cuerpo, mientras pensaba en Tiffany, dormida junto a él, y meditaba en qué punto de su misión se encontraba.

Pensó en el adorable rostro que descansaba sobre la mano abierta a su lado, inocente e indefensa en su sueño; la malicia había desaparecido de sus ojos grises y también la mueca irónica de sus apasionados labios. Bond supo que estaba a punto de enamorarse de Tiffany. ¿Y ella? ¿Qué decisivo era el rechazo por el sexo masculino nacido en San Francisco la noche en que los hombres entraron en su habitación y la violaron? ¿Podrían alguna vez, la mujer y la niña, salir de detrás de la barricada que ella había empezado a construir a partir de aquella noche contra todos los hombres del mundo? ¿Llegaría a salir de su caparazón que se había endurecido a lo largo de años de soledad y retiro?

Bond recordó momentos durante las últimas veinticuatro horas en que había sabido la respuesta, momentos en que una joven cálida, apasionada, había mirado feliz a través de la máscara de chica dura de las bandas, la contrabandista, la repartidora de blackjack, y había dicho:

«Llévame de la mano. Abre la puerta y saldremos juntos al sol resplandeciente. No te preocupes. Caminaré a tu lado. Siempre he tenido conmigo tu imagen, pero nunca llegabas, y me he pasado la vida escuchando a un músico distinto».

Sí, pensó. Todo iría bien. Al menos esa parte de la historia. Pero ¿estaba preparado para afrontar las consecuencias? Una vez la hubiese llevado de la mano, sería para siempre. Podía verse en el papel del sanador, del analista, a quien el paciente ha transferido su amor y su confianza para salir de la enfermedad. No habría crueldad mayor que retirar la mano de entre las suyas de repente. ¿Estaba preparado para todo lo que eso significaba en su vida y en su carrera?

Bond se retorció en su butaca y alejó el problema de su cabeza. Era demasiado pronto. Estaba yendo demasiado deprisa. Debería esperar y ver. Cada cosa a su tiempo. Y, obstinado, archivó el asunto y desvió sus pensamientos a M y al trabajo que todavía tenía que terminar antes de empezar a preocuparse por su vida privada.

Bien, había aplastado parte de la serpiente. ¿Era la cabeza o la cola? Difícil de decir, pero Bond se inclinaba a pensar que Jack Spang y el misterioso ABC eran los operadores reales de la red de contrabando y que Seraffino sólo se había encargado del tramo final del negocio. Seraffino era reemplazable, Tiffany podía ser desechada. «Shady» Tree, a quien ella podía involucrar en el contrabando de diamantes, tendría que ponerse a cubierto por el tiempo que durase la tormenta, si es que Bond era en realidad una señal de tormenta. Pero nada tenían que implicara a Jack Spang, o a La Casa de los Diamantes, y la única pista hasta ABC era un número de teléfono que, Bond recordó, debía extraer de la chica lo más deprisa posible. Eso y la mecánica de

los contactos con él serían cambiados de inmediato así que la deserción de Tiffany y la fuga de Bond hubiesen sido comunicados a Londres, casi seguro por «Shady» Tree. Así que todo esto, reflexionó Bond, convertían a Jack Spang en su próximo blanco y, a través de él, a ABC. Entonces únicamente quedaría el principio de la red en África, y sólo se podría llegar a través de ABC. La preocupación más inmediata de Bond, concluyó antes de caer dormido, era comunicar la situación a M tan pronto como embarcasen en el *Queen Elizabeth*, y dejar que Londres tomara el mando. Los hombres de Vallance se pondrían a trabajar. No habría mucho que Bond pudiera hacer una vez en Londres. Escribir un montón de informes. La misma rutina de siempre en el despacho. Y por las noches estaría Tiffany, en la habitación de los invitados de su piso en Kings Road. Tendría que mandarle un cable a May, para arreglar las cosas. Veamos: flores, sales de baño de Floris, airear las sábanas...

Diez horas después de dejar Los Ángeles sobrevolaban La Guardia, girando por encima del mar preparándose para aterrizar.

Eran las ocho en punto de la mañana del domingo y había muy poca gente en el aeropuerto. Un oficial los paró al desembarcar y los llevó a través de una entrada lateral donde los estaban esperando dos hombres jóvenes, uno de Pinkerton y el otro del Departamento de Estado. Mientras conversaban sobre el vuelo, les trajeron las maletas; entonces, un oficial los condujo a través de otra puerta lateral hasta donde los esperaba un elegante Pontiac marrón, con el motor en marcha y las cortinillas de las ventanas traseras bajadas.

Pasaron unas cuantas horas muertas en el apartamento del hombre de Pinkerton hasta que, sobre las cuatro de la tarde, pero poniendo una distancia de un cuarto de hora entre ambos, subían por una pasarela cubierta hasta el seguro estómago británico del *Queen Elizabeth* y estaban al fin en sus cabinas en la cubierta M, con sus puertas cerradas al mundo.

Pero, mientras primero Tiffany y luego Bond entraban en la boca de la pasarela, en el puerto, una mano de la Anastasia's Longshoreman's Union se dirigió rápidamente al teléfono de la cabina de aduanas.

Tres horas después, dos hombres de negocios estadounidenses bajaban de un sedán negro en el puerto, llegando justo a tiempo de pasar por Inmigración y Aduanas y subir por la pasarela antes de que los altavoces empezasen a pedir que los visitantes abandonasen el barco.

Uno de los hombres de negocios tenía aspecto joven, con un rostro bonito y el cabello prematuramente blanco bajo el sombrero Stetson con cubierta impermeable. El nombre en el maletín que llevaba era B. Kitteridge.

El otro era corpulento, mas bien gordo, con una mirada nerviosa detrás de las gafas bifocales. Sudaba mucho y de manera constante y se enjugaba el rostro con un gran pañuelo.

Y el nombre en la etiqueta del asa de su maletín era W. Winter, y debajo del nombre, en tinta roja, estaba escrito: *Mi grupo sanguíneo es F.*

Capítulo 22

Amor y salsa bearnesa

Puntualmente a las ocho, el reverberante sonido de la sirena del *Queen Elizabeth* hizo que los cristales de los rascacielos temblaran. Los remolcadores sacaron el gran barco a media corriente y le dieron la vuelta hasta situarlo en posición y, a unos cautelosos cinco nudos, se movió lentamente río abajo en la corriente.

Harían una pausa para dejar al piloto en la Ambrose Light y luego los cuatro motores batirían el mar como si fuese nata; entonces el *Elizabeth* temblaría con un estremecimiento liberador y se lanzaría hacia el largo y plano arco que se extendía desde el paralelo 45 hasta el 50, y al punto final que era Southampton.

Sentado en su camarote, escuchando el callado crujir de la madera y mirando cómo rodaba su lápiz sobre el tocador, lentamente, entre su cepillo del pelo y una esquina de su pasaporte, Bond recordó los días en que el curso del navio no había sido el mismo, cuando zigzagueando se adentró al sur del Atlántico, jugando al escondite con la flota de submarinos alemanes, en ruta hacia una Europa en llamas. Todavía era una aventura, pero ahora el *Queen*, en su capullo de impulsos de radio protectores —el radar, la sonda acústica...—, se movía con las precauciones de un potentado oriental entre sus guardaespaldas y su escolta motorizada, y, por lo que a Bond respectaba, el aburrimiento y la indigestión serían los únicos altercados del viaje.

Cogió el teléfono y preguntó por la señorita Case. Al oír su voz, ella soltó un gemido teatral.

—El marinero odia el mar —dijo—. Ya estoy mareada y todavía nos encontramos en el río.

—Es lo mismo —dijo Bond—. Quédate en el camarote y aliméntate de pastillas antimareo y champán. Yo voy a estar fuera de combate dos o tres días. Hablaré con el médico y con el masajista del baño turco a ver si pueden juntar mis piezas de nuevo. De todas formas no nos hará ningún daño permanecer fuera de circulación la mayor parte del viaje. Es posible que nos hayan reconocido en Nueva York.

—Bueno, si prometes que me llamarás todos los días —accedió Tiffany—, y me prometes llevarme a ese lugar, el Veranda Grill, tan pronto como me sienta capaz de tragar un poco de caviar.

Bond soltó una carcajada.

—Si insistes —dijo—. Y ahora escucha, a cambio quiero que intentes recordar todo lo que puedas sobre ABC y el negocio de los diamantes en Londres. El número de teléfono y cualquier cosa que acuda a tu mente. Tan pronto como pueda te explicaré de qué va la historia y por qué estoy interesado; por el momento tienes que confiar en mí. ¿Trato hecho?

—Seguro —respondió ella indiferente, como si esa parte de su vida hubiese perdido toda importancia.

Durante los diez minutos siguientes, Bond la interrogó minuciosamente sobre la rutina de ABC. Después cortó la comunicación con ella y llamó al servicio de camarotes pidiendo algo de cenar. Luego se sentó a escribir el largo informe que tendría que codificar y enviar esa misma noche.

El navio se adentraba en la oscuridad y la pequeña ciudad flotante de tres mil quinientas almas se preparaba para los cinco días de su vida en los cuales podría ocurrir cualquier acontecimiento natural de los que suceden en una comunidad de tales dimensiones: robos, peleas, seducciones, borracheras, engaños; quizá un nacimiento o dos, la posibilidad de un suicidio y, en uno de cada cien viajes, tal vez incluso un asesinato.

Mientras la ciudad de hierro cabalgaba sin dificultad sobre la ancha extensión del Atlántico y la suave brisa nocturna silbaba y gemía en lo alto del mástil, las antenas de radio estaban transmitiendo ya el morse del radiotelegrafista de guardia al oído atento de Portishead.

Y ¿qué era lo que aquél enviaba a las diez en punto de la noche, hora normal del este? Un cable corto dirigido a: *abc, atención casa de diamantes, hatton garden, londres*, y que decía: PARTES LOCALIZADAS -stop- SI ASUNTO REQUIERE SOLUCIÓN DRÁSTICA ESENCIAL CLARIFIQUE PRECIO PAGABLE EN DÓLARES, e iba firmado por WINTER.

Una hora más tarde, mientras el radiotelegrafista del *Queen Elizabeth* suspiraba ante el trabajo de tener que transmitir quinientos grupos de cinco letras dirigidos a: *director general, universal export, regents park, Londres*, la radio de Portishead estaba enviándoles un cable corto dirigido a: *winter, pasajero primera clase, queen elizabeth*, y que decía:

DESEO RÁPIDA LIMPIA SOLUCIÓN DEL CASO^[19] REPITO CASO -stop- PAGARÉ VEINTE GRANDES -stop- ME OCUPARÉ PERSONALMENTE DEL OTRO ASUNTO A SU LLEGADA A LONDRES CONFIRMEN ABC.

El radiotelegrafista buscó el nombre de Winter en la lista de pasajeros, metió el mensaje en un sobre y lo mandó a un camarote en la cubierta A, situado debajo del de Bond y Tiffany, donde los dos hombres jugaban a las cartas en mangas de camisa. El botones entregó el sobre y cuando se retiraba oyó que el hombre gordo decía misteriosamente al del cabello blanco:

—¡Para que te enteres, tontorrón! En la actualidad, un masaje vale veinte de los grandes. ¡No está mal!

El tercer día de viaje Bond y Tiffany se citaron en el Observation Lounge para tomar unos cócteles y cenar mas tarde en el Veranda Grill.

Al mediodía, la calma reinaba en el mar y, tras almorzar en su camarote, Bond había recibido un mensaje con una redonda caligrafía de chica, escrito en el papel de cartas del barco. Decía: *Fija un rendez-mí para hoy. No me falles.* Bond fue derecho al teléfono.

Estaban hambrientos el uno del otro después de tres días de separación. Pero Tiffany se puso a la defensiva cuando vio la mesa que Bond había escogido, situada en uno de los rincones más en penumbra del vibrante bar.

—¿Qué clase de mesa es ésta? —preguntó, sarcástica—. ¿Te avergüenzas de mí o algo parecido? Me pongo lo mejor que esos maricones de Hollywood son capaces de diseñar y tú me escondes como si fuese la señorita Rheingold 1914. Quiero divertirme un poco en este bote salvavidas y tú me pones en un rincón como si yo tuviera una enfermedad contagiosa.

—Eso es —dijo Bond—. Lo que tú quieres es subir la temperatura a todos los hombres del barco.

—¿Qué esperas que haga una chica en el *Queen Elizabeth*? ¿Pescar?

Bond se echó a reír. Hizo un gesto al camarero y pidió dos Martinis secos con vodka y una corteza de limón.

—Puedo ofrecerte una alternativa.

—«Querido Diario —dijo ella—. Estoy pasando unos días maravillosos con un inglés muy guapo. El problema es que va detrás de las joyas de la familia. ¿Qué debo hacer? Tuya, sinceramente confusa.» —Entonces, impulsivamente, se inclinó hacia delante y puso su mano sobre la de Bond—. Escucha, señor Bond, soy más feliz que unas castañuelas. Me encanta estar aquí. Me encanta tu compañía. Y me encanta esta mesa en penumbra donde nadie puede ver como te cojo la mano. No me hagas caso. No estoy acostumbrada a ser tan feliz. No hagas caso de mis bromas tontas, ¿de acuerdo?

Tiffany llevaba una pesada camisa de chantó crema y una falda de lana y algodón gris marengo. Los colores neutrales realzaban el tono tostado de su piel. El pequeño Cartier cuadrado con correa negra era la única joya y las uñas cortas en las pequeñas manos morenas que sostenían las de Bond estaban sin pintar. El reflejo de la luz del sol brilló sobre la masa de cabello de color oro pálido, en las profundidades de sus tornasolados ojos grises, y en la línea de dientes blancos que se adivinaba entre los lujuriosos labios, entreabiertos en espera de una respuesta.

—No —dijo Bond—. No haré caso, Tiffany. Todo lo que tiene que ver contigo me gusta.

Ella lo miró a los ojos y se quedó satisfecha. Llegaron las bebidas y la joven retiró la mano, observando inquisitiva a Bond por encima del borde del vaso.

—Ahora dime un par de cosas: en primer lugar, ¿qué haces y para quién trabajas? Al principio, en el hotel, pensé que eras un delincuente. Pero, de alguna forma, tan pronto como desapareciste por la puerta supe que me equivocaba. Supongo que debería haber avisado a ABC y nos hubiésemos evitado muchos problemas. Pero no lo hice. Venga, James. Suéltalo.

—Trabajo para el Gobierno —dijo Bond—. Quieren parar el contrabando de diamantes.

—¿Una especie de agente secreto?

—Sólo un funcionario.

—De acuerdo. ¿Y qué vas a hacer conmigo cuando llegemos a Londres, encerrarme?

—Sí, en la habitación de los invitados de mi apartamento.

—Eso está mejor. ¿Tendré que convertirme en un subdito de la Reina? Me justa ser una persona sujeta.

—Supongo que lo podremos arreglar.

—¿Estás casado...? —se interrumpió—. ¿O algo parecido?

—No. Tengo aventuras de vez en cuando.

—Así que eres uno de esos hombres pasados de moda que se acuestan con mujeres. ¿Por qué no te has casado?

—Porque pienso que puedo arreglármelas mejor solo, supongo. La mayoría de los matrimonios no suman a dos personas. Restan a uno del otro.

Tiffany Case meditó lo que Bond acababa de decir.

—Quizá tengas algo de razón, pero todo depende de qué quieres sumar. Algo humano o algo inhumano. No puedes estar completo sin alguien más.

—¿Y tú?

Ella no se esperaba la pregunta.

—Quizá me conformé con lo inhumano —dijo brevemente—. ¿Y con quién demonios se supone que podía haberme casado, con «Shady» Tree?

—Supongo que ha habido muchos otros.

—No, no los hubo —repuso la chica, irritada—. Quizá pienses que no debía haberme mezclado con esa gente. Bien, creo que empecé con el pie equivocado. —La llamarada de rabia se extinguió y Tiffany miró a Bond defensivamente—. Hay personas a quienes les pasa, James. De veras. Y a veces no tienen la culpa.

James tendió la mano y sostuvo la de ella con fuerza.

—Lo se, Tiffany —dijo—. Félix me lo contó. Por eso no te he hecho ninguna pregunta. Olvídate. Lo que importa es el aquí y el ahora. No el ayer. —Y, cambiando de tema, añadió—: Ahora dame algunos datos. Por ejemplo, por qué te llamas Tiffany y que tál es ser un repartidor de cartas en el Tiara. ¿Cómo demonios llegaste a ser tan buena? Fue genial la forma en que manejaste las cartas. Si eres capaz de hacer eso,

puedes hacer cualquier cosa.

—Gracias, colega —dijo ella con ironía—. ¿Como qué? ¿Jugar al parchís? La razón por la que me pusieron Tiffany es porque cuando nací, el bueno de papá Case estaba tan dolido de que no fuese un chico que dio mil pavos y una polvera de Tiffany's a mi madre y se largó. Se alistó en los Marines. Al final lo mataron en Iwo-Jima. Así que mi madre me puso Tiffany Case^[20] y comenzó a ganarse la vida. Empezó con un puñado de chicas y luego se volvió un poco más ambiciosa. Quizá esto no te parece demasiado bien. —Lo miró en actitud defensiva y a la vez suplicante.

—No me preocupa —repuso Bond secamente—. Tú no eras una de sus chicas. Tiffany se encogió de hombros.

—Entonces el lugar fue destrozado por las bandas. —Hizo una pausa y se bebió el resto del Martini—. Y yo me lo monté por mi cuenta. Los trabajos típicos que una chica puede encontrar. Después me fui a Reno. Tienen una escuela de juego, fiché con ellos y trabajé como una loca. Hice el curso completo: dados, ruleta y blackjack. Se puede ganar mucho dinero en el juego. Doscientos a la semana. A los hombres les gusta que haya chicas repartiendo, y da confianza a las mujeres. Creen que serás más generosa con ellas. Los repartidores masculinos las asustan. Pero no pienses que es divertido. Se lee mejor que se vive.

Hizo una pausa y sonrió a Bond.

—Ahora es tu turno otra vez —dijo—. Pídeme otra bebida y dime qué tipo de mujer tendría interés para ti.

Bond encargó las bebidas al camarero. Encendió un cigarrillo y se volvió hacia ella.

—Alguien que pueda hacer la salsa bearnesa tan bien como el amor —dijo.

—¡Cielos! ¿Cualquier vieja boba que sepa cocinar y echarse de espaldas?

—Oh, no. Debe tener lo que todas las mujeres tienen —Bond la examinó con atención—: Cabello dorado. Ojos grises. Una boca pecadora. Una figura perfecta. Y, por supuesto, conocer chistes divertidos a montones, saber vestirse bien, jugar a cartas y todo lo demás. Lo normal, vaya.

—¿Y te casarías con esa persona si la encontrases?

—No necesariamente —respondió Bond—. De hecho ya estoy casado, más o menos. Con un hombre. Su nombre empieza por M. Tendría que divorciarme de él antes de casarme con una mujer. Y no estoy seguro de querer tal cosa. Ella me tendrá repartiendo canapés en un salón en forma de L. Y luego todos esos desagradables «Tú dijiste... No, nunca lo dije...» y otras discusiones que parecen ir con el matrimonio. No duraría. Me entraría claustrofobia y me largaría. Haría que me enviaran a Japón o a cualquier otra parte.

—¿Y niños?

—Me gustaría tener hijos —dijo Bond escuetamente—. Pero cuando me retire. No sería justo para ellos de otra manera. Mi trabajo no es tan seguro. —Fijó la mirada en su bebida y se la terminó de un trago—. ¿Y tú, Tiffany? —preguntó cambiando de tema.

—Supongo que a cualquier chica le gusta llegar a casa y encontrar un sombrero en la percha del recibidor —dijo Tiffany, malhumorada—. El problema es que nunca he encontrado nada adecuado debajo del sombrero. Quizá no he buscado lo suficiente, o lo he hecho en los sitios equivocados. Ya sabes cómo son las cosas cuando te metes en una rutina. Te acostumbras tanto que ya no buscas nada más. Eso me pasó más o menos con los Spang. Sabía que no me iba a faltar un plato caliente en la mesa. Y ahorraría algún dinero. Pero una chica no puede hacer amigos en esa compañía. O pones un cartel diciendo «Prohibida la entrada» o acabas por ser moneda de segunda mano. Pero supongo que me he hartado de estar sola. ¿Sabes lo que dicen las coristas en Broadway? «Es una colada muy solitaria la que no tiene una camisa de hombre en ella.»

Bond se echó a reír.

—Bien, ahora estás fuera de esa rutina —dijo mirándola burlón—. ¿Y Seraffino? Esas dos habitaciones en el Pullman y la cena con champán para dos...

Antes de que pudiera terminar, los ojos de Tiffany brillaron como ascuas, se levantó de la mesa y salió del bar.

Se maldijo a sí mismo. Dejó dinero en la mesa para pagar la cuenta y se apresuró a seguir a la muchacha. La alcanzó a medio camino de la cubierta de paseo.

—Escucha, Tiffany —empezó.

Ella se volvió de repente enfrentándose a él.

—¡Qué mezquino llegas a ser! —exclamó, y lágrimas de rabia brillaron en sus pestañas—. ¿Por qué tienes que estropearlo todo con un comentario tan abrasivo como ése? Oh, James. —Se volvió de espaldas, buscando un pañuelo en su bolso, para secarse los ojos—. No entiendes nada.

Bond la rodeó con un brazo y la estrechó contra sí.

—Cariño. —Sabía que sólo el gran paso del amor físico solucionaría aquellos malentendidos, pero con Tiffany todavía eran necesarios el tiempo y las palabras—. No era mi intención herirte. Sólo deseaba saber. La noche del tren fue una mala experiencia para mí, y la cena para dos me dolió mucho más que cuanto pasó después. Tenía que saberlo.

Ella lo miró recelosa.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella acercándose a su rostro—. ¿Quieres decir que entonces ya te gustaba?

—No seas tonta —dijo Bond con impaciencia—. ¿Es que no te enteras de nada?

Ella se retiró de su lado y miró a través de la ventana al infinito mar azul y a un

puñado de gaviotas que acompañaban al maravillosamente pródigo barco. Al cabo de un momento se volvió.

—¿Has leído *Alicia en el País de las Maravillas*?

—Hace años —respondió Bond sorprendido—. ¿Por qué?

—Hay una frase en la que pienso a menudo: «Oh, Ratón, ¿conoces el camino para salir de este mar de lágrimas? Estoy muy cansada de nadar, oh Ratón». ¿Lo recuerdas? Bien, pensaba que tú ibas a mostrarme la salida. En su lugar me has hundido más en el agua. Por eso me molesté. —Lo miró de reojo—. Supongo que no querías herirme.

Bond miró su boca en silencio y la besó con fuerza en los labios.

Ella no respondió al beso, pero cuando se apartó, sus ojos reían de nuevo. Lo agarró del brazo y tiró de él hacia las puertas abiertas que conducían al ascensor.

—Llévame abajo —dijo—. Necesito retocarme el maquillaje, y quiero pasar un buen rato adornando el negocio para ponerlo a la venta. —Se detuvo y puso su boca cerca del oído de Bond—. Por si te interesa, James Bond —le susurró—, nunca me he acostado con un hombre en mi vida. —Le estiró del brazo—. Vamos —dijo bruscamente—. De todas maneras ya va siendo hora de que te entretengas solito.

Bond la acompañó hasta su camarote y luego se fue al suyo, a tomar un baño con sales calientes seguido de una ducha fría. Después se echó en la cama y sonrió recordando algunas cosas que ella había dicho. Se la imaginó en la bañera, mirando el bosque de grifos y pensando en lo locos que estaban los ingleses.

Golpearon a la puerta; un botones entró con una pequeña bandeja y la dejó sobre la mesa.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Bond.

—Es de parte del *chef*, señor —dijo el botones, y se retiró cerrando la puerta del camarote.

Bond se deslizó fuera de la cama y fue a examinar el contenido de la bandeja. Se sonrió. Había una botella de un cuarto de Bollinger, un platillo con cuatro canapés de ternera y un pequeño cuenco con salsa. Al lado, una nota a lápiz decía: *Esta salsa bearnesa ha sido confeccionada por la señorita Tiffany Case sin mi ayuda*. Firmado: *El Chef*.

Bond se llenó el vaso de champán y untó una buena cantidad de salsa bearnesa en uno de los canapés de ternera, y se lo llevó a la boca masticándolo despacio. Entonces fue al teléfono.

—¿Tiffany?

Escuchó la risa en el otro extremo de la línea.

—Bueno, decididamente sabes hacer una salsa bearnesa deliciosa... —Colgó el auricular.

Capítulo 23

El trabajo no es lo primero

El momento más embriagador de un romance es cuando, por primera vez, en un lugar público, en un restaurante o un teatro, el hombre baja la mano y la pone sobre el muslo de la mujer y la mujer desliza su mano por encima de la suya y la aprieta con fuerza contra su piel. Los dos gestos dicen lo que las palabras no dicen. Todo está acordado, pactado y firmado. Y se produce un minuto de silencio en el cual la sangre circula a gran velocidad.

Eran las once en punto y sólo quedaba un puñado de gente en los rincones del Veranda Grill. El mar resplandecía iluminado por la luna, mientras el gran navio segaba los negros campos del Atlántico. A popa sólo un ligero rumor indicaba el lento latido de un océano dormido a las dos personas sentadas muy juntas bajo la lámpara rosada.

El camarero se les acercó con la cuenta y sus manos se separaron. Ahora tenían todo el tiempo del mundo y no necesitaban el consuelo de las palabras o del contacto. Ella rió feliz mientras el camarero retiraba la mesa. Luego, muy despacio, caminaron hacia la puerta.

Entraron en el ascensor por la cubierta de paseo.

—¿Y ahora qué, James? —preguntó Tiffany—. Me gustaría tomar más café, y un Stinger con crema de menta blanca, mientras escuchamos las subastas. He oído hablar tanto de ellas, quizá ganemos una fortuna.

—Muy bien —repuso Bond—. Lo que tú digas. —La cogió por el brazo, manteniéndolo pegado a su cuerpo mientras se movían a través del gran salón donde todavía estaban jugando al Bingo, y a través del salón de baile en que los músicos se dedicaban a ensayar—. Pero no me hagas comprar un número. Es pura suerte y el cinco por ciento se destina a la caridad. Casi tan malo como las apuestas en Las Vegas. Puede resultar divertido si el subastador es bueno; me han dicho que en este viaje hay mucho dinero a bordo.

La sala de fumadores estaba casi vacía, y escogieron una pequeña mesa alejada de la plataforma donde el jefe de los botones estaba disponiendo la parafernalia del subastador, la caja con los billetes numerados, el martillo, la jarra con agua...

—En teatro esto es lo que se llama «vestir una casa delgada» —dijo Tiffany mientras se sentaban entre el bosque de mesas y sillas vacías. Pero, después de que Bond pidiese las bebidas al camarero, las puertas contiguas al cine se abrieron y la sala de fumadores se llenó con unas cien personas.

El subastador, un jovial hombre de negocios de las Midlands con un clavel rojo en el ojal de la chaqueta de su esmoquin, golpeó la mesa pidiendo silencio y anunció que el capitán había estimado el curso del siguiente día entre 720 y 739 millas, que

cualquier distancia más corta de 720 era Campo Bajo, y cualquier distancia mayor, Campo Alto.

—Y ahora, damas y caballeros, veamos si podemos romper el récord de este viaje, que está en la impresionante cantidad de 2.400 libras.

Sonó un aplauso.

Un botones ofreció la caja que contenía los números doblados a la mujer que parecía ser la más rica de la sala y después pasó al subastador el trozo de papel que ella había sacado de la caja.

—Bien, damas y caballeros, aquí tenemos un número excepcionalmente bueno para empezar. El 738. Bien alto, y como veo muchos rostros nuevos esta noche —Risas—, creo que estaremos de acuerdo en que el mar se encuentra excepcionalmente tranquilo. Damas y caballeros, ¿con cuánto salimos por el 738? ¿Puedo decir 50 libras? ¿Alguien apostará 50 por este número de la suerte? ¿Ha dicho 20, señor? Bien, tenemos que empezar por alguna parte. ¿Alguien da más?... ¿25? Gracias, señora, y 30. Allí dan 40, botones. Y 45 de mi amigo el señor Rothblatt. Gracias, Charlie. ¿Alguien sube sobre las 45 libras por el número 738? 50. Gracias, señora, y volvemos a estar donde habíamos empezado. —Risas—. ¿Alguien da más sobre 50 libras, a la una, a las dos...? —Y el martillo levantado cayó con un golpe.

—Menos mal que es un buen subastador —dijo Bond—. Ese es un buen número, y barato si el tiempo sigue así y nadie se cae por la borda. El Campo Alto costará un paquete esta noche. Con este tiempo todo el mundo esperará que hagamos más de 739 millas.

—¿Qué significa un paquete? —preguntó Tiffany.

—Doscientas libras. Quizá más. Supongo que los números normales se venderán alrededor de las cien. Los primeros números siempre son más baratos que los otros. La gente todavía no ha entrado en calor. El único movimiento inteligente que es posible hacer en este juego es comprar el primer número. Cualquier otro puede ganar, pero el primero es el más barato.

Mientras Bond terminaba con sus explicaciones, el siguiente número fue adjudicado por 90 libras a una bonita y excitada joven que obviamente era financiada por su compañero, un hombre de cabello gris que parecía una caricatura del típico amante viejo y rico.

—Vamos. Cómprame un número, James —pidió Tiffany—. Desde luego, no sabes tratar a una mujer. Mira como ese hombre tan simpático trata a su chica.

—Pero si ha sobrepasado la edad de jubilación —exclamó Bond—. Debe de tener ya más de setenta. Hasta los cuarenta, las chicas no cuestan nada. Después tienes que empezar a pagar dinero, o a explicar historias. De los dos sistemas, el que hiere más es el de las historias. —Bond sonrió a los ojos de Tiffany—. Todavía no he llegado a los cuarenta.

—No seas presuntuoso —dijo ella mirándole los labios—. Dicen que los hombres mayores son los mejores amantes. De todas formas tú no eres tacaño por naturaleza. Apuesto a que es porque el juego está prohibido en los barcos del Imperio o algo parecido.

—Es legal fuera del límite de las tres millas —repuso Bond—. Pero a pesar de ello la Compañía se ha cuidado mucho de no verse envuelta. Escucha esto —Bond cogió una tarjeta naranja que había sobre la mesa—. Subasta Sweepstake sobre la distancia recorrida a diario por el barco—leyó—. Para evitar malentendidos, la Compañía considera necesario aclarar su posición con respecto a las susodichas subastas. No forma parte del deseo de la Compañía que el botones de la sala de fumadores o cualquier otro miembro del personal del barco tome parte activa en la organización de las subastas diarias. Bond levantó la vista—. Ya ves —dijo—. Y continúa: La Compañía sugiere que los pasajeros elijan un comité para formular y controlar los detalles... El botones de la sala de fumadores puede, si es necesario y sus obligaciones se lo permiten, darla asistencia que el comité requiera para subastar los números.

Bond hizo una breve pausa y comentó:

—Bastante oscuro. Es el comité el que se queda con el pastel si hay algún problema. Y escucha esto. Aquí es donde empiezan las complicaciones. —Y siguió leyendo—: La Compañía desea llamar la atención sobre las Regulaciones Financieras del Reino Unido, que afectan a la negociabilidad de los cheques en esterlinas y a las limitaciones en la importación de billetes en divisa esterlina en el Reino Unido.

Bond dejó la tarjeta sobre la mesa.

—Y sigue —dedicó una sonrisa a Tiffany Case—. Así que te compro un número y ganas dos mil libras. Eso supondrá una pila de dólares, libras y cheques. La única manera de gastar todas esas libras esterlinas, incluso suponiendo que los cheques sean buenos, lo cual es bastante dudoso, sería entrándolas de contrabando escondidas en el sujetador. Y así volveríamos a meternos en la misma historia, pero esta vez conmigo en el lado de los malos.

Ella no se había dejado impresionar.

—Había un tipo en las bandas llamado Abadaba —dijo—. Era un empollón que se sabía todas las respuestas. Calculaba las probabilidades de las carreras, fijaba los porcentajes, hacia todo el trabajo de cabeza. Le llamaban «el Mago de Odds»^[21]. Se lo cargaron por equivocación en la matanza de Dutch Schultz. —Se interrumpió de pronto, y luego añadió—: Supongo que tú eres otro Abadaba, por la manera en que te convences a ti mismo para no tener que gastarte un poco de dinero en una chica. —Se encogió de hombros, resignada—. Bien, ¿podrás invitar a tu chica a otro Stinger?

Bond llamó al camarero. Cuando éste se hubo retirado, la joven se inclinó hacia delante de manera que su cabello acariciaba suavemente la oreja de Bond y le dijo en

voz baja:

—La verdad es que no lo quiero. Tómalo tú. Esta noche deseo estar tan sobria como un domingo antes de ir a la iglesia.— Se sentó con la espalda bien recta—. Y ahora, ¿qué está pasando por aquí? —preguntó con impaciencia—. Quiero ver un poco de acción.

—Ahí la tienes —dijo Bond.

El subastador levantó la voz y la sala quedó en silencio.

—Y ahora, damas y caballeros —dijo con vehemencia—, hemos llegado a la pregunta ganadora. ¿Quién va a apostar 100 libras por la elección de Campo Alto o Campo Bajo?

—¡Gracias, señor! Y 110. 120 y 130. Gracias, señora.

—Ciento cincuenta —dijo una voz de hombre cercana a su mesa.

—Ciento sesenta. —Esa vez era una mujer.

Monótona, la voz del hombre llegó a las 170.

—Ciento ochenta —pujó alguien.

—Doscientas libras.

Algo hizo que Bond se volviera a mirar a la persona que había hablado. Era un hombre corpulento. Su rostro tenía la encerada y pastosa textura de un caramelo de menta blanca chupeteado. Unos pequeños ojos oscuros miraban al subastador a través de las gafas bifocales. Todo el cuello del hombre parecía concentrarse en la parte posterior de su cabeza. El sudor impregnaba las rizadas y negras algas de su cabello; en ese momento se quitó los lentes y se limpió el sudor con una servilleta, haciendo un movimiento circular que comenzaba en la parte izquierda de su rostro y giraba alrededor del cuello, donde su mano derecha tomaba el relevo y completaba el circuito hasta llegar a la goteante nariz.

—Doscientas diez —ofreció alguien.

La gran barbilla del hombre tembló y, abriendo su apretada boca, dijo:

—Doscientas veinte. —Su acento era marcadamente estadounidense.

¿Qué era lo que había despertado el recuerdo en la memoria de Bond? Observó el grueso rostro, recorriendo con los ojos de su mente el fichero de su cerebro, abriendo cajón tras cajón, buscando una pista. ¿El rostro? ¿La voz? ¿Inglaterra? ¿Norteamérica?

Bond se dio por vencido y concentró su atención en el otro hombre que estaba en la misma mesa. De nuevo, idéntico sentimiento de reconocimiento urgente. Los rasgos juveniles, curiosamente delicados por debajo del cabello blanco engominado hacia atrás. Los blandos ojos marrones bajo las largas pestañas. El efecto general de belleza estropeado por la nariz carnosa sobre la ancha boca de labios delgados, ahora entreabierto en una sonrisa vacía, como la ranura de un buzón.

—Doscientas cincuenta —dijo el hombre gordo mecánicamente.

Bond se volvió hacia Tiffany.

—¿Has visto alguna vez a esos dos? —Ella se dio cuenta de la línea que la preocupación fruncía en su entrecejo.

—No —respondió con resolución—. Nunca. A mí me parecen de Brooklyn. Una pareja de cortadores de trajes del Garment District. ¿Por qué? ¿Significan algo para ti?

Bond les echó otra ojeada.

—No —dijo dubitativo—. No, no lo creo.

Se produjo una explosión de aplausos en la sala y el subastador saltó y bailó en su mesa.

—Damas y caballeros —anunció triunfal—, esto es realmente maravilloso. Trescientas libras apostadas por la encantadora señorita del precioso vestido de noche rosa. —Las cabezas se giraron y Bond pudo leer en los labios que la gente preguntaba «¿Quién es?»—. Y ahora, señor —dijo volviéndose hacia la mesa del hombre gordo—, ¿puedo decir 325 libras?

—Trescientas cincuenta —le corrigió el hombre gordo.

—Cuatrocientas —chilló la mujer de rosa.

—Quinientas. —La voz era neutra, indiferente.

La chica de rosa cuchicheó irritada con su acompañante. El hombre pareció repentinamente aburrido. Miró al subastador y negó con la cabeza.

—¿Alguien da más de 500? —preguntó el subastador, sabiendo que había exprimido a la sala todo lo que se podía—. A la una. A las dos... —¡Bang!—. Vendido al caballero de allí, que verdaderamente se merece un aplauso. —Batió las manos y la multitud, obediente, le siguió a pesar de que hubiesen preferido que ganara la chica de rosa.

El hombre gordo se levantó unos pocos centímetros de la silla y se sentó de nuevo. En su rostro cerúleo no había señal de reconocimiento y mantuvo la mirada fija en los ojos del subastador.

—Y ahora debemos cubrir la formalidad de preguntar a este caballero qué Campo prefiere. —Risas—. Señor, ¿prefiere Campo Alto o Campo Bajo? —La voz del subastador era irónica. La pregunta, una pérdida de tiempo.

—Campo Bajo.

Por un momento, la abarrotada sala guardó el más absoluto silencio, seguido de inmediato por un murmullo de comentarios. No había duda. Era obvio que el hombre iba a escoger Campo Alto. El tiempo era perfecto. El *Queen* debía de estar haciendo al menos treinta nudos. ¿Sabía algo? ¿Había comprado a alguien del puente? ¿Se acercaba una tormenta? ¿Había algún problema en las máquinas?

El subastador pidió silencio.

—Perdóneme, señor, ¿ha dicho Campo Bajo?

—Sí.

De nuevo, el subastador solicitó silencio.

—En este caso, señoras y señores, procederemos a la subasta del Campo Alto. Señorita —se volvió haciendo una reverencia hacia la chica de rosa—, ¿le importaría abrir las apuestas?

Bond miró a Tiffany.

—Este ha sido un negocio extraño —dijo—. Extraordinaria elección. El mar está liso como el cristal. —Se encogió de hombros—, La única respuesta es que éstos saben algo. —El asunto no tenía importancia—. Alguien les dijo algo. —Se volvió y miró con disimulo a los dos hombres y luego dejó que su vista pasara por encima de ellos—. Parecen estar bastante interesados en nosotros.

Tiffany miró por encima del hombro de Bond.

—Ahora no nos miran —dijo—. Imagino que son sólo un par de chiflados. El tipo del cabello blanco parece estúpido y el gordo está chupándose el pulgar. Son un poco raros. Dudo que sepan qué han comprado. Simplemente, se les han cruzado los cables.

—¿Chupándose el pulgar? —preguntó Bond. Se pasó la mano por el cabello con gesto distraído; un recuerdo vago le asaltaba.

Quizá si ella le hubiese dejado seguir la línea de sus pensamientos, se habría acordado. Pero Tiffany le puso la mano sobre la suya y se inclinó hacia él, rozándole el rostro con el cabello.

—Olvídalo, James. No pienses tanto en esos hombres estúpidos. —Sus ojos lo miraron con ardiente anhelo—. Estoy harta de este lugar. Llévame a otra parte.

Sin decir nada más, se levantaron y dejaron la mesa, saliendo del ruido de la sala. Mientras bajaban por la escalera hacia la cubierta posterior, el brazo de Bond estrechó la cintura de la joven, la cual, a su vez, inclinó la cabeza sobre el hombro masculino.

Llegaron delante del camarote de Tiffany, pero ella lo empujó a lo largo del corredor.

—Quiero que pase en tu casa, James —dijo.

Bond no comentó nada hasta que hubo cerrado la puerta de su camarote con el pie detrás de ellos y se encontraron estrechamente abrazados en el centro de la maravillosamente privada, maravillosamente anónima pequeña habitación. Y entonces, él dijo, en voz baja:

—Cariño mío. —Puso una mano sobre su cabeza de manera que la boca de ella estuviera donde él quería.

Unos segundos después, su otra mano se movió hacia la cremallera en la espalda del vestido. Sin separarse de Bond, ella se liberó de la ropa con un movimiento de su cuerpo.

—Lo quiero todo, James —dijo jadeando entre sus besos—. Todo lo que le hayas

hecho a una chica. Ahora. Rápido.

Bond se inclinó, y rodeando con un brazo la cintura de Tiffany, la levantó en brazos y, con suma dulzura, la depositó en el suelo.

Capítulo 24

La muerte es tan permanente...

Lo último que Bond recordaba antes de que sonara el teléfono era a Tiffany, inclinada sobre él, diciéndole entre besos:

—No deberías dormir sobre el lado izquierdo, mi tesoro. Es malo para el corazón. Puede dejar de latir. Date la vuelta.

Y él, obediente, se cambió de lado, y se quedó dormido otra vez, mientras la puerta se cerraba, con el sonido de la voz de Tiffany, el suspiro del Atlántico y el suave vaivén del barco meciéndolo en sus brazos.

De nuevo sonó el impaciente timbre en el camarote oscuro, y siguió sonando hasta que Bond, maldiciéndolo, descolgó el auricular.

—Siento molestarlo, señor —dijo una voz—. Le habla el telegrafista. Acaba de llegar un mensaje cifrado para usted y lleva un prefijo *en clair* de «Extrema Urgencia». ¿Se lo leo o se lo mando al camarote?

—Mándemelo al camarote, por favor —dijo Bond—. Y gracias.

¿Y ahora qué demonios ocurrirá? Toda la belleza y la excitación del amor apasionado habían desaparecido. Bond encendió las luces, se deslizó fuera de la cama y, sacudiendo la cabeza para aclarársela, se metió en la ducha.

Durante un minuto completo dejó que el agua lo golpeará; se secó, cogió del suelo los pantalones y la camisa y se los puso.

Llamaron a la puerta. Bond recogió el cable y se sentó tras el escritorio; encendió un cigarrillo y se dispuso a trabajar. A medida que los grupos se disolvían en palabras, sus ojos se estrechaban y su piel lentamente se tensaba en su cuerpo.

El cable era del jefe de personal. Decía:

PRIMER REGISTRO CLANDESTINO DE OFICINA SAYE REVELÓ CABLE PROVENIENTE DEL Q.E. DIRIGIDO ABC FIRMADO POR WINTER AVISANDO DE SU PRESENCIA Y LA DE CASE A BORDO PIDIENDO INSTRUCCIONES -stop- RESPUESTA DIRIGIDA WINTER FIRMADA ABC ORDENA ELIMINACIÓN DE CASE -coma- PRECIO VEINTE MIL DÓLARES -stop- SEGUNDO CONSIDERAMOS A RUFUS B SAYE ABC LO CUAL ES EQUIVALENTE EN PARTE A SUS INICIALES EN FRANCÉS -stop- TERCERO POSIBLEMENTE ALERTADO POR SIGNOS REGISTRO SAYE VOLÓ PARÍS AYER Y AHORA INFORMA INTERPOL ESTÁ EN DAKAR -stop- ESTO CONFIRMA NUESTRA SOSPECHA QUE ORIGEN DIAMANTES ES MINAS SIERRA LEONA ENTONCES SACADOS CONTRABANDO POR FRONTERA A GUINEA FRANCESA -stop- SOSPECHAMOS FUERTEMENTE DE MIEMBRO DE CLÍNICA DENTAL SIERRA INTERNACIONAL QUE ESTÁ SIENDO VIGILADO -stop- CUARTO RAF CANBERRA LE ESPERA EN BOSCOMBE PARA VUELO INMEDIATO MAÑANA NOCHE A SIERRA LEONA FIRMADO COS.

Bond permaneció por un momento congelado en su silla. De repente destelló en su mente el verso más siniestro de toda la poesía escrita: «Ellos se engañan, los que

me dejan fuera. Cuando vuelan de mí, Yo soy las alas».

Así que alguien de la Pandilla estaba a bordo, viajando con ellos. ¿Quién? ¿Dónde?

Sus manos se aferraron al teléfono.

—La señorita Case, por favor.

Podía oír el timbre del teléfono al lado de la cama de Tiffany dando el primer aviso. El segundo timbrazo. El tercero. Sólo uno más. Estampó el auricular de nuevo en el aparato y salió corriendo de la habitación y a lo largo del pasillo hasta el camarote de la joven. Nada. Vacío. La cama sin deshacer. Las luces encendidas. Su bolso estaba en la alfombra con su contenido esparcido alrededor. Ella había entrado en la habitación. El hombre se escondía detrás de la puerta. Quizá la había golpeado con una porra. Y luego, ¿qué?

Los ojos de buey estaban cerrados. Miró en el baño. Nada.

Bond permaneció de pie en el centro del camarote, el cerebro frío como hielo. ¿Qué habría hecho él, Bond? Interrogarla antes de matarla. Descubrir qué sabía, qué había contado, quién era aquel hombre, Bond. La hubiese llevado a su camarote donde podría seguir con su trabajo sin ser molestado. Si se cruzaba con alguien mientras cargaba con ella, sólo haría falta un guiño y un movimiento de cabeza. «Demasiado champán, un poco más de la cuenta. No gracias, ya me las arreglo.» Pero ¿en qué camarote? ¿Cuánto tiempo le quedaba?

Bond miró su reloj mientras corría por el silencioso pasillo. Las tres en punto. Ella tenía que haberle dejado en algún momento después de las dos. ¿Debía llamar al puente? ¿Dar la alarma? Una terrible imagen de explicaciones, sospechas, retrasos. «Mi querido señor. Parece imposible.» Intentos de calmarlo. «Por supuesto, señor. Haremos todo lo que podamos.» Los educados ojos del sargento que estaría pensando en términos de embriaguez y peleas de enamorados, incluso de alguien tratando de retrasar el barco para ganar el Campo Bajo en la subasta.

¡El Campo Bajo! ¡Hombre al agua! ¡El barco retrasado!

Bond abrió de un golpe la puerta de su camarote y se lanzó en busca de la lista de pasajeros. Por supuesto. Winter. Ahí estaba. A 49. La cubierta por debajo de la suya. Y entonces, de repente, la mente de Bond estableció las conexiones. Winter. Wint y Kidd. Los dos torpedos. Los encapuchados. De vuelta a la lista de pasajeros. Kitteridge. En la A 49 también. El hombre del cabello blanco y el gordo en el avión BOAC desde Londres. *Mi grupo sanguíneo es F.* La escolta secreta de Tiffany. Y la descripción de Leiter. «Le llaman "Windy" porque odia viajar.» «Un día esa verruga en el pulgar lo descubrirá.» La verruga roja en la primera articulación, sosteniendo el percutor de la pistola que apuntaba a Tingaling Bell. Y Tiffany diciendo: «Son dos tipos raros. El gordo no deja de chuparse el pulgar». Los dos hombres en el salón de fumadores, sacando partido a una muerte que ya había sido organizada. La mujer

lanzada por la borda. La alarma dada de forma anónima si el vigilante no la hubiera visto. El barco parado, dando la vuelta, buscando. Y tres mil libras extra para los asesinos.

Wint y Kidd. Los «torpedos» de Detroit.

Todo el carrete de imágenes mezcladas pasó por la mente de Bond en un relámpago de revelación, pero incluso mientras las estaba analizando, Bond abrió su pequeño maletín y sacaba el silenciador del compartimento secreto. Automáticamente, mientras sacaba la Beretta de entre sus camisas, escondida en el fondo del cajón, comprobaba el cargador y enroscaba el silenciador a la boca del cañón, sopesaba las probabilidades y planeaba cuáles serían sus movimientos.

Buscó el plano del barco que le habían entregado con el billete. Lo desplegó mientras se ponía los calcetines. A 49. Directamente debajo de su camarote. ¿Habría alguna posibilidad de volar el cerrojo de la puerta y cargarse a los dos tipos antes de que ellos pudieran reaccionar? Prácticamente ninguna. Y seguro que además de cerrar la puerta con llave la habían apuntalado. ¿O quizá pedir ayuda a algunos miembros del personal, si era capaz de persuadirlos de que Tiffany estaba en peligro? Durante todo el formalismo de los «Perdónenme, señores», tendrían tiempo de librarse de ella por el ojo de buey y ponerse a leer inocentemente o a jugar a las cartas y luego representar el «¿Qué es todo este jaleo?».

Bond se embutió el arma entre el cinturón y abrió de par en par uno de los ojos de buey. Pasó primero los hombros a través de él, aliviado de que todavía quedaran unos centímetros de espacio, y se inclinó hacia abajo. Dos círculos de luz, directamente bajo él. ¿A qué distancia? A unos dos metros. La noche seguía en perfecta calma. No había viento, y él se encontraba en la parte oscura del barco. ¿Lo descubrirían desde el puente? ¿Estaría abierto alguno de los ojos de buey?

Bond se metió de nuevo en su camarote y quitó las sábanas de su cama. El Nudo de Sangre. Sería el más seguro. Pero tendría que desgarrarlas en dos trozos para cubrir la distancia necesaria. Si ganaba, necesitaría las sábanas de A 49 y dejar que luego el botones se preocupara por su desaparición. Si perdía, nada tendría importancia.

Bond puso toda su fuerza en hacer la «soga». Aguantaría. Mientras ataba uno de los extremos a las bisagras del ojo de buey, echó una ojeada a su reloj. Sólo había perdido doce minutos desde que había leído el cable. ¿Demasiado tiempo? Lanzó la soga por el lado del barco y saltó hacia el exterior con la cabeza por delante.

«No pienses. No mires hacia abajo. No mires hacia arriba. No te preocupes por los nudos. Poco a poco, con firmeza, mano sobre mano.»

El viento de la noche lo empujaba suavemente, balanceándolo contra los ribetes de hierro negros, desde abajo subía el profundo sonido del mar golpeando contra el casco del barco.

¿Resistirá la dividida y querida sábana? ¿Lo vencería el vértigo? ¿Aguantarían sus brazos el peso? Mejor no pensar en eso. Ni tampoco en el enorme navio, el mar hambriento, las enormes hélices cuádruples esperando a cortar su cuerpo. «Eres un chiquillo bajando de un árbol. Es tan fácil y seguro, el huerto está cubierto de hierba para amortiguar tu caída.»

Bond cerró su mente y se miró las manos, sintiendo la aspereza del dolor en los nudillos. Sus pies, tan sensitivos como antenas, tanteaban buscando el primer contacto con el ojo de buey que había más abajo.

Allí. Los dedos del pie derecho habían rozado el marco. Tenía que pararse, debía tener paciencia y dejar que su pie explorara mejor. El ojo de buey abierto de par en par, sostenido por un gran pestillo de latón; el contacto del tejido contra su calcetín (las cortinas estaban echadas). Ahora podía proseguir. Ya casi había terminado.

Dos brazadas más y su rostro se halló al nivel del orificio. Ahora tenía que agarrarse con una mano al marco de metal y quitar un poco de peso de la soga, dejando que un brazo descansara, y luego el otro, repartiendo el esfuerzo de los músculos y preparándose para tomar impulso y saltar hacia dentro con el arma en la mano.

Escuchó con atención, mientras contemplaba el círculo de las cortinas moviéndose lentamente, tratando de olvidar que estaba colgado como una mosca del costado del *Queen Elizabeth*, intentando no escuchar el mar. Necesitaba controlar su propia respiración y el martilleo de su corazón.

Se escuchó un murmullo en la habitación. Unas pocas palabras dichas por una voz masculina. Y la voz de Tiffany gritando «¡No!».

Hubo un momento de silencio y luego un golpe, tan seco como el disparo de una pistola, que levantó el cuerpo de Bond y lo impulsó a través del ojo de buey como si hubiese sido arrastrado hacia adentro por una soga.

Mientras se hundía limpiamente a través del círculo de noventa centímetros y se preguntaba sobre qué aterrizaría, alzó su brazo derecho para protegerse la cabeza, y con el izquierdo alcanzó rápidamente su pistola.

Aunque chocó contra una maleta debajo de la claraboya, en una desequilibrada voltereta que lo llevó hasta el centro de la habitación, de inmediato estaba sobre sus pies, agachado y moviéndose lentamente hacia atrás, los nudillos blancos por la presión de su mano ejercida sobre la pistola y una fina línea blanca alrededor de sus crispados labios.

La mirada de los helados ojos grises saltaba a través de los entrecerrados párpados de un lado al otro de la habitación. La pesada pistola negra permanecía apuntando al centro exacto entre los dos hombres.

—Muy bien —dijo Bond, irguiéndose con lentitud en toda su estatura.

Era una declaración de posiciones. Él tenía el control y el cañón de su pistola

había dicho que debía tenerlo.

—¿Quién te ha llamado? —preguntó el gordo—. Tú no estás en el programa. — En su voz se adivinaba una ligera reserva. No era pánico. Ni tan sólo sorpresa—. ¿Vienes a ocupar el cuarto puesto en nuestro juego de cartas?

Estaba sentado, en mangas de camisa, de lado al escritorio, los pequeños ojos reluciendo en el húmedo rostro. Delante de él y de espaldas a Bond se encontraba Tiffany Case, desnuda excepto por las bragas de color carne, sobre un taburete acolchado, con sus rodillas atrapadas entre las grandes pantorrillas del hombre. Su bello rostro, cruzado por unas marcas rojas, se había vuelto hacia Bond, la mirada salvaje, como la de un animal acorralado, y la boca completamente abierta por la incredulidad.

El hombre del cabello blanco, que había permanecido tumbado en una de las camas, relajado, se incorporó sobre un codo, con la otra mano metida en la camisa, a medio camino de la pistolera negra que tenía bajo la axila, mirando a Bond con curiosidad, la cuadrada boca entreabierta en una sonrisa de buzón. Del centro de su sonrisa salía un palillo sostenido entre los apretados dientes, como la lengua de una serpiente.

La pistola de Bond cubría el espacio neutral entre los dos hombres. Cuando habló, su voz fue grave y tensa.

—Tiffany —dijo lenta y claramente—, ponte de rodillas. Apártate de ese hombre. Mantén la cabeza gacha. Colócate en el centro de la habitación.

Bond no la miró porque sus ojos siguieron moviéndose del hombre de la silla al hombre de la cama.

Ahora Tiffany se encontraba alejada de los dos blancos.

—Estoy en el centro, James —dijo con voz excitada y esperanzada.

—Levántate y ve derecha al baño. Cierra la puerta. Métete en la bañera y túmbate.

Sus ojos se deslizaron hacia la muchacha para ver si le obedecía. Ella se había levantado y estaba de pie frente a Bond, cuyos ojos registraron la roja marca de la mano en la blanca piel del cuerpo de la muchacha. Entonces ella le obedeció y se oyó el clic de la puerta del baño al cerrarse.

Ahora estaba a salvo de las balas y no presenciaba lo que tenía que pasar.

Entre los dos hombres había un espacio de unos cinco metros.

Bond pensó que si fuesen rápidos en desenfundar lo tendrían acorralado. Con tipos como aquéllos, incluso en las milésimas de segundo que tardaría en matar a uno de ellos, el otro habría sacado su arma y disparado. Mientras su propia pistola estuviese silenciosa, la amenaza sería infinita. Pero, con la primera bala sobre uno de ellos, la amenaza desaparecería para el otro hombre.

—Cuarenta y ocho, sesenta y cinco, ochenta y seis.

La variación en la señal del fútbol americano, una de las cincuenta combinaciones que debían de haber practicado juntos un millar de veces, escupida de la boca del gordo, quien de manera simultánea se lanzó al suelo mientras su mano iba a su cinturón.

En un torbellino de movimiento, el hombre en la cama balanceó las piernas y se tiró hacia un lado quedando protegido por la cama y ofreciendo así sólo una estrecha franja de su cabeza a Bond como blanco. La mano de su pecho relampagueó.

«Zud.»

La pistola de Bond dio un único gruñido ahogado. Un agujero azul se abrió por debajo del cabello blanco, justo en el centro.

«Boom», respondió la pistola del hombre muerto, disparada por el último movimiento espasmódico de su dedo, y la bala se enterró en el colchón, debajo del cadáver.

Desde el suelo, el hombre gordo lanzó un grito. Estaba mirando de frente a un único ojo negro y vacío al que el gordo no le importaba en lo mas mínimo; pero él estaba interesado en qué centímetro cuadrado de su envoltorio se abriría el primer agujero.

La pistola del gordo sólo consiguió levantarse hasta la altura de las rodillas de Bond, apuntando fútilmente al espacio vacío que había entre las bien apuntaladas piernas de aquél.

—Suéltala.

Se produjo un pequeño ruido al caer la pistola sobre la alfombra.

—Levántate.

El hombre gordo se levantó tambaleándose y permaneció de pie mirando a los ojos de Bond, de la misma manera que un tuberculoso mira su pañuelo, con expectación aterrada.

—Siéntate.

¿Hubo una llamarada de alivio en los ojos rendidos? Bond permaneció tenso como un animal de presa.

El hombre gordo giró con lentitud sobre sus talones, levantando las manos sobre la cabeza, a pesar de que Bond no se lo había ordenado. Dio dos pasos hacia atrás en dirección a la silla, ladeándose poco a poco como si fuera a tomar asiento.

Permaneció de cara a Bond y, con naturalidad, dejó caer las manos a los costados. Las dos manos, relajadas, se balancearon hacia atrás y hacia delante, la derecha más que la izquierda. Y de repente, aprovechando el impulso del último balanceo, el brazo derecho dibujó un arco rápido y lanzó desde las puntas de los dedos un cuchillo como una llama blanca.

«Zud.»

Silenciosos, la bala y el puñal se cruzaron en el aire, y los ojos de los dos

hombres, al alcanzar ambos el blanco, parpadearon simultáneamente.

Pero el parpadeo de los ojos del hombre gordo terminó con los ojos en blanco mientras caía de espaldas, agarrándose el corazón; sin embargo, los ojos de Bond sólo miraban con curiosidad la mancha de sangre que se extendía por su camisa y al mango plano del cuchillo que aparecía entre sus pliegues.

La silla se desplomó con un chasquido bajo el peso del hombre gordo.

Bond lo miró una vez más y luego se dirigió hacia el ojo de buey abierto.

Durante un rato permaneció de espaldas a la habitación, mirando fijamente el suave ondear de las cortinas. Tragó el aire a bocanadas y escuchó los bellos sonidos del mar, del mundo exterior que todavía les pertenecía, a él y a Tiffany, pero ya no a los otros dos. Muy lentamente su cuerpo y sus tensos nervios se relajaron.

Tras unos momentos se arrancó el cuchillo. No lo miró, describió la cortina y lo lanzó a lo lejos, en la oscuridad. Después, con los ojos todavía fijos en la tranquila noche, puso el seguro a su Beretta y con una mano, que de repente le pareció más pesada que el plomo, deslizó la pistola de nuevo en el cinturón de sus pantalones.

Con desgana se volvió y se enfrentó al desorden del camarote. Recorrió la habitación con la mirada, pensativo, y, de forma inconsciente, se limpió las manos en los costados. Despacio, se dirigió al baño.

—Soy yo, Tiffany —dijo en un tono de voz lleno de cansancio, y abrió la puerta.

Ella no había oído su voz. Estaba estirada en la bañera vacía con la cara hacia abajo, cubriéndose los oídos con las manos. Bond la levantó y la estrechó entre sus brazos, pero incluso entonces ella no podía creerlo y se agarraba con fuerza a él, explorando su rostro y su pecho con las manos para asegurarse de que era verdad. Cuando tocó la costilla rota, Bond se estremeció; ella se apartó para mirarle al rostro y luego a la sangre que tenía entre los dedos y a la camisa escarlata.

—¡Oh, Dios, estás herido! —exclamó.

Olvidándose de sus pesadillas, le quitó la camisa y le lavó la herida en el costado con agua y jabón; después se la vendó con tiras de toalla cortadas con la navaja de afeitar de uno de los hombres muertos.

Todavía no había hecho ninguna pregunta cuando Bond le recogió las ropas del suelo y se las dio, diciéndole que no saliera del baño hasta que él hubiese terminado y que borraría las huellas dactilares de todo lo que hubiese tocado.

Ella permaneció de pie, mirándole con ojos brillantes. Y cuando Bond la besó en los labios también permaneció callada.

Bond le dedicó una sonrisa de ánimo y salió, cerrando luego la puerta. Entonces se dispuso a terminar el trabajo. Todo lo hacía con gran deliberación, parándose antes de cada movimiento a examinar el efecto que haría en los ojos y las mentes de los detectives que subirían a bordo en Southampton.

Primero ató un cenicero a su camisa manchada de sangre, para darle peso, se

acercó al ojo de buey y la lanzó tan lejos como pudo. Los esmoquines de los dos hombres estaban colgados detrás de la puerta. Cogió los pañuelos de los bolsillos delanteros y se los enrolló en las manos, registrando luego todos los cajones hasta que encontró las camisas del hombre del cabello blanco. Se puso una y permaneció por un momento de pie en el centro de la habitación, pensando. Entonces apretó los dientes y arrastró al hombre gordo hasta sentarlo; le quitó la camisa y se dirigió con ella hacia el ojo de buey, sacó su Beretta, la sostuvo contra el pequeño orificio sobre el corazón de la camisa y disparó otra bala a través del agujero existente. Ahora el agujero tenía una quemadura de pólvora a su alrededor, para que pareciese un suicidio. Vistió al cadáver de nuevo con la misma camisa, limpió la Beretta con extremo cuidado, oprimió los dedos de la mano derecha del hombre muerto alrededor de la culata, y finalmente le encajó la pistola en la mano con el índice en el gatillo.

Tras otra pausa en el centro de la habitación, descolgó el esmoquin de Kidd y vistió su cadáver en él. Entonces lo arrastró por el suelo hasta el ojo de buey y, sudando por el esfuerzo, lo levantó y lo hizo pasar a través del agujero.

Limpió la portilla de huellas y se paró de nuevo, para recuperar el aliento y escrutar el pequeño escenario. Entonces anduvo hasta la pequeña mesa de cartas que permanecía, con la basura del juego interrumpido, apoyada contra la pared, y la volcó sobre el suelo de manera que las cartas quedaran esparcidas sobre la alfombra. Luego volvió de nuevo al cuerpo del gordo, extrajo el fajo de billetes del bolsillo trasero de su pantalón y los esparció entre las cartas.

La escena parecía lo bastante convincente. Quedaría por resolver el misterio de la bala disparada contra la cama por el moribundo Kidd, pero podía formar parte de la pelea. La Beretta había disparado tres tiros, y en el suelo había tres cartuchos. Dos de las balas podían haber ido a parar al cuerpo de Kidd, que estaría ahora en algún lugar del Atlántico. También quedaría por explicar la desaparición de las dos sábanas que tendría que llevarse de una de las camas. Quizá Wint había envuelto el cuerpo de Kidd en ellas, a modo de sudario, antes de empujarlo a través del ojo de buey. Eso encajaría con el arrepentimiento y suicidio de Wint tras una disputa a balazos sobre la partida de cartas.

En el peor de los casos, reflexionó Bond, aguantaría hasta que la policía subiera en el puerto; para entonces, él y Tiffany estarían fuera del barco y la única señal de ellos sería su Beretta que, como todas las armas pertenecientes al Servicio Secreto, no llevaba número de serie.

Bond suspiró y se encogió de hombros. Ahora sólo quedaba coger las sábanas y llevar a Tiffany de vuelta a su camarote sin ser vistos, cortar la soga de tela que colgaba de su ojo de buey y lanzarla al mar con el resto de los cargadores de la Beretta y la pistolera vacía. Y luego, al fin, toda una vida de ensueño con el querido cuerpo que se acoplaba tan bien contra el suyo, y con los brazos rodeándola para

siempre.

¿Para siempre?

Mientras cruzaba el camarote hacia el baño con paso lento, Bond se cruzó con los ojos en blanco del cuerpo en el suelo.

Y los ojos del hombre cuyo grupo sanguíneo había sido el F hablaron a Bond y dijeron:

—Señor, nada es para siempre. Sólo la muerte es permanente. Nada es eterno, excepto lo que usted me ha hecho a mí.

Capítulo 25

Se cierra la red

Ya no vivía ningún escorpión en las raíces del gran zarzal que crecía en el punto en que se cruzaban los tres estados africanos. El contrabandista de las minas nada tenía en qué ocupar su mente, excepto en la interminable columna de hormigas que fluía entre los muros bajos que los soldados habían construido a los dos lados de aquella autopista de ocho centímetros.

Hacía un calor pegajoso y el hombre que se ocultaba en el gran zarzal estaba impaciente e incómodo. Era la última vez que se presentaría a la cita. La decisión era definitiva. Tendrían que buscarse a otro. Por supuesto que sería justo con ellos. Les avisaría de que lo dejaba y les explicaría el motivo: el nuevo asistente dental que se había unido a su personal, y que parecía no saber lo suficiente de odontología, era, con toda seguridad, un espía —los ojos cuidadosos, el pequeño bigote pelirrojo, la pipa, las uñas limpias—. ¿Habían cogido a alguno de los chicos? ¿Alguno de ellos había delatado a uno de sus cómplices?

El contrabandista cambió de posición. ¿Dónde demonios estaba el avión? Cogió un puñado de polvo y lo echó en el centro de la columna de hormigas. Éstas titubearon y se desperdigaron por encima de los muros de su carretera mientras la apresurada retaguardia chocaba contra ellas. Entonces, los soldados empezaron a moverse frenéticamente retirando la arena y en unos pocos minutos la autopista estaba abierta de nuevo.

El hombre se quitó el zapato y golpeó con él un tramo de la columna en movimiento. Se produjo otro breve momento de confusión. Entonces las hormigas se lanzaron sobre los cuerpos muertos y los devoraron. La carretera estaba abierta de nuevo, y el río negro seguía fluyendo.

El hombre juró en afrikaans poniéndose el zapato. Negros hijos de puta. Él les enseñaría. Se agachó, y apoyando un brazo sobre el zarzal, pisoteó la columna de hormigas siguiéndola hasta quedar expuesto a la luz de la luna. Esto les daría algo en qué pensar.

En seguida se olvidó del odio que tenía a todo lo que era negro y levantó la cabeza hacia el norte. ¡Menos mal! Se movió alrededor del zarzal para recoger las antorchas y el paquete de diamantes de la caja de herramientas.

A dos kilómetros de distancia, entre los matorrales, la gran oreja de hierro del detector de sonidos había dejado de buscar, y el operador, que había estado comunicando el grado al grupo de tres hombres apostados detrás del camión militar, dijo:

—Cincuenta kilómetros. Velocidad ciento noventa. Altura, dos mil setecientos.

Bond echo una ojeada a su reloj.

—Parece ser que la cita es a medianoche en los días de luna llena —dijo—. Llegará unos diez minutos tarde.

—Eso parece, señor —acordó el oficial de la Freetown Garrison Force que estaba de pie a su lado. El oficial se volvió hacia el tercer hombre:

—Cabo. Asegúrese de que no se ve nada de metal a través de la red de camuflaje. Esta luna se refleja sobre cualquier cosa.

El camión estaba al cubierto de los matorrales en una sucia pista que cruzaba la llanura en dirección al pueblo de Telebadou, en la Guinea Francesa. Esa noche empezaron en las colinas, tan pronto como el detector localizó el sonido de la motocicleta del dentista en la pista paralela. Condujeron sin luces, y se pararon tan pronto como la motocicleta se detuvo, para evitar ser descubiertos por el ruido de su motor. Pusieron redes de camuflaje sobre el camión, el detector y el bulto de los Bofors que estaban montados a su lado. Después esperaron sin saber qué acudiría a la cita del dentista. ¿Otra motocicleta, un jinete a caballo, un jeep, un aeroplano...?

Oyeron el zumbido lejano en el cielo. Bond soltó una risa corta.

—Helicóptero —dijo—. Nada produce tanto escándalo. Prepárense para quitar la red en cuanto aterrice. Quizá tengamos que enviarle un disparo de aviso. ¿Está conectado el altavoz?

—Sí, señor —dijo el cabo en el detector—. Se acerca muy deprisa. Estará aquí en un minuto. ¿Ve esas luces que acaban de encenderse, señor? Deben de ser la pista de aterrizaje.

Bond echó un vistazo a los cuatro haces delgados de luz, y luego miró de nuevo hacia arriba, al gran cielo africano.

Así que ahí llegaba el último de ellos, el último de la banda, y al mismo tiempo el primero. El hombre al que inspeccionó en Hatton Garden. El primero de la Pandilla de las Lentejuelas, la banda que había apuntado tan alto en Washington. El único, excepto el inofensivo, casi agradable, «Shady» Tree, a quien Bond no había tenido que matar o —pensó en el Pink Garter Saloon y en los dos hombres de Detroit— casi había matado. No es que él hubiese querido matar a aquella gente. El trabajo encomendado por M era el de informarse acerca de ellos. Pero ellos, uno por uno, intentaron liquidarle a él o a sus amigos. La violencia había sido su primer resorte, no el último. Violencia y crueldad eran sus únicas armas. Los dos hombres del Chevrolet en Las Vegas dispararon e hirieron a Ernie Cureo. Los dos hombres del Jaguar golpearon Ernie y fueron los primeros en sacar las armas cuando se enfrentaron con él. Seraffino Spang empezó a torturarlo hasta la muerte e intentó dispararle o arrollarlo en las vías del tren. Wint y Kidd dieron el tratamiento a Tingaling Bell, y después a Bond, y luego a Tiffany Case. Y, de los siete, él había matado a cinco, no porque hubiese querido, sino porque alguien debía de hacerlo. Y él había tenido

suerte, además de tres buenos amigos: Félix, Ernie y Tiffany. Y los malvados estaban al fin muertos.

Y ahora allí llegaba el último de los malvados; el hombre que había ordenado su muerte, y la de Tiffany, el hombre que, según M, empezó con el tráfico de diamantes, organizó la red y la dirigió con eficacia y sin escrúpulos durante años.

En una llamada a Boscombe Down, M había sido breve y su voz tenía un tono especial. Localizó a Bond a través de una línea telefónica del Ministerio del Aire, unos minutos antes de que el Canberra despegara en dirección a Freetown. Bond cogió la llamada en el despacho del comandante del campo, con el chillido del Canberra poniendo a prueba sus motores como sonido de fondo.

—Me alegra que regresara sano y salvo.

—Gracias, señor.

—¿Qué es eso que dicen los periódicos acerca de un doble asesinato en el *Queen Elizabeth*? —Había algo más que sospecha en la voz de M.

—Eran los dos asesinos de la banda, señor, que viajaban como Winter y Kitteridge. El botones me comentó que se suponía que habían tenido una discusión por un juego de cartas.

—¿Y usted cree que el botones estaba en lo cierto?

—Parece posible, señor.

Se produjo una pausa.

—¿Y la policía piensa lo mismo?

—No he visto a ninguno de ellos, señor.

—Hablaré con Vallance.

—Sí, señor —dijo Bond. Sabía que ésa era la forma que tenía M de decir que si Bond había matado a los hombres, M se aseguraría que ni Bond ni el Servicio fueran mencionados en el informe.

—De todas maneras eran peones —prosiguió M—. Ese hombre, Jack Spang, o Rufus Saye, o ABC, o comoquiera que se haga llamar. Quiero que lo atrape. Por lo que puedo imaginar, parece que está recorriendo la red. Cerrándola. Y es probable que vaya matando mientras lo hace. El extremo de la red es ese dentista. Intente capturarlos a los dos.

He tenido a 2804 trabajando con el dentista durante la última semana, y Freetown cree que tienen la situación bastante clara. Quiero cerrar este caso y devolverle a su verdadero trabajo. Este ha sido un negocio un poco chapucero. Nunca me gustó. Lo que hemos tenido hasta ahora ha sido más suerte que profesionalidad.

—Sí, señor —dijo Bond.

—¿Qué pasa con esa chica, Case? —preguntó M—. He hablado con Vallance. No quiere presentar cargos, a menos que usted opine lo contrario.

¿Sonaba la voz de M demasiado indiferente?

Bond intentó controlar el tono de ansiedad de su respuesta.

—La joven ha sido una gran ayuda, señor —dijo, esperando que con naturalidad—. Quizá será mejor que no tomemos ninguna decisión hasta que yo haya presentado mi informe final.

—¿Dónde está ella ahora?

El auricular negro se estaba volviendo escurridizo en la mano de Bond.

—Va de camino a Londres en un Daimler Hire, señor. La alojaré en mi apartamento. En la habitación de los invitados, por supuesto. Tengo una buena ama de llaves, y ella se encargará de la joven hasta que yo vuelva. Estoy seguro de que todo irá bien, señor. —Bond sacó su pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—Estoy seguro —repitió M sin asomo de ironía en su voz—. Muy bien. Que tenga mucha suerte. —Se produjo un pausa—. Cuídese mucho. —Y la voz al final de la línea tuvo de repente un tono huraño—: No crea que no estoy satisfecho de cómo han ido las cosas hasta ahora. Sobrepasó las órdenes, por supuesto, pero parece que se enfrentó muy bien a esa gente. Adiós, James.

—Adiós, señor.

Bond levantó los ojos hacia el cielo tachonado de estrellas y pensó en M, y en Tiffany, esperando que ése fuera realmente el final, y que llegara rápido y fácil, para que él volviera pronto a casa.

El contrabandista de las minas permaneció de pie, a la espera, sosteniendo la cuarta linterna en la mano. Allí lo tenía. Acercándose por delante de la luna. Como siempre armando un enorme escándalo. Otro riesgo del que estaba contento de librarse.

Descendía. Se hallaba a unos diez metros por encima de su cabeza. La mano apareció y destelló A, y el hombre en tierra le devolvió el guiño, la B y la C. Las hélices perdieron velocidad y el gran insecto de hierro se posó suavemente en el suelo.

El polvo se dispersó. El contrabandista de diamantes retiró la mano con que se protegía los ojos y observó el descenso del piloto por la escalerilla. Llevaba casco de vuelo y gafas. Extraño. Y parecía más alto que el alemán. Un hormiguelo recorrió la espina dorsal del hombre. «¿Quién es este tipo?», pensó mientras se dirigía despacio a su encuentro.

—¿Tienes el material? —Dos ojos fríos bajo unas negras cejas rectas lo miraban duramente a través de las gafas. El piloto movió la cabeza y sus ojos quedaron ocultos tras el reflejo de la luna en los cristales. Ahora eran sólo dos brillantes círculos blancos en el centro del brillante casco de cuero negro.

—Sí —respondió nervioso el hombre de las minas—, pero ¿dónde está el alemán?

—No volverá. —Los dos círculos miraban sin ojos al contrabandista—. Soy

ABC. Estoy cerrando la red.

La voz, con acento estadounidense, era dura, monótona y final.

—Oh.

De manera automática, la mano del contrabandista se introdujo debajo de su camisa. Sacó el paquete húmedo y los sostuvo con el brazo extendido, como si se tratara de una ofrenda de paz. Como el escorpión, un mes atrás, sintió la piedra levantada por encima de su cabeza.

—Échame una mano con la gasolina.

Era la voz de un capataz dando una orden a un coolie. El contrabandista se adelantó obedeciendo con rapidez.

Trabajaron en silencio. Una vez hubieron terminado, saltaron de nuevo a tierra. El contrabandista, que había estado pensando desesperadamente, intentó ponerse al mismo nivel que el piloto, usar el tono de voz de un igual, de alguien que controla la situación.

Clavó la vista en el pedazo de oscuridad azabache en que el piloto permanecía de pie, con una mano en la escalerilla.

—He estado pensando, y me temo...

Se le cortó la voz; sus labios se abrieron y su boca empezó a emitir un sonido que estaba a medio camino entre un gruñido y un grito.

La pistola en la mano del piloto disparó tres veces. El contrabandista dijo «Oh» con voz servil, cayendo de espaldas sobre el polvo.

—No se muevan. —La voz metálica cubrió el helicóptero con el chirriante eco del amplificador—. Están rodeados.

Se escuchó el sonido de un motor arrancando.

El piloto no esperó a descubrir de dónde le llegaba la voz. Trepó por la escalerilla. Cerró de golpe la puerta de la cabina y prendió la ignición. El motor rugió mientras las paletas del rotor empezaban a girar poco a poco, ganando velocidad hasta transformarse en dos remolinos de plata. Con una sacudida el helicóptero se elevó en el aire y empezó a ganar altura ascendiendo hacia el cielo.

En tierra, entre los arbustos, el camión frenó bruscamente. Bond saltó al asiento de hierro de los Bofors.

—Arriba, cabo —ordenó al hombre que estaba al mando de la palanca de elevación. Acercó los ojos a la ranura de visor mientras la boca del cañón se elevaba hacia la luna. Empujó la palanca de disparo de la posición de «Seguro» a la de «Disparo único»—. Diez a la izquierda.

—Alimentaré la trazadora de forma constante. —El oficial que estaba al lado de Bond tenía en las manos dos ristas de cinco proyectiles amarillos.

Los pies de Bond se acomodaron sobre los pedales de disparo; ahora tenía al helicóptero en el centro del punto de mira.

—Firme —dijo en voz baja.

«¡Bumpa!»

La brillante bala trazadora saltó perezosa hacia el cielo, a pocos segundos por debajo de la velocidad del sonido.

—Bajo y a la izquierda.

El cabo giró las dos palancas delicadamente.

«¡Bumpa!»

La trayectoria de la bala trazadora se curvó, muy por encima del aparato en ascensión. Bond se inclinó hacia delante y empujó la palanca de selección hasta «Auto Disparo». El movimiento de su mano fue vacilante. Aquello significaría muerte segura. Tenía que hacerlo de nuevo.

«Bumpa — bumpa — bumpa — bumpa — bumpa.»

El rojo fuego encendió el cielo. Pero el helicóptero seguía su ascensión en dirección a la luna, ahora girando hacia el norte.

«Bumpa — bumpa.»

Se produjo un resplandor amarillo cerca del rotor de cola y el sonido distante de una explosión.

—Tocado —comunicó el oficial. Cogió unos prismáticos de visión nocturna—. Ha perdido la hélice de cola —dijo. Y luego, excitado—: ¡Cielos! Parece como si la cabina estuviera dando vueltas con la hélice principal. El piloto debe de estarlo pasando muy mal.

—¿Otra más? —preguntó Bond, siguiendo con su punto de mira el torbellino del helicóptero.

—No, señor —dijo el oficial—. Lo queremos vivo, si es posible. Pero parece que... Sí, ha perdido el control. Se viene abajo dando grandes tumbos. Debe de tener algún problema con la hélice principal. Allá va.

Bond retiró la cabeza del punto de mira y se protegió los ojos contra la cegadora luna.

Sí. Ahí estaba. Sólo a unos trescientos metros, el motor rugía y las grandes aspas giraban inútilmente mientras la maraña de metal caía en picado con los tambaleantes movimientos de un borracho.

Jack Spang. El hombre que ordenó la muerte de Bond. Que ordenó la muerte de Tiffany. El hombre a quien él sólo había visto por unos minutos en la habitación de Hatton Garden. El señor Rufus B. Saye. De la Casa de Los Diamantes. Vicepresidente para Europa. El hombre que jugaba al golf en Sunningdale y visitaba París una vez al mes. «Ciudadano modelo», le había llamado M. El señor Spang de la Pandilla de las Lentejuelas, que acababa de matar a un hombre, ¿el último de cuántos más?

Bond podía imaginarse la escena en la estrecha cabina: el corpulento hombre se

agarraba con una mano y con la otra manipulaba frenético los controles, mientras contemplaba como la aguja del altímetro se movía bajando de los treinta. Sus ojos brillaban, rojos de terror; el paquete de diamantes, con un valor de más de cien mil libras, transformado en un peso muerto, y la pistola, que había sido su principal colaboradora desde su adolescencia, no podría ofrecerle ayuda alguna.

—Va a caer encima del gran zarzal —gritó el cabo por encima del estrépito.

—Está perdido —dijo el capitán, casi para sí mismo.

Observaron los últimos movimientos de vaivén y luego contuvieron el aliento, mientras el aparato, girando salvajemente, embestia el gran zarzal como si de un enemigo se tratase, hundiéndose con furia en las ramas espinosas.

Antes de que los ecos de la colisión se desvanecieran, se oyó un estallido hueco que salía del corazón del zarzal, seguido por una dentada bola de fuego que se expandió en el aire, oscureciendo la luna y bañando toda la planicie de un resplandor anaranjado.

El capitán fue el primero en romper el silencio. Lanzó una exclamación, bajó lentamente sus prismáticos de visión nocturna y se volvió hacia Bond.

—Bien, señor —dijo en tono resignado—, eso es todo. Me temo que nos será imposible acercarnos a los restos hasta mañana por la mañana. Y nos llevará unas horas más hasta que podamos remover los escombros. Esto va atraer a los guardias fronterizos franceses al galope. Por suerte, estamos en bastante buenas relaciones con ellos, pero el gobernador va a tener que convencer a Dakar. —El oficial vio una pesadilla de papeles y burocracia acumulándose en el horizonte. Para un día ya había tenido suficiente—. ¿Le importa si nos vamos a dormir, señor?

—Adelante —dijo Bond. Miró a su reloj—. Mejor será que se metan debajo del camión. El sol saldrá en unas cuatro horas. Yo no me siento cansado. Vigilaré por si el fuego empezara a extenderse.

El oficial echó una ojeada de curiosidad a aquel hombre callado, enigmático, que se había presentado de repente en el Protectorado entre un revuelo de señales de «Prioridad Absoluta». Lo que un hombre necesitaba por encima de todo era dormir. Pero todo aquello nada tenía que ver con Freetown. Cosas de Londres.

—Gracias, señor —dijo, y saltó fuera del camión.

Bond retiró lentamente los pies de los pedales de disparo y se recostó en el asiento metálico. Mecánicamente, con la mirada todavía fija en las llamas, sus manos palparon los bolsillos de la camisa de combate —que había tomado prestada de Garrison C. O.—, buscando su mechero y su tabaco. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

Así pues, aquél era el fin de la red de diamantes. Y la última página de su informe. Aspiró una fuerte bocanada de humo a su cigarrillo y luego lo dejó escapar por entre sus dientes con un largo y silencioso suspiro. Seis cadáveres que amar. Fin del juego.

Bond se enjugó la frente con la mano y se echó hacia atrás el mojado mechón de cabello que le caía sobre la ceja derecha. El resplandor rojo iluminó su endurecido y delgado rostro y brilló en sus ojos cansados.

Así que aquel rojo punto y aparte marcaba el final de la Pandilla de las Lentejuelas y de su fabuloso tráfico de diamantes. Pero no el fin de los diamantes que se estaban cociendo en el corazón del fuego. Ellos sobrevivirían y recorrerían el mundo, quizá descoloridos, pero indestructibles, tan permanentes como la muerte.

Y Bond recordó de repente los ojos del cadáver que una vez había tenido sangre del grupo F. Se habían equivocado. La muerte es para la eternidad. Pero también lo son los diamantes.

Bond saltó del camión y empezó a caminar con paso lento hacia el fuego, con una lúgubre sonrisa en los labios. Todo aquel asunto de muerte y diamantes resultaba demasiado solemne. Para Bond era simplemente el final de otra aventura. Otra aventura para la cual una de las ácidas frases de Tiffany Case sería un buen epitafio. Bond podía ver la boca apasionada, irónica, diciendo las palabras:

—Se lee mejor que se vive.



IAN FLEMING nació en Londres en 1908. Se educó en Eton y en la academia militar de Sandhurst. Cursó estudios universitarios en Munich y en Ginebra. Trabajó en la agencia de noticias Reuters y, al comenzar la segunda guerra mundial, se alistó en la Inteligencia Naval, donde sirvió con el grado de capitán de fragata. En 1945, al acabar la guerra, se hizo construir una casa, *Goldeneye*, en Jamaica, donde se instalaba todos los inviernos. Fue en ella donde creó a su agente secreto James Bond. *Casino Royale*, la primera novela en que aparece el personaje, fue terminada de escribir la víspera de su boda con Anne Rothermere en 1952 y publicada en 1953. Fleming escribió otras dos novelas, *Chitty Chitty Bang Bang* y *The Diamond Smugglers*, no ambientadas en el mundo de los servicios secretos.

La salud de Fleming comenzó a deteriorarse a finales de los años 50. Murió en 1964, a la edad de 56 años.

Notas

[1] Organización internacional formada por las antiguas colonias británicas. <<

[2] «Buen viaje», en afrikaans (idioma que proviene directamente del neerlandés y es hablado por la mayoría de los habitantes de raza blanca o mestiza). <<

[3] «Buena suerte», en afrikaans. <<

[4] Servicio de Inteligencia británico. <<

[5] Casa de los Diamantes. <<

[6] Departamento de Investigación Criminal. <<

[7] *Tree* significa «árbol» en inglés; *shady*, «sombreado». *Shady Tree* se traduciría entonces como «árbol que da sombra». (N. del t.) <<

[8] Juego de palabras que puede traducirse por «Servicio de cableado: Fuego Asegurado». (N. del t.) <<

[9] Director del FBI. (*N. del t.*) <<

[10] *Lame Brain* puede traducirse literalmente como «cerebro cojo» o «de cerebro incapacitado». (N. del t.) <<

[11] *Ting-a-ling* es una onomatopeya que se traduce por «Tilín». *Bell* significa «campana», y por consiguiente *Tingaling Bell* sería algo así como «tintineo de campana». (N. del t.) <<

[12] En inglés: *Rose* es «rosa», y *Bud*, «capullo». *Rosy Budd* puede traducirse por «Capullo rosado» o «Capullo de rosa». (N. del t.) <<

[13] *Wind* es «viento» y, como en español, también significa «pedo». *Windy* podría traducirse por «pedorro». (N. del t.) <<

[14] «Muñequita.» (*N. del t.*) <<

[15] *The Strip* en inglés. «La Línea» es una sección de aproximadamente 6,4 km de la calle Las Vegas Boulevard South en las localidades de Paradise y Winchester, Nevada, al sur de los límites de la ciudad de Las Vegas. Muchos de los hoteles, casinos y resorts más grandes del mundo están localizados en ella. (N. del e.) <<

[16] Forma familiar estadounidense y australiana para referirse a un inglés. (N. del t.)

<<

[17] Restaurante en que se sirve lo que se pida sin bajar uno del coche. (*N. del t.*) <<

[18] *Pay*, en inglés, significa «pagar». De ahí el juego de palabras con el acento francés. «Rué de la Pay», la calle en la que se acaba pagando.(*N. del t.*) <<

[19] «Caso», en inglés, es *Case*; por tanto, ABC se sirve del juego de palabras en el telegrama para pedir la solución del caso, o sea la eliminación de Tiffany Case. (*N. del t.*) <<

[20] «Polvera», en inglés, es *Powder case. Tiffany Case*, pues, puede traducirse literalmente como «Polvera de Tiffany». (N. del t.) <<

[21] *Odd*, en inglés, son las probabilidades en una apuesta. El juego de palabras extraído de la película *El Mago de Oz* significa «el Mago de las Apuestas». (*N. del t.*)

<<